



IBLIOTECA

CLÁSICA.



ENEIDA.

R782.974

6.H

FA

BIBLIOTECA CLÁSICA.

354

TOMO IX.

1

ENEIDA

POR

PUBLIO VIRGILIO MARON

TRADUCCION EN VERSOS CASTELLANOS

POR

MIGUEL ANTONIO CARO

TOMO I.

BIBLIOTECA UCM



4900812812

MADRID

IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ

Colegiata, núm. 6

1879

BIBLIOTECA GEOGRAFIA E HISTORIA

Digitized by Google

Á LA
ACADEMIA ESPAÑOLA,
EN PRENDA DE AGRADECIMIENTO
Y TESTIMONIO DE ADHESION,
MIGUEL ANTONIO CARO.

ESTUDIO PRELIMINAR.

Todos los siglos están de acuerdo en colocar á Virgilio en el número de los poetas más eminentes; pero cuando se trata de calificar sus dotes peculiares y fijar el puesto que en su elevada esfera le corresponde, entónces las escuelas disienten, y varían considerablemente los matices de la opinion. Sus contemporáneos le honraron tanto, que el pueblo romano, despues de oír en el teatro una de sus obras, fué hasta tributarle homenajes sólo usados en honra del Emperador. En la Edad Media el recuerdo de su nombre rayó en culto supersticioso. Hasta aquí la admiracion merecida por Virgilio aparece como espontáneo brote del instinto popular. A los primeros albores del siglo del Renacimiento se educó al lado de las ciencias la crítica erudita; ella avoca á su tribunal la causa del ilustre poeta, le pone en balanza con los autores que le precedieron en su gloriosa carrera, y dando la razon de las preeminencias que le reconoce, confirma con su fallo el aplauso del entusiasmo. Tras estos insignes jueces, entre los cuales basta citar á Escalígero, vinieron otros literatos que, conformándose desde luégo con la sentencia promulgada, se consagraron á restaurar en el texto monumental con sagaz adivinacion y paciente diligencia los pasajes que mostraban haber sufrido deterioro ó alteracion. Diríamos que con Heyne se cerró este período, si fuese lícito prescindir de los sabios que aun hoy

dia, especialmente en Alemania, continúan aunque con menguante fervor tan laboriosas investigaciones. Hay que confesar que ellas se oscurecen ante el espíritu dominante de un siglo tan frívolo en sus doctrinas como atrevido en sus juicios y soberbio en sus decisiones. La moderna crítica filosófica pone á Virgilio por debajo de los talentos originales, y pretende establecer entre él y otros que eleva á esa clase (no siempre con justicia, pues acostumbra equivocarse al primer golpe de vista lo sublime con lo gigantesco) la misma diferencia que supone mediar entre Miguel Angel y Rafael; la que va de lo grande á lo bello; del genio que crea, como ahora se dice, al ingenio que imita, reforma y pulimenta.

Para medir la exactitud de estas apreciaciones conviene fijar ante todo por punto de partida las condiciones que caracterizan al poeta de primer orden, al genio, distinguiéndolas de aquellas dotes que alcanzan á acreditar las medianías. Presupuesta la facultad de producir, la fertilidad de la mente, condicion previa sin la cual en el orden de la literatura toda otra facultad, por preciosa que sea, es tesoro escondido, descuellan, á mi ver, con el carácter de señales culminantes del genio poético, en primer lugar, la inteligencia de las cosas invisibles, la participacion de la conciencia en las ocultas miras providenciales que se mezclan á las cosas de los hombres; en segundo lugar, el conocimiento del corazón humano que, unido á una sensibilidad solícita, suple por la experiencia y permite reproducir situaciones ajenas con oportunidad y animacion; y, por último, el fino tacto que nos adiestra á discernir lo bello entre la masa desigual que á nuestros sentidos ofrece la naturaleza física; en suma, *inspiracion, sentimiento y gusto*.

Supuesta la anterior clasificacion como base de nuestras indagaciones, paréceme que la crítica moderna, al degradar á Virgilio á la línea de imitador feliz, ú olvida ó desconoce en él la primera de las facultades enunciadas, que he apellidado *inspiracion*, con la cual se identifican en cierto modo la originalidad y la sublimidad. Un poeta que mediante algo como una vision sobrenatural siente y canta asuntos de que la tradicion y sus contemporáneos sólo le sugieren imperfectos datos, ¿no será un poeta original y sublime? Tal apareceria

Virgilio ante la crítica moderna, si ella se dignase contemplarle en ese punto de vista.

Con todo, esta misma crítica, al tiempo que niega á nuestro poeta los títulos de sublime y original, no le disputa las dotes consiguientes á las dos últimas facultades. «Las sobresalientes prendas que distinguen á Virgilio son—dicen todos repitiendo á Blair,—la elegancia y la ternura.» Y en tan alto grado le atribuyen algunos estas mismas dotes, que pretenden derivar de ellas para el poeta el título de original, áun cuando niegan que lo sea en sentido eminente. Tal es el dictámen de nuestro Bello. «En los seis primeros libros de la *Eneida*—dice,—la armazon, el esqueleto, lo puramente material es ajeno; hay tambien multitud de rasgos, comparaciones y colores en que se echa de ver á las claras la imitacion; pero extendida todo lo que se quiera esta rebaja, el poeta mantuano presenta siempre un carácter propio: la majestad unida á la más peregrina belleza, una blandura graciosa: *molle atque facetum*; una sensibilidad exquisita, una ejecucion acabada, que son suyas, enteramente suyas, en que ninguno de sus predecesores le es comparable y que darán eternamente un alto precio á todo lo que salió de sus manos, á pesar de las oscilaciones de la moda, que tiene no poco imperio sobre la crítica literaria. ¿Y no reconoceremos un trabajo creador en esta operacion del genio?»

Decoro, elegancia, delicadeza: cualidades, en suma, relativas más bien á los accidentes que á la sustancia, á la impresion de los pensamientos que al pensamiento mismo, son las que todos convienen en conceder á Virgilio. Pero ¿no será un arbitrio fantástico pretender sacar de solas esas cualidades la aureola de originalidad que en justicia no puede negarse al poeta? Dificil parece y áun imposible que los aliños poéticos alcancen un tan alto grado de perfeccion si no sirven de ornamento á nobles sentimientos y á grandes ideas; así como no se concibe en lo humano destituida de virtudes interiores la belleza, si no es una belleza vulgar. Ni se diga que sin apelar á la inteligencia inspirada puede explicarse el mérito de Virgilio por su fina sensibilidad. El sentimiento dicta apasionadas efusiones; mas en un largo poema el corazon es sólo un auxiliar en la obra del pensamiento. Por otra parte, los sentimien-

tos grandes sirven á grandes ideas. Tampoco puede argüirse plausiblemente con las imitaciones en los pormenores, porque ellas no siempre delatan servilidad en lo esencial. En el *Quijote* se advierten á cada paso reminiscencias de los libros caballerescos que el mismo Quijote desacreditó. En las obras de Virgilio abundan imitaciones de los Griegos; con todo, la *Eneida* dista mucho de ser obra de Homero; ni siquiera la más perfecta, segun la expresion conciliatoria de Voltaire.

Contemplemos, pues, estas tres excelsas facultades poéticas como aparecen en Virgilio: inspiracion, sentimiento y gusto; agrupando al tratar de cada una de ellas, y particularmente de la primera, que yace en la sombra, los rasgos de su vida y pasajes de sus obras que con el asunto se relacionan. Y principiando por la inspiracion, adelantémosnos á contestar dos objeciones, la una teológica, y filosófica la otra, de algunos que propondrán dudas al oír que se atribuye á Virgilio vision de cosas sobrenaturales.

¿Pues no es esta vision, se dirá, una dispensacion especial obtenida por solos los profetas y los santos? ¿Cabe fuera del pueblo escogido y de la Iglesia? ¿El pecado original no erradicó del entendimiento las verdades religiosas? Respondo, en primer lugar, que segun el testimonio de la Historia Sagrada, alguna vez se concedió á gentiles, así como el de milagros, el don de profecía, el cual supone vision sobrenatural; en segundo lugar, la doctrina católica no dice que á consecuencia del pecado de Adan hubiese perdido el hombre el uso de sus facultades naturales, sino que perdió la gracia y la justicia con que estaba hermosado á los ojos de Dios. Más bien que del campo católico, la objecion viene del campo protestante. Lutero condenaba al fuego los escritores gentiles sin excepcion, y la Confesion de Ausburgo declara que el pecado original extirpó en el hombre todo sentimiento honesto, á que los reformadores relativamente ortodoxos añaden la implantacion en el mismo, del mal, considerado, no ya como una falta, sino como una positiva simiente. En oposicion á esta enseñanza, yo podria alegar la autoridad del mismo Jesucristo cuando nos dice, segun San Juan, que «nadie viene á Él si el Padre no lo trajere,» palabra que parece señalar la vocacion de las naciones gentiles, hoy hijas de Abraham: la de San Pablo, cuando

argüía á los paganos con el altar erigido por ellos al Dios desconocido, y aún con los anuncios sibilinos, al decir de Clemente de Alejandría, verdades imperfectas con cuyo auxilio venian ellos como preparándose, aún en medio de su corrupcion, para recibir finalmente la verdad cabal: la de Santo Tomás, cuando observa que sólo el hombre conoce á Dios por la fe y por la esperanza; esperanza de que la antigüedad gentílica exhibe pruebas irrecusables: la de San Ireneo, en fin, y demas Padres que satisfaciendo á los paganos sobre por qué habia dejado el Señor correr tanto tiempo ántes de enviar su Verbo, lo explicaban suponiendo en Dios la intencion de despertar en el hombre, junto con las consiguientes ideas de lo justo y de lo bueno, un vivo deseo de regenerarse por favor del cielo.

¿Y no palpita este deseo en Platon entre los griegos y en Virgilio entre los romanos? ¿Y no vemos por otro lado, hoy despues de tantos siglos, la obcecacion de muchos que repudian ingratos el beneficio recibido? Léjos de mi ánima hacer la apología del paganismo: del paganismo al cristianismo va la diferencia que média entre la noche y el día; pero no debemos disimular que en el paganismo brillaba la luz en medio de las tinieblas, como sucedia en los primeros dias de la Creacion ántes que al sol se apropiase el ministerio de iluminar este mundo terrestre. La Confesion de Ausburgo, en su ceguera, niega las luces del paganismo, impotente para explicarlas: el Concilio de Trento, al hablar del pecado original, lejos de negar tales luces, esparce claridad sobre aquellas mismas tinieblas.

Recordando el doctor Newman en su reciente *Apologia* las diferentes opiniones que, nacido y criado él en el protestantismo, fueron apareciendo en su espíritu, y encadenadas unas á otras le trajeron á las puertas del Catolicismo, consigna ésta que viene á mi propósito: «A mis ojos—dice,—el mundo exterior, físico é histórico, aparecia como la exterior manifestacion de realidades más grandes que el mundo mismo: yo veia en la naturaleza una parábola: en la literatura, la filosofia, la mitología paganas, bien comprendidas, se me dibujaban los preámbulos del Evangelio. Reputaba á los sabios y poetas de Grecia por profetas en cierto modo, convencido de que sólo á

pensamientos superiores á sus propios pensamientos puede imputarse en ocasiones la inspiracion que anima á aquellos vates sublimes.» Ahora, pues, ¿no puede decirse esto mismo singularmente de Virgilio? Confutando el profesor Møhler en su *Simbólica* la interpretacion luterana del pecado de Adan y oponiendo á ella el testimonio de la Historia, pregunta: «¿Quién al mirar los templos de Elefantina y Salseta de los hindúes osaría negarles toda facultad religiosa?» Y ¿quién negará á la antigüedad, añadiremos nosotros, dobles aspiraciones á lo verdadero y á lo bueno en vista de monumentos, tales como la Egloga IV y el libro VI de la *Eneida* de Virgilio?

Hijos todos de un mismo padre, los hombres se dividieron en razas, pueblos y tribus diferentes; depositarios todos de comunes tradiciones, las modificaron alterándolas más ó ménos; abandonados todos á las inspiraciones de su libertad individual, se abrazaron con la soberbia y la concupiscencia. Pero algunos de buena fe corrieron á buscar la verdad y trataron de practicar la virtud; no faltaron dispensaciones especiales de la Providencia: de ahí la verdadera elocuencia y la buena poesía de los antiguos. Tal es el lauro que vindicamos para Virgilio, ya se le observe en su vida privada ó ya se le juzgue en sus obras poéticas.

La otra objecion que he querido anticiparme á contestar, parte de la moderna escuela filosófico-literaria, cuyos alumnos, ahogando al individuo en la sociedad, á imitacion tambien de modernas escuelas políticas, profesan como infalible principio que «la poesía en general, y mayormente la epopeya, es una manifestacion necesaria de la época particular á que cada obra pertenece.» Si, pues, Virgilio representa la sociedad romana del siglo de Augusto, y si esa sociedad nada ofrece de verdaderamente religioso y espiritual, mal puede graduarse á Virgilio de esencialmente espiritual y religioso. Pero el fundamento de la objecion, tomado en absoluto, es falso á lo que creo. Cierto es que la época en que se vive ejerce su influencia en las ideas de los escritores; cierto es del mismo modo que el clima y otras circunstancias foráneas la tienen en las facultades mentales del hombre; pero así como bajo un mismo clima y en condiciones semejantes se notan grandes,

inmensas diferencias entre individuos, las mismas resultan, dentro de una época dada, entre distintos escritores, sus creencias, inclinaciones y maneras. Abundando en este sentir, avanza Pastor Diaz que, por el contrario, «lo que caracteriza al genio es no ser exclusivamente órgano de la época en que vive,» y entre otros ejemplos confirmatorios de su aserto, trae á Virgilio, que pertenece casi, en su concepto, al Cristianismo y á la Edad Media. En efecto, si le confrontamos con su antecesor Lucrecio, á quien él por más de un motivo debió sentirse tentado á imitar, yo pregunto, ¿qué afinidad presenta la doctrina materialista y rudas formas del uno con la espiritual y las delicadas del otro? Comparándolo con su contemporáneo y amigo Horacio, todavía saltan á la vista discrepancias de mucha significacion: el huésped de Tívoli ama lo positivo; el habitador de Mantua vuela á lo ideal: aquél pierde la fe en el porvenir y anuncia la precipitada decadencia de la especie; éste levanta su corazon á la esperanza de una radical reparacion del hombre por Dios:

Jam nova progenies cælo demittitur alto.

Sucede por otra parte que, como de la privacion nace el apetito, y la ausencia del bien en las cosas despierta su idea en la mente con mayor viveza, por esta razon en tiempos de infelicidad y miseria las inteligencias insignes y los grandes corazones, léjos de acomodarse á la actual situacion, se alimentan de recuerdos y esperanzas correspondientes á lejanas realidades. Así es como los hombres trashumando en el tiempo no ménos que en el espacio, más bien que por épocas y países y razas, deben clasificarse y ordenarse por escuelas. Así es como algunos poetas y filósofos antiguos ingresan en cierto modo en la escuela de la filosofia católica.

Estas tendencias hemos de buscarlas en Virgilio, lo primero en las dotes naturales de su privilegiado espíritu, y luego tambien en las circunstancias de su educacion: al paso que adelantemos en este estudio distinguiremos, al hallarlas mezcladas por un contagio inevitable, sus propias inspiraciones y las del siglo en que floreció.

Acaso me he detenido demasiado en este preámbulo. Pero el lector disimulará la tardanza si reflexiona que para llegar

á Virgilio, á cuyo benigno trato me propongo introducirle, preciso era apartar la exageracion de cristianos que como á gentil le secuestran de su comunión, y el fatalismo de filósofos que como á poeta le consideran producto necesario de una generacion ya fosilizada. Sólo libres de estas preocupaciones lograremos mirarle de cerca y comprenderle.

Publio Virgilio Maron nació en Andes, hoy Piétola, aldea contigua á Mantua, en Octubre del año 684 de Roma, ó sea setenta ántes de Cristo. Su padre, labrador oscuro, le envió á estudiar á Cremona, donde permaneció nuestro poeta hasta los diez y seis años. Pasó de ahí á Milan y poco despues á Nápoles, donde, dedicado á la lectura de los autores griegos y al estudio de la medicina, matemática y filosofía, adquirió los variados y selectos conocimientos que brillan en sus obras. Sea que por entónces visitase ó no á Roma (en que disputan los críticos), es lo cierto que por los años de 705 volvió á la heredad paterna, sin perder la afición á la vida del campo, como no perdió nunca tampoco aquella fisonomía que ella imprime, pues al pintárnoslo sus más antiguos biógrafos alto, enjuto, moreno y de aire silencioso y melancólico, no olvidan la circunstancia de su voz y aspecto campesinos.

De esta doble afición á las musas y á los campos resultaron las primeras poesías que de él se conservan, escritas en su mayor parte á imitacion de los idilios del siracusano Teócrito, del año 710 á 713 más ó ménos, y son las diez que andan coleccionadas bajo el título de *Bucólicas*, esto es, poemas pastorales, y tambien de *Églogas*, opúsculos selectos. Acaso la primera de estas poesías, en el orden en que se compusieron, es la II de la coleccion, en que finge el poeta las quejas que un pastor Coridon, mal atendido del bello Alexis, exhala á solas con los bosques. Esta égloga parece envolver una idea inmoral, autorizada, sin embargo, por las costumbres de aquellos tiempos, á los que Virgilio, no obstante su sano corazón, paga en cierto modo tributo, no escrupulizándola como recurso poético. Como recurso poético, digo, pues no está demostrado que en Alexis se oculte la figura de Alejandro, gracioso copero de Asinio Polion, ó la de algun otro afeeminado garzon en quien pusiera los ojos Virgilio, como al-

gunos insinúan; lo más probable es que sólo tratase nuestro poeta de ensayar una imitación latina del Cíclope de Teócrito, con cuyos conceptos retejió aquel poema, sustituyendo algunas imágenes libres en demasía con otras apacibles y puras como éstas:

Mecum una in silvis imitabere Pana canendo.

Huc ades, o formose puer: tibi lilia plenis
Ecce ferunt Nymphæ calathis.

Rasgo que guarda afinidad con aquel celebradísimo elogio de Marcello en el libro VI de la *Eneida*: *manibus date lilia plenis*; y que comprueba que si Virgilio cultivó alguna afición análoga, fué *probe et sincere*, según el testimonio recogido por Donato. En pasajes como este descubre el poeta la pureza de su imaginación; y de ella y de su ejemplar y para aquellos tiempos milagrosa conducta dan testimonio Ascanio Pediano, que refiere como contado por la misma Plocia Hieria, amiga de Vario, que invitado por éste á la amistad de aquella, Virgilio resistió invenciblemente á sus instancias; el sobrenombre de *Parthenias* ó Vírgen, con que se le designaba en Nápoles; en fin, lo que de él pensaban sus contemporáneos é inmediatos admiradores, y sus obras mismas que, aún con esta égloga y la vehemente descripción de los delirios del amor extendida en el libro IV de la *Eneida*, son, sin disputa, entre las poéticas, las más castas y decorosas cotejadas con las demás de su siglo, que amanece con Lucrecio y fenece con Ovidio, y aún sostendrían ventajosamente la comparación, por ese lado, con muchos de los más notables poetas de los tiempos modernos. En Virgilio, dice Saint-Beuve, hay un fondo permanente de pudor natural. Importa notar esta circunstancia, porque las virtudes privadas del hombre quizá influyeron no poco en la lucidez de las ideas religiosas que veremos desarrollarse en el poeta.

De todos modos, lo mismo que hizo Bello, al traducir esta Égloga le mudé á Alexis el sexo y le convertí en Galatea, nombre de la Nereida que cantó Teócrito en el idilio que imitó Virgilio en este poema; nombre adoptado después en nuevas imitaciones del uno y del otro por Camoens y por Herrera, y grandemente hermoscado por Gil Polo:

Huye del mar, Galatea,
Como estás de Licio huyendo.

Esta y las otras Églogas aparecen, he dicho, como imitaciones de Teócrito, salvo la I, IV y VI, que son producto exclusivo de Virgilio y se escribieron sucesivamente sin otra intermedia. Y es cosa digna de atención que en estos tres poemitas, en que campea sin trabas el genio de nuestro poeta, es precisamente, además de la Égloga X, á juicio de Servio, donde varía ó encumbra el tono de tal modo que mal pueden considerarse como genuinas pastorales.

Algunos de estos ensayos habian atraído hácia nuestro modesto poeta la atención de Asinio Polion durante su gobierno como legado del triunviro Antonio en aquel territorio en que caía la heredad de Virgilio. Mereció éste del jefe militar confianza y exenciones que no olvidó, á fuer de alma noble, consignando la expresión de su gratitud, entre otros lugares, en las Églogas III y IV.

Mas no fué duradera esta situación apacible, porque ganada la batalla de Filipos, volviendo Augusto á Italia en 712, tuvo por necesario satisfacer las exigencias de sus tropas, á quienes se habia ofrecido el partimento de las mejores tierras; y como Cremona hubiese adoptado el partido republicano, fué una de las víctimas del despojo. Mal satisfecha la rapaz soldadesca, extendió sus invasiones al distrito de Mantua, «Mantua demasiado contigua á Cremona,» segun la frase del poeta, y la posesión de éste quedó de consiguiente, lo mismo que su persona, expuesta á la irrupción militar. Entonces despojado, amenazado en términos de tener que salvarse en una ocasión pasando á nado el Mincio de los furiosos del centurion Arrio, segun se refiere y parece confirmarlo algun lugar de sus Églogas, con el favor de Alfredo Varo, su condiscípulo en Nápoles, y sucesor de Polion en el gobierno de la provincia transpadana, partió Virgilio á Roma, donde bien recibido no sólo de Mecenas sino tambien de Augusto, obtuvo la formal restitución de su campo. Algunos presentan así los hechos; otros suponen que vino dos veces á Roma, la primera recomendado por Polion, á fin de obtener garantías más sólidas; la segunda á quejarse de Arrio que, envalento-

nado con la division de los triunviros, no dudó contravenir á las órdenes de Octavio. Como quiera, es lo cierto que con esta ocasion escribió nuestro poeta la Égloga I y la IX, en que bajo nombres de pastores recuerda las pasadas aventuras, honrando al mismo tiempo la memoria de sus valedores y lamentando la desgracia de sus paisanos.

Esta Égloga I es un diálogo lleno de sentimiento, de belleza y de gracia entre Tí tiro que, habiendo ido á Roma, logró ser reintegrado en el goce de sus posesiones, y Melibeo, que desnudo y triste, se aleja de su tierra natal. Hay en ella una expresion de gratitud á Augusto que, por el modo en que aparece, le ha acarreado á nuestro poeta amargas críticas, calificándosele duramente de servil adulador. Detengámonos un momento á examinar este cargo, pues no se aviene con los elevados sentimientos que he atribuido á Virgilio.

Preguntando Melibeo á Tí tiro á quién debe su buena fortuna, el interpelado contesta: «A un Dios debo, oh Melibeo, estos solaces, porque para mí siempre será un Dios.» Y más adelante: «Allí fué, Melibeo, donde ví á aquel mancebo en cuyo obsequio humean un día cada mes nuestros altares; allí dió el primero á mis súplicas esta respuesta: «Apacentad, oh jóvenes, vuestras vacas como de ántes; uncid al yugo los toros.» «Se acusa á Virgilio,—dice Ochoa, cuya es la traduccion de que he copiado el anterior pasaje,—de haber exagerado aquí los términos de la gratitud, hasta hacer de su bienhechor un Dios; pero no se considera, primero, que el poeta tiene buen cuidado de no poner esos encomios en su propia boca, sino en la de un anciano pastor, verosímilmente su padre, cuya exaltada gratitud los hace verosímiles y muy disculpables; y segundo, que tal falta, dado lo fuese, estaria ámpliamente compensada con el mérito de aquella especie de enérgico alegato en favor de los pobres despojados, en que va envuelta la apoteosis en vida de Octavio. Esta apoteosis, además, no es obra ni invencion del poeta, el cual no hizo otra cosa sino anticiparlas cinco años, por cuanto el Senado no la decretó hasta el de 718, despues de la derrota de Sexto Pompeyo. Ya en el de 725, las ciudades de Pérgamo y Nicomedia le erigieron templos.» A estas consideraciones agregaré solamente que la alabanza de Augusto está en boca de

un pastor que se supone candoroso hasta el punto de carecer de nociones, no ya de lo que era el mundo, pero aún de Roma misma ántes de visitarla; cuya sorpresa al contemplar á Roma, su respeto al ver al señor absoluto de ella, y su gratitud al recibir de éste un ámplio beneficio, debieron consonar con aquel mismo cándido carácter y simple entender.

Pero se dirá que un elogio semejante se reproduce en nombre del poeta en otras obras suyas, y especialmente al principio de las *Geórgicas*, cuya invocacion concluye, al decir de Tissot, por una «lisonja tan desprovista de sentido como de pudor»: expresion dura é injusta, dictada acaso por aquel prurito de modernos escritores, franceses particularmente, de desahogar su mal humor aludiendo á hechos y personas contemporáneas en sus obras históricas, críticas y dramáticas. Esta adulacion consiste en que, invocando Virgilio para su empresa á todos los dioses y semidioses favorables á la agricultura, incluye entre ellos á Augusto, á quien, si bien no sabe qué puesto haya él de ocupar y de qué haya de ser especial abogado en muriendo, le excita desde luégo á volver sus ojos al estado decadente de la agricultura y á acostumbrarse á despachar con bondad los votos de los desgraciados labradores:

Ignarosque viæ mecum miseratus agrestes,
Ingredere, et votis jam nunc adsuesce vocari.

Para juzgar del grado de moralidad de esta invocacion, menester es decirlo no de ella misma, destacada é incrustada, digámoslo así, en ideas y costumbres posteriores, sino cotejándola con sus antecedentes y consiguientes así históricos como textuales, y desenvolver su sentido. Considerada la innegable grandeza y providencial mision de Augusto; medido el valor relativo de las palabras *dioses* y *semidioses* en aquellos tiempos, no es de admirar que Virgilio le llame grande y exprese este concepto presuponiendo que despues de muerto será colocado en el número de las constelaciones y poderes celestiales. ¿Cuántas fórmulas no encierra la urbanidad moderna que tomadas literalmente lo serian aún de abyectos sentimientos? La humildad y la independencia no son incompatibles. Pero ¿qué es lo que se propone

nuestro poeta en aquella invocacion? ¿Será por ventura obtener algun beneficio para sí ó su familia? No por cierto: en la *Égloga I* se propuso expresar su agradecimiento y atraer la atencion de la beneficencia á la triste suerte de sus iguales; y manifestar su agradecimiento y granjearles á las artes agrarias la benevolencia y proteccion del entónces señor de la tierra, es lo que intenta en el exordio de sus *Geórgicas*. Y como al mismo tiempo que le invoca por dispensador de paz, al fin del propio libro detesta la guerra civil y de ella deriva los males todos de la época, contra poniendo bajo bellas y vivas imágenes el horror de las armas al uso del arado; como en el libro VI de la *Eneida*, repitiendo esta detestacion, conjura por boca de Anquíses al César á arrojar el acero fratricida:

Tuque prior, tu parce, genus qui ducis Olimpo,
Projice tela manu, sanguis meus....

parece que al llamar grande á Augusto, si por una parte le ofrece su tributo de admiracion bajo la forma urbana consagrada por la época, por otra cuida de distinguir del imperio de la fuerza aquella grandeza, identificándola más bien con el cetro de oro de una dominacion benigna, ilustrada y pacífica.

Por lo demas, por repugnante que parezca á una crítica melindrosa, y por inexacta que se juzgue por las modernas ciencias políticas la admiracion que Virgilio tributa á Augusto, no podemos ménos de distinguirla de la lisonja utilitaria y servil, nacida de la corrupcion y ya bastante conocida en su tiempo, si evidenciado el sentimiento y dignidad del texto virgiliano con vista de sus antecedentes y adjuntos, atendemos á la conducta privada del poeta á fin de penetrar más profundamente el carácter moral de tales episodios. ¡Cuán comun es en nuestros dias, como lo fué siempre, oír hablar de libertad con afectada nobleza de ánimo á personas inspiradas por el descontento ó la impotencia, y á quienes un repentino favor del poder acalla y áun hace cambiar de opinion! No es un vil palaciego el escritor que como Virgilio da á sus alabanzas una intencion moral: el hombre que llevaba su singular modestia hasta esconderse cuando se le rendia un homenaje; su generosidad, hasta no distinguir de tuyo y mio

entre sus amigos: su espiritualidad, hasta consagrar su vida á la poesía como á un sacerdocio severo, y su dignidad, en fin, hasta no aceptar nada de bienes que fueran de emigrados de manos de su protector Octavio, como testifica Donato. Ni cae fuera de propósito recordar aquí la imitación que en sentido cristiano hizo Lupercio Leonardo de Argensola de la aludida introducción de las *Geórgicas*, en su magnífica canción á Felipe II con motivo de la canonización de San Diego. No tiene Lupercio en su favor los mismos motivos históricos y circunstancias personales que acompañan á Virgilio; y con todo, la crítica ha sido con él ménos severa, pues aunque pregunta si Felipe merecía los loores que allí se le ofrecen, se guarda de tacharlos de insensatos y desvergonzados, habida consideración á los sentimientos religiosos nacionales y populares, que en mucha parte los justifican.

En esta Égloga I, como la IX, que con ella tiene tan estrecha conexión, y en algun otro pasaje de sus obras, enamora la modestia con que el poeta habla de sí mismo y de sus cosas, presentándose bajo las figuras más humildes y cubriéndolo todo con el velo del misterio. ¡Cuánto se distingue en esto de los líricos y elegíacos de su tiempo, como también de los modernos poetas! Puede decirse que Virgilio tanto exagera su admiración por los demás cuanto se olvida de sí propio. Horacio, Propertio, Ovidio, como observa Búrgos del primero anotando el famoso *Exegi monumentum ære perennius*, «se daban á sí mismos elogios que debían esperar de la justicia de la generación coetánea ó de la imparcialidad de las futuras.» El mismo Búrgos, disculpando en otro lugar esta vanagloria, observa que á aquel orgullo franco se ha subrogado hoy día la modestia hipócrita. En efecto, es costumbre de algunos escritores hablar modestamente para hablar mucho de sí mismos. En uno y otro, en el orgullo franco y en la palabrería vanidosa, se trasluce el común vicio de un refinado egoísmo. Pero si Virgilio estaba más distante que ellos de la soberbia de la carne, lo estaba asimismo de su compañera, la del espíritu. De aquí uno de los rasgos que le distinguen de los poetas de Alejandría, según M. Patin, á saber, la discreta intervención, motivada siempre por el entusiasmo del momento, de su persona en sus obras. «Como ellos y á su

ejemplo,—dice el citado crítico,—Virgilio es lírico, pero hace este papel oportuna y elocuentemente, y sus apóstrofes á personajes de su poema son rasgos de sentimiento.» Si alguna vez se promete la inmortalidad lo hace en frase hipotética, y no por interes de eternizar su nombre, interes personal que Horacio manifiesta sin rebozo, sino en honra de alguna virtud que despierte su entusiasmo, como en el episodio de Niso y Euríalo:

Fortunati ambo! Si quid mea carmina possunt,
Nulla dies unquam memori vos eximet ævo!

Los cuatro primeros versos de la *Eneida*: *Ille ego qui quondam*, de dudosa autenticidad, no pueden ser más modestos, como tampoco aquel epitafio que dicen se escribió él mismo poco ántes de su muerte:

Mantua me genuit; Calabri rapuere; tenet nunc
Parthenope: cecini pascua, rura, duces.

Después de la Égloga I viene en el orden cronológico la VI, dedicada por el poeta á Varo, probablemente aquel mismo Alfeno Varo á quien debió proteccion en circunstancias angustiadas, y que habia sido su condiscípulo en Nápoles en la escuela del epicúreo Siron. Apunta al principio de esta Égloga Virgilio bajo una agradab'e imágen la tentacion que ya habia sentido de elevarse su Musa á asuntos épicos, y la desconfianza en sus propias fuerzas que enfrenaba sus ímpetus. Apolo tirándole de una oreja le recuerda su condicion de pastor, á quienes só'o toca hacer sonar la rústica zampona, no la épicá trompa. En seguida el poeta introduce á Sileno, que sorprendido y obligado por dos sátiros y una ninfa, empieza á cantar los orígenes del mundo y varios pasajes de la fábula. Créese que Virgilio envió esta composicion á Varo como un recuerdo de sus estudios filosóficos, simbolizando en Sileno al citado Siron, y en los sátiros juguetones que le escuchan á sí propio y á su amigo. Al traducir Dryden al inglés esta Égloga, notó con sorpresa lo que se aparta el poeta de la cosmogonía de Epicuro, acercándose en algunos rasgos notables á la relacion mosaica: en el orden que sigue al separar primero los elementos, haciendo luego retirarse

las aguas á su lecho, y brillar los astros, y germinar los vegetales, y andar los monstruos por los bosques, todo ántes de que apareciese el hombre. Acaso el poeta bebía en las corrientes de la tradicion ó suplía con su talento la falta de noticias reveladas. Otra cosa rara hallo en esta exposicion, y es que se menciona el siglo de Saturno despues de Pirra ó sea del diluvio: asociacion de ideas en que nota Servio un metacronismo. Pero recuérdese que bajo muchos conceptos la figura mitológica de Saturno corresponde á la histórica de Noé; y esto explica cómo en las tradiciones gentílicas (verdades alteradas con ficciones, que aquí repite nuestro poeta), pudieron conservarse hermanadas las ideas de Saturno y del diluvio. Por lo demas, es sabido que en las figuras de Sileno y su pupilo Baco, personajes que suelen confundirse en uno solo, la crítica histórica descubre á Moisés.

Teología de Sileno intitula Servio esta Égloga VI, y aludiendo á algunas ideas contenidas en el libro VI de la *Eneida*, advierte que «muchas cosas se explican allí segun la alta ciencia de los teólogos egipcios.» Ni es de extrañar este concepto, si consideramos que Virgilio se dedicó en Nápoles á estudios profundos en todo género de conocimientos, y Nápoles era entonces depositaria de las tradiciones de los griegos, originarias en gran parte del fabuloso Egipto.

¿Ó por ventura tenia Virgilio conocimiento de las revelaciones de que era depositario el pueblo hebreo, bien por la antigua traduccion griega de la Biblia, bien por lo que de ellas tomaron los libros sibilinos, ó bien, finalmente, por el trato de israelitas venidos á Roma? Esto preguntan y suponen algunos comentadores al hallarse detenidos, como dice Cantú, en medio de las gracias de estilo de las Églogas, en la IV, compuesta inmediatamente despues de la VI, intitulada *Polion* y escrita en obsequio de éste en su consulado, año 714 de Roma, en la cual empezando el autor por anunciar un grande asunto envuelto en las humildes formas pastorales, anuncia el advenimiento de un niño que del cielo traerá consigo redencion y paz. Misteriosa y sorprendente esta Égloga en superior grado, ha suscitado varias cuestiones que, ejercitando la sagacidad de la crítica no han obtenido hasta el dia una solucion completamente satisfactoria. Lo primero, ¿quién

es ese niño cuyo nacimiento se anuncia? Dejando á un lado muchas opiniones que á este respecto se han producido, y que han sido materia de largas disertaciones, objetables todas ellas moral y cronológicamente hablando, la más probable es la de aquellos escoliadores que sospechan se refiere Virgilio á un hijo que en esos días debió nacerle al mismo Polion. Mas aún dando por averiguado este punto, se pregunta lo segundo: ¿cómo á sólo el hijo de un cónsul, por distinguido que éste fuese y por méritos que se hubiese adquirido como autor de la entónces recién firmada paz de Brándis, se atrevia nuestro poeta á aplicar tan grandiosos anuncios? Y lo tercero, ¿de qué fuentes tomó estos anuncios, si ya no son un inaudito arrojio de su imaginacion? Es digno de notarse, dice á este propósito el autor de *El Cristo y los anti-cristos*, que puntualmente bajo el consulado de Domicio Calvino y Asinio Polion, *te consule*, fué Herodes creado Rey de Judea por un senado-consulta, con la proteccion de Octavio y M. Antonio, en la olimpiada 184, año 714 de Roma. Sabido es que en la época en que Judá perdió el cetro era cuando debía venir el Deseado de las gentes. Heródes reinó 37 años, y á esta época refiere el primer evangelista el nacimiento de Cristo: *en tiempo de Herodes el Rey*. Al pasar el cetro á éste, el primero que lo fué extranjero en la Judea, el recuerdo de la gran profecía de Jacob, concordante con el término de las semanas de Daniel, despertó más vivamente en toda la Judea las esperanzas del advenimiento del Mesías. Los israelitas, que con sus tradiciones y libros se habian derramado por todas partes, llevaron á Roma mismo estos rumores, como lo atestiguan Tácito y Suetonio. De ahí, concluye el padre Dechamps, debió originarse la inspiracion de Virgilio.

Mas cualquiera que fuese el manantial donde bebió el poeta las ideas dominantes en el poema, y cualquiera que fuese el niño á quien tomó por objeto, ó mejor dicho, por pretexto de su canto, lo que hay verdaderamente admirable es la fe con que acoge el ajeno pensamiento, la fuerza de ingenio con que lo informa y engrandece, la pompa de estilo con que lo engalana y la brillantez con que lo ilustra. Todo esto es de Virgilio. ¿No existieron las mismas fuentes para Horacio y para Tácito? Pues Horacio y Tácito, siguiendo la opinion vulgar, no

aciertan á consagrar sino una palabra de desprecio á los ritos y á las esperanzas de los judíos. Que si Virgilio se empapó en los versos sibilinos, análoga pregunta puede hacerse de muchos de sus contemporáneos: ¿cómo no acierta ninguno de ellos á sacar como él y vivificar la hermosa verdad que se ocultaba en aquellos libros?

Por estas consideraciones, que adquieren mayor fuerza si se juntan, ya con el recuerdo de la integridad de vida y bondad de alma de Virgilio, ya con el exámen de su *Eneida*, yo por mi parte no siento la dificultad que otros criticos en esta parte para ofrendar mi admiracion como á vate verdaderamente inspirado á aquel á quien desde alta antigüedad han venerado en este mismo aspecto santos, reyes, poetas y filósofos. Eligiendo entre Padres de la Iglesia, recordaré á San Agustín, que todos los días acostumbraba ántes de cenar, segun él mismo refiere, leer algunos pasajes de Virgilio con sus amigos Alipio y Licencio, y que en el libro *De Civitate Dei* examina algunos conceptos de esta ruidosa Égloga. El emperador Constantino hizo leer una traduccion de ella en griego en el Concilio de Cesárea, como un involuntario testimonio de la gentilidad en honor de Cristo. Dante introduce á Estacio en el Purgatorio, dirigiéndole á su guía estos versos alusivos á los vaticinios de *Polion*:

—Tu prima m'inviaste
 Verso Parnaso á ber nelle sue grotte
 E prima appresso Dio m'alluminasti.
 Fascesti come quei che va di notte
 Che porta il lume dietro e a se non giova,
 Ma dopo se fa le persone dotte;
 Quando dicesti: Secol si rinnova,
 Torna giustizia e primo tempo umano
 E progenie scende dal ciel nova.
 Per te poeta fui, per te cristiano.

(*Purgatorio*, XXII.)

«Digno era de la Providencia,—dice José de Maistre,—ordenar que este clamor del género humano quedase resonando en los versos inmortales de Virgilio.» «En la filosofía de Virgilio hay algo de evangélico,—dice Cantú,—como si el Verbo se hubiese acercado á la tierra lo bastante para iluminar una

inteligencia privilegiada.» Oigamos á Víctor Hugo exornar este pensamiento:

Dans Virgile parfois, dieu tout pres d'etre un ange,
 Le vers porte a sa cime une lueur étrange.
 C'est que, revan déjà ce qu'a present on sait,
 Il chantait presque a l'heure ou Jésus vagissait,
 C'est qu'a son insu meme il est une des ames
 Que l'Orient lointain teignait de vagues flammes.
 C'est qu'il est un des cœurs que, déjà, sous les cieux,
 Dorait le jour naissant du Christ mystérieux.
 Dieu voulait qu'avant tout, rayon du Fils de l'Homme,
 L'aube de Bethléhem blanchit le front de Rome.

(*Les vois interieures*, XVIII.)

He elegido las citas entre muchas casi al acaso, y sin embargo, no pueden ser ni más elocuentes y autorizadas las primeras, ni ménos sospechosa la última.

De este magnífico himno en particular, y tambien, segun Fabricio, de la Égloga VIII, en que el poeta, á imitacion de Teócrito, canta ciertas hechicerías, no ménos que de la fama de estudioso y sabio que en su tiempo llevaba, unido todo al carácter desigual y fantástico de la época, provino la fama de santo á par que de mago de que gozó en la Edad Media nuestro Virgilio, en términos de consultarse sus versos como oráculos. De ahí tambien las mil anécdotas que de él circulaban en antiguos tiempos. Célebre es la gruta del Parsilipo, que el pueblo napolitano conoce tambien con el nombre de *Scuola di Virgilio*, camino de Nápoles á Puzol. Cuéntase que allí se retiraba el poeta á hacer sortilegios y á enseñar á los labradores habilidades mágicas en materia agrícola, á estilo de prácticas supersticiosas que vulgarmente se acreditan con el nombre de *oraciones* ó *rezos*. De un manuscrito de Juan Piccinardi, de Cremona, se infiere que en el siglo XV se acostumbraba en Mantua cantar en la misa de festividad de San Pablo un himno en honor de Virgilio, suponiéndose que habiendo llegado á Nápoles el apóstol, volvió una mirada hácia Pausilipo, en donde descansaban las cenizas del poeta, y lloró al pensar lo tarde que acudia para convertirlo al Cristianismo:

Ad Maronis mausoleum
 Ductus, fudit super eum
 Piæ rorem lacrimæ;

¡Quem te, inquit, reddidissem
Si te vivum invenissem,
Poetarum maxime!

Tierna y conmovedora leyenda, cuanto más al considerar la conformidad de los conceptos envueltos en la estrofa copiada, con aquellos sentidos versos del *Polion*:

¡O mihi tam longæ maneat pars ultima vitæ!...

Pero la Providencia, que eligió por precursor del Verbo al más grande entre los nacidos, según la expresión del Señor mismo, llamó también al más admirable de los poetas á anunciar al deseado de las gentes.

Hasta aquí las tres Églogas esencialmente originales de Virgilio: la I de carácter dramático, la VI teológica, la IV profética. En las otras, aunque imitaciones de Teócrito, hay alusiones á las cosas de la época y algunas veces novedad de sentimiento. Así algunos comentadores han creído ver en la Égloga V la apoteosis de Julio César, y otros han notado en la X, escrita en honor de Galo, colores nuevos con que allí matiza el poeta la pasión del amor. Por donde puede conjeturarse el fondo de pensamientos originales debidos principalmente á los vuelos de su mente en el mundo de las cosas invisibles, que contiene la sección ménos original de las obras de Virgilio, en la que algunos sólo descubren ensayos de breve y fácil ejecución en que se ejercitaba el poeta, empeñado en reblandecer la lengua de Lucrecio y acribar el estilo poético: observación exacta sin el exclusivismo del adverbio sólo. Él mismo determina el carácter de estas composiciones en aquel verso de *Polion*:

Si canimus silvas, silvæ sint consule dignæ;

y en estos otros de *Sileno*:

Agrestem tenui meditabor arundine musam;
Non injussa cano. Siquis tamen *hæc quoque*, siquis
Captus amore leget, te nostræ, Vare, myricæ,
Te nemo omne canet.

Es decir, que ciñéndose ostensiblemente á sus bosques y aún á sus grupos de tamarices, y ensayando la avena pastoril, el

poeta en simulados juegos aspira ya á serias é interesantes especulaciones.

A aquel periodo de su venida á Roma y su residencia allí, á que corresponde la composicion de sus últimas Églogas, se refiere la anécdota de aquel dístico que dicen hizo y estampó anónimo á la puerta de palacio en honor de Augusto:

Nocte pluit tota: redeunt spectacula mane;
Divisum imperium cum Jove Cæsar habet.

Y añádese que como el poetastro llamado Batilo se apropiase estos versos y por ellos mereciese un buen premio, Virgilio se contentó, en desquite, con escribir bajo los anteriores el siguiente:

Hos ego versiculos feci; tulit alter honores,

con este hemistiquio cuatro veces repetido:

Sic vos non vobis.....

Y como Batilo no acertase á acabar los cuatro versos comenzados á satisfaccion de Augusto, lo hizo así Virgilio en propia vindicacion y vergüenza del infeliz ratero:

Sic vos non vobis nidificatis, aves;
Sic vos non vobis vellera fertis, oves;
Sic vos non vobis mellificatis, apes;
Sic vos non vobis fertis aratra, boves.

Si bien es verdad que aquí se observa un ensayo de rima y artificiosa concordancia que no parece de aquellos tiempos ni de Virgilio.

Como quiera, Virgilio protegido por Augusto habitaba en Roma una casa en el barrio Esquilino, contigua á los jardines de Mecenas, con su excelente librería, que, como los demas recursos con que contaba, tenía á órdenes de sus amigos. Lo fueron suyos los literatos más ilustres de su tiempo, Horacio, Tibulo, Propercio, Galo, y los personajes más notables de la corte, Mecenas, Agripa, Melesa, Polion. A pesar de estas ventajas y la de una inmensa popularidad que honra altamente al pueblo romano, pero que para su tímido carácter fué más de una vez motivo de mortificacion (haciéndole entrarse á las casas cuando en las calles le mostraban con el

dedo y corrian á conocerle); allá en los años de 717 de Roma, á los treinta y cuatro de su edad, puesto punto á la composicion de las *Bucólicas*, y llevado acaso de aquel amor infinito de ciencia y recogimiento, aquel mismo que le hacia exclamar á Horacio:

O rus, quando ego te aspiciam!....

y á nuestro poeta:

Felix qui potuit rerum cognoscere causas!
Fortunatus et ille deos qui novit agrestes!

se retiró Virgilio á Nápoles, sagrario de las Musas y ciudad entónces excelentemente literaria; y á tiempos allí, y á tiempos en la Campaña Feliz, trabajó su segunda obra, las *Geórgicas*, poema que se considera generalmente como un modelo de elegancia y de primor. Se dice que acometió la obra por insinuaciones de Mecéna, deseoso éste de volver la atencion de sus contemporáneos, ya demasidamente militarizados, á las artes agrícolas y á las antiguas severas costumbres; ó, como imagina Gibbon, de hacer que los sañudos y dispados veteranos, bien hallados, pero mal familiarizados con los campos de los desposeidos labriegos, le tomasen el gusto á la economía rura^l. Sin apelar á estos recursos, las *Geórgicas* se explican fácilmente como obra de transicion entre las *Bucólicas* y la *Eneida*, pues semejan á las primeras en el objeto del poema, que es el campo, y la segunda en la seriedad del género é importancia de la obra. Siete años se dice que invirtió en su composicion. Como el objeto de^l poema es la naturaleza, y el hombre sólo interviene como accesorio, su mérito principal está cifrado en el estilo y los adornos, sin que en él centellee sino de tarde en tarde aquel sentimiento sobrenatural y moral que hemos visto brillar en algunas *Églogas* y de que vamos á hallar más grandes manifestaciones en el examen de la *Eneida*.

Es probable que al mismo tiempo que componia sus *Geórgicas*, ya nuestro poeta hubiese pensado en el plan de la epopeya que acometió luégo, é hiciese al intento apuntaciones; cuanto más si es cierto que primero la extendió en prosa. Pero los críticos concuerdan en referir la iniciacion formal de

esta obra al año mismo en que hubo concluido la anterior, el 714 de Roma. Lo cierto es que á ella consagró desde entónces sus vigiliás con una perseverancia aproximadamente religiosa. Su modo de trabajar consistía en hacer por la mañana algunos versos informes, que durante el día castigaba y redondeaba, comparando él mismo esta operacion con aquel modo que dicen gasta la osa de lamer y conformar sus toscos cachorros:

Mulcere alternos et corpora fingere lingua.

De esta manera de proceder, ó bien de supresiones, que no modificaciones, hechas en el texto por los encargados de la publicacion del poema, resultaron aquellos versos inconclusos (bien que no en el sentido, sino sola una ó dos veces), que á estilo de punta'es, como dice un gramático, ocurren de cuando en cuando en el poema. Así se afaná despacio Virgilio en diez años que empleó, los más en la composicion de los seis primeros libros de la *Eneida*, y el resto en los seis últimos.

Ya se hablaba en Roma con viva curiosidad del nuevo poema nacional.

Nescio quid majus nascitur Iliade,

decia Propercio, y Augusto mismo escribió al poeta, de los remotos confines de su imperio, á donde fué con una expedicion contra los cántabros, pidiéndole alguna muestra de la obra empezada. Hé aquí una de las respuestas del poeta, único fragmento en prosa que de él gozamos, cual nos le ha conservado Macrobio y le traduce Ochoa: «Con frecuencia recibocartas tuyas. Por lo tocante á mi *Eneida*, por Hércules, que si tuviera algun trozo de ella digno de que lo oyeses, te lo enviaria de buena gana; pero no está más que principiada, en términos que casi me parece locura haberme empeñado en tan grande obra, especialmente ahora que, como sabes, la llevo de frente con otros estudios de mucho más provecho.» Cediendo al cabo á las instancias del Emperador, Virgilio le leyó, dicen, en sesiones sucesivas, el libro II, el IV y el VI, que fueron acogidos con cordial entusiasmo. Creyendo su obra imperfecta, determinó el poeta marcharse á Grecia, á

donde proyectaba emplear tres años en castigarla y abrillantarla, aprovechándose para las narraciones de viajes, de su propia experiencia y de los nuevos coloridos que podía acopiar su imaginación en aquel país clásico de las bellas artes. Críticos demasiado sagaces creen que, partiendo á Grecia, deseaba Virgilio hurtarse á toda complicidad en los manejos del Emperador mejor que pudiera hacerlo en Nápoles, suponiéndole adverso á la causa del imperio. Pero la esfera del poeta era muy distinta de la política, lo que parecen desconocer estos críticos. Fuera de que era costumbre entre literatos visitar á Grecia, como iban los griegos á Egipto; así Terencio y Propercio. Fué en esta ocasion cuando le dirigió Horacio aquella oda, la segunda del libro I de sus *Carmina*.

Sic te diva potens Cypri,

la cual se va casi toda en una fuerte invectiva contra la audacia de los navegantes, en lo cual parece expresarse el disgusto con que los amigos del poeta le veian ausentarse. Meses despues de llegado á Atenas, y cuando se ocupaba en revisar sus obras, tocó en aquella metrópoli Augusto, de vuelta de Oriente, y le comprometió á acompañarle á Roma; pero endeble complexion él desde muy niño, sus dolencias se habian agravado, y empeorado con la travesía, murió aún no bien aportó á Bríndis en 22 de Setiembre del año 735 de Roma, 19 ántes de Cristo y 51 de su edad. Instituyó herederos á su hermano medio, Valerio Próculo, en union de Augusto, Mecenas y los que despues fueron fiduciarios editores de su *Eneida*, Lucio Vario y Plocio Tuca; ordenó que sus restos mortales se trasladasen á su querida Nápoles, como se hizo, y añaden que mandó se quemase su *Eneida*, juzgándola demasiado imperfecta; ó fuese (no en mi concepto, si en el de los mismos sagaces críticos ántes aludidos) por lisonjear contra Augusto á los amantes de la libertad patria; ó fuese por temor de que se publicase con alteraciones; pero asegurado de sus amigos, ó revocó la orden, ó, como Plinio apunta, Augusto impidió se cumpliese lo que el divino Mantuano dejó en su testamento mandado, segun la expresion del buen Cervantes. Tal es en el orden material de los hechos la historia de la *Eneida*. La

de sus ediciones y variantes del texto ocuparía volúmenes, pues, despues de la Biblia, apénas habrá otro libro que cuente mayor número de impresiones.

Es la *Eneida*, desde luego, y Virgilio quiso que lo fuese, un poema verdaderamente nacional, destinado á suplir la falta que en esta parte padecia Roma. Al efecto tomó el poeta por sujeto de su canto una antigua leyenda, segun la cual Enéas, salvado de las ruinas de Troya, llegó al Tíber, y conquistado el país de los latinos, fundó la ciudad de Lavinio. Adornando este asunto con todos los primores que pudo sugerirle su imaginacion, y mediante los recursos del arte, Virgilio en los doce libros de la *Eneida*, y bajo el comun sello de historia nacional, reunió un admirable conjunto de sucesos providenciales que, empezando en la destruccion de una ciudad de Asia como primer eslabon, termina con el engrandecimiento de Roma y la paz del mundo bajo el cetro de Augusto. En este punto de vista, puesta á un lado la ejecucion, se colige el entusiasmo con que debió de ser acogido el poema así por el príncipe como por el pueblo cuyas tradiciones é intereses refundió el poeta bajo el glorioso nombre de Roma.

Mas ¿cómo hubo de suceder, pregunta un crítico francés que un poema como aquél, expresion legitima de Roma, de la Roma de todos los tiempos, la Roma fabulosa, la de los reyes, cónsules y emperadores, haya podido convertirse en obra de interes comun para todos los pueblos, en libro del género humano? Cree el mismo crítico poder satisfacer á la dificultad concluyendo que de la feliz insercion que hace el poeta de la fábula y de lo maravilloso en la historia, resulta el amor con que imparciales lectores saborean el poema. No estoy dispuesto á suscribir á este dictámen. El maravilloso es ciertamente de suyo seductor halago de la imaginacion; pero no basta á interesar el entendimiento y el corazon. Las *Mil y una noches* son un modelo como obra de imaginacion, pero no pueden compararse con la *Eneida*; son dos obras de distinto género. ¿Qué tiene de más ésta sobre la otra? Que allá lo maravilloso es lo esencial; acá, es sólo la decoracion del pensamiento.

Otro crítico de la misma nacionalidad, M. Saint-Beuve, que

tan alto ha rayado por su ingenio refinado y adivinador (que algunas veces apura hasta el extremo de dar en lo temerario y lo ficticio), especulando sobre la causa de la perpetua popularidad de Virgilio, insiste en fundarla ante todo en el tono de actualidad que da el poeta á los asuntos que elige y el viso de juventud con que los presenta, aunque ellos sean de extraccion antigua y extraña; en el talento que le reconoce para modernizar; en la facultad que en él admiraba Fox de marcar con la estampa de la novedad las más ajustadas imitaciones. «Cuando un poeta—concluye nuestro crítico,—tiene genio y poder para expresar tan bien el sentimiento presente y actual de su nacion (grande ó pequeña, siempre que sea gloriosa), para exaltar el entusiasmo de su dominacion y grandeza triunfal, representando así fabulosos orígenes y coloreando lejanas perspectivas, todo lo reúne entónces, y nada le falta ya para llenar de admiracion y encanto su propio siglo y el porvenir.» Su propio siglo, enhorabuena; pero los venideros, ¿por qué? Esto es lo que querria explicar el elegante autor del *Étude sur Virgile*, y lo que no puede explicar con una patente falacia de ampliacion. Lograra más bien su propósito si acertara á desenvolver lo que vislumbra cuando en otros lugares del mismo Estudio, que mal se concilian con el precedente, advierte que para Virgilio la narracion épica es «un género de poesía que se empalma con la historia, el amor de la religion, el de la patria.... con todas las grandes afecciones virtuosas;» que hay en el poeta «algo de humanitario y hasta piadoso, de que sólo muy pocos, y eso no sin mezcla que lo degradase, participaban en su tiempo;» y en fin, que «él nos da anticipado sentimiento de otra civilizacion.» Identificase esta apreciacion con la del espiritual Pastor Diaz; pero Saint-Beuve, falto de fe como hombre, carece de profundidad como crítico; revuela, pero no explaya las alas. Por eso enumera, ménos la capital, y muy diestra y sutilmente individualiza las cualidades eximias de Virgilio, á saber: su deliciosa familiaridad con la vírgen naturaleza; su culta afición á los maestros y á los libros, siempre respetuoso por la venerable antigüedad; su erudicion sesuda; su anchuroso corazon, lleno de patriotismo, de liberalidad y de ternura; y últimamente (propiedad principal esta vez en la

opinion del clasificador), el instinto artístico que da unidad al conjunto, conveniencia á las partes, y á todo el tono propio y la mejor forma; ó sea, su gusto acendrado y correctísimo. Mas si el crítico nos hace al paso admirar el talento con que Virgilio descubre lo que hay de romano en las leyendas troyanas, ahí se queda, sin estudiar lo que vale más, es decir, el modo como el poeta, despues de latinizar á Troya, iguala á Roma con el mundo.

Ha de haber, pues, en la *Eneida*, á sombra del pensamiento nacional, un pensamiento universal, un pensamiento digno del hombre, supuesto que al hombre interesa. Este pensamiento brota de la vision religiosa, de las concepciones sobrenaturales del poeta, que más que los de un pueblo, profesa los dogmas de la humanidad; y este pensamiento consiste, á mi modo de ver, en que siempre refiere el hombre á la especie, el presente ó lo porvenir, y todo á una voluntad divina. Si en la pintura de una naturaleza pujante, de sentimientos enérgicos, de figuras heroicas, á estilo de Miguel Ángel, en que se revela el brío de los tiempos antehistóricos, se fincase el mayor mérito de un poeta, no habria que vacilar en poner á Homero sobre Virgilio, como ponía Byron los libros del antiguo Testamento sobre el Evangelio. Pero en la concepcion de cómo la filosofía providencial interviene en las cosas humanas, no sólo se aventaja Virgilio á Homero, sino que quizá no hay poeta que en esta parte exceda á Virgilio. Cantó mismo, al propio tiempo que da la preferencia á Homero sobre Virgilio, al ver sucumbir á Héctor, tipo del héroe antiguo, defensor de la patria y la religion, confiesa que la *Iliada* es la celebracion del «odioso espectáculo, siempre antiguo y siempre nuevo, de la mala suerte que suele tocar á la virtud en el mundo.»

Homero canta la actualidad, Virgilio mira al porvenir; el poeta griego humaniza á los dioses, el romano eleva al hombre y adora la Providencia; el uno concibe lo maravilloso, el otro adivina lo sobrenatural.

Descendamos á los pormenores y al modo como aquél y éste consideran al hombre.

Homero en la *Iliada* canta la venganza de Aquiles ofendido y sus funestos resultados en el campo griego; en la *Odisca*,

la prudencia de Ulises peregrino, cuyos compañeros perecen de insensatos: hechos aislados que contienen en sí mismos su explicacion y su desenlace, de donde no se saca más instruccion que las lecciones de escarmiento apuntadas por Horacio en su célebre epístola *Trojani belli scriptorem*. Virgilio canta á un varon que sale de una ciudad destruida, y guiado por la voluntad de los dioses, va á fundar la cuna de la civilizacion. La *Iliada* narra un episodio de una guerra, y puede considerarse como el principio del género dramático-heróico. La *Odisea*, las aventuras de un viaje, y ya en ella se dibuja la fisonomía del poema caballeresco y de la novela. Pero Virgilio concibe la unidad de los tiempos y las cosas, y crea el poema filosófico-histórico; Virgilio canta la mision del hombre en la mision de un hombre, y emprende el poema humanitario, á donde no alcanzan ni Dante, que visita á la humanidad juzgada, mas no la acompaña en su migracion providencial sobre la tierra; ni el Tasso, que celebra un suceso enlazado ciertamente con los intereses del género humano, pero cuya fecundidad, que imparcialmente no podrá negarse á las Cruzadas, no se presenta de lleno, con todo eso, al lector del poema, ni se conexiona fuertemente con el asunto peculiar del poema mismo; ni ménos Milton, imitador de modelos inconciliables, tan buen cantor de ángeles caidos como inepto conocedor del hombre, al cual, áun no bien salido de las manos de Dios, ya le hace hablar, segun la aguda observacion de M. Taine, como si fuese un miembro del Parlamento inglés.

En los rasgos generales y en muchos pormenores del poema se diseña el dogma de la fraternidad de los pueblos. El héroe, aunque supuesto ascendiente de sus reyes, es para los romanos un forastero; lo que sería para nosotros Cortés ó Quesada, si ya en la adquisicion de la independenciam se nos hubiese ocurrido reclamar como nuestra la herencia de nuestros padres, más bien que invocar los nombres de la raza conquistada. Enéas representa á Troya, Troya destruida por los griegos; y sin embargo, de una ciudad griega ha de salir la primera esperanza de salud. Nada más elocuente como frase humanitaria que aquella de Dido:

Non ignara mali miseris succurrere disco,

que nos trae á la memoria el mandato de Moisés á los hebreos de ser benévolo con el siervo, recordando que ellos mismos gimieron en servidumbre. Nada tampoco puede presentarse más noble en el mismo sentido que este otro verso de la misma :

Tros tyriusque mihi nullo discrimine agetur,

en que se borra toda diferencia entre nacional y extranjero. Sepárase Enéas de Cartago porque los dioses lo compelen á cumplir su mision; pero no sin protestar que recordará eternamente los recibidos beneficios. Hace la guerra á los latinos porque ponen obstáculos á su mision, pero no sin solicitar como prenda de conciliacion con el pais que conquista la mano de la hija del Rey. El derecho de la guerra no viene aquí de la fuerza ó la supuesta virtud de la venganza, como en Homero, sino de las reminiscencias de un comun origen y de los decretos del Cielo; y la conquista no tiene por objeto, como allá, la destruccion, sino la fusion de las razas. Juno misma, que, partícipe de pasiones humanas, representa en el poema el espíritu malo ó de prueba, que interpone embarazos en toda empresa grandiosa, se resigna al fin á la voluntad de los Hados. Ni canta el poeta á Roma en el sentido egoístico que aún hoy distingue á un orgullo nacional mal calificado de patriotismo, sino con miras más elevadas: Roma para él no se debe á sí misma; se debe á la union providencial de elementos propios y forasteros; su grandeza nace, no de la ciega decision de la suerte, sino del ejercicio de virtudes en largos siglos; el término de su mision no es el triunfo, sino la paz y la justicia. Compárese, si no, la profecía de Júpiter en el libro I de la *Eneida* con la descripcion del siglo de oro anunciado en la Égloga IV, pues ambas piezas se refieren á un mismo pensamiento, á una misma esperanza, y se verá que el poeta presentia algo semejante al reino espiritual realizado por Roma cristiana:

—Toto surget gens aurea mundo.

Aspera tum positis mitescent sæcula bellis.

Simboliza Enéas la mision en general del hombre y de los pueblos, y en especial la vocacion de algunos destinados á

llevar una cruz más pesada como también una corona más noble. La historia de su vida es la de sus sufrimientos y esperanzas: sale de una ciudad inmediata, con sus dioses en brazos, su padre en hombros, y en torno escasos restos de su pueblo; y tras largos años de contratiempos, echa por fin en tierra extranjera los cimientos de un porvenir glorioso para los suyos. El reposo es su objeto, pero no un reposo gratuito, sino remuneratorio de fatigas. Resucitar á Troya es el objeto de sus constantes esfuerzos:

Per varios casus, per tot discrimina rerum
Tendimus in Latium, sedes ubi fata quietas
Ostendunt; illic fas regna resurgere Trojæ.

Así, virtud, perseverancia, martirio y resurrección compendian el conjunto de la misión del héroe, lo mismo que la de todo hombre y todo pueblo que sabe corresponder á su vocación.

Y precisamente esta vocación insistente que busca por donde quiera á Enéas para recordarle la futura Roma, es lo que da unidad al poema en medio de la amena variedad de sus episodios. En efecto, desde la última noche de Troya, en que Enéas recibe la orden de marchar á Occidente á fundar un poderoso imperio, hasta la postrer batalla, en que Juno allana el obstáculo casi insuperable de sus iras, Roma, dice M. Magnier, reaparece constantemente como la idea dominante del poeta. Roma se le descubre con sus glorias en la visión de los infiernos; Roma suena en las tradiciones del Lacio; Roma brilla en el escudo de Enéas. Todo en la *Éneida* habla de Roma; Roma hace la unidad del poema.

Partiendo de estas consideraciones, fácil es explicar moralmente cosas que literariamente se han juzgado defectos. Á la observación que acabo de consignar, el citado crítico añade como objeción, que de la época en que floreció el héroe del poema hasta la fundación de esa Roma, objeto de sus miras, cae un espacio demasiado considerable para que ésta pueda admitirse, como pretende el poeta, por causa final de la acción. En la *Odisea* sentimos vivamente los motivos humanos que atraen á Ulises á la patria: en la *Éneida* sola la voz de los dioses llama á los troyanos á Italia. Virgilio da una

importancia capital á los motivos sobrenaturales. ¿No se ve aquí el influjo de sus sentimientos profundamente religiosos? Pero motivos de esta clase no explican satisfactoriamente, se nos dirá, la conducta de los hombres. Fuera de que los hombres inspirados trabajan con mayor entusiasmo que lo hicieran si sólo los moviese la esperanza de ver los frutos de árboles que siembran en bien de sus descendientes, Virgilio se anticipa á contestar la objecion, haciendo que á cada momento aquel motivo sobrenatural tome en el orden material formas adecuadas á persuadir é impeler la débil naturaleza del hombre, que á veces lucha con la persuasion más clara. Así, si desalentado Enéas á vista de un porvenir lejano y tal vez incierto, imagina establecerse en Tracia, en Creta, en Cartago, en Sicilia, el poeta suscita ya la leccion terrible de un hombre convertido en árbol, ya el azote de una peste asoladora, ya las reconvenciones de un dios alado, ó ya, en fin, la voz de los dioses del suelo natal ó el ceño adusto de la sombra de un padre. De este modo se abrevia la distancia que separa á Enéas de Roma; de este modo la Ciudad Eterna llama al héroe en sombras y en sueños, pero asediándole tambien con halagos y temores reales, inmediatos, conmovedores.

Tissot, viendo las cosas por el lado opuesto, extraña los momentos de desaliento que afligen al héroe en su larga y contrastada peregrinacion. Magnier cree natural esta desesperanza, atendida la debilidad material del motivo sobrenatural y de un objeto remoto; al paso que Tissot la cree indigna de un hombre tal como él se figura que debia ser el héroe de un poema épico. ¿Cómo ha de blandear ni por un momento el hombre escogido por los dioses; ni cómo dudar aquel á quien su madre misma, la diosa Vénus, ha prometido un feliz éxito en su grande empresa? Mas esta censoria pregunta pudiera hacerse de los elegidos mismos del Dios verdadero. Vaciló Moisés y dudó Simon Pedro: el príncipe de los profetas y el príncipe de los apóstoles. Tissot aspira á un ideal falso: Virgilio concibe lo verdadero. Virgilio comprendió que el mérito de los hombres grandes no está en no caer, pues siete veces cae el justo, sino en levantarse y seguir por la misma emprendida senda. Hija es la virtud del favor del cielo y de la correspondencia del hombre; pero entre uno

y otra médua nuestra débil naturaleza con sus desconuelos y sus errores. Por eso Virgilio, al desenvolver la accion del poema, al lado de los milagros pone las virtudes y entre ambos las flaquezas, para que en medio de estos elementos brille la simpática figura del hombre desgraciado y perseverante: *Virum cano*.

Estas consideraciones servirán asimismo para corregir la ilusion óptica de los que, al pasar de Homero á Virgilio, notan una gran inferioridad en Enéas respecto de Héctor. Virgilio no mide la grandeza humana ni por la próspera fortuna ni por las fuerzas físicas, sino por la religiosidad y el valor:

—Quo justior alter
Nec pietate fuit, nec bello major et armis.

Enéas lucha hasta la desesperacion en la última noche de Troya y consagra su vida á la salvacion de sus dioses y la rehabilitacion de su pueblo. Los argumentos que se han sacado en desdoro de las altas prendas del héroe resultan de una falsa interpretacion, como veremos adelante.

Para almas groseras, para pueblos incultos, la grandeza humana está en la dureza del pecho, en la fuerza de los brazos y en la velocidad de los piés. Concibe más correcta y más espiritualmente la grandeza humana el que, fundándola en virtudes intrínsecas, la busca sin embargo en el hombre mismo, tal cual es cuando es bueno, valeroso pero no omnipotente, severo pero no inaccesible á la ternura: de modo que, sin derribar gigantes ni matar hidras, combata como leal, y sin rendirse á la seduccion de los sentidos, ame y llore. Por eso es tan bello en el Mahabarata de los hindúes, aquel episodio en que la jóven Diamanti, llamada á elegir esposo, ve delante de sí cinco mancebos iguales: cuatro de ellos eran dioses que, ansiosos de obtener su mano y á fin de engañarla, creyeron conveniente asimilarse al jóven Nalo. Ella ruega fervientemente al cielo que aquellos pretendientes se manifesten en su verdadera forma. «Entónces—dice el poeta— los dioses se manifestaron: no tocan sus piés al suelo; inmóviles aparecen como estatuas de cristal coronadas de siempre frescas flores; no mueven los párpados, ni el sudor les mancha la frente, ni sus cuerpos proyectan sombra. Nalo se

presenta bello, pero con una belleza oscurecida por el polvo y el sudor propio de la humana naturaleza, su cuerpo proyecta sombra, huellas deja en el suelo, y en sus ojos se pinta el temor y el amor. Por estas señales Diamanti le distingue y lo elige por esposo.»

Virgilio asimismo tiene la cordura de presentarnos su héroe como un hombre grande, no como un gigante. Y es tanto más de celebrar el tino del poeta, cuanto distingue el mérito real de su héroe de las especiales cualidades que en él descubre una admiración superficial ó apasionada: así, Dido se enamora de Enéas al considerar sus dotes puramente varoniles, su majestuosa figura, su facundia y sus proezas:

¡Quem sese ore ferens, quam forti pectore et armis!

miéntras que para el poeta lo que caracteriza á su héroe no es esto, sino sobre todo sus virtudes: *insignem pietate virum*. Procediendo con tan espiritual discernimiento, Virgilio se aparta del paganismo, que levanta aras á los brutos grandes y fuertes y diviniza al hombre aumentando groseramente sus facultades físicas, y manifiesta presentir las inspiraciones de una religion cuyo divino fundador, en medio de su infinito poder, quiso dar ejemplos de humana grandeza, luchando con la tentacion, llorando amargamente y sudando sangre. ¿Y cuál es el título de superioridad que, respecto del arte pagano, presenta el arte cristiano, sino el de distinguir la debilidad de la culpa, el dolor del crimen, la pobreza del deshonor, y haber dado tanta belleza al dolor, á la pobreza y á la debilidad misma?

En cuanto á los compañeros de Enéas, no se puede negar que hacen un papel muy oscuro; sin que para explicar este defecto hayamos de apelar á las razones, más especiosas que sólidas, al decir de Heyne, con que Voltaire y Addison pretenden cohonestarlo. Yo creo que esta falta es consiguiente al carácter del poema, cuya accion es de aquellas providenciales en que, alrededor de un ilustre caudillo, se agrupa un pueblo que no delibera, sino que cree y obedece. Tal vemos á Moisés guiando á los hebreos al traves del desierto; tal á Colon, abriendo con ignorantes marinos rumbos nuevos en la inmensidad del Océano. El caudillo es un hombre ins-

pirado, pensamiento que ilustra y voluntad que mueve. No se sigue de aquí que la *Eneida* carezca de caracteres: fuera de la acción del poema, á las orillas, digámoslo así, del camino, en los episodios con que el poeta ameniza la narración, introduce con rasgos fuertes y lineamientos peculiares, al pérfido Sinon, á la tierna Andrómaca, á la enamorada Dido, al afectuoso Niso, y otras realzadas figuras, que pasan, es verdad, sin adherirse íntimamente á la acción general, porque de otro modo embarazarían la acción ó alterarían el pensamiento profundo de que resulta su hermosa unidad.

La antigüedad, dice Schoell, no presenta cosa alguna comparable con el libro IV de la *Eneida*. Y sin embargo, de este magnífico episodio suele sacarse el cargo más fuerte contra el carácter del héroe, y por consiguiente, contra el mérito del poema. La conducta de Enéas con Dido manifiesta, dice Blair, una dureza y falta de ternura que están muy léjos de hacerlo amable. Para juzgar este hecho volvamos á poner las cosas en el punto de vista en que las sitúa el poeta. Enéas, sobreviviendo á su patria, á pesar de sus esfuerzos para hallar la muerte, recibe de su madre la misión de restaurar á Troya en un país lejano llamado Italia. Italia es el templo que esperan sus dioses, la herencia en que ha de reinar su hijo, la tierra prometida de descanso para su pueblo, el porvenir de la nación cuyas renacientes glorias han de aplacar los ofendidos manes de su rey y sus amigos: y él, sólo él, es el encargado de descubrir y conquistar á Italia. Con la investidura de esta gran misión y bajo el peso de esta múltiple deuda, llega Enéas arrojado de una tempestad á la hospitalaria Cartago. La reina Dido se enamora vehementemente del caudillo troiano; circunstancias excepcionales los enredan en misteriosos lazos, y envuelto en ellos, Enéas olvida que el tiempo corre, que el deber le llama. Júpiter toma á su cargo recordárselo, enviándole á mediodía un mensajero alado que le despierte del letargo. Además, la sombra de su padre le aparece en sueños y le reconviene con un terrible silencio. Enéas resuelve obedecer la voz del cielo que le ordena partir, y toma providencias para preparar á este trance el ánimo de Dido. Ella, enloquecida al saberlo, recurre alternativamente al ruego y á las amenazas; pero Eneas, sin verter

una sola palabra dura, sin tener tampoco que recoger ó violar promesas, se dá á la vela, y sin saberlo, ocasiona la desastrada muerte de la amante desgraciada. Hay faltas que censurar en la imprudente mansion de Enéas en Cartago; hay dureza en su conducta posterior, pero es la dureza del que sacrifica afectos en aras del deber religioso. El lector cristiano, admitiendo como santa toda inmolacion decretada por Dios, se resistirá con todo á ver este carácter de sacrificio agradable en el procedimiento de Enéas. Defecto es éste más de la falsa religion que conocia el poeta, que del poeta mismo. Si en vez de Júpiter viésemos á Jehová, la escena cambiaria de aspecto. Nada más duro, y sin embargo, nada hay tampoco más sublime, que la obediencia de Abraham al alzar la cuchilla sobre la cabeza de su hijo muy amado. Virgilio sintió la insuficiencia del motivo capital, ocasionada sólo, como he dicho, de la falta de un fundamento religioso más sólido, y apoyó con razones más sensibles la conducta de Enéas: no sólo le hablan los dioses, sino tambien la sombra de su padre; un poder fatal le cierra los oidos y le embota la sensibilidad, á fin de dejar expedito el imperio de la razon. Pasado el trance doloroso, cuando baja el héroe al infierno y se encuentra con la sombra de Dido, vuelven á abrirse las fuentes del llanto que habia cegado la fuerza del destino. El hombre es naturalmente ó duro ó tierno; sin un sentimiento religioso muy profundo, no puede hermanar la severidad en el deber con la blandura en el afecto. Esta doble naturaleza, que se descubre en el juez íntegro que llora al delincuente á quien condena, es la del hombre que gimiendo se separa de la mujer á quien ama, y que alternativamente, obra del poeta que le inspira, halla la voz elocuente del deber cuando con los ojos fijos, *immota lumina*, dice:

Sed nunc Italiam magnam Grynæus Apollo,
 Italiam Lyciæ jussere capessere sortes:
 Hic amor, hæc patria est;

y el acento de la ternura, *dulci amore*, cuando con llorosos ojos exclama:

Invitus, Regina, tuo de litore cessi.
 Siste gradum, teque adspectu ne subtrahe nostro.
 Quem fugis? extremum fâto, quod te adloquor, hoc etsi.

A propósito de Dido, notan todos los críticos la esplendidez con que el autor expone la historia del amor, la exactitud con que señala sus rasgos característicos y el calor con que copia su lenguaje. Pero hay otra cosa que notar, no ajena al punto en que venía ocupándome: me parece que Virgilio no da al amor de los sexos carácter moral alguno, á diferencia de los mil afectos humanos en que se resuelve la caridad; no considera al amor como sentimiento racional, sino como una pasión cruel, una enfermedad á un tiempo física y mental. Por lo ménos así pinta á Galo en la Égloga X, así á Dido en la *Eneida*. Cupido la envenena, *fallasque veneno*: fuego, herida, llaga, son las notas con que el poeta determina su estado, é *infelix* el epíteto con que la designa. Esta me parece ser la razón por qué al señalar en el infierno su lugar á las mujeres que sufrieron penas de amor, incidiendo en una confusión que los críticos no aciertan á explicarse, las reúne todas, buenas y malas, en un mismo bosque de mirtos. Ello es que las considera á todas ellas como almas enfermas y corazones lacerados de una llaga sempiterna:

Hic quos durus amor crudeli tabe peredit
 Secreti celant calles, et myrtea circum
 Silva tegit: cursæ non ipsa in morte reliquunt!

Dícese también que la conquista del Lacio es odiosa, y que el lector se siente dispuesto á tomar parte con Juno en contra de Enéas. Mas ¿hay conquistas ordenadas por la Providencia para bien de los hombres? Como tal se justifica á nuestros ojos la conquista de Canaan por los hebreos, lo mismo que la de América por los cristianos europeos. Con este mismo carácter presenta Virgilio la del Lacio, y si nos sentimos inclinados en favor de los latinos, lo hacemos por el mismo sentimiento de lástima que nos mueve en favor de los araucanos y de todo pueblo destinado á sucumbir para que se cumpla la divina justicia. Mitíbase un tanto este sentimiento si nos elevamos á las consideraciones que sugiere la filosofía de la historia. En el Lacio, lo mismo que en Méjico cuando la invasión de Hernando Cortés, existía la esperanza de un anunciado extranjero. La conquista es una de esas formas violentas con que manifestaba Dios á menudo su voluntad ántes de la ley

de gracia, y á las cuales hubieron de amoldarse la razon y el brazo de los hombres. Por eso se confundia la fuerza con la virtud, y la mayor fuerza con el derecho. Virgilio se hace eco de estas opiniones, no obstante su presentimiento de un nuevo modo de organizarse el linaje humano, basado sobre principios más sueves y espirituales. Lo que hace ciertamente desgraciado el plan del poema en los últimos cantos es el no haber el poeta hecho simpática la conquista con circunstancias bastante honoríficas al conquistador, por querer tal vez acomodarse demasiado á la tradicion, la cual, léjos de traer á Enéas para libertar á alguna cautiva princesa, le exhibe en cierto modo como adversario rival de un esposo digno de mejor suerte. El poeta presentó el hecho como providencial, pero olvidó justificar con antecedentes históricos la voluntad de los dioses.

Nótese, en medio de todo, que no es á los panegiristas de Homero á quienes toca presentar estos defectos como familiares de Virgilio. Censuran á Enéas su disposicion á llorar, y olvidan que llora como hombre, ya de amor, ó ya por compasion profunda, cuando Aquiles llora de rabia como un chiquillo. Se pronuncia contra la conquista del Lacio, y no recuerdan que al estudiar á Homero, el lector desocupado y justo se pone del lado de Héctor, como confiesa Bryant en el prefacio de su excelente traduccion de la *Iliada*. Seamos admiradores de Homero en lo que es digno de admiracion, pero no queramos imponernos por eso el deber de despreciar injustamente á Virgilio.

Como quiera que sea, tales son los principales defectos literarios que descubre la crítica en la *Eneida*. Ya dependan en parte de la insuficiencia de la mitología griega para suministrar los móviles religiosos que el poeta solicitaba, ya de la tradicion de que él no debia desviarse sino con suma caute'a, estos mismos defectos manifiestan en general, como hemos visto, el sobrenaturalismo que hace el fondo de la accion, y que, estampando en las obras de Virgilio el sello de la originalidad, le mereció al autor, de boca de Alejandro Severo, el justo renombre de *Platon de los poetas*.

El pensamiento fundamental de la *Eneida* es un pensa-

miento religioso; *pius* es el epíteto designativo del héroe al mismo tiempo que lo es característico del poeta. Mas éste, para desenvolver aquel pensamiento, hubo de complementar lo con los recursos de una ciencia variada y amena, adornarlo con los risueños prestigios de la imaginación, y animarle, en fin, con el calor del sentimiento. Y viniendo á la ciencia, no extrañemos que tan largo espacio de tiempo consagrara el autor á la composición de poemas que suponen una erudición sólida y menuda, en tradiciones y costumbres, en filosofía é historia, en letras griegas y latinas, en astronomía y en náutica; en suma, en todos los ramos que en aquel entónces constituían el saber humano. Por esta razón sus narraciones y descripciones son tan exactas é instructivas, de tal modo que sus versos, dice Fabio Paulino, brotan sustanciosos del vasto fondo de su doctrina. La descripción del infierno es uno de los episodios en que más felizmente se ven los recursos de las ciencias humanas servir al pensamiento religioso, exornado todo con inspiraciones del sentimiento y productos de la fantasía.

Porque, mal que le pese á un crítico ántes citado, lo maravilloso como maravilloso no es, no debe ser, la esencia de un poema épico. Así lo entendió Virgilio al usar de imágenes como expresión de hechos inmateriales, lo mismo que nos valemos de palabras para significar las cosas materiales. En esto se distingue el aparato mitológico de nuestro poeta de las invenciones, muchas veces vacías, siquiera sean sorprendentes, del genio oriental. Raras veces nos describe monstruos, y los que acaso introduce, por ejemplo, los cíclopes y las arpías, los toma de la literatura griega, no sin añadirles algún fin moral ó anexarles algún sentido simbólico. En una palabra: Virgilio no es un vagabundo y desorientado narrador de cuentos deslumbrantes como los más de los poetas arábigos y de los modernos novelistas; sus episodios son científicos, sus imágenes sacramentales, y éstas y aquellos, adjuntos de un pensamiento social.

Con este conjunto de elementos todavía no lograría el poeta producir el encanto con que sabe seducirnos si no lo animase todo con el calor de un sentimiento sostenido. Fruto es éste de una alma de suyo tierna y delicada, que no gastada en li-

cenciosas costumbres, anda con la alegría de la juventud, ve los objetos con limpieza de intencion y comunica á cuanto toca la frescura de sus impresiones y el aroma de su virginidad. Este es el principal secreto de la superioridad de Virgilio. *Si vis me flere, dolendum est tibi primum.* Virgilio nos hace sentir, porque sabe sentir; y porque siente como amante hijo, como leal amigo, como hombre bueno, por eso nos pinta con tanta exactitud los rasgos del amor filial, de la amistad, y en general, de la bondad de corazon. De aquí particularmente nacen en la conducta de sus personajes la verdad de las situaciones, la consecuencia de los procederes y la elocuencia de los discursos.

Y así como en el orden de las ideas se eleva nuestro poeta á la concepcion de la voluntad de la Providencia como norma de lo verdadero y de lo bueno, en el orden de los sentimientos presenta siempre el desinteres y el sacrificio voluntario como distintivo de nobles afectos y de bellas acciones. Los sectarios de Epicuro, que modernamente han calificado de piadosa necedad aquel verso atribuido á santa Teresa de Jesus:

Aunque no hubiera cielo yo te amara,

no lean á Virgilio, porque no lo entenderán. Enéas al salir de Troya no tiembla por sí, sino por lo que lleva en sus hombros y á su lado. Niso y Eurialo sucumben *fortunati ambo*, en una competencia de abnegacion en que cada cual trata de inmortalarse por la salvacion del otro. Palinuro, el mísero piloto á quien un sueño traidor, asaltándole en una noche serena, ahogó en el mar sin que nadie lo sintiese, se presenta á Enéas, sombra errante, á las orillas del lago Estigio, le refiere brevemente el suceso, y «por los mares te juro—añade,— que en el extremo trance no tanto temí por mí cuanto que tu nave, perdido el timon y privada de piloto, no pudiese resistir al ímpetu de las ondas alteradas.»

Quizá por una falsa interpretacion se han reprendido algunos pasajes como contradictorios con las dotes del poeta arriba enunciadas. Pondré dos ejemplos notables en lo relativo á la consecuencia y oportunidad de las acciones, ambos tomados del libro II de la *Eneida*. Enéas en el palacio del rey

Prámo ve á este anciano sucumbir á los golpes de Pirro, sin acudir por eso á su defensa, en lo que manifiesta, dicen, deslealtad y cobardía. El cargo es injusto si se considera que Enéas no habia entrado al palacio sino por una puerta excusada, y en la ocasion no se hallaba cerca del Rey: éste aparece en el fondo del patio, á par de un altar que habia allí á cielo descubierto:

Ædibus in mediis, nudoque sub ætheris axe;

miéntras Enéas andaba en los altos, sitiado por el fuego, circunstancias de que sólo pudiera aprovecharse, no ya para acudir á defender al Rey, mas sólo para darse muerte, como del texto resulta que se la dieron sus compañeros:

—et corpora saltu
Ad terram misere, aut ignibus ægra dedere;

de modo que para salir del palacio Enéas hubo de bajar y abrirse milagrosamente paso por entre el creciente incendio:

*Descendo, ac ducente Dea, flammam inter et hostes
Expeditior;*

Ni es posible admitir una interpretacion contradictoria con los antecedentes y consiguientes, que nos presentan al héroe ocupado del solo pensamiento, del solo deseo de morir gloriosamente con las armas en la mano: *pulchrumque mori succurrit in armis.*

Consideraciones semejantes cabe hacer respecto de la conducta observada por Enéas con su mujer Creusa. No habiendo podido hallar la muerte en porfiados combates y entre infinitos peligros; desamparado de los suyos, solo, y compelido por su madre á salvar su familia, acude Enéas á su hogar y resuelve llevarse á su padre, esposa é hijo, y salvarlos de una ciudad abrasada y destruida. El padre se rehusa á partir. Desesperado Enéas, trata de salir á buscar otra vez la muerte. Mas su mujer se echa á sus piés en el umbral, y alza á sus ojos el fruto de sus amores. En este momento una milagrosa llama que vibra sobre la cabeza del tierno Ascánio, persuadiendo á Anquises de la voluntad de

los dioses, le determina á emigrar. Enéas lleva en sus hombros al caduco padre y de la mano al débil Ascanio: Creusa debe seguir sus pisadas. La buena mujer desaparece en el camino. Al notar su falta, Enéas, blasfemando y gimiendo, torna á la ciudad á buscarla; pero la sombra de la misma Creusa le aparece y le tranquiliza explicándole la necesidad de su ausencia. No es cautiva de los griegos: la madre Cibéles la acoge á su lado. Creusa debía desaparecer, y el poeta prepara el lance. Han creído algunos críticos que esta preparación no sólo resulta de los hechos naturales sino del adverbio, nada fino, dicen, ántes bien impropísimo en boca del héroe, con que expresa al salir de la casa paterna la manera como debe seguirle la pobre Creusa:

—*Longe servet vestigia conjux.*

Desgraciadamente, dice Magnier, *longe* supone demasiada distancia. Esta orden *de suivre de loin*, ¡cómo debió de afligir á la sensible Creusa! exclama Tissot. ¡Pero *longe* significa *de léjos*? Más adelante dice el mismo poeta: *Pone subit conjux*. El brasilero Mendes, en las notas de su traducción portuguesa de Virgilio, sostiene que aquí *longe* no significa *de léjos* sino *mucho*, modificando á *servet*. Aun con más plausibilidad puede, á mi ver, traducirse *por largo trecho*, esto es, hasta haber salido del peligro: «hasta haber salido del peligro siga Creusa mis pisadas.» En el libro VI, v. 476, aparece el mismo adverbio *longe*, en frase análoga, y aunque ménos favorables así la significación del verbo que allí se usa como las demás circunstancias á adoptar la traducción que propongo, con todo Hernandez de Velasco no duda traducir la frase *largo trecho*; Aníbal Caro dice allí mismo *lungo spazio*, y Ochoa *largo tiempo*. Con más razón se tacha que Enéas no note la falta sino quizá demasiado tarde, sin que baste á disculpar su olvido la intervencion sobrenatural que se aduce; como tambien es censurable el que al salir del palacio le ocurriese matar á Elena, como á causa de tantos males; si bien, en medio de su frenesí, le detiene la consideración de que matar á una débil mujer no es acción digna de un hombre. Mientras lucha la ira con la razón, Vénus se aparece para inclinar la balanza por la última. Este pasaje, además, no se registra en

los mejores y más antiguos manuscritos de Virgilio: exclusión decretada, bien, como supone Servio, por los primeros editores Vario y Tucca, bien por el autor mismo, como se deduce de las pruebas internas que al intento consigno en mi comentario de la *Eneida*, libro VI, v. 519.

De su exquisita sensibilidad, no sin el auxilio del arte, nace en Virgilio la oportunidad de las arengas que introduce, su verdad y conveniencia. Rollin, en su *Tratado de los estudios*, analiza detenidamente el discurso que en el libro I de la *Eneida* pronuncia Juno. Virgilio conoce el tono de los afectos, las inspiraciones de las circunstancias, los toques de la conversacion. Pondré tambien muestras de pasajes en que los discursos de Virgilio han sido mal juzgados, acaso sobre una torcida interpretacion.

En medio de una horrible tempestad Enéas, alzando las palmas al cielo, pronuncia el discurso que todos conocen consignado en el libro I de la *Eneida*. Gime al ver que con sus compañeros va á perecer en el mar. Tissot critica acremente este pasaje. Repúgnale ver al sucesor de Héctor temblando como una mujer. Virgilio no dice, sin embargo, tal cosa. Gime Enéas, cierto; mas este gemido no es una voz cobarde ni un grito inoportuno como insinúa Tissot. El héroe, observa Donato, no manifiesta temer la muerte, sino una vergonzosa, cual se consideraba por los antiguos el naufragio; *frigore*, dice el mismo, no está por *timore*: significa la impresion física que hubo de causar en el héroe, al mismo tiempo que la borrasca, el horror de la situacion. Habla Enéas de sí, no porque se olvide de los suyos, como entiende Tissot, más porque, rey y caudillo, en su persona se representa su pueblo; y lo que es más, como lo primero que naturalmente le ocurre es el sentimiento de no haber muerto en Troya, parece más noble y digno que diga sencillamente: «¡Oh! ¿por qué no sucumbí yo peleando como bueno?» incluyendo en esta frase la natural consecuencia de la destruccion de su familia y de su pueblo, que no si dijese: «¡Oh! ¿y por qué no murió ántes mi hijo á manos del invasor? ¿por qué no fueron robadas las mujeres que traigo en mi compañía? ¿por qué no perecieron mis compañeros todos ó los tornó cenizas el incendio de Ilión?» Todo esto sería absurdo. El sen-

timiento que expresa Enéas es sencillo, es noble, y lo compendia este verso que Quintana pone en boca de los héroes de Trafalgar, al verse oprimidos, más que del enemigo armado, de los adversos elementos:

Ah! pereciese yo, pero lidiando!

Más que severo, injusto me parece Tissot en la crítica que hace de las palabras de Enéas en el interesantísimo y magistral episodio de Andrómaca, libro III de la *Eneida*. Andrómaca, la noble viuda de Héctor, había sido arrastrada cautiva por Pirro. Eleno, hermano de Héctor, sufría la misma cautividad. Ausente y muerto Pirro, Eleno casa con Andrómaca, y herederos del primero, se hacen reyes en Epiro, en donde fundan á Butroto, sobre la misma traza de la arruinada Troya. Habiendo llegado de improviso á estas costas Enéas y hallándose con Andrómaca, que á la sazón ofrecía en las afueras de la ciudad un fúnebre homenaje á la memoria de Héctor, ella, toda sobrecogida, le pregunta si es realidad ó es sombra del otro mundo, y si lo último, le pide razón de Héctor. Enéas contesta, según la traducción de Ochoa: «Vivo, sí, arrastrando una miserable existencia entre crudos afanes. No lo dudes; lo que estás viendo es una realidad. Mas ¡ay! ¿qué lance cruel te derribó de la altura en que te puso tu primer marido? ¿Cuál fortuna, digna de él y de tí, es ahora la tuya? ¿Eres, oh Andrómaca, la viuda de Héctor ó la esposa de Pirro?» El príncipe troyano, apunta aquí Tissot, es poco feliz cuando habla con mujeres, y su última indagación es una estocada que no le merecía ciertamente la viuda de Héctor. Yo creo que el crítico supone aquí en Andrómaca una exagerada y mal entendida delicadeza; y deja de sentir el verdadero mérito, la verdadera cortesanía de la pregunta de Enéas. Heyne tampoco penetra el sentido, y supone que hay error en el texto, ¿pues cómo pregunta Enéas, dice, sobre aquello de que tiene previo conocimiento? Puntualmente, al interrogar á Andrómaca, le da á entender que sabe sus desgracias para evitarle el rubor de contarlas ella, y se muestra ignorante de la reparación que la suerte le ha hecho, para que sólo se sienta obligada á responder sobre este punto. Sin embargo, Andrómaca no vacila en recordar sus pasados infor-

d

tunios, bien que llorando, y aún emplea expresiones como ésta: *servitio enixæ*. que descubren en ella más humano sentimiento que afectada vergüenza. Recuerde Tissot que Andrómaca no nació en la corte de Luis XIV; era una matrona antigua, y en este concepto deben juzgarse sus palabras y las de Enéas.

Si ha de permitírseme una ligera digresion, entre varios pasajes de escritores españoles que concuerdan con el citado episodio de Andrómaca, ¿quién no recuerda aquella escena de la *Devocion de la Cruz* de Calderon, jornada II, en que Eusebio sorprende á Julia en su convento?

Eus. Julia! ah, Julia!
Jul. Quién me nombra?...
 ¿Eres, para pena mia,
 Voz de la imaginacion,
 Retrato de la ilusion,
 Cuerpo de la fantasia?
Eus. Julia, escucha! Eusebio soy
 Que vivo á tus piés estoy.

Resabios de mal gusto afean sin duda este pasaje, no indigno á pesar de eso de ser cotejado, siquier fuese para realzar el contraste, con el delicado episodio de Virgilio, por quien, como Tissot, promete desde la portada de sus *Estudios* sobre el gran poeta, compararlo *avec tous les poètes épiques et dramatiques anciens et modernes*. Tissot, sin embargo, no se acuerda de nuestros grandes poetas, y más vale al cabo su silencio que los gravísimos errores en que incurrieron Voltaire, La Harpe y cuantos paisanos suyos osaron juzgar una literatura que no conocian; pero ese silencio es por otro lado censurable, si se atiende á la promesa universalísima contenida en el título de sus celebrados *Estudios*.

Pasando al estilo, en el de Virgilio se distinguen el orden, la precision y la propiedad, dotes en cierto modo de matemático. Como esta ciencia fué una de las que más ocuparon su atencion, á su aficion á la geometría pueden tal vez atribuirse hasta cierto punto, dice Dunlop, aquellas ideas de orden lucido y método magistral, y aquella regularidad en los pensamientos que señalan sus producciones. Cualidades, he dicho,

en cierto modo matemáticas, de que hubiera resultado un poema duro y frío:

Estatua muda que la vista admira
Y que insensible el corazón no adora,

si estos pulcros y acabados contornos no los animase constantemente el fuego del sentimiento, que dije servía asimismo al poeta para humanizar sus concepciones sobrenaturales. De aquí ese conjunto de belleza y ternura, de grandeza y menudos primores, que dan materia de elogio al que examina sin sentir, y motivo de complacencia al que siente sin examinar.

El orden lúcido que brilla en Virgilio es á un tiempo fruto de su genio contemplativo y obra de arte, y así se oculta en el fondo del pensamiento como resalta con vivos colores en las formas superficiales de que lo reviste. Virgilio ama los grandes contrastes y las graves compensaciones que presenta la historia del hombre y de los pueblos, lo mismo que las antítesis de conceptos menudos, de sombras y de tintas. De ahí la variada contraposición de los cuadros de la *Eneida*: la caída Troya contrasta con la naciente Cartago; los amores con las guerras; la alegría de los juegos y los triunfos con los golpes de adversa fortuna. El infeliz Aqueménides usa las mismas frases que el pérfido Simón: el uno salva á los troyanos, el otro los pierde. De la tumba de Anquíses salta una serpiente de fausto agüero que recuerda la funesta de Laocoonte. El silencio aterrador de Dido en los infiernos cuando Enéas le habla con lágrimas, se corresponde con el de éste cuando ella también llorando le hablaba. Juno, la implacable enemiga de Enéas, en su discurso del libro VII de la *Eneida* repite frases de aquél en el libro I. Las muertes ejecutadas por los troyanos en el Lacio dejan vengado en la mente del lector el ultraje sufrido por Priamo. Luégo, estas oposiciones que ocurren de libro á libro, de cuadro á cuadro, se reproducen á cada paso como en miniatura dentro de cortas frases. En el libro I de la *Eneida* nos pinta el poeta á grandes rasgos el horror de una tempestad, y luégo nos describe el apacible abrigo del puerto. Pues bien, mediante una atinada elección de palabras, logra ofrecer á la mente una semejante combinación de téticas y risueñas imágenes en pasajes como los

siguientes (en que con un guion distingo las partes contrapuestas):

Illi indignantes, magno cum murmure montis,
Circum claustra fremunt.—Celsa sedet Æolus arce,
Sceptra tenens, mollitque animos, et tempera iras.

A. I. 55.

Interea magno misceri murmure pontum,
Emissanque hiemem sensit Neptunus, et imis
Stagna refusa vadis, graviter commotus;—et alto
Prospiciens, summa placidum caput extulit unda.

A. I. 124.

Irruimus densis et circumfundimur armis,
Ignarosque loci passim, et formidine captos,
Sternimus;—adspirat primo fortuna labori.

A. II. 383.

Centum oratores augusta ad mœnia regis
Ire jubet.
—Ipse humili designat mœnia fossa.

A. VII. 153. 157.

En muchos pasajes se nota una distribución simétrica en los conceptos y frases, semejante á las ingeniosas combinaciones de la poesía de los hebreos; pondré ejemplos:

O fortunati, quorum jam mœnia surgunt!
Æneas ait, et fastigia suspicit urbis.

Cada hemistiquio ó cuasi-hemistiquio hace juego y forma sentido con el correspondiente del verso inmediato; así, *Æneas ait* se refiere principalmente á *O fortunati y et fastigia*.... á *quorum*.... El sentido es que Enéas exclamó primero, «¡Oh felices!» y sí continuó diciendo: «aquellos que ven erguirse ya sus muros», fué puntualmente al mismo tiempo que alzaba á mirar á los techos de la ciudad, que debían naturalmente parecerle más altos á medida que entraba por las calles de la misma.

Rursus in arma feror, mortemque miserrimus opto;
Nam quod consilium, aut quæ jam fortuna dabatur?

A. II, 655

Consilium responde á *in arma feror; fortuna á mortem opto*.

Fama—

Parva metu primo, mox sese attollit in auras,
Ingrrediturque solo, et caput inter nubila condit.

A. IV, 174.

Esto es: *parva, ingreditur; sese attollens, caput condit*.

La repetición de palabras refuerza en ocasiones el paralelismo:

Pan etiam Arcadia mecum si iudice certet,
Pan etiam Arcadia dicat se iudice victum.

B. IV, 58.

Este artificio es semejante al que aparece en algunas conceptuosas inscripciones, por ejemplo, en ésta que se leía en la puerta de la antigua Audiencia de Bogotá:

Hæc domus odit, amat, punit, conservat, honorat,
Nequitiam, pacem, crimina, jura, probos.

Esto es: *odit nequitiam, amat pacem, etc.*

Este estudio de contraponer pormenores se nota también mucho en las comparaciones. Compara el poeta (A. VII, 378) la desesperación de la reina Amata con el girar de una peonza; y al examinar las frases en que la comparación está concebida, observa Anthon «la peculiar propiedad de la combinación de *sine more furit* con *curvatis fertur spatiis*; del enloquecedor veneno de la serpiente con el furioso impulso del látigo; del *magno in gyro* con el *immensam per urbem*; del asombro de la juvenil multitud con el de los habitantes de Laurento al ver las extrañas vueltas de su reina.» Observaciones igualmente agudas en punto á comparaciones, es fácil hacer hojeando el voluminoso comentario del ilustre jesuita toledano La Cerda.

Es asimismo peculiar de Virgilio el talento con que expresa conceptos filosóficos en el estilo más natural y candoroso. El cuadrito dibujado en la *Eneida*, II, 314-317, es una obra acabada de observación psicológica, y con todo eso no desdice en boca del mismo autor de lo que se narra.

Uno de los más graciosos y calladamente intencionados artificios del poeta consiste en combinar en una misma frase un concepto general con uno particular, y combinarlos sin

confundirlos, de modo que, según se omita ó se exprese alguna palabra que el autor colocó en lugar estudiado, la frase aparece alternativamente en un sentido genérico y en el individual que conviene al contexto. Por eso no hay circunstancia á que no pueda aplicarse algun verso de Virgilio, y de él puede hacerse el elogio que Quintana hace de Quevedo como autor de excelentes versos aislados. Por eso mismo Virgilio tenía siempre respuestas para los que en la Media Edad consultaban el sentido misterioso de sus versos. No le enfade, pues, al ingenioso D. Antonio María Segovia la costumbre de citar, incompletas literalmente hablando, frases cuyo sentido se complementa, se amplía y espiritualiza gracias á una omision autorizada, al parecer, por el poeta mismo, como cuando decimos: *¡O fortunatos nimium sua si bona norint! Ferit æthera clamor. ¡Quantum mutatus ab illo! Virginis os habitumque gerens, et virginis arma.* Vuelven estas expresiones á tomar su sentido particular en esta forma:

¡O fortunatos nimium, sua si bona norint,
Agrícolas! G. II. 458.

—Ferit æthera clamor

Nauticus. A. v. 140.

—Quantum mutatus ab illo

Hectore! A. II. 274.

Virginis os, habitumque gerens, et virginis arma

Spartanæ. A. I. 315.

Aun hay cierta simetría sistemática en pasajes en que los críticos han notado tal vez todo lo contrario. De bello desorden califican todos ellos y de apasionada figura el *moriámur et in media arma ruamus*, en que parecen invertidas las ideas. No niego yo que la frase cae cómodamente en boca de un desesperado combatiente; pero no por eso creo que si el poeta colocó los dos verbos en el orden en que están, fué únicamente para denotar la confusion de ideas de aquel en cuya boca pone esas palabras. Hay ambas cosas: espontaneidad de parte del interlocutor y arte del poeta. Costumbre es de Virgilio (y lo advierto por servir esta indicacion para entender muchos pasajes) el dividir un pensamiento en dos conceptos,

y enlazándolos por una conjunción, poner primero el más general: así, en vez de *montes ingentes*, dice *monlem et montes*, A. 1, 61. Lo mismo sucede en muchísimos pasajes: véanse estos del mismo libro citado: *Arma virumque cano*, A. 1, 1. *Italiam.... Lavinaque venit Littora*, A. 1, 2. 3. *Italiam.... tiberinaque Ostia*, 13, 14. *Cælum tempestatesque*, 255. *Ferro et compagibus arctis*, 293. Lo mismo acaece en *Moriamur et in media arma ruamus*. *Moriamur* indica la muerte en general: lo demas especifica el modo de morir: *morir peleando*. Raro es el caso en que nuestro poeta invierte el orden de los conceptos, poniendo primero el particular ántes del general, como se ve en *pateris libamus et auro*, G. 11, 192. Todo esto servirá para ir iniciando á los lectores en el arte oculto del poeta.

Pero no debemos confundir la regularidad de las matemáticas aplicada á las formas poéticas como á las bellas artes, con el rigor lógico de exponer y de enseñar las ciencias. De método se ha dicho que carecen las *Geórgicas*. Contestando este cargo Delille, distingue el método de las obras de raciocinio y el que ha de observarse en las poéticas. En éstas, dice, debe seguirse cierto orden en la exposicion, pero hay tambien que impresionar y variar: el poeta ha de poner cada cosa en el punto de vista más favorable; cambiar formas y matizar colores. La lectura de un poeta, concluye, debe parecerse más á un sosegado paseo que á un penoso viaje. Estas observaciones son especialmente aplicables á las *Geórgicas*. Para templar la aridez de una obra didáctica sobre agricultura, el autor comprendió que le convenia interpolar amenos episodios, mezclando la dulzura á la utilidad, segun el consejo más que el ejemplo de Lucrecio. Es de aplaudir asimismo el tino con que, sin alterar el orden cronológico de los hechos, empieza la narracion de la *Eneida* desde un punto interesante, supliendo la omision de los antecedentes en el discurso que pone en boca de Enéas y que ocupa el libro II y el III.

No ya de exuberante en adornos y entremezclado de episodios, sino de árido y crudo en demasía, tacha Tissot el libro III de la *Eneida*. Por mi parte, estoy satisfecho con la sobriedad de Virgilio. Lo está, y mucho la alaba, Saint-Beuve, segun el cual á la gracia suave y bucólica propia de las impresiones juveniles, era necesario que sucediese en la epopeya

virgiliana el paisaje histórico con su sólida y sazónada belleza. ¿Adónde iríamos si fuese el poeta á describir por menor todos los lugares en que toca Enéas en su largo viaje? Cuanto más que en esta parte no es propiamente el poeta sino el héroe el que habla, excitado por Dido, deseosa de oír *breviter* sus aventuras, y aprovechando el corto espacio de una noche harto avanzada: *Nox humida cælo præcipitat*. Episodios como el de Andrómaca, las arpías, los cíclopes y Aqueménides, bastan en mi concepto á amenizar las correrías de Enéas. Ir más allá en el empeño de decorar la narracion, sería escribir una novela, que no un poema, y pecar contra un sabio precepto de buen gusto, graciosamente explanado por Boileau en su *Arte*: héle aquí, segun la elegante traduccion de Arriaza:

Autor hay que prolijo no descansa
 Si su objeto no apura y desmenuza.
 Se le ofrece un palacio, y lo primero
 La fachada te pinta: una por una
 Por las estancias todas te pasea;
 Cada dos pasos á un balcon te asoma
 Para que notes los balaustres de oro:
 Un vestíbulo aquí, la escalinata
 Por otro lado, y por contar del techo
 Los óvalos, la nuca te destruye.
 Todo astrágalos es, festones todo.
 Yo voy saltando páginas, y apenas
 por el jardín me salvo escabullido.
 Huye tú así tan vanos pormenores;
 Siempre lo que es supérfluo es enojoso
 Y empalagado el gusto lo repugna.
 Sabe escribir quien sepa ser conciso.

La concision y la propiedad se dan la mano en Virgilio. Mucho me tendria que extender para hacer sentir el tino que le guia en la eleccion de circunstancias y de epítetos. Para no repetir lo que otros han dicho, me ceñiré á satisfacer á una censura propuesta por Hermosilla á un bello pasaje del libro I de la *Eneida*. Aunque severo por naturaleza y por hábito, es Hermosilla un crítico generalmente exacto en sus apreciaciones y merece nuestro respeto. Por esto mismo me detendré á contestarle, y porque en esta respuesta notaré un modismo que sirve de clave para explicar muchos pasajes difíciles del mismo Virgilio y de otros autores clásicos. Con-

cierne la crítica del célebre traductor de Homero al pasaje en que, presentándose Enéas á Dido, dice el poeta que Vénus habia aderezado al hijo la cabellera, dado á su rostro el purpúreo brillo de la juventud y comunicado á sus ojos una dulce expresion:

—Namque ipsa decoram
Cæsariem nato genitrix, lumenque juventæ
Purpureum, et lætos oculis afflarat honores.

A. 1, 589.

«Virgilio dándole á *afflare*,—dice aquí Hermosilla (*Arte de Hablar*, 1, 3, 5.),—la significacion trasladada de comunicar una cosa, no hizo más que emplear una metáfora ya usada por otros y no mal escogida, y hasta aquí nada hay que censurar. Pero cuando dice que Vénus *inspiró* á su hijo una hermosa *cabellera*, todo hombre inteligente ve con dolor que la metáfora no se sostiene, porque no se inspira una cabellera á nadie. Cuando continúa y dice que le inspiró tambien una purpúrea luz de juventud, tampoco se sostiene bien la metáfora, porque no se inspiran luces y ménos de juventud. Finalmente, cuando concluye que inspiró á sus ojos *honores alegres*, es todavía peor, porque no se inspiran á los ojos de nadie honores, y mucho ménos honores alegres ni tristes.» Concluye Hermosilla pidiendo perdones por atreverse á criticar al segundo poeta del mundo, á un escritor del gusto más fino y acendrado, advirtiéndole que no lo hiciera si no fuese cierto que delante de la razon y del buen gusto calla toda autoridad. Para desvanecer las objeciones del ilustre crítico, me permitiré oponerle las siguientes consideraciones gramaticales: 1.º En las lenguas antiguas, cuando un mismo verbo se refiere á varios complementos, sólo debe tomarse en su sentido íntegro delante del más inmediato y suplirse delante de los demas con la modificacion de sentido que el caso demande: por tanto, *afflarat* se refiere en todo el sentido que lleva á *lætos honores*, y en sentido modificado á los otros acusativos. 2.º Cuando un verbo se constituye con sustantivo acompañado de un adjetivo, este adjetivo suele ser predicado enfático, es decir, que el verbo afecta al adjetivo directamente, é indirectamente al sustantivo; así en *afflarat lætos honores*, *afflarat* afecta á *lætos* más bien que á *honores*.

como si se dijese: *lætitiám honorum*. 3.º Una fidelidad extrema es una extrema infidelidad: así *lumen* no debe traducirse *lux*, ni *honores* como suena, tanto más que en las lenguas antiguas el plural se usa muchas veces, bien para significar abundancia como en *fragrantia mella*, bien por pura elegancia como parece se ha empleado en el presente caso, bien por otros motivos ajenos á la índole del mismo accidente en castellano. Por todas estas razones el pasaje puede traducirse sin mínima violencia de este modo: «Su madre habia aderezado graciosamente sus cabellos, iluminado su juvenil semblante, é infundido en sus miradas una noble animacion.» En cuanto á la significacion recta de *afflarat*, la figura de que aquí se sirve el poeta es la misma del historiador sagrado cuando refiere que, habiendo Dios hecho al hombre de barro, *inspiró á su rostro un soplo de vida*.

Manoseada es la cuestion de si un poeta como Virgilio ha de traducirse en verso ó en prosa. Que de todos modos la empresa es árdua, nadie lo pone en duda, y si las asperezas de un trabajo son argumento bastante para censurar á quien lo acomete, nada más fácil que fulminarla; á la mano está la sentencia que en el famoso escrutinio de la librería quijotesca pronunció el Cura, á propósito de la traduccion del Orlando Furioso por don Jerónimo de Urrea: «que le quitó mucho de su natural valor, y lo mesmo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua, que por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento.»

Mas si no hemos de pretender que la copia emule en un todo al original, entre los que por descolorida desdeñan la version de los poetas en prosa, y los que por libres condenan las traducciones poéticas, opino que los buenos poemas, para darlos á conocer en lengua extranjera hasta donde la diferencia de idioma lo comporta, han de traducirse en prosa y en verso; y la razon es clara: para este efecto la prosa y el verso tienen sus ventajas respectivas, que recíprocamente se compensan, y sus peculiares inconvenientes, que mutuamente se subsanan. La prosa habla; la poesía canta.

La traducción en prosa es útil á los estudiosos, porque les facilita y aclara la inteligencia del original; la traducción en verso puede ser muy provechosa á la literatura, pues si es buena, la enriquece con un producto de que puede envanecerse como de cosa propia, por la nueva forma que toma y por las grandes dificultades que, vencidas, dan legítima posesión del objeto á que se aplicó la elaboración. Tesoros que adquirimos son en este caso las traducciones, según el pensamiento de Delille; y sin salir de Virgilio, no otra cosa ha sido para la lengua francesa la del mismo Delille, lo mismo que para el italiano la de Anfibal Caro, y para el alemán la de Voss. Tesoros para la literatura por una parte, y fuentes por otro lado de enriquecimiento para la lengua, pues en el empeño de amoldar las bellezas extranjeras al genio del habla nativa, cuando es mano de poeta la que trabaja en el yunque, saltan giros atrevidos y elegantes frases que, nuevas sin ser innovaciones, se convierten de huéspedas en vernáculos, y acrecientan el caudal sin alterarlo. Muchas de las más bellas que en Fray Luis de León saborea el lector y anota el hablante, son de extracción virgiliana, redondeadas en el taller del traductor. Esta estrofa, por ejemplo, de la *Profecía del Tajo*:

Cubre la gente el suelo;
 Debajo de las velas desaparece
 La mar: la voz al cielo
 Confusa y vária crece;
 El polvo roba el día y le oscurece;

está evidentemente calcada sobre aquellos versos de Virgilio:

—Latet sub classibus æquor.

A. iv, 582.

It cœlo clamorque virum, clangorque tubarum.

A. xi, 192.

Eripiunt subito nubes cœlumque diemque.

A. i, 88.

Ha de ser la traducción una copia fiel del original; pero hay muchos y opuestos modos de serlo. En prosa, puede reproducirse fielmente el vigor de las voces y la estructura de las frases, pero sacrificándose la belleza poética y hasta muchas veces la claridad, á causa de la diferencia de idioma: por lo

que se ha dicho que una extrema fidelidad supone una infidelidad extrema. Más difícil en la ejecución, así como más libre en el desempeño y ménos ajustada á la letra del texto, la traduccion en verso alcanza mayor fidelidad en cuanto imita la armonía y la elegancia, la nobleza y la majestad, la delicadeza y la gracia, y demas dotes generales del estilo. Es más: cosas menudas hay que en verso mejor que en prosa se trasladan; tales son desembarazados giros, expresivas figuras y osadas construcciones. ¿Tiene la prosa colores para copiar dignamente la descripcion que hace Virgilio de la tempestad, ó los furores de Dido, ó los reinos de Pluton?

Otro de los encantos de la poesía que mal puede imitar la prosa, es, dice Delille, el vencimiento de la dificultad. Una de las cosas, añade, que más hondamente nos impresionan en una estatua, en un cuadro, en un poema, es ver la flexibilidad del mármol, la animacion de la tela y el libre movimiento de los versos en medio de las duras trabas de la métrica. Esto, así como la elevacion de estilo y ciertas figuras, desaparece en las traducciones en prosa, fieles, repito, en otro concepto, y provechosas en otro sentido.

Dicho sea, por último, en favor de las traducciones en verso, ahondando y resumiendo sus excelencias, que habiendo en toda produccion poética tres cosas que considerar: 1.º, el pensamiento; 2.º, su manifestacion sensible, ó sea la palabra, y 3.º, su figura, ó sea el metro, sólo en verso puede imitarse lo que en verso se escribió. Por más que se enlace la prosa poética, ella no es la poesía, ni jamás el procesador logró alzarse en boca de las gentes con el renombre divino de poeta. Creando Dios al hombre «á su imagen y semejanza,» le dió el talento de invencion. Inventor es el arquitecto que edifica un palacio; inventor, de órden más elevado, el filósofo que funda una doctrina. Mas el poeta que da á sus creencias, sentimientos y ficciones, en suma, á las emanaciones de su sér. una forma imperecedera, es en quien mejor se ve realizado el aserto bíblico. Distinguese la prosa de la poesía en que aquélla es una manifestacion informe del pensamiento, es el limo que ha de servirle de cuerpo; miéntras en ésta aparece amoldado, digámoslo así, figurado. En prosa se traslada la materia, la figura se pierde; el traducir en verso implica el

doble trabajo de quitarle al pensamiento la forma en que estaba encarnado y darle otra semejante. Dice bien con este punto de vista la expresion de Cervantes arriba citada: que los libros de versos, traducidos, no llegarán al punto que tuvieron en su *primer nacimiento*; como si dijésemos que la poesía es una creacion donde el pensamiento y la forma, como en el hombre alma y cuerpo, nacen unidos; y que una traduccion poética es una refundicion, un renacimiento. De aquí la dificultad de hacerlas buenas; que sólo el talento puede interpretar al genio; pero de ahí tambien, si son tales, la estimacion que adquieren entre las gentes de buen gusto.

En cuanto á los pormenores, aprovechándome de los recursos que me ofrecian los buenos poetas castellanos, al modo que dice el señor Torres Amat haber entresacado frases de autores ascéticos para incrustarlas á tiempos en su traduccion de la Biblia; al hallar, por ejemplo, el *arrectis auribus adsto*, que si se traduce literalmente *atiendo con las orejas empinadas*, todos convendrán con Hermosilla en que la expresion resulta baja y chabacana, y si se traslada *atiendo con vivísimo interes*, nadie me negará que la figura desaparece, yo no he vacilado en acomodar como equivalente de la latina, la frase *tiendo el oido*, tomada de Ercilla, *Araucana*, XI. Del mismo modo para volver todo el sentido del verso 1.º del libro II de la *Eneida*:

Conticuere omnes, intentique ora tenebant,
lo he expresado en los tres siguientes:

En profundo silencio recogidos
Quedaron todos, y *al traves del viento*
Fijáronse en el héroe los sentidos;

á imitacion de aquel elegante rasgo de Pedro de Espinosa en su deliciosa *Fábula del Genil*:

Y las vistas suspensas y divinas
A Bétis fueron *penetrando el viento*.

Y no temo que se me trate de plagiarlo porque con clásicos giros adorno mi traduccion; cuanto más si se repara que eminentes poetas no han escrupulizado ornamentar con semejantes reminiscencias, como con galas consagradas, sus propios pensamientos. Sin salir de la citada *Fábula*, el bellissimo

hemistiquio copiado me trae á la memoria aquel pasaje en que Quintana, en sentido ménos atrevido, lo reprodujo literalmente:

Oh! despertad! El humillado acento
Con majestad no usada
Suba á las nubes *penetrando el viento*.

Espinosa dice:

—Tambien tu orilla
Mereció á Febo, como el sacro Eurota,
Por quien desprecia Júpiter su silla;

y Bello en su silva *A la Zona tórrida*:

Tú das la caña hermosa
De do la miel se acendra
Por quien desdeña el mundo los panales.

Esto es lo que el mismo Bello, en su juicio sobre Olmedo, llama «diestras imitaciones en que se descubre una memoria enriquecida con la lectura de los autores», á diferencia de los plagios serviles. Más léjos fué un célebre poeta español copiando en todo, si mal no recuerdo, estos otros versos del mismo poema:

Debajo de las aguas cristalinas.....
En aposentos de esmeraldas finas.

En cuanto á mí, como traductor que no sólo trata de sacar á relucir los tesoros de la lengua en una competencia dificultosa, sino tambien de utilizar felices inspiraciones ocasionadas ántes por la lectura del mismo poeta que se traduce, no he vacilado en tomar, ya un giro de Garcilaso, ya frases enteras de Leon, como acaece en estos pasajes:

Blanda la tierra me será, pastores,
Si en los montes cantáreis, cuando muera,
Vosotros los de Arcadia mis amores.
Egl. X, terc. 21.

Y otra vez bodas en foráneo suelo
Llorarán los troyanos; y esa esposa
Cuánto traerá de afan, cuánto de duelo!
A tí y á tus vasallos cuán costosa!
Eneida, lib. VI, oct. xx.

Copio el siguiente pasaje del episodio de Andrómaca con la

traducción, como muestra de los lugares en que, mediante la libertad que permite la versificación castellana, procuré imitar los giros y modismos originales, sin que me alabe de haberlo logrado satisfactoriamente:

Sollemnes quum forte dapes, et tristia dona,
 Ante urbem, in luco, falsi Simoentis ad undam,
 Libabat cineri Andromache, Manesque vocabat
 Hectoreum ad tumulum, viridi quem cespite inanem.
Et geminas, causam lacrimis, sacraverat aras.
 Ut me conspexit venientem, et Troia circum
Arma amens vidit, magnis exterrita monstros
 Deriguit visu in medio; calor ossa reliquit;
 Labitur, et longo vix tandem tempore fatur.

A. III, 301-309.

Hé aquí con sacros funerales dones,
 Antes de la ciudad, en selva umbria,
 Cabe un mentido Simois libaciones
 Al caro polvo Andrómaca ofrecia:
 Y los Manes con tristes oraciones
 A la tumba llamaba que, vacía,
 De verde césped, á Héctor dedicara
Y una, motivo al llanto, doble ara.

Tal Andrómaca estaba en el instante
 En que subiendo yo por el camino,
 A mí propio y las armas delirante
Vió de Troya; y del caso peregrino
 Pasmada queda al punto: vacilante,
 Perdió el rostro el color, la planta el tino,
 Y sólo á obra de tiempo el labio mudo
 Articular sueltas palabras pudo.

«Solos iban en la nocturna oscuridad cruzando los desiertos
 y mustios reinos de Dite;» así traduce Ochoa el—

Ibant obscuri sola sub nocte per umbram,
 Perque domos Ditis vacuas, et inania regna;

yo he creído que en verso cabia mayor fidelidad, y he dicho:

Opacos bajo sombra alta y desierta
 Cruzando iban, los dos, reinos vacíos.

He señalado como una de las gracias de la versificación de Virgilio, y lo es de todos los que entienden el arte, aquel modo de construir los versos que permite entresacar muchos que, ó por lo elegantes se fijan en la memoria, ó por los sentenciosos circulan como adagios, sin que hayan de modifi-

carse ni adicionarse, ántes parece que el autor los incrustó en sus obras para que sin menoscabo pudiesen sacarse y volverse á colocar á modo de labradas piedrecillas. A seguir esta costumbre debe atender el traductor; y precisamente el no haberlo practicado es una de las razones que hacen desmerecer, á mi juicio, la traduccion de Homero por Hermosilla, en la cual difícil es citar pasaje alguno que no concluya desairadamente al arrancarlo de su puesto, donde parece haber echado raíces. Por esta razon en la *Eneida*, libro V, octava xci, despues de haber escrito:

—que hoy anciano
En lid de mozos á terciar va ufano;

enmendé poniendo arriba *ufano* y abajo *anciano*, á fin de que el último verso, leído solo, afecte agradablemente la imaginacion por la antítesis que presenta, satisfaciendo al mismo tiempo al entendimiento por envolver sentido completo. Por razones semejantes en el libro VII, octavas xxv y xxxv, hice estas preferencias; decia:

—Tu voz al cielo alabe,
Que patria hallaste; á la esperanza el pecho
Abre, y pon firme muro y dulce techo.
Cada príncipe vió las tutelares
Imágenes allí de sus mayores
El vestibulo ornar nobles y enhiestas,
Todas de antiguo cedro, en orden puestas.

Corregí de este modo los últimos versos:

Que patria hallaste; y con alegre pecho
Pon allí firme muro y dulce techo.

Obras de antiguo cedro en orden puestas.

Al aconsejar que se redondeen los períodos, dejándose libres de ligaduras los sentenciosos ó por otro motivo dignos de andar sueltos en boca de aficionados, no se entienda por eso que repruebo en absoluto la costumbre de montar los versos ni ménos el uso de pausas y censuras. Por el contrario, reconozco que éstas són, bien manejadas, un gran recurso métrico, como lo ha demostrado Rollin acumulando infinitos ejemplos de Virgilio en su *Tratado de los estudios*, capítulo que se halla reproducido al frente del *Gradus* de Noel. Aun-

que el exámetro es más largo que el endecasílabo nuestro, por lo que hace á su estructura ofrecen semejanzas notables, de donde nace la facilidad de imitar en el segundo los cortes del primero. El exámetro tiene tres cesuras métricas, de que son necesarias la 1.^a y 3.^a si faltare la 2.^a El endecasílabo tiene tres acentos principales, en la 4.^a, 6.^a y 8.^a sílabas, de los que son necesarios el primero y último en defecto del intermedio. Sube de punto la semejanza si se considera que en un exámetro compuesto de espondeos y de palabras que formen cesura perfecta, esto es, que no sea voz monosílaba, cada una de estas cesuras supone un acento anterior; y viceversa, en un endecasílabo de estructura regular, como los sáficos de Villegas, cada acento supone una cesura posterior; de modo que, prescindiendo de ciertas dificultades, por ejemplo, la de averiguar cómo dos breves igualan á una larga, el equilibrio de acentos equivale al de cesuras. Ahora bien, con estos elementos resultan los cortes ó pausas poéticas que tambien se llaman cesuras como las métricas; de aquí la correspondencia entre las del exámetro latino y las del endecasílabo castellano, segun puede observarse cotejando los ejemplos que amontona Rollin con los que Bello acopió en su *Prosodia y Métrica*. En mi traduccion he usado gran variedad de cortes acomodados á expresar con viveza y energía el pensamiento; pero declaro que no me he propuesto imitar en particular cada una de las cesuras del poeta. Hay casos en que he imitado la intencion de alguna con otra que no le es paralela, métricamente hablando; v. gr.

Non sic, aggeribus ruptis quum spumeus amnis
 Exiit, oppositasque evicit gurgite moles,
 Fertur in arva furens cumulo, camposque per omnes
Cum stabulis armenta trahit. Vidi ipse furentem
 Cæde Neoptolemum, geminosque in limine Atridas.

A. II, 496-500.

Así de erguida cumbre se desata
 De pronto hinchado el espumoso rio,
 Y oleadas horrisonas dilata
Impetuoso. Yo, yo ví al impío
 Ensangrentarse en el estrago horrendo;
 Ví á los Atridas el umbral cubriendo.

e

Otras veces suple por la cesura la atinada combinacion de palabras ó de silabas:

Aggressi ferro circum, qua summa labantes
Juncturas tabulata dabant, convellimus altis
Sedibus, impulimusque—

A. II, 463-465.

Por do fácil de herir aparecia
Batímosla en redor: del alto asiento
Al concertado impulso desprendida,
Cede, y precipitamos su caída.

Digo que el exámetro y el endecasílabo son muy semejantes, pero he empezado por notar la diferencia de dimension; de aquí nace que el segundo, ménos nutrido y majestuoso que el primero, le sea muy inferior en la poesía épica, y requiera para competir con él el ensanche que le da la estrofa y la fuerza que le añade la rima. Por este motivo he traducido la *Eneida* en octavas reales, perdiendo el trabajo del primer libro que tenía puesto en endecasílabos libres como las *Geórgicas*, y lo que es más, arrojando las grandes dificultades que este trabajo impone, y sometiéndome, por tal de levantar el tono á la altura de la materia, á los graves inconvenientes que proceden de tener que distribuir en grandes períodos simétricos lo que en el original corre sin division de estrofas. Hay que parafrasear unas veces, y otras que hacer pausa fuera de tiempo: en el primer caso se traiciona al autor, en el segundo se disgusta al lector. Sé que algunas veces he incurrido en estos defectos; pero tambien confio que no han resultado tan graves como llegué á temer. Mis parafrasis no son rigorosamente infieles: la traduccion que arriba cité del verso 1.º del libro II de la *Eneida*, es muestra de las más largas; y muy á menudo sucede, no sé cómo, que la traduccion ha resultado tan ajustada como pudiera serlo en fideílsima prosa. Véase, por ejemplo, en la *Eneida*, libro I, octava xciii.

No entra en mi plan hablar de las muchas ediciones que se han hecho de Virgilio en lenguas forasteras, ni ménos de los laboriosísimos trabajos críticos sobre el texto emprendidos por sabios de todas las naciones, entre quienes sobresale el jesuita toledano La Cerda, autor de tres gruesos tomos en

fólio. Reservando para las notas algunas observaciones sobre lecciones varias é interpretaciones dificultosas, me ceñiré para concluir esta *Introduccion* á señalar las principales traducciones de nuestro poeta. Y comenzando por las prosaicas. enumeraré las más notables.

1.º De 1427 á 28, la del Marqués de Villena. Este, el célebre D. Enrique de Aragon, á ruego del rey D. Juan, padre del Católico Fernando, hizo de la *Eneida* una traduccion que no se ha publicado. De una copia que contiene los nueve últimos libros, existente en la Biblioteca de Paris, da cuenta el señor Ochoa, pronunciando que tanto ella, como la que hizo en verso de las *Églogas* el célebre Juan de Mena († 1456), si bien dignas de estudio como monumentos de la lengua, para nada más sirven, ni son tales traducciones sino paráfrasis acomodadas á las cosas y á los hombres de su tiempo, en especial la de Mena. Principió la suya el Marqués el año 1427, y concluyóla el siguiente, como consta por declaracion del mismo. Es entre todas las que de Virgilio se han hecho en lenguas vulgares, la más antigua y por esto merece singular mencion.

2.º Fray Luis de Leon (nacido en 1527, † 1591), *en su mocedad y casi en su niñez*, segun la confesion por él estampada en su conocida dedicatoria á D. Pedro Portocarrero, escribió, ó como él mismo dice, se le cayeron de entre las manos, varias obrecillas; entre ellas algunas traducciones de autores forasteros profanos y sagrados. «Nunca hice caso,—advierte,—de esto que compuse, ni gasté en ello más tiempo del que tomaba para olvidarme de otros trabajos, ni puse en ello más estudio del que merecia lo que nacia para nunca salir á luz.» Tradujo en verso las *Églogas* y *Geórgicas*; y se le atribuye la version en prosa que bajo el nombre de Leon restauró y publicó Mayans junto con otros trabajos virgilianos en Valencia, 1778. Es version «de escaso mérito,» dice Ochoa. Yo no acabo de persuadirme que sea realmente de Leon, no ya tanto por el estilo, cuanto por las divergencias de interpretacion que ofrece cotejada con las citadas traducciones poéticas del mismo Maestro, como puede observarse confrontándolas en la interpretacion de la *Égloga* V, v. 55 y siguientes. En suma, las dos versiones dichas no tienen más importancia que la de los calificados nombres que las autorizan, ni otro

interes que el de su alta antigüedad. La traducción de Diego Lopez, de que tengo á la vista la edición de Alcalá, 1650, es, á juicio de Mayans, una mala copia de la de Leon.

3.ª España habia dado excelentes trabajos sobre Virgilio; pero en desdoro de la nacion, faltaba una buena traducción en prosa y una edición limpia y bella del texto de Virgilio. Ha llenado este doble vacío el señor Ochoa, con su traducción de Virgilio, impresa en Madrid por Rivadeneyra, 1869, con el texto latino y debajo el castellano, en una espléndida edición, ilustrada con notas. ¡Lástima que en el texto se hayan deslizado algunas erratas!

Hace mucho tiempo que la opinion tiene señalado al señor Ochoa un puesto muy distinguido en nuestra época como traductor correcto y elegante, ilustre sucesor de los Islas y Capmany.

¿Qué impresion no debia causarme la noticia de que tan distinguido talento se ocupaba en el mismo trabajo que yo de aficionado traia entre manos, y con cuánta satisfaccion ví al cabo entre mis manos la deseada obra! Ya un literato venezolano que me dispensa amistad se habia servido presentar al señor Ochoa algunas muestras publicadas de mi trabajo. El señor Ochoa, no sólo acogió con benevolencia aquellas muestras, sino que, abundando en generosidad, me escribió de Madrid en Mayo de 1870 animándome con lisonjeras expresiones y ofreciéndome la distincion de ser nombrado individuo correspondiente de la Academia Española, que pocos meses despues, visto mi asentimiento, acogió su propuesta por voto unánime. Consigno estos hechos, no sólo como un desahogo de agradecimiento, sino tambien como una prueba de las simpatías y relaciones que engendra el uso de una comun literatura. Todos los dias lo vamos sintiendo más, así los españoles castizos como los buenos americanos: pruébalo, entre otros hechos, la reciente fundacion de Academias Americanas correspondientes de la Española, paso debido á nobles motivos y que promete resultados gloriosos.

* Escribíase esto en 1871, ántes del lamentable fallecimiento de mi noble amigo y favorecedor. Mi gratitud le sobrevive; y al dar á luz mi libro, no he creído conveniente alterar este pasaje.

Cognatas urbes olim, populosque propinquos,
Epiro, Hesperia, quibus idem Dardanus auctor
Atque idem casus, unam faciemus utramque
Trojam animis: maneat nostros ea cura nepotes.

A. III, 502.

Así de España y América, Estados independientes, cumple formar una nueva y sola Castilla. Un solo pueblo hubo ante Dios cuando no había sino una lengua: *et erat terra labii unius*; lenguas son los colores del mapa etnográfico de la Providencia. Gentes que tienen un mismo origen, un mismo culto y un mismo idioma, pueden ser distintas naciones, delante de Dios forman una sola familia.

En cuanto á mí, en esta ocasión, respecto de España y del señor Ochoa, puedo repetir estas palabras que respecto de un colega de la Compañía de Jesús estampó el P. Isla al frente de su *Historia de España*: «Á ninguno que tenga la razón bien puesta y sano el corazón, le puede parecer emulación, sino que sea aquella emulación honrada que se llama noble y de buena casta, que dos hijos de una misma madre trabajen en ilustrar—á un hermano suyo,» dice el jesuita con alusión al P. Duchesne;—á un insigne huésped, diría yo con referencia á Virgilio. «¿Y quién duda,—prosigue,—que las diferentes versiones de una obra la ilustran ó la acreditan, siendo un gran testimonio de su mérito que muchos conspiren y como se apresuren á comunicársele á sus naturales y hacérsele gustar con diversos condimentos?» He mostrado cómo los poetas deben traducirse así en prosa como en verso; y ¿á qué mayor satisfacción podría yo aspirar, sino á que mi traducción se hallase digna de figurar al lado de la de Ochoa, auxiliándose recíprocamente, fiel cada una en lo que le toca, á intento de presentar en castellano con la mayor dignidad posible al príncipe de los poetas de Roma?

—Alterius sic

Altera poscit opem res, et conjurat amice.

Entre las traducciones en verso, se señalan nada más que por su alta antigüedad dos de las *Bucólicas*, la ya citada de Juan de Mena, y otra en coplas por Juan del Encina, 1496.

Hay una mediana de la *Égloga I*, autorizada con el nombre del insigne Sanchez de las Brozas.

Pero entre las más extensas sólo merecen exclusiva atención por su mérito intrínseco, la de Leon ya mencionada y la del toledano Hernandez de Velasco. El primero, además de las *Églogas*, trodujo los dos primeros libros de las *Geórgicas* en octavas, y el mismo poema integro en estrofas de seis versos, endecasílabos y heptasílabos mezclados. Tradujo el segundo la *Égloga I* y la *IV*, y la *Eneida* toda con el suplemento de Mafeo Veggio, en endecasílabos sueltos, ménos los discursos, que puso para distinguirlos en octava rima: mezcla que justamente le afea Herмосilla, diciendo que es vestir al poeta casaca de dos colores. Publicóse su traducción de aquel poema por primera vez en Amberes sin nombre de autor, año 1557, advirtiendo el editor que aquél no habia permitido se publicase la obra algunos años ántes. «Fué Gonzalo Perez,—dice Lope en su *Dorotea*,—excelente traductor de Homero, como Gregorio Hernandez de Virgilio; éstos eran hombres de veras, que no aguardaron á que los pasase á su lengua la Italia, que primero que los viésemos en ella fué su version del griego y del latin.» Con el nombre de su autor se ha reimpresso esta traducción varias veces: Toledo, 1577; Alcalá, 1585; Zaragoza, 1586. Tengo á la vista dos de Valencia, coetáneas, por Monfort en 1776, y por Orga en el año subsiguiente. Recientemente la reprodujo Monfalcon en su *Virgilio poligloto*, con muchos errores, como acontece en ediciones forasteras de obras castellanas.

En Fray Luis de Leon hay que distinguir al prosador del poeta, y como poeta, al lírico del mero versificador, al imitador de Horacio del traductor de Virgilio. No poseia el arte de exponer en verso con igualdad y garbo; es brusco en las transiciones, y duro é infeliz á menudo en la versificación. Tiene tres ó cuatro odas iucomparables, no enteramente exentas de los defectos que tanto abundan en el resto de sus poesías, especialmente en las traducciones. El mérito de éstas consiste únicamente en la pureza del lenguaje y en multitud de expresiones poéticas que centellean esparcidas en un conjunto inameno. En ellas estudia el humanista y aprende el aficionado modos de decir antiguos, ya graves, ya

brillantes; mas no satisfacen al que allí vaya con ánimo de conocer al autor traducido: *quia ponere totum nesciet*. El nombre de Leon es demasiado respetable para que yo me atreviese á estampar este dictámen si no naciera de conviccion adquirida en el estudio de sus obras, y si por otra parte no pudiese apoyarlo en el juicio del primer critico español, Quintana: léase su *Introduccion* á la Poesía castellana, artículo III.

Ménos feliz en salpicar acá y allá frases poéticas y atrevidas figuras, pero más lleno, más levantado en el tono general, más fácil, más afuente en el exponer, y por lo mismo superior como traductor, me parece Velasco. Intérprete concienzudo y sensato, peca por demasiado parafrástico, en tanto que Leon es conciso á veces en demasía: aquél aclaró el texto; Leon aumenta á veces su oscuridad. Para el tiempo en que se hizo, su traduccion de la *Eneida* es á la verdad un monumento estimable, y hoy mismo merece ser leida por todo el que guste de saborear á Virgilio. Su estilo no es realmente culto, pero es digno y serio. Para gustarlo es menester acostumbrarse á su manera especial de versificar: no conocia el arte moderno del verso libre, de que hizo alarde Moratin, y que consiste en el juego de los cortes y en las combinaciones del ritmo; pero no por eso incurre en la monotonía de los que á ciegas hacen versos blancos; pues por medio de repeticiones, voces ya rápidas, ya pesadas, y otros recursos de este jaez, acierta á dar á sus períodos oportuna animacion y original colorido. Tampoco da á sus octavas la elegancia y variedad que adquirió despues esta privilegiada estrofa; pero no son ni pobres de rimas ni arrastradas, y las hay notablemente briosas. Sirva de ejemplo de su modo de versificar el pasaje del libro V, en donde empieza la descripcion de la apuesta naval:

Toma su banco cada cual por orden.
 Y asido de su remo atentamente
 Espera la señal con alborozo.
 Un pavoroso sobresalto, junto
 Con un vivo deseo de honor y gloria,
 Hiere y hace temblar sus corazones.
 En el instante mesmo que la clara

Trompeta dió señal, todos á una
 Saltan arrebatados á sus puestos:
 Los vivos gritos y clamor sonoro
 De los remeros hiere las estrellas;
 Tórnase blanca espuma toda la agua
 Vuelta y revuelta con valientes brazos:
 Sulcan las naves á la par las ondas;
 Y ábrese en hondas cuevas el mar todo.
 Vuelto de bajo arriba con violencia
 De fuertes remos y sonantes proas.

En el *Catálogo* de Heyne y en la *Introducción* del señor Ochoa, se registran los nombres de Mesa, Enciso y otros que en verso han traducido alguna de las obras de Virgilio, inferiores todos, en mi sentir, á Velasco. Se dice que Melendez dejó traducida en verso parte de la *Eneida*; y más recientemente el señor de la Puente y Apezechea publicó en octava rima (Sevilla, 1845) una elegante traducción del libro IV de la *Eneida*. Llamado estaba, porque es verdadero poeta y elegante versificador, á concluir la traducción del poema; y así lo prometió en la dedicatoria que hizo de aquella muestra á los sabios Padres Escolapios, sus maestros. «Tiene hermosas octavas esta muestra» (me dice en carta particular el señor Ochoa); «pero padeció el autor en su trabajo un descuido fatal que la crítica periodística trató con implacable saña, lo cual le disgustó á punto de no volver á pensar en la obra.» ¡Desgracia grande para las letras españolas!

Entre los que sólo han vertido algun fragmento de nuestro poeta, campean con honor nombres americanos. De Varela, el mayor, hijo de Buenos-Aires, sabemos por D. Juan María Gutierrez que dejó traducidos los primeros libros de la *Eneida*. Hijo de la misma ciudad, Ventura de la Vega puso el libro 1.º en verso suelto, y es, para Ochoa, la mejor traducción que conoce de Virgilio en lengua alguna. De Bello, honor de Carácas, se dice que tradujo la *Égloga I* y el libro V de la *Eneida*, cuya publicación, en la completa que se ha anunciado de sus obras, se aguarda por los amigos de estos estudios.

D. Francisco Mariano Urrutia, de Popayan, tradujo hace años en romance endecasílabo las *Geórgicas*; no sé si todas, ó alguna parte, pues solo conozco una muestra. Tan poco es

lo que sabemos unos de otros los hispano-americanos de diversas comarcas (con grave perjuicio de las letras y los demás intereses comunes de estas repúblicas hermanas), que en el prólogo de Juan de Arona á su traducción del primer libro de las *Geórgicas* (Lima, 1867), no extrañó hallar esta frase: «Entre los poetas americanos cábenos la gloria de ser el primero que se mide con Virgilio; con el Virgilio Geórgico á lo ménos, que en cuanto al Virgilio de la *Eneida*, parece que fué ó debió ser interpretado por un poeta argentino.» ; Qué mucho, si yo mismo despues de inútiles diligencias por obtener esta moderna traducción, me habia resignado á citarla de oídas, cuando una casualidad feliz, en los momentos en que esto se imprime, la ha traído á mis manos? Juan de Arona, ó llamándole por su verdadero nombre, D. Pedro Paz-Soldan y Unanue, es un distinguido poeta peruano, autor de obras originales y de varias versiones de poesias latinas, mezcladas con parodias jocosas, género, este último, mal nacido y desgraciado, si he de decir lo que siento. Como versificador, pertenece á la escuela de Lope: fácil siempre y abundante, nunca duro, desaliñado á veces; huye de una concision austera, y carece de una elegancia nitida. Familiarizado á escribir «en horas veinticuatro,» no puede esperarse de él aquella perfección que no madura en un momento; pero aunque redundante y laxo de ordinario (fuera de la claridad é igualdad de la exposicion, que es su dote dominante, y compensacion natural de sus defectos), pasajes hay en que el fluido versificador se muestra poeta, especialmente en las descripciones; y buena prueba de su desempeño en esta parte, podrá cualquiera hallar al fin del citado libro I, en el cuadro de la tempestad y sus señales.

Con predileccion, como todos los versificadores de su clase, mira este poeta la silva; pero saca de los límites de lo justo su aficion exclusiva á este metro, y levanta opinion contraria á la unánimemente recibida entre los hombres de letras, cuando á los calificativos de *suelto, libre y blanco* con que se conoce el verso no rimado, en las lenguas modernas, prefiere el de *intolerable*. En esta materia me inclino al dictámen que con filosófica perspicacia propone un juicioso escritor de *The Nation*, revista de Nueva-York, á propósito de

la novísima traduccion inglesa de la *Eneida* por el americano C. P. Cranch (Bóston, 1872). Segun el crítico anónimo, el verso blanco es á un tiempo el más fácil y el más difícil; el más fácil de darlo hecho; el más difícil, si ha de hacerse inspirado con el divino *afflatus* de la poesía. «A los versificados,» añade, «que tienen facilidad de rimar, la misma rima les da a'go, que si no es poesía, por lo ménos es una espiciosa imitacion de ella;—léanse como prueba de esta verdad las resonantes rimas de Poe, Swinburne y Juan Ingelow, que deben su dudoso *status* poético á sus finales; privadas de ellos serian desmañada palabrería. El escritor de versos blancos no puede contar con ese auxilio; y si no siente realmente los encantos de la armonía y de la melodía y no tiene a'go que se parezca á la verdadera vena poética, resaltará tristemente la blancura de sus composiciones. Sus versos serán prosa cortada en pedazos iguales; así es que son, y fueron siempre, muy pocos los que han producido este artículo en toda su pureza.» Conforme yo con este dictámen, sostengo, sin embargo, que los versos sueltos y los rimados, endecasílabos y heptasílabos, no se excluyen en la buena poesía castellana; juzgo que la libertad que hay en la silva para entremezclar los versos cortos y los finales aconsonantados, va hasta permitir en largas tiradas la absoluta abstencion de unos y otros. Por de contado que de esta licencia sólo ha de usarse cuando la variedad de ideas encadenadas lo aconseja, y preparando y suavizando con oculto artificio las transiciones. Pasando á cada momento en las *Geórgicas* de asuntos didácticos y al cabo rústicos á episodios filosóficos y galanos, Virgilio, que más que nadie tenía esta ciencia, da dignidad á lo plebeyo y á lo trivial importancia, hace natural lo grandioso y sencillo lo opulento, nivelando así las cosas en la igualdad majestuosa de su estilo siempre poético. En la traduccion de este poema la silva, en toda la libertad que le he atribuido, ofrece medios para acercarse, sin alcanzarlo, á aquel equilibrado movimiento del original; así, aunque mi traduccion es propiamente en verso libre, pues son en ella los más, recurro á la rima en las partes en que conviene *angustis hunc addere rebus honorem*. No pretendo haber acertado, ni siempre practico esta distincion con rígido compas; pero, en todo caso, la

versificación mezclada que he ensayado, se autoriza con el ejemplo de Jáuregui, de Quintana, y en fin, de Bello en algunas de su *silvas americanas*: «llenas,» dice el mismo Juan de Arona, «de imitaciones cuando ménos felices, de Virgilio; cuando ménos,» insiste; «pues no son pocas las veces en que el gran poeta venezolano se coloca al lado del poeta latino, y aún lo supera, con perdon de los pedantes.» Pero Bello allí, si enseña á imitar á Virgilio, muestra tambien un metro en que pueden y acaso deben traducirse las *Geórgicas*. El que cuadra á la *Eneida* lo mostraron ya los Homeros italianos y españoles.

M. A. C.

Bogotá, Enero de 1878.

Al estudio precedente, publicado en el tomo primero de la traduccion de las obras de Virgilio por el Sr. Caro, debemos añadir, para completar las noticias en aquél contenidas, el que figura al frente del tomo tercero y último de dicha traduccion, que dice así:

INTRODUCCION.

La presente Introduccion servirá en parte á corregir y en parte á complementar algunos datos biográficos y conceptos críticos relativos á Virgilio, consignados en el *Estudio preliminar* que se publicó al frente del tomo primero de esta obra.

Nada hay que fortifique tanto la atencion y que tanto conduzca á penetrar la filosofia de un poeta, á familiarizarnos con su manera especial y á descifrar los pasajes difíciles que presenta, como el diligente ejercicio de traducirle á otro idioma y en verso. De datos interesantes adquiridos en mi asiduo trabajo de ese género, me he aprovechado, durante más de dos años que han corrido desde que salieron á luz el primero y segundo tomo, en ocios robados á los debates que alimentan la afanosa tarea del periodismo, para continuar mis estudios sobre el gran poeta latino, con vista de nuevas investigaciones críticas y comentarios tan valiosos como los de Ribbeck y el de Conington. Eran mis deseos ordenar para introduccion de este tomo tercero nuevas y no pocas observaciones que tengo escritas, ya acerca del espíritu teológico del profundo poeta, ya tocante á los primores de estilo del artista consumado. En el *Suplemento* del tomo primero prometí, también para este lugar, la demostracion de ser espuria

aquella traduccion completa de las *Geórgicas*, en estrofas de seis versos, que corre con el nombre de Fray Luis de Leon. ¿Pero cómo colocaría aquí todos esos ensayos, sin aumentar muchas páginas á un tomo que con sólo el texto castellano de los seis postreros libros de la *Eneida* resulta más voluminoso que cada uno de los precedentes? En la necesidad de respetar las dimensiones de la edicion, descartando la mayor parte del trabajo preparado, he debido preferir aquellos de mis apuntamientos que mejor se enlazan con temas importantes del *Estudio preliminar*, al cual servirán, como al principio dije, de rectificacion y de complemento.

Voy, pues, á tratar en esta Introduccion, *de algunos puntos crítico-biográficos acerca de Virgilio:—del encadenamiento cronológico y moral de sus obras;—y de las relaciones entre el poeta y el príncipe en la Roma imperial.*

En el *Estudio preliminar* se puso en duda si Virgilio pasó á Roma á concluir sus estudios despues de haber estado en Milan. Lo afirma San Jerónimo en sus adiciones á la Crónica de Eusebio. Nació la duda, ya de que Donato y despues de él Servio hubiesen mencionado á Nápoles y no á Roma, ya de que, tomando la *Égloga I* como perpetua y ajustada alegoría, infirieron muchos (1) que Virgilio no conoció aquella gran ciudad ántes del año 713 de su fundacion. Pero la verdadera leccion de Donato, segun ha sido recientemente restablecida por críticos alemanes, diligentísimos editores de los antiguos gramáticos, concuerda con el aserto de San Jerónimo, y delante de este testimonio nada valen conjeturas apoyadas en una alegoría que sólo en los rasgos capitales puede aplicarse á su propio autor. Pasó, pues, nuestro poeta á la capital del mundo por los años de 701 (2), y es incierto el tiempo en que se restituyó al campo de sus padres.

Púsose tambien en duda si, con ocasion del despojo de aquel campo en 713, vino Virgilio á Roma dos veces ó sola una; y siguiendo la opinion comunmente recibida, fundada en los escolios Servianos, se dijo que Virgilio, atacado en su per-

(1) Por aquello de «*Urbem quam dicunt Romam*».....

(2) Recuérdese que nació el 15 de Octubre (Idus) de 694.

sona por el centurion Arrio, salvó la vida pasando á nado el Mincio. Pero Ribbeck (*Prolegg.*, p. 7) confronta los testimonios de los antiguos intérpretes, que hablan confusamente de aquellos sucesos mezclando los tiempos y denominando con variedad Arrio, Milieno Toron, Clodio, al perseguidor del joven poeta, trata de conciliarlos, y sobre ellos conjetura, no sin plausibilidad, que en el año citado de 713 fué primero echado Virgilio, con la familia toda, de su rústico nido; que marchándose á Roma, consiguió de Octavio una orden de restitucion, lo cual dió argumento á la *Égloga* I, y que vuelto á Ándes, y reintegrados los Marones en la posesion de sus bienes, ocurrió nueva irrupcion de veteranos, comandados por Milieno Toron, llegando á amenazar á Virgilio en un altercado sobre linderos, un bandido de nombre Clodio, con espada desnuda. Escápase él huyendo, y refugiado en una quinta que fué de Siron, escribe allí (segun presumió ya Escalígero) el epigrama X de los Catalectos, y acaso la *Égloga* IX. Vuelve á Roma: Mecenas y Octavio, recibíendole graciosamente, saborean sus deliciosos ensayos poéticos, y el último le proporciona medios de vivir con seguridad é independencia (1). Ni solas le valieron á Virgilio las recomendaciones de Polion, de Alfeno Varo y de Galo; pues la primera vez que estuvo en Roma, asistió á la escuela del retórico Epidio, y como éste, al decir de Suetonio, fuese tambien preceptor de Marco Antonio y de Octavio, no es improbable que desde entónces el futuro Emperador conociese y apreciase al estudioso aldeano.

Leyendo la historia de aquellos tiempos, no hay por qué extrañar que en despecho de tan poderosos amigos como Polion primero y luégo Varo, sucesor de Polion en el gobierno de la Galia Transpadana, y á pesar de las órdenes mismas de César Octaviano, fuese Virgilio, como lo fué dos veces, agre-

(1) Horat. II Ep. 1, 246 sq. Juv. VIII, 69. «Quem (Vergilium) ne optasse quidem probabile est ut in rapacium atrociumque militum vicinia novis periculis expositus maneret.» Ribbeck, Edit. min. p. XXII. Contra esta observacion, á primera vista muy razonable, parece militar el verso final de la *Egl.* IX:

«Carmina tum melius, cum venerit ipse, canemus.»

dido y despojado; ni aprecia acaso con justicia los hechos Ribbeck cuando tacha la «inercia» de Varo para con el amigo amenazado. Si hubo culpabilidad, no fué únicamente de éste, sino de los otros valederos, que nada hicieron más que Varo en las propias ó semejantes circunstancias. Ello es que habiendo tomado gusto al pillaje desde las proscripciones Silanas, sólo con la lisonjera perspectiva de valiosos despojos servian los veteranos en las guerras civiles. Los jefes del partido republicano, acostumbrados en la vida privada á enormes lucros usurarios, no saqueaban con ménos rapacidad, revestidos de mando, las ciudades de Oriente; y como á fin de combatir con éxito á ese partido compitiendo con él en el prospecto del botin ofrecido á los guerreros, hubiesen los triunviros prometido á sus legiones más de lo que podrian distribuirles, hicieronse éstos exigentes é insubordinados, constituyéndose así el ejército en nuevo y temible poder, que disciplinado más adelante, acabaria al fin por adueñarse de los destinos de Roma y del mundo. Por otra parte, aquel que se presentó como hijo y vengador de Julio César, apellidado *juvenis* por Virgilio y por Horacio despues de la batalla de Filipos (1), era más bien un *niño*, como lo llamó Ciceron, y parecía al ejército, el cual lo tomaba, en cierto modo, bajo su proteccion, á fin de recoger para sí los provechos de ajena venganza. Vendia el jóven triunviro su patrimonio, y tomaba oro á interes, no sólo como ántes el tio para alimentar con pródiga mano su popularidad, sino para acallar las quejas de aquel insaciable monstruo de mil cabezas que no se aplacaba con tantas y tan productivas proscripciones; y aún consignan los historiadores que, apénas hubo muerto la madre de Octaviano, osaron pedirle los veteranos que les repartiese la herencia. Más adelante reorganizó él sus legiones y las sujetó á mejor disciplina, obra lenta de una hábil administracion, que nada tiene que hacer con el tumultuario movimiento de aquella época de transformacion política. Hablando de esa misma violenta distribucion de muchas ciudades de Italia entre las legiones triunvirales, y siguiendo en su narracion á Dion Casio y á Apiano, dice Cantú que Octavio

(1) I Carm. II, 41. Ecl. I, 42.

escuchaba con fingida condescendencia las súplicas de infinidad de proscriptos que llorosos afluan á Roma, sin dejar entretanto de seguir distribuyendo las campiñas confiscadas, y que mal contenta todavía la voracidad de los legionarios, inflamada la codicia en el recuerdo del pingüe pillaje que á los suyos permitió Sila, «andaban en continuas riñas con los ciudadanos, á quienes desposeían murmurando del triunviro que no alcanzaba á saciarlos á ellos» (1). En Virgilio hallamos un ejemplo de estas tropelías de la soldadesca. ¿Qué mucho que Varo no supiese prevenirlas, si César mismo no era poderoso á contener el desborde militar? El agradecimiento que tributa nuestro poeta á aquellos personajes en sus *Églogas*—á Octaviano mismo en la I, á Polion en la IV y la VIII, á Varo en la VI, á Galo en ésta y en la X (2)—prueban que, en cuanto la calamidad de los tiempos lo comportaba, á todos ellos debió por entónces pruebas de aprecio y oficios de amistad.

Se dice que por insinuaciones de Polion se animó Virgilio á escribir sus *Églogas* (a. 712-715), y que á consejos de Mecenas debemos el inimitable poema de las *Geórgicas* (717-725).

Habiendo pasado de España al gobierno de la Galia Cisalpina, á fines del año 711, aquel antiguo amigo de Antonio, que así manejaba la espada como vestía el trágico coturno, conoció al jóven poeta de Ándes, y como viese sus primeros ensayos, le estimuló probablemente á continuar cultivando el género pastoral. Ya en la *Égloga* III, compuesta con la II el año 712, nos dice Virgilio (v. 84) que Polion aprobaba las inspiraciones de su Musa, bien que fuesen sobre asuntos campestres.

Ni es impropio, cuanto ménos indigno, del hábil consejero

(1) Cantú, Hist. Univ. ép. V, cap. XX.

(2) Despues incluyó, como episodio, el elogio de este poeta amigo suyo, al fin del libro IV de las *Geórgicas*; pero por órden de Augusto lo suprimió, sustituyéndolo con la fábula de Órfeo, despues que el mismo Galo, bajo el peso de la condenacion del Senado, se hubo quitado la vida. (Serv. ad Ecl. X. I; Geo. IV in prooem.)

de Augusto que en principios de administracion y economia pública se adelantó á su época, el que hubiese propuesto á Virgilio un asunto cuyo desempeño feliz cooperaba con los planes del Ministro, á reparar la agricultura de los daños de que gemia. Repetir en nombre de las Musas las alabanzas con que los antiguos censores honraban la profesion del cultivador, mostrar la importancia de sus labores, recordar su origen divino (1) y realzar con las galas de la elocucion los encantos de la vida rústica, todo esto contribuía á matar el desden con que los hombres libres, aficionándose al ocio y al lujo ciudadano, entregaban el cultivo á manos esclavas; todo esto era abrir á la Patria afligida las fuentes de su riqueza y prosperidad. César habia pensado, aunque en vano, en restaurar la agricultura (2); y Mecenas hizo comprender á Augusto que estaba en sus intereses proseguir en el pensamiento de proteger las artes agrarias, á fin de sosegar los ánimos y ocupar los brazos, de contentar al pueblo con los bienes de la abundancia, y afianzar con la bienandanza pública su propia dominacion.

Hay, además, dos pasajes de Virgilio (Ecl. VIII, 11 sq.: G. III, 40, 41) que inducirian á admitir como sugerida por Polion y por Mecenas la composicion de las *Bucólicas* y las *Geórgicas*, si no fuera ajustado á buena crítica entender estos pasajes, bien con aplicacion restricta, bien en el sentido galante de quien acredita por obra de sus amigos aquella en cuya eleccion sabe que los complace, habiendo tal vez recibido de ellos durante el trabajo, ya útiles consejos, ya cordiales aplausos. Así, el primero de aquellos dos pasajes se refiere naturalmente no á todas las Églogas, sino á sola la VIII, donde particulariza el poeta unas hechicerías, asunto que Polion pudo indicar á Virgilio en los Idilios de Teócrito, para que lo tratase en versos latinos. El otro pasaje puede asimismo no referirse á todas las Geórgicas, sino tal vez al asunto del libro III. Si suponemos á Mecenas tan aficionado

(1) «Aureus hanc vitam in terris Saturnus agebat.» G. II, 588.

(2) «Amavit nos quoque Daphnis» Ecl. V, 52. Los alegoristas refieren el «nos» á los Cisalpinos. Pudiéramos entenderlo de los labradores en general; cf. Ecl. IX, 47 sqq.

como lo fué á otros pasatiempos (1), á los venatorios, y así amante de los bosques naturales como de los artificiales que rodeaban su régia casa sobre el monte Esquilino, el «tua iussa,» unido al «silvas saltusque» y á la mención que en seguida se hace de perros y caballos, denotaría que Mecenas indicó á Virgilio escribiese sobre la caza, materia relacionada, por los animales que en ella figuran, con el tema general del libro III de las *Geórgicas*. No hay, empero, para qué insistir en esta atrevida conjetura. Si tomamos el «silvas saltusque Intactos» en el sentido figurado que resulta de su cotejo con un pasaje análogo del mismo libro (2), entrarse por bosques no hollados ó desconocidos significa emprender asuntos que nadie hubiese ántes tratado en verso; en este caso, Mecenas habria aconsejado á Virgilio que, apartándose de las pisadas de Teócrito, no siguiese las de los Griegos, y de imitador feliz aspirase al título de autor original. Consejo éste de harto difícil ejecucion merecia ser calificado de «haud mollia iussa,» y parece haberlo aceptado Virgilio con noble ambicion de gloria cuando al principio del mismo libro dice: «Sí, debo tentar nueva senda, por donde, levantándome del suelo, vuela victorioso en boca de las gentes.» Virgilio dedicó á Mecenas sus *Geórgicas*; pero nada hay en ellas que nos autorice á atribuir asertivamente á insinuaciones de Mecenas la composicion de ese poema didáctico; semejante opinion no pasa de ingeniosa conjetura.

La principal observacion que ocurre contra la idea de considerar á Virgilio siguiendo siempre, al emprender sus obras, la inspiracion de sus amigos poderosos, es que todas ellas arrancan naturalmente de sus inclinaciones instintivas y de

(1) Virgilio y Horacio en su viaje de que habla el segundo (I Sat. V), llegando á la posada, se fueron á dormir mientras Mecenas salió á jugar á la pelota.

(2) Compárense:

«Interea Dryadum silvas saltusque sequamur
Intactos, tua, Maecenas, haud mollia iussa.»
G. III. 40. 41.

«Sed me Parnasi deserta per ardua dulcis
Raptat amor: iuvat ire iugis qua nulla priorum
Castaliam molli devertitur orbita clivo.»
Ib. 291-293.

su educacion, y encadenándose unas con otras, marcan el lógico desenvolvimiento de su espíritu. Hijo del campo, y del campo enamorado, sus primeros ensayos está en el orden de las cosas que fuesen bucólicos. Es verdad que á cada paso imita en ellos á Teócrito; pero de aquí no se infiere, como quiere Conington, que Virgilio cantaba asuntos pastoriles por afición á los libros pastorales, más apasionado del arte que de la naturaleza. Hay en Virgilio ambas cosas: imitacion artística é ingenuo sentimiento. Competir con los modelos griegos imitándolos, fué en el siglo de Augusto el norte universalmente reconocido de toda composicion literaria. Pero, aun imitando, el que es verdadero poeta descubre la originalidad de su ingenio en el estilo, y la peculiaridad de sus gustos en la eleccion del género que cultiva. La blandura graciosa del estilo virgiliano no fué adquisicion literaria, sino dón de Musas que se regocijaban en la soledad de los campos. Así lo reconoce Horacio. Y cuando éste escribía sátiras y odas, y mientras otros, contemporáneos y amigos de ambos, componian tragedias ó cultivaban la elegía, ¿quién, sino la naturaleza, indujo á Virgilio á trillar solitario la escondida senda de la poesía pastoral? Solo Tibulo le iguala en la ternura de los afectos, en la suavidad de las imágenes, en la dulce melancolía del ritmo; solo Tibulo canta con tanta ingenuidad como él, aunque de paso, los placeres campestres; porque Tibulo, que tambien habia nacido con un corazon sensible, triscó tambien de niño al pié de rústicos Lares (1), y acostumbró los oidos á la flauta de Pan; cansado de las guerras civiles, desposeido en ellas de ricas heredades, como Virgilio de su humilde peculio, cantaba la medianía, gozándose en sembrar por su mano sus vides y podar sus frutales, en fantasear, á las veces, sesteando á la orilla de bullidoras aguas, y en volver á casa trayendo al seno la ovejuela ó cabrito rezagado en el camino (2). Sólo que Tibulo mancha con sus amores cortesanos la corona de espigas que ofrenda á Cérés; en su elogio á la Paz (3), el labrador que del bosque sagrado torna á su

(1) I El. I, 19, 20: X, 15, 16.

(2) I El. I.

(3) I El. X, 51, 52.

albergue, trayendo en un carro su mujer é hijos, no se recomienda por su sobriedad: Virgilio no conoce otras Ninfas que las divinas moradoras de las selvas, y canta la dicha del honrado labrador cuya casta familia conserva tradiciones de pureza (1). Á pesar de estas diferencias, Virgilio y Tibulo sintieron por sí mismos las armonías de la naturaleza; ese sentimiento produce la magia prosódica que el estilo de ambos nos cautiva.

Pero el ingenio de Virgilio era variado y progresivo. En las *Églogas* que escribió á partir del año 713, como si sus nuevas relaciones con hombres políticos, el espectáculo de las armas romanas vencedoras, y la expectativa de una profunda transformacion social, hubiesen exaltado su fantasía, se levanta á la entonacion épica, pero sin abandonar los asuntos del campo. Ni los abandona en las *Geórgicas*, sólo que en éstas, al par que sigue pintando la naturaleza con nuevas galas poéticas, despliega gran copia de conocimientos agronómicos, adquiridos así por propia observacion, como en el estudio de los geopónicos antiguos. Séneca y Columela hablan con alta estima de Virgilio como de escritor facultativo, y hoy mismo admiran su exactitud los que han estudiado la agricultura italiana. El respeto que el poeta profesaba á maestros extranjeros, no destruye la propiedad de su doctrina con aplicacion á su país nativo. Al proponer Conington sus dudas en este punto, se funda en conjeturas literarias, y no en razones científicas, pues en esta parte se declara incompetente. ¿Qué tiene de extraño en Virgilio, ni qué prueba contra la propiedad de su doctrina, el que se holgase de cantar por las poblaciones romanas las enseñanzas del viejo Hesíodo (G. II, 174-176), cuando sabemos que, principiando por la forma del arado, hubo de antiguo comunidad de prácticas agrícolas entre los pueblos greco-italicos? (2) Y en cuanto á fábulas y consejas, ¿cuántas de autores antiquísimos no trasladó á su libro el español Gabriel Alonso de Herrera, quien, á pesar de esas transcripciones, fué, y aún es acaso, el oráculo más popular de la agricultura española? No sería razonable

(1) «Casta pudicitiam servat domus.» G. II, 524.

(2) Mommsen, *Historia de Roma*, lib. I, cap. II.

que por episodios poéticos, tales como el de Aristeo, juzgásemos artificiales y falsos los preceptos agronómicos del autor de las *Geórgicas*.

A un tiempo su genio poético, su inclinacion por el campo y sus estudios de ciencias naturales, conducíanle de la mano á componer un poema didáctico como el que dedicó á Mecenas, mediase ó no consejo de este magnate, el cual, si lo dió, no hizo otra cosa que impulsar las invencibles inclinaciones del poeta. Tan cordialmente se asociaban, y así se confundían en él, su amor al campo y á las artes agrícolas y su vocacion poética, que nunca se percibe en su poema el fastidio del autor y por tratar su asunto en toda su extension abraza prosaicos y desagradables pormenores. Su cariño por los animales domésticos, su devocion á la inocencia y soledad de la vida rústica, y su gusto poético, se dan la mano para sostener su estilo siempre puro y animado; todo lo toca, sin que excuse por vulgar nada de cuanto interesa á los labradores; y todo lo poetiza, á semejanza de la luz del sol, que para derramar sus tesoros no va á elegir sitios pintorescos, ella misma los hace, y abraza, penetra y embellece la naturaleza entera. Así tambien la verdadera virtud se acomoda á todas las situaciones de la vida, al tiempo de la aridez como al de la consolacion.

Si ya en las *Églogas* asoma el asunto de un poema didáctico de agricultura y se siente tambien muy pronunciado á las veces el tono de la epopeya, en las *Geórgicas* se presagia asimismo, y más á las claras aún, al cantor de la *Eneida*. Desde sus primeros años juveniles habia tenido Virgilio la tentacion de ensayarse en la épica, proponiéndose, segun refiere Donato, cantar las glorias de Roma, ó, como afirma Servio (ad Ecl. VI, 3), las de los príncipes Albanos; mas desistió del intento, mal hallado, dice este último gramático, con «la aspereza de los hombres» (1). Pero el mismo poeta, en la convencion que le dirige Apolo al principio de la *Égloga* VI,

(1) «D'un seul nom quelquefois le son dur ou bizarre
Rend un poeme entier du burlesque ou barbare.»
BOILEAU.

indica una razon más verosímil, dando á entender que sus fuerzas eran por entónces desiguales á la magnitud de empresa semejante. Méenos imposible que inmadura conceptuaba él su rea'izacion, supuesto que en los estudios que continuó haciendo, y en la composicion, que á poco acometió, de las *Geórgicas* (1), enriquecia la mente y ejercitaba sus fuerzas para embocar al fin la épica trompa. Segun Donato, Virgilio, en presencia y con ayuda de Mecenas, leyó sus *Geórgicas* á Octavio en Atela, estando de paso este Emperador para Roma, de vuelta de Asia, y vencedor en Accio, el año 725. Concluido en esta época aquel poema, bien que despues recibiese retoques (2), debemos suponer, con arreglo á todos los datos que concurren á fijar esta fecha, que en el propio año principió Virgilio la composicion de la *Eneida*. Mas á esta obra es forzoso que hubiese venido preparándose al mismo tiempo que escribia las *Geórgicas*. Es cosa averiguada que no compuso seguidamente ni los libros de las *Geórgicas* ni los de la *Eneida*; en diferentes ocasiones introdujo episodios acá y allá; de suerte que no hay impropiedad en decir que si salieron á luz los dos poemas en épocas distintas, no se elaboraron por separado en la mente de su autor. En la *Eneida*, así como no faltan reminiscencias de las *Églogas* (3), hay pasajes tomados de las *Geórgicas* (4), y en éstas, con especialidad en los libros III y IV, se reconoce sucesivamente, de una página á otra inmediata, ya el poeta bucólico, en el elogio, por ejemplo, de la vida rústica, ó en la descripcion de las preciadas hortalizas del viejo Coricio en la campaña Tarentina; ya el épico, en la pintura de un combate de toros ó de dos ejércitos de abejas. « Parece,—dice Delille,—que nada trató Virgilio con tanta complacencia como las abejas. Ennoblece todo lo que hacen estos insectos con metáforas tomadas de las más importantes ocupaciones de los hombres. No

(1) Principiáronse el año 716 ó 717; en el de 714 habíase escrito la citada *Égloga* VI.

(2) Pruébalo el hecho anotado atras, p. LXXXI al pié.

(3) Por ejemplo, el verso 78 de la *Egl.* V es también el 609 de primer libro de la *Eneida*.

(4) Por ejemplo: *Geo.* IV, 170-175; *Aen.* VIII, 449-454.

pinta ménos bravos los combates de Turno y Enéas que los de dos enjambres. Si en la *Eneida* compara los trabajos de los Troyanos con los de las abejas ó las hormigas, en las *Geórgicas* equipara las ocupaciones de las abejas á las de los Cíclopes. En fin, el libro IV de las *Geórgicas* parece un preludio de la *Eneida*.» Es más: estos arranques épicos envuelven á las veces lecciones políticas. Por ejemplo: para el poeta el régimen monárquico de las abejas es nada ménos que dón de sabiduría con que Júpiter quiso premiarlas (G. IV, 149, sqq.); recuerda que muchos las creyeron, por su modo de gobernarse, participantes de la esencia divina del alma humana (219 sqq.); que en lealtad al Soberano no la iguala el Persa ni el Egipcio (210 sqq.); llamando pequeños «Quirites» á los insectos-ciudadanos, el poeta inviste sus instituciones, no sólo con la dignidad de lo que al hombre concierne, sino con las glorias del pueblo romano (201); los destinos de la alada casta le merecen el nombre de «Fortuna domus» (209), expresion favorita del período imperial para señalar el síno glorioso de la familia reinante; los volantes guerreros que agrupados en torno de su Rey le alzan en hombros, dichosos de morir en su defensa (215-218), son imagen de los soldados Romanos cuando levantaban al jefe sobre sus escudos proclamándole emperador (1). No sin razon, pues, anuncia el poeta á Mecenas al principio del libro, que en cuadro de objetos diminuto tendrá ocasion de admirar grandes ejemplos de civil prudencia y de valor militar. De aquí, acaso, la emblemática importancia de aquel libro: «In tenui labor; at tenuis non gloria.»

Considerados ambos poemas como producciones de carácter nacional y patriótico, las *Geórgicas* y la *Eneida* sirven bajo dos fases distintas á un mismo pensamiento, así como los nombres de Italia y Roma presentan los dos aspectos característicos de una nacion agrícola á un tiempo y conquistadora. La riqueza de la Patria residía, para los Romanos, en la feracidad de su suelo, y su gloria y poderío con el arrojo y valor de una raza que, avasallando pueblos extraños, debia

(1) Conington, notas ad loc.

dilatar los límites del Imperio hasta igualarlos con los del mundo conocido. Las artes del cultivo fueron en los buenos tiempos honradas al par que las de la guerra. Habian cultivado las unas y conjuntamente ejercitádose en las otras los varones más ilustres y las más nobles familias de la República. «Nuestros mayores—decia Caton el Viejo (*De R. R. I*)—cuando querian alabar á alguno de buen ciudadano, apellidábanle buen labrador y buen colono.» El guérrero victorioso sosiega sus ambiciones radicando su pujanza en la posesion de la tierra sometida; y si aspira á perpetuar en sus sucesores el adquirido predominio, está obligado, por ley providencial de justicia, á sanear su fundo y cultivarlo. Sólo el asiduo trabajo («labor improbus») da valor á la ocupacion. Desde tiempos remotos «la política guerrera y conquistadora de los Romanos,—dice Mommsen (*H. R. I, XIII*),—se apoyó, lo mismo que su constitucion, en la propiedad territorial; la guerra tenía por objeto acrecer el número de propietarios, únicos que gozaban de consideracion en el Estado.» «Muchos pueblos,—prosigue el mismo historiador,—ha habido victoriosos y conquistadores; pero ninguno supo, tanto como el Romano, apropiarse la tierra, y regándola con el sudor de su frente despues de la victoria, conquistar segunda vez por el arado lo que ganó primero por la espada. Puede la guerra recobrar lo que ha perdido; pero el arado no devuelve el terreno que fecundiza. El labriego romano aferrábase á su campo y á brazo partido lo defendia. El dominio del suelo constituye la fuerza del hombre y la del Estado. La grandeza romana se asentó, como en basa inconmovible, en el derecho absoluto é inmediato del ciudadano sobre su tierra, y en la compacta unidad de la privilegiada clase labradora.» En los tiempos mismos de Virgilio, el conquistador romano, como siglos despues el español, dejaba en sólidos monumentos testimonio inmortal de su grandeza de espíritu y del carácter irrevocable de la apropiacion consumada. En varias provincias del Imperio, Augusto distribuyó campos á sus veteranos, quienes de esta suerte, en gran número esparcidos, se trocaban en labradores.

Así la agricultura coronaba la conquista. Mas las guerras civiles amenazaban la prosperidad interior arruinando el cul-

tivo, y minaban en el exterior el poder y prestigio de Roma. Por tanto, si impulsar la cultura devolviéndole su lustre y sus esperanzas, y cebar el ardor bélico de las legiones en guerras extranjeras, corriendo los hábitos de ocio y de rapiña alimentados en discordias intestinas, eran dictados de la hábil política de hombres tan entendidos como Mecenas y el propio Octavio, no eran otros tampoco los sentimientos del más puro patriotismo que animaba á Virgilio. Si desde la *Égloga I* (71 sqq.) lamentó la contienda doméstica, no deja de volver á detestarla en las *Geórgicas I*, (489 sqq.), quejándose acá tambien de la expropiacion que sufrieron los Mantuanos sus conterráneos (II, 198); y alusiones en idéntico sentido asoman hasta el libro postrero de la *Eneida* (1). Dolia al orgullo patrio, mal avenido con la libertad omnífoda del comercio internacional, tener que recibir producciones de vendimias y cosechas ultramarinas, cuando no bastaban al consumo los esquilmos de los campos italianos; y así Virgilio, en la particion que hizo Naturaleza de sus bienes á las diferentes naciones, supone que otras fueron dotadas con aquellos productos que corresponden á industrias extractivas, miéntras Italia fué privilegiada con la fertilidad de su tierra y excelencia de sus frutos (2). Mas como condicion necesaria para beneficiar los dones naturales y dar indefinidas creces á la riqueza nacional, el sabio poeta recomienda á sus paisanos la virtud del trabajo, instituida y honrada por los Dioses (3). Esta virtud, que hace sufrido al labrador, es moralmente la misma con que, fuerte bajo el peso de armas y provisiones, coronaba sus rápidas campañas el soldado ro-

(1) Expresiones como aquella «latos vastant cultoribus agros» (A. VIII, 8), consuenan con las quejas que al final del libro I de las *Geórgicas* exhala el poeta contra los soldados devastadores; y el *Árcade Menétes* que de pacífico pescador, hijo de un pobre colono, de repente se ve envuelto en los horrores de la guerra y muere á manos de Turno (A. XII, 517sqq.), es una figura que, como observa Tissot, no está tomada de Homero, y parece más bien tierno recuerdo de la primera juventud de Virgilio y melancólica alusion á aquellos turbados tiempos.

(2) G. I, 56-63; II, 116 sqq., 136 sqq.

(3) G. I, 121 sqq., 199 sqq.; II, 439, 538.

mano (1). La filosofía del poeta, poniendo sello de infamia á la ociosidad y la molicie, cifra en la virilidad y constancia de los hombres, donde quiera que éstas se manifiesten, la grandeza de la Nacion (2).

Nótese, además, en confirmacion de una de las precedentes observaciones, que en aquel magnífico elogio que en el libro II de las *Geórgicas* consagra el poeta á Italia, la considera grande y admirable por su fecundidad en todo género de productos, inclusa la raza humana, allí valerosa y emprendedora: «Magna parens frugum, magna virum;»—es decir, como nacion á un tiempo agricultora y heroica (3). Entre los tipos de la vigorosa casta del hombre de Italia, al lado de Camilos y Escipiones, coloca á César Octavio; al cual ensalza porque fomenta la produccion agrícola (4) y porque extiende los límites del Imperio; hace votos porque, muriendo, sea constelacion propicia á los labradores, á semejanza de la estrella Julia, como tal saludada desde su aparicion por el poeta (Ecl. IX, 46 sqq.). Y cuenta, que nunca celebra á Octavio como vencedor en guerra civil; dado que, si canta la victoria Acciaca, nadie puede desconocer que la guerra por aquel caudillo sostenida contra Antonio y Cleopatra, fué en realidad, y así la juzgaron los Romanos, guerra extranjera. Antonio con sus aliados amenazaba enconado á su propia Patria; por lo cual Virgilio cuida de presentar á Octavio con el Pueblo y los Padres de la Patria, con los Penates y los grandes Dioses nacionales, enfrente á bárbaras huestes y á las monstruosas divinidades de Egipto (A. VIII, 679, 698). Dominado del mismo sentimiento pudo Propercio decir del éxito de aquella batalla naval: «Vincit Roma!»

Apénas habrá en la literatura moderna otra produccion que por el intento, lo mismo que por el ornato, se acerque

(1) G. III, 346-348.

(2) Para Virgilio, la «dureza» es condicion caracteristica de nuestra raza—«homines, durum genus:» dureza propia para el trabajo—«duris agrestibus» (G. I, 160, A. VII, 504), como tambien para la guerra—«Scipiadas duros bello» (G. II, 170).

(3) G. II, 176 sq. Cf. A. II, 781-782, VI, 852-853.

(4) «Auctorem frugum» G. I, 27.

tanto á las *Geórgicas*, como la silva de Bello *A la agricultura de la Zona tórrida*. Su autor habria sido de todo en todo el « Maron americano, » por él mismo anunciado en su *Alocucion á la Poesía*, si en vez de un canto como aquél, parte lírico y parte descriptivo, hubiese compuesto un poema propiamente dicho. Así lo hace notar el célebre escritor argentino D. Juan María Gutierrez. En esa silva el alumno de Virgilio, con aquella diction selectísima, aquel estilo que sin esfuerzo cautiva y en sosegado vuelo se remonta á las veces á la region de la epopeya, convida á los Americanos á huir de las ciudades populosas, donde se engendra la civil discordia y todos los vicios tienen asiento, á dirigir por sí mismos el cultivo de los campos, su pingüe herencia, en malhora abandonados á la fe mercenaria; y hablando unas veces al corazon, con la voz de la Naturaleza y sus encantos inefables, á la razon otras con las ventajas positivas que promete la profesion del labrador, no olvida citar, con el autor de las *Geórgicas*, el ejemplo de la antigua Roma de los Cincinatos y Fabricios. Para uno y otro poeta el campo es la escuela del buen ciudadano, del repúblico incorruptible, del valeroso defensor de la Patria; ambos cifran las glorias nacionales en los grandes caracteres y en las sanas costumbres, que se forman en medio de las labores agrarias. Un mismo pensamiento moral, un mismo objeto patriótico.

Como para que no quedase obra alguna en las de Virgilio sin adjudicarse á inspiracion ajena, se ha imaginado que proyectó primero cantar directamente las alabanzas de Octavio en un poema épico, y que el mismo Emperador le propuso que en vez de ellas celebrase los orígenes de la familia Julia y del pueblo Romano, sugiriéndole el argumento de la *Eneida* (1). Verdad es que bajo la alegoría de un templo de mármol que promete dedicar á César á orillas del patrio Mincio, anunció implícitamente nuestro poeta (Geo. III, 46 sqq.) su intento de cantar los loores de Augusto; y de aquí toma pié Ribbeck para opinar que Virgilio pensó primero en escribir

(1) « Ab Augusto Aeneidem propositam scripsit. » Serv. in proem.

los hechos de armas de Octaviano, y despues modificó su propósito y emprendió la composicion de la *Eneida*. Con la sagacidad, discrecion y buen gusto de un príncipe que, mirando más á las cosas que á los nombres, desechó títulos como el de Dictador que ofrecia el pueblo, cuadra el pensamiento de preferir el elogio indirecto que le resultaba de un poema en que apareciese subsidiariamente como vástago de una dinastía sobrehumana, nacida á regir los destinos de Italia y del orbe, al incienso injusto que se le tributase con peligro de su fama, por victorias en que el lauro del valor pertenecia ménos á él que á los entendidos generales que sirvieron á su causa. Pero semejante verosimilitud moral pierde su importancia ante las dificultades que la inspeccion crítica de antecedentes y circunstancias opone á esta nueva hipótesis sobre el origen de la *Eneida*.

Queda dicho que las *Geórgicas* no se escribieron seguidamente: los episodios que las amenizan se incorporaron en épocas diferentes. Así, aunque el poema se principiase en 716-717 y se concluyese en 725, no por eso hemos de figurarnos que el comienzo de la obra fué lo primero que se compuso, á partir de aquella fecha, y que así se continuó hasta coincidir el final del poema con la terminacion del plazo. La invocacion á César Octavio, por ejemplo, que se halla á los principios del libro primero, por las alusiones que encierra, corresponde, segun Franck, al año 718; y el episodio brillante que da remate al mismo libro, sobre la muerte de J. César y la tumultuosa agitacion del mundo, por las amenazas que venian, ya de parte de los Germanos, ya de las regiones del Eufrates, parece que ha de imputarse á algun punto del trienio 719-721. Al año 724 se adscribe, por el verso 497, el cuadro de la vida rústica con que se cierra el libro II. El valiente elogio de Italia, en este mismo libro, por lo que arguyen los versos 170 sqq. no puede suponerse anterior al año 725. Á la misma época se refieren los versos con que finaliza el poema, cuyo sentido, aplicado, no á la terminacion, sino á la composicion íntegra de la obra, indujo á Wagner á restringir la segunda á los años 723-725. El episodio de Orfeo se introdujo en revision del libro IV en 728. Aunque al de 729, y aun á época ulterior, supone Conington que pueden

referirse algunos de los rasgos de aquel episodio del libro III en que funda Ribbeck su opinion ántes consignada (1), no tengo necesidad de apoyarme en esta conjetura, bastando á mi propósito sentar el hecho no controvertido de que aquel exordio no es anterior al año 725.

Ahora, pues, si en este año se principió la *Eneida*, ¿cómo es posible que dentro de círculo tan breve, cual si se tratase de mudar de propósito en materia frívola y baladí, hubiese nuestro poeta proyectado primero escribir las hazañas de Octavio y luégo los orígenes de Roma? Sube de punto la inverosimilitud, si damos fe, con Ribbeck, y contra la conjetura de Ribbeck, á Donato cuando dice que Virgilio dispuso en prosa su poema ántes de reducirlo á metro. Y el mismo Ribbeck confiesa (2) que «el inmenso trabajo y prolijos estudios que costó al poeta la elaboracion principal de este poema, se infieren de aquel conocido fragmento de carta que escribió á Augusto (3), y fueron motivo de admiracion para los antiguos comentadores.» Convengamos, por tanto, en que, si á componer la *Eneida* habia venido preparándose Virgilio en la meditacion y el estudio, y no sin ensayar sus fuerzas en las *Geórgicas*, la promesa que se encierra en el consabido exordio del libro III de éstas no mira, cual pretende Ribbeck, á un proyecto de poema especial sobre Augusto, sino más bien, segun la opinion que defiende otro crítico alemán, Tittler, á sola la *Eneida*, y en especial al libro VIII, donde al describir el escudo que á Enéas fabricó Vulcano, ase el poeta de la ocasion para representar la victoria de Accio con grande

(1) Este crítico inglés idea que la alusion de los vv. 32, 33, puede referirse á la rota de los Cántabros en 729; y ve en el anterior, 31, ó una alusion á la victoria Acciaca, 725, ó bien (suponiendo el pasaje cosido más adelante) á la sumision de los Armenios, y á los estandartes de Craso recobrados de los Partos. Una referencia á este suceso, el cual corresponde al año 734, se registra en el libro VII de la *Eneida*: «Parthosque reposcere signa»... (604 sqq.) Virgilio murió en el siguiente año de 735.

(2) Edit. min., p. XXVII.

(3) Conservado por Macrobio (I Sat. 24, 11). Las palabras á que alude Ribbeck son estas: «...Cum praesertim, ut scis, alia quoque studia ad id opus, multoque potiora, impertiar.»

honor para Augusto, honor realizado por la mágica perspectiva en que se coloca el cuadro, mediante la vision profética atribuida al autor de la armadura encantada. El elogio de Octavio en el libro II, y el que se contiene en la alegoría del libro III de las *Geórgicas*, parecen ambos dictados por el entusiasmo que aquella victoria despertó en nuestro poeta, así como en todos los Romanos, cuyo orgullo patriótico se alarmaba horrorizado de que se entronizase en Roma el despotismo del afeminado Oriental (1). ¿Qué mucho, pues, que la promesa envuelta en el segundo de esos dos elogios, se refiera á la *Eneida*, en cuanto en ella se proponia el poeta pintar esa propia batalla, amen de las otras alusiones que habria de esparcir acá y allá en homenaje á Octavio y su familia? Objeta Ribbeck que en el exordio consabido, entre los triunfos que el poeta dice se propone realzar en oro y marfil, no sólo se individualiza la victoria Acciaca y la sumision del Nilo, pero tambien otros hechos que despues no se conmemoraron en la *Eneida*. A lo cual puede responderse, lo primero, que Virgilio no dió á su poema la última mano—tres años más habia pensado emplear en perfeccionarlo, para vacar luego á la filosofia, cuando ocurrió su muerte;—y no sabemos si ideaba introducir algun otro episodio en honor de Augusto; lo segundo, que si en la interpretacion de las *Églogas* ha sido fecundo en errores el sistema que establece un paralelismo riguroso entre los rasgos alegóricos y los hechos históricos, puede ser de la misma manera incorrecto pretender que en el poema donde se satisfizo en lo sustancial una promesa, hubiese ésta de cumplirse con cada una de las circunstancias con que se enunció. El astro poético moveria á Virgilio á dar en el cuadro de anuncio algunas pinceladas que en el cuadro extenso no convino repetir. A quien paga una deuda poética no exijamos el último cuadrante; lo que importa es que la ejecucion del asunto corresponda por su magnificencia á las esperanzas preconcebidas.

Pero si es la *Eneida* aquel monumento que Virgilio pro-

(1) Horacio (I Carm. XXXVII) invitaba á sus amigos á beber del cécubo añejo y á regocijarse por la muerte de aquella Cleopatra que tanto terror habia infundido á los Romanos.

metió dedicar á Octavio, no por eso imaginemos que el héroe verdadero del poema es Augusto, y Enéas sólo su figura; ni que tal homenaje destruye la intencion religiosa que se desenvuelve en la *Eneida*; fase importantísima que consideré ya en el *Estudio preliminar* de esta traduccion, y sobre la cual publicaré en próxima ocasion nuevas reflexiones (1). Así como á cada momento fijamos la atencion en un objeto, ejercitando á un tiempo varios sentidos y percibiéndole en más de un aspecto, del mismo modo á la creacion de un gran poema pueden presidir diferentes miras que se confunden en una comprensiva intencion moral.

La *Eneida*, sin dejar de ser un tributo político, es grandioso monumento patriótico, obra eminentemente poética y en altísimo grado religiosa. Algunas de estas condiciones fueran entre sí incompatibles en circunstanCIAS diferentes de aquellas en que se halló Virgilio. No prestan las Musas su fuego para venales encomios; y el vate que sin conviccion ni entusiasmo hace la corte á un poderoso, con helados ardores delata, más bien que encubre, su impotencia: *incassum furit*. De naturaleza indulgente y acomodaticia, Horacio, vencido en Filipos, rindió homenaje al vencedor, y dedicó á Augusto algunas fugitivas alabanzas y epístolas de amable filosofía:

(1) No soy el único á quien esta fase, profundamente sentida en otras épocas por Dantes y Leibnizes, despues mirada con desprecio como fantástica por la frívola incredulidad, ha dado en nuestros tiempos materia de meditacion. Impreso el *Estudio preliminar* y publicado el tomo I de esta obra en 1873, tuve la satisfaccion de ver en la *Revue des Deux-Mondes*, correspondiente al 1.º de Marzo del mismo año, un importante trabajo sobre Virgilio: *Un poète théologien*. El autor del ensayo, M. Gaston Boissier, cree que la moda de despreciar á Virgilio va pasando, y que á lo menos se le estudia hoy más que nunca. Con datos científicos se propone demostrar «le caractère religieux de son oeuvre et l'influence que le poète a du exercer sur les croyances de ses contemporains.» Concluye con estas palabras: «Virgilio fué realmente una de las almas más cristianas del gentilismo. Aunque adicto de corazon á la religion antigua, parece á veces que presiente la nueva religion, y puede un cristiano piadoso creer que para abrazarla no le faltó sino haberla conocido.»

pero tratándose de celebrar sus glorias, se excusaba diciendo que *lo deseaba y no lo podía* (1). Conviene observar que si Títiro, animado de profunda gratitud, quema algunos granos de incienso en el altar del jóven sobrehumano que le restituyó su campo, la adhesion de Virgilio al partido, ó cuando ménos á la persona, de Julio César, data de época anterior á las mercedes del triunviro. En un fragmento incorporado en la Égloga IX, como muestra de los ensayos en que se ejercitaba el jóven poeta ántes de que los veteranos invadiesen su nativa comarca, saluda á la estrella Julia como astro benéfico á los agricultores, llamándola el «astro de César Dioneo,» esto es, de César descendiente de Vénus, hija de Dione; por donde se ve que con este título fabuloso, del cual blasonaba la familia Julia, consagró Virgilio la memoria de César inmoldado muchos años ántes de que, aplicado á Enéas, redundase en honra de Augusto Emperador. Razones poderosas inclinan á creer que en la Égloga V sólo se propuso el poeta lamentar la muerte de Julio César, y cantar su apoteósís el año 712. Fueron él primero y despues su íntimo amigo Varro, quienes por los años de 715, á título de poeta, introdujeron al tribuno de Venusa, derrotado en Filipos (á quien la necesidad compelió luégo á escribir versos) al trato y al favor de Mecenas; ¡tanto era el valimiento de que por entónces disfrutaba Virgilio con el consejero de Augusto! ¿Cómo, pues, ó por cuál motivo se ha dicho y repetido por sesudos escritores que Virgilio era «el máspreciado ornamento del partido republicano?» (2) ¿Acaso porque fué despojado en la irrupcion de los veteranos? Pero todos sus conterráneos padecieron igual desastre: á ninguno perdonó aquella comun calamidad; el crímen de los Mantuanos era ser vecinos de los Cremonenses, y la libertad con que clamó entónces Virgilio contra los efectos de las discordias civiles (Ecl. I, 70), la buena acogida que tuvo en Roma, la órden de restitution que consiguió, todo esto arguye más bien que la familia de los Marones no estaba ligada por compromisos con el partido de Bruto y Casio. ¿Ó se alegrarán los elogios que estampó el

(1) II Epist. I, 250-259. «Si quantum vellem possem quoque.»

(2) D. Antonio Benavides, «El panteon de Agripa.»

poeta á algunas figuras Catonianas de la antigua República. Esos elogios, como veremos luégo, no disienten de la política nacional adoptada por Augusto, quien se envanecía de llamarse restaurador de las severas costumbres primitivas del pueblo que fundó Rómulo. No: nada hay que acuse á Virgilio de haber incidido en alguna de aquellas veleidades políticas tan frecuentes en tiempos de corrupcion. No tuvo que ser consigo mismo inconsecuente para mostrarse agradecido al benefactor; ni halló resistencias en su Musa para cantarle.

Sobre su carácter notorio de obra poética, es la *Eneida*, como ántes dije, monumento *nacional* por el sujeto, *patriótico* por el sentimiento, *religioso* por el espíritu; y á estas tres condiciones relevantes no estorba más que á la primera la circunstancia de ser aquel poema produccion de un poeta cesáreo. No nos fiemos de historiadores que, equiparando edades distintas y causas diferentes, prodigan ó escatiman encomios á los hombres de la antigüedad con ánimo deliberado de ensalzar ó vilipendiar á personajes modernos. Al contemplar á los Césares olvidemos á los Napoleones, y á juzgarlos apliquemos la crítica profunda que Macaulay ensayó para apreciar la moral de Maquiavelo, mirando ante todo á la época en que vivieron las personas. Cantú, nada indulgente con Augusto, confiesa sin embargo que en cuarenta y cuatro años que duró su administracion, no abusó aquel príncipe del poder supremo. «¿No lisonjeaba él la nacionalidad Romana?—dice el ilustre Milanes;—¿no es propio de todo restaurador restablecer del antiguo régimen cuanto contribuya á consolidar el nuevo? Al ensalzar la Roma Quirinal, historiadores y poetas no hacian otra cosa que encomiar á Augusto, el cual, invocando los grandes ejemplos de lo pasado, reedificando arruinados templos, restaurando estatuas ennegrecidas, expiaba con su piedad los delitos de sus mayores, hacia renacer el pudor antiguo, y devolviendo la castidad al hogar doméstico, regocijaba á las madres de familia, deseosas de perpetuar sus honestas costumbres.» (1).

(1) Cantú, lugar ántes anotado. Cita á Horacio, cuyas palabras ingiere en sus observaciones. Puede verse la oda VI del libro III y la V del IV, que corresponden, segun Kirchner, aquélla al año 726

Augusto, como príncipe, queriendo restaurar la nacionalidad Romana en toda su amplitud histórica, se esforzó por extinguir los viejos odios, cuidando de borrar los rastros de las sangrientas proscripciones del triunvirato; no dudó honrar la memoria de Ciceron, cuyas obras dejaba leer á sus nietos, diciéndoles: «Varon docto y amante de su Patria,» y la de Bruto, cuya estatua permitió subsistiese en Milan, cuando la vió á su vuelta de Filipos, y alabó á los Cisalpinos porque con ella, sin inclinar la frente á la Fortuna, mostraban fidelidad en muerte á los amigos (1). Y Virgilio, lleno tambien de ese magnánimo sentimiento nacional, pudo en soberbia ficcion hacer que desfilaran, con gloriosa aureola, todos los grandes patriotas de Roma, sin distincion de parcialidades civiles (2); de tal suerte, que en el mismo escudo de Enéas, donde grabó Vulcano las glorias de Octavio, presenta el poeta á Caton el Mozo dando lecciones de virtud á los justos en los Campos Eliseos, y los únicos que llevan mala parte son Catilina y Antonio, que volvieron sus espadas contra la Patria. Claro es que pintando al primero condenado á tormentos furiales, justifica el poeta á Ciceron por actos que no agradaron á Julio César (3).

Un escritor lisonjero y mercenario, por generosas que sean las palabras ó magníficos los actos con que trata su señor á enemigos y desafectos, no se tendrá jamás por autori-

en que Augusto como censor empezó á ocuparse en la reparacion de templos y reforma de costumbres, y ésta al 740. Es expresiva la definicion que da Horacio (II Epist. I) de los méritos de Augusto reduciéndolos á tres clases:

Cum tot sustineas et tanta negotia solus,
Res Italas armis tuteris, moribus ornes,
Legibus emendes.....

(1) Plutarco en las Vidas de Bruto y de Ciceron, al fin.

(2) Aen. VI, 756 sqq. Por boca de Anquises reconviene allí el poeta á César y á Pompeyo, porque en guerra civil destrozaron las entrañas de la Patria (832);—el «amor de la Patria» justificará á Junio Bruto en el juicio contradictorio de la posteridad sobre su conducta (v. 822. Cf. VIII, 648).

(3) Argumento contra aquellos que creen depresivamente aludido, y acerbamente parodiado, á Ciceron, en el «Orabunt causas melius» (A. VI, 849) y en las arengas de Dráncas.

zado á encomiarle al lado de aquellos que fueron émulos de él ó de su familia. El cantor servil será siempre más realista que el rey. Por lo tanto los rasgos hidalgos de Augusto, sin perder su mérito, no lo roban á las patrióticas pinceladas de Virgilio; siendo tan honorífico para el príncipe como para el poeta que éste pudiese y supiese conciliar el respeto al poderoso con la propia dignidad, la adhesion al Emperador con la libertad de las Musas.

El mismo criterio de anchuroso patriotismo con que agrupó Virgilio los grandes nombres de la Historia Romana, guiaba su juicio en lo tocante á la época legendaria en que pasa la accion de la *Eneida*. Por un instinto respetable que mueve al hombre á buscar abolengos gloriosos en remotos países, de lo cual tenemos ejemplos numerosos en ambas Américas, muchas familias romanas se preciaban de proceder de colonos Troyanos. Virgilio consagra en su *Eneida* algunas de esas pretensiones nobiliarias. ¿Cuánto no halagaba á la familia de los Césares llevar por insignia el mirto, en señal de descender del hijo de Vénus? Con todo, el cantor de Enéas celebra con entusiasmo á Turno y á otros valerosos guerreros que resistieron la conquista. Sólo á Mezencio pinta odioso, mas de ningun modo porque defendiese el suelo italiano, sino por su horrible impiedad. Por boca de Numano, cuñado de Turno, ensalza en los Rútulos aquellas costumbres austeras que tanto recomendaban, á su juicio, á los romanos (1). A la formacion de Roma, los Ausonios debian concurrir con su lengua, su nombre y sus costumbres; los Troyanos con su sangre y su religion (2).

Augusto respetó, bien que á veces sólo en apariencia, las leyes y prácticas establecidas; no perturbó á los magistrados en el ejercicio de sus facultades; desechó los títulos de Rey y Señor que el pueblo quiso conferirle; ni en su persona ni en su casa afectaba fasto ó superioridad; su vivir se nive-

(1) Aen. IX, 602 sqq.

(2) Aen. XII, 834-837. Recordemos con Wihelm Ihne que en efecto «los Romanos fueron un pueblo eminentemente religioso: espíritus penetrados de religiosos sentimientos; conciencias adheridas á los deberes de la Religion.» *Historia de Roma*, lib. I, capítulo XIII.

laba al de ciudadanos particulares, y su poder se fué continuando por delegacion decenal de los comicios y del pueblo. Virgilio, testigo de tal popularidad, y sabedor del proyecto que en su presencia consultó Augusto con Agripa y Mecenas, de abdicar el poder y retirarse á la vida privada, á ejemplo de Sila, no tiene reparo en hablar en su poema contra los tiranos, apellidando justa la ira popular que los destrona y les amenaza de muerte, sin temer que Augusto viese en esa doctrina un peligro, ni persona alguna malignamente la interpretase como alusion subversiva (1).

Cansados los romanos de las guerras civiles que en largos años ensangrataron su suelo, y horrorizados de tener vidas y haciendas á la merced de los bandidos que infestaban á Italia, era natural que admitiesen de buena gana la autoridad de aquel «Pacificador de mar y tierra», que disciplinando el ejército y escarmentando con mano fuerte á los malhechores, devolvía al cabo el reposo á la Nacion y la seguridad á los ciudadanos. En cuanto á Virgilio, ya desde la época triunviral, en los años de 714, vemos por la *Égloga IV*, compuesta en ese tiempo, que además del sentimiento de bienestar privado y público con que sus compatriotas saludaban la paz, mirábala él como uno de los rasgos espléndidos de la edad áurea que á sus ojos de poeta alboreaba de nuevo al mundo; con la paz anunciaba el reinado de la virtud (2); y al cantar diez años despues las glorias históricas de Roma, aplaudiendo la clausura del templo de Jano despues de la victoria Accíaca, presenta con épica pompa la majestad de la paz Octaviana y

(1) Aen. VIII. 494, dice Virgilio que la Etruria entera se levantó contra el tirano Mezencio «furiis iustis;» en el lib. X. 714, pintando cómo le atacan los Tirrenos, cual á feroz jabalí, al hallarle en el combate, repite la expresion «iustae irae.» Del primero de estos pasajes dice Gibbon (Misc. Works, II, 318) que no habria Virgilio complacido á Augusto y á Mecenas, cual ya con el famoso episodio de Marcelo, si como les leyó el VI, les hubiese leído el lib. VIII. Pero el sagaz crítico inglés olvidaba que, muerto Virgilio, Augusto ordenó terminantemente á Vario y á Tuca publicasen la *Enseida* sin adulteraciones, y que, con gloria suya y del poeta, la dejó correr como ha llegado hasta nosotros.

(2) Ecl. IV. 17. Aen. I, 291, IX, 642.

el imperio de una justicia ideal como término de la acción de la *Eneida*, y objeto providencial de los esfuerzos y sacrificios de las generaciones que imagina el poeta se sucedieron desde el hijo de Venus hasta los Césares. Sólo la Iglesia Católica pudo realizar, más adelante, la hermosa concepción del poeta Latino.

Desde los primeros tiempos de Roma, en el sistema de aliarse con el vecino, en el poder de asimilarse elementos extraños y utilizarlos en propio engrandecimiento, en la ciencia, en suma, de aprovecharse de la victoria, se descubre el secreto del creciente poderío de aquella nación robusta, comparable en ese aspecto con la moderna Confederación Anglo-americana. Como para dar una lección de política fecunda a sus compatriotas, Virgilio recuerda en la *Eneida* el origen múltiple de Roma, las nacionalidades diversas y hasta contrarias que, aliadas y refundidas, fortificaron en la cuna de la Nación el sistema que el supuesto fundador de la nueva ciudad, según la leyenda recibida, practicó para ensancharla, abriendo ancho asilo al extranjero y al esclavo (1); y en la alianza que propone Enéas a Latino se diseña un sistema de monarquía federal (reminiscencia sin duda de la alianza que antaño celebraron los romanos con las ciudades Latinas), y de distinción entre la potestad política y la autoridad religiosa que para sí se reservó aquel héroe piadoso (2).

¿Hasta dónde coinciden estas ideas con las ideas de Augusto, y desde qué punto son opiniones propias de Virgilio, y en algún modo consejos que el poeta dirige al príncipe? No es fácil, ni de este lugar, entrar en discriminación tan delicada. Ciñámonos á consignar que en el discurso en que Diomedes (Aen. XI, 252 sqq.) aconseja á los Latinos el sistema de negociaciones y tratados como preferible á la guerra, se traslucen, según críticos modernos lo indican, «consejos de paz, con valor dados al vencedor de Antonio por boca de uno de los más famosos capitanes de Grecia; votos que hace el poeta por el reposo y prosperidad de un país tan largo tiempo y con tanta crueldad agitado por guerras *más que civiles*, (según la

(1) Aen. VIII, 312.

(2) Aen. XII, 187-194.

expresion de Lucano), puesto que se trataba en ellas de los destinos del Universo. Nunca pierde de vista Virgilio este grande objeto de su poema: los progresos de la civilizacion, fiados á la conservacion de la paz alcanzada. Ya Anquíses (Aen VI, 832-835), en la persona del padre adoptivo de Augusto, habia dicho al mismo Augusto:

Ne, pueri, ne tanta animis adsuescite bella.....
Proiice tela manu, sanguis meus!—(1)

No entró la distincion de las dos potestades en las miras de Augusto, el cual, siguiendo el ejemplo de César, unió el sacerdocio al imperio; pero aprovechándose en beneficio de la moral pública de la investidura de Pontífice máximo, protegió decididamente la Religion, dió nuevo culto á los Dioses nacionales, y se declaró restaurador y tutor de las pristinas costumbres hasta el punto de condenar á expatriacion (y condenara á muerte si lo consintieran sus ministros) á su misma hija Julia por las liviandades con que profanó su juventud y su hermosura. No es la clemencia magnánima del dictador Julio César lo que más distingue al adalid troyano (2), hijo de Diosa, sino la piedad reverencial del príncipe que se presentó al principio como tremendo vengador de su padre proclamándose *filius Dei*. Enéas no por eso representa ménos el primitivo carácter romano, piadoso por naturaleza y austero. Tratando Virgilio de realzar las antiguas virtudes á cuyo respeto Augusto se gloriaba de propender, no es maravilla que el carácter del héroe recuerde á un tiempo la filosofia religiosa del poeta y la moralizadora política del príncipe.

Horacio, ménos espiritual que Virgilio, trataba asuntos cotidianos en sátiras y epístolas que, magistrales como son en su género, no alcanzaban á merecerle en su concepto el

(1) M. Amar, en sus notas francesas, edicion Panckoucke.

(2) Enéas, el mejor de los hijos, el más piadoso de los héroes, propenso á la compasion y al llanto, en la guerra comete actos de crueldad de extraccion Homérica (Aen. XI, 81, 82).

título divino de poeta (1). Virgilio, por su afecto eminentemente poético á todo lo que es lejano é inmaterial, sólo trata asuntos antiguos; pero trasladándose para tratarlos á una época pretérita, mira desde allá lo presente como en imagen, y así le es dado embellecer los rasgos de sucesos contemporáneos que incorpora en sus obras. Lleno siempre de alusiones á tales sucesos, no forman ellos, empero, perpetuas y metódicas alegorías; los personajes y algunas escenas de las *Eglogas* son, como nota Conington, «convencionales y confusas»; y así los que han intentado hallar el hilo de las alusiones de las *Eglogas*, persiguiendo la unidad en ajustadas alegorías, intrínscanse en un laberinto de dudas y contradicciones, y no aciertan á compaginar, ó imaginan hacerlo con extravagantes conjeturas, como, por ejemplo, el pastor Tí-tiro representa al jóven Virgilio y aparece al mismo tiempo con la barba encanecida (Ecl. I, 28), ó cómo Galo, amigo del poeta, está combatiendo en Italia, y simultáneamente muere de amor tendido bajo desierta roca en Arcadia (Ecl. X, 14, 44).

Aplicando esta observacion á la *Eneida*, no hallaremos inconveniente para admitir que el héroe legendario del poema, reuniendo en su carácter una doble naturaleza, ofrece alusiones á más de un personaje histórico. Hemos visto que el poeta, al par que loa las virtudes de los Troyanos que se establecieron en el Lacio, censura de paso, por boca de guerreros indígenas, la molicie atribuida á la raza Frigia. Del propio modo, si la piedad filial y religiosa de Enéas lleva en sí una alabanza anticipada de Octavio, su amoroso rendimiento en Cartago parece envolver censura de vicios que nos recuerdan á Antonio. Háanse notado en el libro IV de la *Eneida* imitaciones parciales, puramente literarias, de Apolonio de Rodas, el cual en sus *Argonautas* pinta la insana venganza de Medea, abandonada por Jason. Pero es patente que el sentimiento de Virgilio no viene de allá (2), y que el épico Latino no trata su asunto en tono de imitacion, sino con verdadero entusiasmo, con inspiracion de fuego, y no sin relacionar el amor funesto de Dido con los destinos de Roma. Contra

(1) I Sat. IV, 39-44.

(2) V. Conington. Edic. 1872, vol. II, p. 19 sgg.

Enéas y sus descendientes pide ella moribunda, con vehemente energía, que se levante de sus cenizas un vengador (v. 625) en quien, por boca de la infeliz Elisa, quiso evidentemente Virgilio designar á Aníbal. Supuesto que esta alusion es incontestable, no es reprehensible arrojo escudriñar otras en el libro IV de la *Eneida*, relativas á posteriores sucesos de la Historia Romana. ¿Ni cómo, estudiando esta historia, resistiremos á la tentacion de ver retratada á Cleopatra en Dido? La conducta olvidadiza é indolente de Enéas en Cartago lleva el pensamiento á los amores que entretuvo Antonio con aquella hermosa y espléndida reina extranjera. Denuncia la Fama á Enéas y á Dido (v. 194) «enligados por torpe sensualidad,» y Yárbas le moteja de «nuevo Páris, adornado con la mitra Lidia, unguida la melena, y servido de eunucos» (v. 215 sqq.) (1) Horacio, siguiendo acaso á Virgilio, presenta con las mismas circunstancias á Páris en una oda famosa, que muchos críticos han creído alusiva tambien á M. Antonio (2); y es probable que bajo la figura del robador

(1) Cf. Aen. XII 99, 100.

(2) I Carm. XV. Reminiscencias de Virgilio se hallan no pocas en Horacio, y ésta puede ser una de ellas. En la Sát. I, lib. I, v. 114 hay una imitacion de las Geo. I, 512, segun Kirchner. Conjetura tambien este crítico (Quaest. Horat. pág. 26) que la oda «Beatus ille», bella en su forma, pero enigmática en su objeto, envuelve una donosa burla del ingenuo elogio que hace Virgilio de la vida rústica al fin del libro II de las *Geórgicas*. Un pasaje de este mismo libro (v. 156, 170 sqq.) tuvo Horacio presente, si no me engaño, al escribir los vv. 252 sgg. de la Epíst. I del lib. II. De la *Eneida*, X, 192, pudo tomar el Venusino la idea de una de sus odas (II Carm. XX). La interpretacion que propuso Tanegui Lefebvre sobre la oda III del lib. III (v. Búrgos, ad loc.) concuerda perfectamente con el espíritu de las palabras de Juno, Aen. XII, 828. La aparicion de Quirino (I Sat. X) es una segunda edicion de la de Apolo (Ecl. VI). Son de origen Virgiliano las frases «deducta poemata» («deductum carmen,» Virg.), «ardua cervix,» «Tuscus amnis,» «moriemur inulti,» «ridiculus mus» («exiguus,» Virg.). La oda citada al principio de esta nota, «Pastor cum traheret,» se compuso, segun la cronología Bentleyana, (exacta, á mi juicio, en esta parte) despues de la victoria Acciaca; y aunque, cuando ella se escribió, no hubiese Virgilio publicado aún el libro IV de la *Eneida*, muy bien pudo verlo privadamente su amigo Horacio,

de Helena usasen en Roma los adversarios del amante de Cleopatra vituperar los adulterinos amores de éste, sus hábitos asiáticos y fausto oriental. El que por su parte, para cautivar al indigno marido de la virtuosa Octavia, desplegó Cleopatra; sus antiguos amores con J. César, cuya memoria no respetó, su apasionada decision por Antonio, y en fin, su muerte, segun la describe Plutarco, ofrecen afinidades muy pronunciadas con la pompa régia de Dido, su criminal olvido de Siqueo, la llama que prendió en su corazon de viuda, y el trágico remate de sus días; de tal suerte, que aquellos recuerdos históricos difícilmente podrán desecharse en una lectura reflexiva del inmortal libro IV de la *Eneida*.

Ciertamente Dido no es personaje inventado por Virgilio; pero ¿quién no ve que el poeta con su pincel fantástico alteró la Dido de la leyenda? Formado este nuevo personaje mixto, semejante á aquellos que los modernos novelistas sacan de la historia por base de sus ficciones, cabian cómodamente, al ponerle en accion, las alusiones que señalo, como cupo la de Aníbal ántes citada. Que Virgilio en ese cuadro conmovedor tuvo presentes á Antonio y á Cleopatra, es conjetura que adquiere mayor consistencia, si se comparan las reconvencciones que Júpiter, por medio de Mercurio, dirige á Enéas, con las palabras de asombro y de indignacion que profiere el poeta, al describirnos, al fin del libro VIII, á Antonio vestido y armado á la extranjera y avasallado á una mujer Egipcia. Recuérdese, además, que de los libros de la *Eneida*, sólo del IV y el VI consta que fueron leídos por su autor á Augusto; y si el VI mereció tal preferencia por las predicciones de Anquises, en él contenidas, que alcanzan á los tiempos y á la familia misma del Emperador, no es inverosímil que el IV se eligiese por el interes de análogas alusiones. Finalmente, si la muerte de una mujer que habia jurado dictar leyes en el Capitolio sosegó el temor de los romanos amenazados, no por eso conmovió ménos, por las circunstancias interesantes y ruidosas de la persona y del hecho, los ánimos de todo

como debió de ver el libro I de las *Geórgicas*, aún no dado á luz, para tomar de allí, por los años de 719, fecha probable de la Sátira «Qui fit, Maecenas»....., la reminiscencia que indica Kirchner.

el mundo, con honda sensacion, que resonando en Virgilio, pudo contribuir al tono patético que domina en aquel episodio incomparable de la *Eneida*.

En general, el tipo de mujeres predilecto de Virgilio difiere completamente de los retratos femeninos de Homero. Virgilio se encarga de patentizar esta diferencia: en la hermosa Lavinia, los ojos bajos, sellado el labio por el pudor, reaparece la doncella Homérica; así como en Dido, con su amor desgraciado, su melancolía profunda, su sombría desesperacion, se demuestra la mujer Virgilians (1). Conington supone que Virgilio, echando por esta atrevida senda, sigue las pisadas de los dramáticos Griegos, que dieron á las mujeres en el teatro tan conspicuo papel como á los hombres (2). Un hábil crítico, citado por el mismo Conington, explica el hecho por «el conocimiento experimental que Virgilio tenía de su época, en la cual, por primera vez en la Historia Romana, salieron las mujeres á figurar en el teatro de la vida pública» (3). Esta observacion general, más que á las mujeres romanas, admite especial aplicacion, segun lo expuesto, á la célebre reina de Egipto. Dido es en la *Eneida* el tipo femenino más señalado é interesante. De él se distingue, por sus condiciones marciales, la intrépida Camila. Pero cuando cae herida la Amazona, el poeta, como para conmover al lector, repite frases del libro IV, especie de reminiscencias melancólicas de un tema favorito: «Illa manu moriens...» «Acca soror...» (Aen. XI, 816 sqq). Virgilio vuelve á llorar para hacer llorar de nuevo. Ni es ése el único pasaje en que la repeticion de una palabra mágica trae á nuestra mente la imagen de Elisa moribunda. Nos la recuerdan tambien Antor espirante (X, 781 sqq.); Mezencio, desfallecido y noticioso de la muerte de su Lauso (4); Yuturna, abrumada bajo el doble

(1) Con razon decia Voltaire: «Quand Virgile est grand il est lui-meme.»

(2) Vol. II, pág. 18.

(3) Saturday Review, Sept. 25, 1858.

(4) «Heu, nunc misero mihi demum Exitium infelix! nunc alte volnus adactum!» X, 849, sq. (Cf.—«nunc te fata» (mejor que «facta») «impia tangunt!» IV, 596) «Sed linquam!» X, 856 («Sed moriamur!» IV, 660.)—«attollit in aegrum Se femur» X, 856 sq. («Ter sese attollens cubitoque adnixa levavit» IV, 690), etc.

peso del dolor y de la inmortalidad (XII, 878 sqq.). Todo ello, evidenciando que los libros X y XI, y acaso el XII, se escribieron despues del IV, concurre á robustecer esta opinion de Ribbeck: «Que pudo el libro IV componerse ántes que los demas, y recitado separadamente agradar sobremanera, no es cosa extraña... Este libro, que parece fué de todos el que más satisfizo á su autor, nos servirá de norma para formar juicio sobre el arte é ingenio del mismo, y para presumir lo que en otros lugares, si no realizó; deseó al ménos haber realizado Virgilio» (*Prolegg.* p. 59).

Perseguidor asiduo nuestro poeta de la perfeccion artistica, tan afortunado como descontentadizo de sí propio, contemplábala siempre distante, aspirando á conseguirla y temeroso de profanarla.

M. A. C.

Bogotá, Julio, 1876.

ENEIDA.

*(Yo aquel que ya con flauta campesina
Libre de afanes modulé canciones,
Y dejando la selva peregrina,
Causa fui que con ricas producciones
Satisficiese la region vecina
De exigente cultor las ambiciones—
Obra grata á la gente labradora—
Los horrores de Marte canto ahora.)*

ENEIDA.

LIBRO PRIMERO.

I.

Canto asunto marcial; al héroe canto
Que, de Troya lanzado, á Italia vino;
Que ora en mar, ora en tierra, sufrió tanto
De Juno rencorosa y del destino;
Que en guerras luégo padeció quebranto,
Conquistador en el país latino,
Hasta fundar, en fin, con alto ejemplo,
Muro á sus armas, y á sus dioses templo.

II.

De allá trajo su sér el trono albanó,
Su nombre el pueblo á quien el orbe admira,
Roma de allá su cetro soberano.....
Mas tú á mi osado verso, Musa, inspira!
Abre de estos sucesos el arcano;
¿Qué ofensa suscitó la excelsa ira
Que á la errante virtud sigue y quebranta?
¿Cupo en celestes pechos furia tanta?

III.

En frente, aunque á distancia, de la riba
Donde el Tibre en el mar su onda derrama,
Tiria de origen, opulenta, altiva,
Alzóse la ciudad que Juno ama.
Más que á Sámos la Diosa vengativa
La amó: Cartago la ciudad se llama:
En ella la armadura pavorosa,
El carro en ella estuvo de la Diosa.

IV.

Y ya anhelaba Juno y pretendia
Hacer del orbe á esta ciudad señora
Si consintiese el hado. Oido habia
Que, corriendo los tiempos, en mal hora
Para alcázares tirios, se alzaría
De troyana raíz, dominadora
Nacion potente, en los combates fiera:
Que así lo urdido por las Parcas era.

V.

Eso la Diosa recelaba; y luégo
De irritantes recuerdos ocupada,
Ella no olvida que á vengar al Griego
Fué la primera en desnudar la espada:
Del troyano pastor el fallo ciego;
Su ofendida beldad, la raza odiada,
El alto honor á Ganimédes hecho,
Memorias son para afligir su pecho.

VI.

Por eso avienta á términos distantes
Del ítalo confin, á los que á vida
Dejó incendio voraz, salvados ántes
Del acero de Aquíles homicida.
Por largos años sobre el ponto errantes,
Cerrando el paso á su virtud sufrida
El hado vengador ¿dónde no asoma?
¡Fué empresa colosal fundar á Roma!

VII.

Haciendo nueva tentativa ahora,
De la orilla zarpando siciliana,
Ya á la vela se daban; ya la prora
Cortando iba veloz la espuma cana.
Mas la llaga cruel que la devora
Guardaba fresca la deidad tirana
En el fondo del alma; y sin testigo
Así comienza á razonar consigo :

VIII.

«¿Y será que vencida retroceda
En la intentada empresa? ¿y que al troyano
Aborrecido príncipe no pueda
Léjos tener del límite italiano?
¿Conque adverso el destino me lo veda?
Pálas un dia, del insulto insano
Tan sólo de Áyax ofendida, airada,
¿No hundió á los Griegos y abrasó su armada?»

IX.

»Ella misma del cerco nebuloso
Vibró de Jove la veloz centella,
Y alteró de los mares el reposo
Y dispersó los navegantes; ella
En torbellino súbito, furioso,
Arrebatando al infeliz, lo estrella,
Cuando áun abierto el pecho llameaba,
Contra un agrio peñon, y allí le clava.

X.

»Y yo, que entre los Númenes campeo
De los Númenes todos soberana;
Yo, que los altos títulos poseo
De consorte de Júpiter y hermana,
Ya tantos años há que en lid me empleo
Con solo un pueblo, y mi insistencia es vana!
¿Y habrá de hoy más quien me venere? ¿alguno
Que humilde ofrende en el altar de Juno?»

XI.

Tal medita la Diosa, y sus sollozos
Ahogando en su furor, á Eolia vuela,
Region nublada en lóbregos embozos,
Region que aborta la hórrida procela:
Éolo allí en inmensos calabozos
Las roncadas tempestades encarcela
Y los batalladores aquilones,
Y hace pesar su imperio en sus prisiones.

XII.

Ellos dentro la hueca pesadumbre
Ruedan bramando, amenazando estrago:
Él, cetro en mano, sobre la alta cumbre,
Resuelve en aire el comprimido amago.
Que si aquella legion de servidumbre
Salir lograrse, por el éter vago
La tierra, el mar, el ámbito profundo
Rauda barrera aniquilando el mundo.

XIII.

El alto Jove recelando eso,
Al ejército aéreo abrió esta sima,
Y ahí en tinieblas le envolvió, y el peso
De altísimos collados le echó encima;
Y un rey impuso al elemento opreso
Que con tacto severo, ya reprima,
Ya dé medida libertad. Ahora
Juno ante él llega, y su favor implora:

XIV.

«Éolo, á quien el Rey de cielo y tierra
Calmar concede y sublevar los mares,
Oye: aquel pueblo á quien juré la guerra,
Surca el Tirreno, y sus vencidos lares
Lleva, y su imperio, á Italia. Desencierra.
Éolo, tus alados auxiliares,
Y envíalos con ímpetus violentos
A romper naves y á esparcir fragmentos.

XV.

»Catorce Ninfas sírvenme doncellas,
De hermosura dotadas milagrosa;
La que en encantos sobresale entre ellas,
Deyopeya gentil, será tu esposa:
Eternas gozarás sus gracias bellas;
Yo te la doy, porque de prole hermosa
Afortunado fundador te haga;
Y así el favor mi gratitud te paga.»

XVI.

Éolo reverente la responde:
«Reina, escudriña cuanto ansiar pudieres,
Dí cuanto oculta voluntad esconde,
Pues son tus voluntades mis deberes.
De ti no fuesen dádivas, ¿de dónde
Mi cetro, mi privanza, mis poderes?
Tú en las mesas olímpicas me sientas;
Rey por ti soy de rayos y tormentas!»

XVII.

Dice; y la hueca mole con el cuento
Hiere del cetro, y la voltea á un lado;
Y al ver el ancha puerta, cada viento
Quiere salir primero alborotado;
Y Noto á un tiempo, y Euro, y turbulento
Abrego con borrascas, monte y prado
Corren, barren el suelo, al mar se entregan
Y ondas abultan que la playa anegan.

XVIII.

Y remueven el ponto, el ponto gime;
Y silban cuerdas y la gente clama;
Roba las formas y la luz suprime
La oscuridad que en torno se derrama;
Noche tremenda el horizonte oprime;
El éter cruza intermitente llama;
Truena el polo, y suspenso el navegante
La pompa del terror tiene delante.

XIX.

En este instante de la muerte el hielo
Siente Enéas que embarga sus sentidos,
Y entrambas manos extendiendo al cielo,
Clama con voz ahogada entre gemidos:
«¡Dichosos, ay, los que en el patrio suelo,
Al pié del alto muro, en liza heridos,
A vista de sus padres espiraron,
Y allí cual buenos su mision finaron!

XX.

»¡Oh tú, entre aquivos héroes el primero,
Diomédes esforzado! ¿qué impia suerte
Me negó bajo el filo de tu acero
En los campos de Troya hallar la muerte:
Do al ímpetu de Aquiles Héctor fiero
Cayó; do el grande Sarpedon; do inerte
Tanto noble adalid, rota armadura,
El Símois vuelca en su corriente oscura!»

XXI.

Cállale aquí borrasca bramadora
Que hosca en las velas da, la onda agiganta;
Quiébranse remos, tuércese la prora,
La onda el costado del bajel quebranta.
Álzase el agua en cimas, y á deshora
Rómpese: quién en vago se levanta;
Quién la ola henderse ve que lo encadena.
Y ve el fondo mostrarse, hervir la arena.

XXII.

Noto tres buques á su cargo toma
Y en adustos escollos los estrella
(Cuya espalda á flor de agua inmensa asoma.
Y *ara* el nauta la nombra, y huye de ella).
Sobre otros tres rugiente se desploma
Euro (;escena de horror!), los atropella,
Y dales, entre puntas destrozados,
Tumba de arena en los hirvientes vados.

XXIII.

Al bajel que á los Licios aportaba,
El mismo en que el leal Oróntes iba,
Súbite hiere en popa una ola brava
Descargada con ímpetu de arriba.
Enéas el embate viendo estaba
Que de un vuelco el piloto al mar derriba:
Tres vueltas da el bajel, la angustia crece,
Y el vórtice lo traga, y desaparece.

XXIV.

Vense dispersos que en lo inmenso nadan;
Maderos y reliquias de combates,
Y troyanas riquezas sobrenadan.
De Ilioneo, aunque fuerte, á los embates
La nave ya, y las de Abas se anonadan,
Del viejo Alétes y el valiente Acátes;
Que, hondas las grietas, desligado el brío.
Abren su seno al elemento impío.

XXV.

En tanto los rumores, los bramidos,
La inmensa agitacion Neptuno siente;
Siente los hondos sótanos movidos,
Y alza alarmado la serena frente
Por cima de las ondas. Esparcidos
Los buques ve de la troyana gente,
Por todas partes maltratada y rota,
Que el cielo la acribilla, el mar la azota.

XXVI.

Ni ya de Juno se ocultó al hermano,
Industrioso el rencor que horrores trama;
Y al punto con acento soberano
Al Céfito y al Euro á cuentas llama;
«¿Y así,» les dice, «os ciega orgullo vano?
Ya hundís los cielos sin mi vénia, y brama
El agua en cerros que encrespais gigantes:
¡Guay!... Mas el mar apacigüemos ántes.

XXVII.

»¡Huid, vientos! ¡huid avergonzados;
Ni esperéis de piedad segunda muestra;
Y á vuestro Rey decidle que los hados
No el tridente pusieron en su diestra:
Los reinos de la mar son mis estados!
Riscos él tiene allá, guarida vuestra;
Que respétoso á ajenos elementos,
Reine guardian de encadenados vientos!»

XXVIII.

Dice; nubes disuelve, el sol desnuda.
Y pone en paz las olas que batallan:
Cimotoe y Triton de roca aguda
Los míseros navíos desencallan;
Con su tridente él mismo les ayuda,
Las sirtes abre, y cielos y aguas callan;
Y por cima del mar, que apénas riza,
En levisimo carro se desliza.

XXIX.

¿Quién vió tal vez con la rabiosa ira
Que la plebe en motin ruge y revienta?
Teas, guijarros por el aire tira;
La fuerza del enojo armas inventa:
Mas si á un prócer piadoso alzarse mira,
Se contiene, se acalla, escucha atenta;
Sola esa voz los ánimos ablanda,
Lleva la paz, y la obediencia manda.

XXX.

Neptuno así de una mirada enfrena
Del piélago insolente losfurores,
Y gira por la atmósfera serena
Dóciles sus caballos voladores.
Entre tanto, de la áspera faena
Cansados los troyanos viadores,
A las vecinas, líbicas orillas
Vuelven prudentes las cascadas quillas.

XXXI.

Vese allí en una cómoda enseñada
Formando puerto, una isla: á sus costados
Del piélago se rompe la oleada.
Y rota, entra á morir por ambos lados.
Guardando opuestos émulos la entrada,
Dos peñones, remate de collados,
Torvos se empinan: plácidas, á solas,
Tiéndense al pié las sombreadas olas.

XXXII.

Luégo, al entrar, divisase eminente,
Del sol quebrando el trémulo destello,
Hórrido bosque, y negro, y grande; en frente
Cóncava peña cierra un antro bello.
Y allí hay bancos de piedra; allí una fuente
De agua dulce; es de Ninfas gruta aquello!
No aquí el cansado esquife ata la amarra;
No del áncora el garfio el fondo agarra.

XXXIII.

Saca Enéas, en suma, á salvamento
Siete naves. La gente, que desea
De la tierra el materno acogimiento,
Salta al césped que el céfiro recrea,
Y allí á los miembros húmidos da asiento.
Acátes hiere el pedernal; chispea;
Hoja menuda allega, adusta rama.
Y, el fómes atizando, arde la llama.

XXXIV.

Mojados sacan las cansadas manos
El dón de Céres y su tren; y aprestan
Piedras allí para moler los granos
Que en seco extienden y que al fuego tuestan.
Sube Enéas á un pico, y los lejanos
Horizontes registra, por si enhiestan
Las popas de Caico allá su arreo,
Ó bien sus velas el bajel de Anteo;

XXXV.

Ó yaá remo avanzando los navics
Frigios parecen, ó el de Cápis. Nada
Por los ecuóreos límites vacíos
Descubre á su esperanza su mirada.
Mas tres ciervos divisa que baldíos
Recorren la ribera: la manada,
Al sabroso pacer vagando atenta,
Por acá y por allá los sigue lenta.

XXXVI.

El arco y leves flechas, al instante,
Armas del fiel Acátes, arrebatada
Enéas; y á los tres que van delante
Con orgullosa cornamenta, mata;
A tiros luégo el escuadron restante
Entre el frondoso bosque desbarata;
Ni desiste hasta ver de los venados
Siete grandes por tierra derribados.

XXXVII.

Así el número iguala al de bajeles;
Al puerto vuelve, do el botin divide
Entre sus tristes compañeros fieles;
Y con vino, de aquél que á su partida
De las riberas sículas, toneles
Bondoso Acétes les hinchió, convida;
Y cura consolar los corazones
El obsequio apoyando con razones:

XXXVIII.

«¡Antiguos compañeros! sabedores
Ántes de ahora de aventuras tales:
Ya visteis acabar otros mayores,
Dios dará fin á los presentes males.
De Scila atroz escollos ladradores:
De impios Ciclopes playas funerales:
¿Qué no habeis arrostrado? Alzad la frente,
Y ahogue su pena el corazon valiente!

XXXIX.

»Desgracias de hoy, mañana son memorias
Que despiertan secretas simpatías:
Senda de rudas pruebas transitorias
Nos lleva al Lacio y sus riberas pias:
Renacerán nuestras antiguas glorias;
Sufrid, guardáos para mejores días!»
Dice; rie esperanzas, y hondamente
Sella el fiero dolor que el alma siente.

XL.

Presta la gente á aderezar la caza
Pielles arranca, entrañas desaloja;
Quién la carne, que á miembros apedaza,
Fija en el asador, tremente y roja;
Quién da en la orilla á las calderas plaza,
Y fuego allega; y ya en el musgo y hoja
Cobran tendidos el vigor postrado
Con vino añejo y nutritor bocado.

XLI.

Calla el hambre; y locuaz la fantasía
Recuerda á los ausentes: teme; alienta;
Y ya salvos, ya en la última agonía,
Ya sordos al clamor los representa.
Consigo Enéas, de la suerte impía
Del animoso Oróntes se lamenta,
Y de Amico, y de Licio, y de héroe tanto;
Del grande Gias y del gran Cloanto.

XLII.

Tarde era ya, cuando del alto cielo
 Oteando el olímpico monarca,
 Tierras y costas, el tendido suelo,
 Y el mar de velas erizado, abarca
 De una mirada, que con vivo anhelo
 Fijó, en fin, en la líbica comarca;
 Y, los ojos brillando humedecidos,
 Vénus así le hablaba con gemidos:

XLIII.

«Padre y señor de dioses y mortales;
 Rey, cuyo brazo con el rayo aterra!
 ¡Oh! mira al hado, tras acerbos males,
 Cuál á mi Enéas y á los Teucros cierra,
 No del país que guarda, los umbrales,
 Mas los ángulos todos de la tierra!
 Para sufrir contrariedad tan fuerte,
 ¿Con qué crimen pudieron ofenderte?

XLIV.

»Tú prometiste que de aquí, algun día—
 ¿Lo recuerdas?—de *aquí*, de la troyana
 Estirpe restaurada, se alzaria
 Reina del mundo la nacion romana.
 ¿Qué nuevo plan la ejecucion desvía?
 Yo usaba con las dichas del mañana,
 Del ayer y sus ruinas consolarme;
 Mas ¿vemos hoy que el hado se desarme?

XLV.

»No; que se ensaña cada vez más crudo!
 ¿Término á tanto mal darás al cabo,
 Grande y buen rey? Con invisible escudo,
 Del Adria entrando por el golfo bravo,
 Al riñon mismo de Liburnia pudo
 Anténor penetrar, y del Timavo
 Las cabezas venció; de argiva hueste
 Salvado en ántes por favor celeste.

XLVI.

»Y en aquella region donde desata,
 Los cerros atronando, mar rugiente
 Por siete bocas su raudal de plata,
 Y los campos inunda en su corriente
 Allí á Padua fundó: morada grata
 En ella, y patrio nombre dió á su gente,
 Y de Troya las armas; y tranquilo
 Bajó á dormir en sepulcral asilo.

XLVII.

»¿Y á nosotros, tus hijos, á quien silla
 Previene celestial, se nos traiciona?
 ¿Y anegadas las naves, ¡oh mancilla!
 Porque de *álguien* el odio lo ambiciona,
 Tocar nos vedas la latina orilla?
 ¿Así nos vuelves la imperial corona?
 ¿Ó premio es éste de virtudes digno?»
 Oyóla el Padre, y sonrió benigno;

XLVIII.

Y con la faz la besa con que el cielo
Serenar suele en tempestad oscura;
Y «Calma,» dice, «Cítrea, el duelo;
De los tuyos el hado eterno dura.
Verás alzarse á coronar tu anhelo
La ciudad de Lavinio: á etérea altura
Tu heroico Enéas subirás un día;—
Ni nuevo plan la ejecucion desvía.

XLIX.

»Él (pues voy á tu pecho, áun mal seguro,
A revelar recónditos arcanos)
Él hará guerra larga; el cuello duro
Domará de los pueblos italianos;
Dará á los suyos circundante muro,
Y fundará costumbres. Tres veranos
Contará de los Rútulos triunfante;
Y tres inviernos le verán reinante.

L.

»Y su hijo Ascanio, que festivo y tierno
Con renombre de Yulo se engalana,
(Ilo nombróse en el solar paterno
Cuando alzaba Ilion la frente ufana),
Treinta años llenará con su gobierno
Mes á mes; y la sede soberana
Mudando de Lavinio, hará á Alba Longa
Robusta en fuerzas que al asalto oponga.

LI.

»De manos de la hectórea dinastía
No habrá en tres siglos quien el cetro aparte:
Ilia, real sacerdotisa, un día
Hijos gemelos parirá de Marte:
Con la piel de la loba que los cria
Ya al mayor miro ufano; baluarte
Alzará eterno, y porque al mundo asombre,
Rómulo á su nacion dará su nombre.

LII.

»Y término, ni linde, ni parada
Fijo al poder de Roma: eterno sea!
Juno misma, que alarma exasperada
Cuanto baña la mar y el sol rodea;
Con nuevo acuerdo, á la nacion togada
Que al mundo, acerca el hado, señorea,
Vendrá por fin en proteger conmigo;
Y así se cumplirá cual yo lo digo.

LIII.

»Y siglo traerá el tiempo en que cadenas
Dé la casa de Asáraco á la argiva;
A Ptia vencerá; verá á Micénas,
Si ántes gloriosa, ya á sus piés cautiva.
Tan noble sangre llevará en las venas
Julio— por nombre que de atras deriva;
César— con gloria que hasta el cielo alcanza;
Él, cuyo imperio sobre el mar se avanza.

LIV.

»Y tú, segura de contrario insulto,
Cargado con despojos de Oriente
Le cogerás en el Olimpo; y culto
Le dará el hombre en votos afluente.
Y, sosegado el militar tumulto,
La férrea edad se tornará clemente:
Fe anciana reinará y amor divino,
Y en union fraternal Remo y Quirino.

LV.

»Y por fin con estrechas cerraduras
Y de hierro cargadas, de la Guerra
Cegadas quedarán las puertas duras:
El malvado Furor, que allí se encierra,
Sentado sobre rotas armaduras,
Con las manos atrás, que el bronce aferra
De cien cadenas, lanzará bramidos,
Los dientes rechinando enrojecidos.»

LVI.

Dice, y al punto del Olimpo envía
Al aligero dios hijo de Maya,
Que á allanar á los náufragos la via
Y el muro de Cartago á abrirles vaya;
Pues de Dido recela, que podria
Alejarlos tal vez de aquella playa
Si los altos designios ignorase.
Óyele el nuncio, y por el éter vase.

LVII.

Y la pluma batiendo fugitiva
En la region inmensa, por do hiende,
Presto á las costas líbicas arriba,
Y á cumplir el mandato sólo atiende:
Y ya los Penos su rudez nativa,
Por él, remiten; y ante todo enciende
En Dido un vago y tierno sentimiento,
Prenda de hospitalario acogimiento.

LVIII.

Enéas, que la noche pasó entera
Cavilando, aún no bien la luz celeste
Mira nacer al mundo placentera,
Ya ansioso sale á ver qué clima es éste
Do el viento le ha arrojado: si hombre ó fiera
Habita en él, segun le ve de agreste:
Todo saberlo, averiguarlo intenta,
Y á los suyos tornar á darles cuenta.

LIX.

La flota deja so el peñon antiguo
Que las aguas socavan sin estruendo,
Y de las corvas selvas al abrigo
Con sombra en torno de negror horrendo:
Sólo á Acátes llevándose consigo,
Cada cual ancha pica entra blandiendo:
Ya en medio el bosque, Vénus de sorpresa
Vestida de espartana se atraviesa.

LX.

Por su aire y armas lo parece; ó nueva
 Harpálice gentil, que de vencida
 A sus caballos en su esfuerzo lleva
 Y al Euro alado en su veloz corrida:
 Cual puesto al hombro á cazadores prueba,
 Cuelga el arco; el cabello al aura olvida;
 Y deja la rodilla ver desnuda
 Do undosos pliegues lazo breve anuda.

LXI.

«¡Hola! mancebos,» díceles la Diosa:
 «¿A una de mis hermanas por ventura
 Visto habeis por ahí, que vagarosa
 Lleva aljaba, y pintada vestidura
 De piel de lince? ó que tal vez acosa
 A un jabalí soberbio en la espesura
 Con agudo clamor?» Tal Vénus dijo;
 Y de Vénus así respondió el hijo:

LXII.

«En verdad no hemos visto aquella hermana
 Tuya, á quien buscas, ni sabemos de ella.
 Mas ¿cuál te nombraré? nos es cosa humana
 Lo que suena tu voz, tu faz destella.
 ¿Eres alguna Ninfa? ¿eres Dïana?
 Yo diosa te presumo, y fausta estrella,
 Quienquier fueres, mi labio te saluda:
 ¡Oh! da propicia á náufragos tu ayuda!

LXIII.

»Y por piedad, qué clima es éste, dínos,
 Ó qué zona del mundo, qué campaña;
 Que sin saber ni gentes ni caminos,
 Vamos perdidos en region extraña
 A donde, infortunados peregrinos,
 De olas y vientos nos lanzó la saña;
 Y, grata á recibidos beneficios,
 Mi mano hará en tus aras sacrificios.»

LXIV.

«No merezco ese honor,» Vénus contesta:
 «Siempre de Tirias fué, si os maravilla,
 De aljaba ornadas vaguear, cual ésta,
 Con borceguí purpúreo á la rodilla.
 Púnico imperio aquí se os manifiesta,
 Pueblos fenicios, de Agenor la villa;
 Empero, esta region parte fronteras
 Con las tribus del Africa altaneras.

LXV.

»De Tiro vino huyendo del hermano,
 La que reina hoy aquí, por nombre Dido. --
 El largó drama á desflorar me allano:—
 Esta tuvo á Siqueo por marido,
 Rico en tierras cual no otro comarcano;
 Con vivo amor de la infeliz querido;
 A quien, bella con gracias virginales,
 La unió el padre en primeros esponsales.

LXVI.

»Su hermano en Tiro entónces dominaba,
Pigmalion, el más feroz malvado:
Enemistad entre los dos se traba,
Y él á Siqueo, ante el altar sagrado,
Sacrílego y traidor á hierro acaba,
Y tambien de codicia estimulado;
Y á la sencilla enamorada hermana
Oculta el crimen de su diestra insana.

LXVII.

»Y con ficciones la entretiene en duda,
Y su amor de esperanzas alimenta;
Cuando en sueños por fin á la viuda
De Siqueo insepulto se presenta
La sombra misma, alzando la faz muda
Con tétrico misterio macilenta;
Y el ara le señala enrojecida,
El pecho abierto y la profunda herida.

LXVIII.

»Y el arcano espantoso que contrista
Y un rincon recataba, muestra entero;
Y la excita á buscar con planta lista
Más humano país, clima extranjero:
Para ayuda de viaje, abre á su vista
En sótano ignorado, de dinero
Antiguo y vasto acopio. Conmovida
Dido despierta á apereibir la huida.

LXIX.

»Busca auxiliares; llegan á porfía
 Quiénes que temen del cruel tirano,
 Quiénes que odian la infame tiranía;
 Apañan, cargan de oro las que á mano
 Naves dispuestas por ventura habia;
 Y ya cruza los campos de Oceano
 De Pigmalion avaro la riqueza;
 Y una débil mujer va á la cabeza.

LXX.

»Y aquí al sitio pararon do ahora vese
 Muralla colosal; do se levanta
 La fortaleza de Cartago: en ese
 Sitio compraron tanta tierra cuanta
 La piel de un buey en derredor cogiese;—
 De *Brisa* el nombre la aventura canta.—
 Mas ¿quiénes sois? ¿de dónde vuestra flota,
 Ó á dónde encaminaba la derrota?»

LXXI.

Enéas respondiéndola, doliente
 La voz arranca, y con suspiro dice:
 «¡Dios! si de su origen al presente
 La serie de mis lances infelice
 Narro á tu corazon condescendiente,
 Primero que mi labio finalice,
 Su luz robando al mundo y su alegría
 Habrá su giro completado el dia.

LXXII.

»De Troya procedentes (si ya sabes
Lo que fué un tiempo la ciudad que digo),
Tras largas vueltas y fatigas graves
Golpe de airados vientos enemigo
Lanzó sobre estas costas nuestras naves.
Yo soy el pio Enéas, que conmigo
Voy llevando doquier, del mar por medio,
Dioses salvados de voraz asedio.

LXXIII.

»Enéas, en las célicas esferas
Famoso ya; que por el mundo ando
De la Italia por patria, las riberas,
Y el linaje de Júpiter buscando:
Confíe al frigio mar veinte galeras,
El camino mi madre señalando,
Yo su enseñanza celestial siguiendo;
¿Qué hallámos? bravo mar y Euro tremendo.

LXXIV.

»Y hé aquí con siete buques mal librados,
Llego al cabo, ignorado, desvalido,
Del África á correr los despoblados,
Ya del Asia y Europa repelido!»...
Mas aquí, con afectos reavivados,
Vénus interrumpióle en su gemido:
«Tú, quienquier seas, que á Cartago vienes,
Las simpatías de los Dioses tienes.

LXXV.

»Ellos dan que los hálitos vitales
Respires para bien: feliz sendero
De la reina te lleva á los umbrales:
Vendrán á puerto nave y marinero,
Vueltos en su favor los vendavales;
Y si no falta el arte del agüero
En que hubieron mis padres de instruirme,
No dudes tú lo que mi labio afirme.

LXXVI.

»Vé esos cisnes, en número de doce,
Del éter, donde Júpiter la asila,
A darles caza el águila veloce
Se lanzó por la atmósfera tranquila:
De alegre libertad vueltos al goce,
Míralos descender en larga fila;
Ya del campo se adueñan los primeros,
Ya á flor de tierra asoman los postreros.

LXXVII.

»Cual el cielo cubrieron en bandada,
Y baten ora las festivas aves
La ala ruidosa, y cantan su llegada;
Tal la flor de los tuyos, tal tus naves
Ó entran al puerto, ó llegan ya á la entrada
Con vela abierta y céfiros súaves.
Tú sigue en tanto; y por do aquesta via
Conduciéndote va, los pasos guia.»

LXXVIII.

Tal Vénus dice; y vuélvese, y el cuello
Con el matiz le brilla de la rosa;
Y partiéndose en ondas, el cabello
Mana esencia de cielo deliciosa:
Cae la veste á los piés, sublime sello;
Y, andando, ser mostró de véras diosa.
El héroe, al descubrir su madre en ella,
Clamando sigue la fugace huella:

LXXIX.

«¿Y así burlado una vez más me dejas,
¡Oh madre mia! con falaz semblanza,
Tú tambien, tú cruel? ¿Y así te alejas
Sin que hablemos con dulce confianza
Ni estrechemos las manos?» Tal sus quejas
Al aire da, y á la ciudad se avanza;
Y ella, esparciendo opaca niebla en tanto,
Los ciñe en torno de nubloso manto.

LXXX.

Y así los cubre porque nadie pueda
Ni verlos ni ofenderlos en mal hora,
Ni curioso se cruce en la vereda
Con sus preguntas á tejer demora;
Y por los aires se remonta, y leda
Vuela al templo de Páfos, donde mora,
Do aras ciento en su honor mezclan olores
De arabio incienso ardiente y tiernas flores.

LXXXI.

Ellos con planta intríncanse ligera
Por do advierte la senda, y la colina
Coronan ya, que á la ciudad frontera,
De lleno allá sus cúpulas domina.
Enéas con asombro considera
La fábrica estupenda y peregrina
Do un tiempo fueron chozas; y suspenso,
Puertas ve, y calles, y el bullicio inmenso.

LXXXII.

No descansan los Tirios: ó se empleen
En alzar el alcázar y dirijan
El giro á la muralla, y acarreen
Gruesos cantos á empuje; ó puesto elijan
Para casa, y con zanja le rodeen:
Sobre traza soberbia sitio fijan
Propio al legislador, al magistrado,
Y al augusto recinto del Senado.

LXXXIII.

Quiénes, formando un muelle, cavan fosas;
Quiénes, para un teatro, anchos solados
Extienden, y columnas prodigiosas
Cortan, adorno á escénicos tablados.
Tales, en sumá, suelen oficiosas
Ir las abejas por floridos prados
Cuando sacan al sol adultas crias
De estacion bella en los primeros dias;

LXXXIV.

Tales la miel fabrican rica; y llena
Las celdillas al cabo el néctar blando;
Y ya salen de paz, la carga ajena
A recibir ufanas; ya cerrando
En trabado escuadron, de la colmena
Los zánganos alejan, torpe bando:
Con afan vario la labor se enciende,
Y á tomillo vivaz la miel trasciende.

LXXXV.

«¡Qué gran dicha á unos hombres se depara
Que alzarse ven el suspirado muro!»
Dice Enéas á tiempo que repara
En las altas techumbres; y seguro,
Gracias, ¡oh maravilla! á que la ampara
Contino en derredor celaje oscuro,
Entra por la ciudad con paso listo;
Anda entre todos, y de nadie es visto.

LXXXVI.

Antiguo bosque de frescor ameno
Habia en medio á la imperial Cartago:
Lanzados ya los Tirios á su seno
De ondas y vientos por furioso amago,
Hallaron en las capas del terreno
De un corcel la cabeza, don presago
Que allí Juno les puso de victoria,
Prenda de salvacion, señal de gloria.

LXXXVII.

Grata la Reina á auxilios singulares,
Alzaba allí á la Diosa un templo extenso,
Que á la vez ilustraba sus altares
Con favor sacro y con devoto incienso:
Escalonado el atrio entre pilares
Y trabes bronceadas, daba ascenso
A la alta puerta de metal bruñido
Que el quicio oprime, y gira con rüido.

LXXXVIII.

En este bosque el héroe al pecho laso
Halló aliento, á sus penas lenitivo,
Y a'ta leccion de que en adverso caso
Hay siempre de esperanza algun motivo;
Pues, ya en el templo suntuoso, al paso
Que todo lo registra pensativo,
Y aguardando á la Reina, allá en su mente
Mide el poder de la ciudad naciente;

LXXXIX.

Miéntras nota á un plan mismo convertidas
Manos de artistas y el primor del arte,
Por órden halla en cuadros repartidas
Leyendas de Ilïon, lances de Marte,
Que al orbe ocupan ya. Ve á los Atridas,
Ve á Prïamo, é igual á cada parte
Aquïles en los rayos de su ira;
Párase aquí, y con lágrimas suspira:

XC.

«¡Acátes! ¿qué region, de nuestra fama
No hay ya en el mundo, ó nuestros hechos, llena?
Mira á Príamo: aquí la gloria llama
Al que allá injusta adversidad condena:
El sentimiento aquí llantos derrama,
Y aquí se siente en la desgracia ajena!
Animo, pues; nuestro renombre claro
Presta esperanzas de feliz reparo.»

CI.

Dice, y con mil recuerdos embebece
En la inerte pintura los sentidos,
Y mudo llanto el rostro le humedece;
Que en ella, muro afuera, en lid tejidos,
Ya la troyana juventud parece,
Que á los Griegos acosa espavoridos;
Ya á los Frigios, Aquíles, que bizarro
Con plumaje gentil vuela en su carro.

XCII.

Reconoce con lágrimas, tras eso,
Las tiendas, con sus lonas cual de nieve,
Que Diomédes taló, vendido Reso
Del primer sueño en el regazo alevé:
Allí el cruel en sanguinario exceso
Huelga; y medroso de que alguno pruebe
Pastos de Troya ó en el Janto beba,
Los caballos indómitos se lleva.

XCIII.

Tróilo en pos viene: juvenil locura
Ha hecho que fuerzas inferiores mida
Con Aquiles: perdida la armadura,
Derribado de espaldas, de la brida
Traba, que al vacuo carro le asegura:
Tiran los potros en veloz corrida;
Arrastra el cuello y cabellera suelta,
Y el polvo fácil marca el asta vuelta.

XCIV.

Más allá al templo de Minerva, en tanto,
Teucras matronas á ofrecerle llegan,
Por vencer su rigor, un regio manto:
El tendido cabello al aire entregan;
Hieren el seno en muestra de quebranto
Las palmas; los humildes ojos ruegan:
Sorda la Diosa á la oracion prolija,
Torvas miradas en el suelo fija.

XCV.

Enéas adelante á Aquiles halla
Volviendo, á trueco de oro, el insepulto
Cadáver que en redor de la muralla
Tres veces arrastró con fiero insulto:
Hondo gemido de su pecho estalla
El muerto amigo viendo allí de bulto,
Y el carro vencedor y los despojos,
E inerme suplicando el Rey de hinojos.

XCVI.

Él mismo en noble puesto allá campea
Par del negro Memnon, que con su banda
De Oriente, cierra. Al fin Pentesilea
Las huestes amazónicas comanda
De corvo escudo: el cingulo rodea
Aureo so el pecho descubierto; y anda
Furiosa entre los gruesos escuadrones,
Y hembra y todo, armas hace con varones.

XCVII.

Miéntras con viva admiracion encuentra
Tales cuadros el héroe, y cada asunto
Le detiene, y la vista reconcentra
Luégo y la admiracion toda en un punto;
Dido, la hermosa Dido al templo entra,
La cual doquiera penetrando, junto
Con damas de copiosa comitiva,
La labor colosal risueña activa.

XCVIII.

Tal del Eurótas por la vega umbría
Ó ya del Cinto por el halda amena,
Gentil Dïana leves coros guia
Y la aljaba pendiente al hombro suena:
Ninfas en torno agrúpanse á porfía,
Y á todas ella en majestad serena
Se aventaja al andar: delicia vaga
El seno de Latona oculta halaga.

XCIX.

Ya á las puertas la Reina se presenta
De do la Diosa estableció morada,
Y en el trono magnífico se asienta
Que el ámbito promedia de la arcada:
Rodéanla sus guardias: ella, atenta,
En dar la ley y hacer la paz se agrada;
Y ya á cada uno igual la carga mide,
Ya, echando suertes, la labor divide.

C.

Mas entre inmensa multitud, que en esto
Ansiosa al paso acude, al templo santo
Ha columbrado Eneas que Sergesto
Y Anteo viene, con el gran Cloanto,
Y otros que oscuro el Ábrego interpuesto
Lanzó á playas distintas. Con espanto
Entremezclado de alborozo vivo,
Ven los dos del embozo el fausto arribo.

CI.

Y aunque las manos estrechar anhelan,
Mas lo raro del caso los detiene,
Y en la cóncava nube se cautelan,
Do á los que llegan atender conviene,
Que dó surgieron digan, ó qué apelan,
Pues embajada forman en que viene
De cada nave un noble personaje,
Y audiencia al paso claman y hospedaje.

CII.

Como entraron, y el real asentimiento
Logrado hubieron de que alguno hable,
«¡Salve, oh Reina!» empezó con grave acento
Ilioneo, entre todos venerable:
«Tú, á quien fundar concede ilustre asiento
Jove, y justa regir gente intratable,
Hijos de Troya ves, ya há largos años
Agitados en piélagos extraños.

CIII.

»Hoy de incendio amenaza gente osada
Nuestros bajeles: tu poder lo impida!
De un pueblo religioso te apiada
Que con su historia tu amistad convida!
No á hacer riza venimos por la espada
En comarca á tu imperio sometida,
No á la costa á volver con rica presa;
Ni es de vencidos tan soberbia empresa.

CIV.

»Hay de antiguo un país, con apellido
De Hesperia por los Griegos señalado,
Pueblo en trances de guerra asaz temido,
Tierra asaz grata á la labor de arado:
Fué primero de Enotrios poseido;
Y hora Italia se nombra, por dictado
De famoso caudillo procedente,
Si ya constante tradicion no miente.

CV.

»Bogaban para allá nuestros navíos
Cuando Oríon, que cóleras desata,
Surge infausto del mar, y entre bajíos
Con subitáneo golpe nos maltrata;
Y servido á placer de austros impíos,
Entre espuma y fragor nos arrebata
Por todo el mar. Muy pocos, cuasi á nado,
Habemos á tus costas arribado.

CVI.

»Mas ¿qué raza cruel, señora, es ésta?
¿No rige ley que su barbarie elida?
Que áun no bien nos divisa, á lid dispuesta,
Conjúrase á estorbarnos la acogida
Que á náufrago infeliz la arena presta.
Oh! si á hombre no temeis que cuenta os pida,
Que hay Dioses recordad que nunca mueren,
Y premian la virtud y al crimen hieren!

CVII.

»Rey nuestro fué, de príncipes modelo,
Enéas, que otro igual no vió la tierra,
Quiere en la paz por su piadoso celo,
Quiere por su brazo poderoso en guerra.
Que si áun aura vital le otorga el Cielo,
Si hado adusto en tinieblas no le encierra,
Acabóse el temor, y á ti en agrado
Vendrá, fío, el favor anticipado.

CVIII.

»Mas oye: en la poblada, en la guerrera
Comarca siciliana poseemos
De Acéstes el favor, que en ella impera,
Y troyana es su sangre. Que arrimemos
Nuestros restos, consiente, á la ribera,
Y en tus bosques cortar tablaje y remos,
Y á Italia iremos, nuestro Rey al frente,
Si salva el hado vuelve nuestra gente.

CIX.

»Mas si ya feneció nuestra ventura;
Si ya, ¡oh amado Rey de los Troyanos!
Te dan líbicas olas sepultura,
Ni á Ascanio logran nuestros votos vanos;
Buscaremos siquier mansion segura
Navegando á los términos sicanos,
De do ya nuestra flota el vuelo alzara,
Que allí Acéstes bondoso nos ampara.»

CX.

Dice, y todos barbotan de consuno
Oscura frase que el asenso explica;
Y con modestia y dignidad en uno
La culta Reina al orador replica:
«¡Troyanos! desterrad el que importuno
Vago recelo el alma os mortifica:
Mis fronteras guardar por fuerza debo;
Dura es mi situacion, y el reino es nuevo.

CXI.

»Mas ¿quién no sabe á Troya y sus varones?
No de tantas virtudes el tesoro,
Los nombres de tan nobles campeones,
Ni ya esa guerra gigantesca ignoro:
No solemos los Penos corazones
Tan incultos llevar; ni al carro de oro
Sus caballos el Sol tan léjos ata
De una ciudad que vuestra gloria acata.

CXII.

»Quier vuestro anhelo la region prefiera
De Hesperia, y campos que Saturno escuda;
Quier la de Érice os llame lisonjera,
A do el favor de Acéstes os acuda;
Doquiera ir presumais, ireis doquiera
Seguros con mi amparo y con mi ayuda.
¿O hacer mansion conmigo os acomoda?
Esta ciudad que fundo, es vuestra toda.

CXIII.

»Meted la flota: un mismo tratamiento
Tendrá el Teucro en Cartago y el de Tiro;
Y ¡oh si arribase con el propio viento
El héroe que nombró vuestro suspiro!
Pues yo daré á emisarios mandamiento
Que exploren la comarca en largo giro,
Por si, náufrago Enéas, mueve acaso,
Ó en selva ó en poblado, incierto el paso.»

CXIV.

De la arenga tocados, rato habia
Los de la nube ansiaban salir fuera;
Y, á Enéas vuelto, Acátés le decia:
«Falta el que hundirse viste en la onda fiera;
Cúmplese en lo demas la profecía,
Hijo de Vénus, que tu madre hiciera:
¿Qué aguardas?» Suelta en esto se evapora
La opaca nube en la aura brilladora.

CXV.

Y el héroe apareció, de luz cercado,
A un Dios en aire y en miembros semejante;
Pues le habia su madre aderezado
La copia de cabellos arrogante;
Bañó sus ojos de inefable agrado,
Y dió luz rósea al juvenil semblante,
Bien cual bruñe el marfil, ó mármol pario
Ó argento engasta en oro el lapidario.

CXVI.

«Ved salvo al que buscais; yo soy Enéas!»
Dice; y á Dido se convierte luégo:
«Tú, sensible mujer, dichosa seas,
Sensible á nuestra historia, á nuestro ruego;
Que reino y casa á náufragos franqueas,
De la espada reliquias y del fuego,
Juguetes de la mar, de la fortuna,
Ya sin arrimo ni esperanza alguna!

CXVII.

»Señora, á tu largueza, á tu hidalguía
Corresponder nosotros mal podremos,
Ni cuantos restos de la patria mia
Errantes van del orbe en los extremos.
Mas si hay Dioses que ven con simpatía
La virtud; si áun justicia conocemos;
Si el tribunal de la conciencia es algo,
El Cielo premiará tu porte hidalgo!

CXVIII.

»¡Oh feliz hora en que la luz primera
Viste del cielo! ¡oh ilustres genitores!
Mientras amen del monte la ladera
Las sombras; mientras corran bramadores
Los rios á la mar; mientras la esfera
Alimente sus trémulos fulgores,
Durará tu alabanza y tu memoria:
Doquier yo aliente, vivirá tu gloria.»

CXIX.

Dice; y adelantándose del puesto
Las manos da regocijado: en tanto
Que una ofrece á Ilioneo, otra á Seresto,
Y al gran Gias de ahí, y al gran Cloanto,
Y á todos á la vez. Dido de presto
Enmudeció de admiracion y encanto:
Al presentarse el héroe, con su brillo;
Luégo, al abrir los labios, con oillo.

CXX.

Recobrada, expresó razones tales:
«¡Oh! ¿qué impía mano perseguirte osa
Al traves de contrarios temporales?
¿Quién, ilustre mortal, hijo de Diosa,
Á estas playas te impele inhospitales?
¿No eres tú á quien de Anquíses Cipria hermosa,
Del frigio Símois en el valle ameno,
Concibió grata en su amoroso seno?

CXXI.

»Recuerdo á Teucro, que en Sidon venido,
Trocaba con destierro el patrio clima,
Ya de mi padre Belo protegido,
Que imperaba triunfante en Chipre opima.
Troya y Grecia de entónces en mi oído
Sonaron con tu nombre. En alta estima
El tenía á los tuyos, si contrario,
Y áun de Troya alabóse originario.

CXXII.

»¡Mas venid luégo á mi real morada,
Mancebos! Cual vosotros combatida
De ruda suerte y vária, al fin cansada,
Donde agora os la doy, logré acogida:
De mis propias desgracias enseñada,
Miro por los que sufren condolida.»
Dice; y honrando á la Piedad divina,
Con el héroe á palacio se encamina.

CXXIII.

Y pródigo tendiendo el pensamiento
Á los que quedan en la playa, envía
Veinte toros allá, por bastimento,
Cien gruesos cuerpos de cerdosa cria,
Y cien ovejas y corderos ciento;
Y el dón de alegre Dios, por granjería;
En tanto que el palacio se adereza
Con vario alarde de imperial riqueza.

CXXIV.

Ya en el seno interior del edificio
Previénese el opíparo convite:
Lucen vestes, do el clásico artificio
Con la soberbia púrpura compite;
Brilla de plata sólido servicio,
Y copas de oro, do el buril repite
Desde era inmemorial las patrias glorias,
Y los Reyes en serie, y sus historias.

CXXV.

En este medio Enéas (no tolera
Amor, pecho de padre sosegado)
A Acates manda que en veloz carrera
Lleve á Ascanio el obsequio, y á su lado
Venga Ascanio;— que Ascanio cobra entera
La ternura del padre y su cuidado,—
Y traiga cuanta rica prenda y joya
A los escombros se arrancó de Troya.

CXXVI.

Acuérdale la veste de oro llena,
Con sólidas figuras y labores,
Y el rico velo de la argiva Elena
Que de amarillo acanto esmaltan flores;
El mesmo que ella, de rubor ajena,
Volando en pos de ilícitos amores,
Dón de Leda su madre peregrino,
Trujo de Grecia cuando á Troya vino.

CXXVII.

Reliquias con que á par venir dispone
El noble cetro que regir solia,
Hija mayor de Príamo, Ilione,
Y el collar de menuda pedrería,
Y el diadema do el oro se compone
Con finas perlas en igual porfía.
Acátes, que cumplir el cargo anhela,
Camino de las naves corre, vuela.

CXXVIII.

Nuevas trazas en tanto Citerea,
Nueva industria medita: que Cupido
Tome de Ascanio la figura, idea,
Y que, atenta al obsequio, obsequie á Dido;
Con que tocada de un incendio sea
Que el corazon le invada inadvertido;
Ca ese mixto hospedaje bajo un techo
Teme, y dos amistades en un pecho.

CXXIX.

Y, á su idea presente sin desvío
Juno cruel que la robara el sueño,
«Tú á quien debo mi fuerza y señorío,»
Dice, humilde apelando á Amor risueño:
«Tú, el único que ves, dulce hijo mio,
Libre y seguro de mi Padre el ceño
Que de Titanes quebrantó el arrojó!
Merced vengo á pedir, y á tí me acojo.

CXXX.

»Enéas sabes tú cuánto ha sufrido;
Cuál Juno en oprimirle atroz persiste,
De todo viento en todo mar barrido;
Que aún de él conmigo hermano te doliste:
Huésped agora la sidonia Dido
Con regio halago liberal le asiste;
Mas temo que á inclinarse en contra empiece
Hospedaje que á Juno á par se ofrece.

CXXXI.

»Que no su odiosidad terná arrendada
En tan ardua ocasion. Y así primero
Poner de Dido al corazon celada
Y de mi llama rodealle quiero;
Porque otra inspiracion no la disuada,
Y, con afecto al cabo verdadero
Asida á Enéas, de mi lado quede:
Oye cuál finjo que lograrse puede.

CXXXII.

«El infante real la voz de Enéas
Va á seguir, y de Acátés las pisadas,
A Cartago llevando las preseas
De Troya, al fuego y á la mar ganadas.
Porque él nada presume, y de él no seas
Turbado de la Reina en las moradas,
A Citera ó á Idalia llevaréle,
Do sacra oscuridad su sueño cele.

CXXXIII.

»Toma esta noche su figura, y lazo,
Niño en disfraz de niño, á armar vé á Dido;
Que ella habrá de acogerte en su regazo
Gozosa entre los brándis y el rüido;
Y tú á vueltas podrás del blando abrazo,
En la miel de sus ósculos, Cupido,
Depositar la punta que á su seno
Oculto del amor lleve el veneno.»

CXXXIV.

Manso á la tierna madre Amor da oídos,
Y marcha, á Ascanio igual, depuesta el ala;
Mientras de Ascanio Vénus los sentidos
Con plácido sopor vence y regala;
Y abrigado en su seno, á los erguidos
Idalios bosques llévale, do exhala
Su aroma, y con sus sombras le guarece
El blando almoraduj que allí florece.

CXXXV.

En tanto de Cartago en seguimiento,
Obediente de Vénus al mandado,
Cupido va con dones opulento,
Con el favor de Acátes bien hallado.
Cuando llegado hubieron, fué el momento
En que en el centro de grandioso estrado
Dido en cojines recamados de oro
Se reclinaba con gentil decoro.

CXXXVI.

Enéas, que tras ella se avecina,
Entra, y con él la juventud troyana,
Que en órden se desparte, y se reclina
En muelles lechos de soberbia grana.
Agua da para manos cristalina
La servidumbre, y de suave lana
Toallas brinda, y de la rubia Dea
El dón en canastillos acarrea.

CXXXVII.

Cincuenta esclavas dentro, los manjares,
Puestas en fila, en sazonar se emplean,
Y con incienso en propiciar los Lares;
Copas ministran, viandas acarrear
Otras cien, y en la edad cien mozos pares.
Entran, llamados, Tirios que pasean
Densos en los alegres corredores,
Y los lechos ocupan de colores.

CXXXVIII.

Admiran de los dones la hermosura;
Admiran al garzon, su faz que brilla,
Y de su falsa labia la dulzura;
Ven la áurea veste, el oro que amarilla
La flor de acanto con primor figura:
Mas Dido en especial se maravilla,
Y de gozar no acaba;—ella, ¡ay! no sueña
Que á un abismo, gozando, se despeña!

CXXXIX.

Y en el niño y los dones se recrea,
Los mira, y cuanto mira, eso se inflama.
¿Qué hace el rapaz? Al cuello se rodea
Del héroe, que en su error hijo le llama;
Mas luégo que feliz le lisonjea,
Déjale en paz, y con su activa llama
Va á Dido, que en su error, niño inocente
Jovial le invita con risueña frente.

CXL.

¡Ay! ya al seno le estrecha dulce y blanda,
¡Y es un gran Dios lo que en su seno anida!
De la Reina en el seno, lo que manda
La gran Diosa, su madre, Amor no olvida:
De Siqueo la imágen veneranda
Sin sentir borra, y sin sentir convida
Con nuevo halago á nueva lid á un alma
Que retirada há tiempo vive en calma.

CXLI.

Hubo el primer banquete terminado,
Y la mesa se sirve de licores,
Y festejan el vino regalado
Los hondos vasos adornando en flores.
Cien arañas del áureo artesonado
Penden: crecen sonando los clamores;
Y las hachas con luces triunfadoras
Quitán el campo á las nocturnas horas.

CXLII.

En este instante la sidonia Dido
La copa demandó que usar solia
Belo, y que en órden desde allá traído
Cada progenitor usado habia:
Copa del oro sustentada, unido
Con finas piedras en igual porfía;
Y de vino la llena, y al momento
Calla el concurso á su palabra atento:

CXLIII.

«¡Júpiter! si ya diste á los humanos
De la hospitalidad el sacro fuero,
Haz este dia á Tirios y á Troyanos
Grato por siempre y de felice agüero
Lo aplaudan nuestros nietos más lejanos:
Benigna Juno y Baco placentero
Lo honren presentes; y en gozoso grito,
Tirios, á saludarlo ahora os invito.»

CXLIV.

Dice; y sobre la mesa el néctar liba
Que generoso desbordaba, y luégo
La taza al labio toca fugitiva:
Lá alarga á Bícias con señal de ruego;
Toma, empínala él con ánsia viva,
Y el espumoso vino agota ciego:
Alzan todos los próceres sus copas,
Y el canto empieza del crinado Yópas.

CXLV.

El cual describe con laud divino
Lo que Atlas le enseñó por gran fortuna:
Cómo el sol desfallece en su camino;
Por qué altera su faz la móvil luna;
Deónde la bestia de los campos vino;
Cuál fué del hombre la primera cuna;
Qué fuente al mundo suministra el agua;
Dó está de los relámpagos la fragua.

CXLVI.

Canta eso mismo á Arturo, las dos Osas,
Y las Híadas tristes; el arcano
Que las noches alarga perezosas;
Por qué los soles del invierno cano
Con ruedas se despeñan presurosas
A bañarse en el líquido Oceano.
Cesa; y acogen su cantar sonoro
Tirios y Teucros aplaudiendo en coro.

CXLVII.

Y vuela el tiempo en pláticas sabrosas,
Y Dido, platicando, amor apura;
Mil cosas sobre Príamo, y mil cosas
A preguntar sobre Héctor se apresura:
Ya qué huestes trujera pavorosas
El hijo de la Aurora, oír procura;
Ya la historia saber de los gentiles
Potros de Reso, ó el poder de Aquíles.

CXLVIII.

«¡Que en fin,» exclama, «por ventura mia
Desde el principio en relatar vinieses
Los pasos de la griega alevosía,
Huésped, y vuestras glorias y reveses!
Tambien tus viajes entender querria,
Ya que contemplas los estivos meses
Tornar séptima vez desde que yerras
Mares cruzando y extranjeras tierras.»

LIBRO SEGUNDO.

I.

Todos callan; y Enéas, que cautiva
De todos la atención, desde alto lecho
Comienza: «¡Oh Reina! mandas que reviva
Inefable dolor mi herido pecho;
Que cómo á manos de la hueste aquíva
El troyano poder cayó deshecho
Recuerde: horrores que podré pintarte,
De ello testigo y no pequeña parte.

II.

«Mas ¿quién, ya que secuaz de Ulises fuera,
Si á tan largo dolor velos levanto,
Qué Mirmidon, qué Dólope lo oyera
Sin dar, á su pesar, tributo en llanto?
Acercándose al fin de su carrera
Hé aquí la húmeda Noche rueda en tanto,
Y extinguiendo en la mar sus luces bellas
A descanso convidan las estrellas.

III.

»Mas pues tu noble corazon consiente
En ser de este dolor particionero;
Pues mandas que de Pérgamo te cuente
El afan congojoso postrimero
En breve narracion; aunque se siente
Horrorizado el ánimo, y del fiero
Espectáculo aparta la memoria,
Principiaré la miseranda historia.

IV.

»Yacian con el cerco prolongado
Rotos los jefes de la hueste aquea,
Maltrechos siempre del adverso hado;
Cuando Minerva en su favor emplea
Artificio sagaz. Por su mandado
Hueca mole fabrican gigantea
Que gran caballo al parecer figura,
De recia tablazon y contextura.

V.

»Simulan y propalan que se eleva
Por voto á Pálas hecho, de tranquilo
Viaje en demanda: por doquier la nueva
Mentirosa se esparce; y en sigilo,
Echadas suertes entre gente á prueba,
A ocupar suben el oscuro asilo
Del vasto seno y cóncavos costados,
Provistos de sus armas los llamados.

VI.

»Frontera á Troya Ténedos se ostenta,
Que otro tiempo gozó de nombradía:
Isla famosa, fértil, opulenta
Durante la troyana monarquía:
En su abandono y soledad presenta
Hora á las naves pérfida bahía:
A sombra de sus costas sin testigo
Los bajeles ensena el enemigo.

VII.

»Pensamos que, la vela dada al viento.
Bogando irian por la mar serena
Para la patria: el largo abatimiento
La ciudad de sus hijos enajena:
Las puertas abre; al griego acampamento
Rápida corre de alborozo llena
La multitud, y visitar le agrada
Yermo el campo, la playa abandonada.

VIII.

»Aquí los batallones del furioso,
Del fuerte Aquíles; acullá su tienda:
Allí tomaban plácido reposo,
Acá trabámos áspera contienda.
Así van discurriendo; y el coloso
Infausto, reputado por ofrenda
A la casta Minerva, hace que, muda
De asombro, turba inmensa en ruedo acuda,

IX.

»Fuese traicion, ó que la adversa suerte
 Para entónces el golpe reservase,
 Tinétes clama que la mole al fuerte
 Se lleve al punto, y las murallas pase.
 Cápis, empero, que el peligro advierte,
 Aconseja con otros que la abraze
 Fuego voraz, y la vecina onda,
 El sospechoso dón trague y esconda;

X.

»Ó que el oscuro seno se barrene
 Para indagar lo que en el fondo encela.
 Indecisa la turba se mantiene.
 En esto de la excelsa ciudadela
 Con numerosa muchedumbre viene
 Laoconte, al campo arrebatado vuela,
 Y, «Oh desgraciados!» desde léjos grita:
 «¿Qué demencia á la muerte os precipita?»

XI.

»¿Pensais que el enemigo nuestra tierra
 »De: ó? ¿Fiais en sus mentidos dones?
 »¿Cuán poco á Ulíses conoceis? Ó encierra
 »Esta fábrica aquivos campeones,
 »O artificiosa máquina de guerra
 »Es: nuestra situacion y habitaciones
 »Por cima intentan registrar del muro,
 »Para luégo caer sobre seguro.

XII.

»Ello, hay engaño. ¡Oh Teucros, confianza
»Negad á ese caballo! Como quiera,
»Yo temo de los Griegos la asechanza
»A vuelta de sus dones traicionera.»
Dijo; y desembrazó fornida lanza
Hácia un lado del cóncavo; certera
Vuela, clávase, vibra: conmovido
Dió el seno cavernoso hondo bramido.

XIII.

»¡Ay! á no ser por la fortuna impía
Que nos robaba libertad y acierto,
Laoconte en su furor logrado habria
Que pusiésemos luégo en descubierto,
Hendiendo la armazon, la alevosía.
Aun hoy tu alcázar descollara yerto,
¡Oh Patria! ¡al filo de traidora espada
No cayera tu pompa derribada!

XIV.

»Frigios pastores con tumulto y grita,
Atras ambas las manos, prisionero
Traen ante el Rey un mozo. Audaz medita
Abrir el muro con ardid artero
A los suyos; ni el ánimo le quita
El peligro de infame paradero;
Resuelto á todo, el pérfido se hizo
Con aquellos pastores topadizo.

XV.

»La multitud agólpase, y denuesta
 Al prisionero que curiosa mira.
 (Reina, las artes de los Griegos de esta
 Traicion colige; su maldad admira.)
 Inerme se detiene, manifiesta
 Medrosa turbacion: los ojos gira
 La turba rodeando que le oprime,
 Abre los labios, y temblando gime:

XVI.

«¡Cielos! ¿á dónde me arrojais? ¿qué puerto
 »Queda ya á mi infortunio? La cadena
 »Del Griego á quebrantar áun bien no acierto.
 »Y ya el Troyano á muerte me condena.»
 Compone á su gemido el desconcierto
 La multitud, el ímpetu serena,
 Y con instancia á declarar le mueve
 Patria, linaje, y la intencion que lleve.

XVII.

»Títulos aguardamos con que abone
 Palabras de cautivo. Reparado
 De la sorpresa, el impostor repone:
 «¡Rey! la verdad confesaré de grado:
 »No á mi labio veraz candado pone,
 »Aunque adverso me fuere, el resultado:
 »Yo Griego soy, no ocultaré mi cuna:
 »Me hizo infeliz, no falso, la fortuna.

XVIII.

- »Quizá en conversacion por accidente,
- »De Palamédes, generosa rama
- »Del linaje de Belo floreciente,
- »Llegó á tu oido el claro nombre y fama.
- »Porque la guerra no aprobó, demente
- »Llamóle el pueblo, y con indigna trama
- »Trájole al hierro de la muerte: ahora
- »Inmaculado le confiesa y llora.

XIX.

- »Mi padre, escasa el arca de dinero,
- »Guerrero aventuróme, y al cuidado
- »De aquel varon fióme, compañero
- »Antiguo nuestro y próximo allegado.
- »Tomámos de esta playa el derrotero
- »Muy al principio. Prosperó el Estado
- »Miéntas honrarle y atenderle supo,
- »Y parte á mí de su esplendor me cupo.

XX.

- »Mas el término vi de mi contento
- »Cuando de sus manejos el astuto
- »Itacense, el infame acabamiento
- »De Palamédes recogió por fruto.
- »Notorio el caso fué. Yo en aislamiento
- »Dime á vivir y en miserable luto:
- »Pensaba siempre en mi inocente amigo,
- »Y eterna indignacion iba conmigo.

XXI.

»Ni pudiendo tener contino á raya,
»Demente ya, mi cólera sombría,
»Clamé, juré que si á la amada playa
»Tornase vencedor, me vengaría.
»Odios que Ulises en silencio ensaya
»Hubo de acarrearne la osadía
»De mis palabras: sin enmienda aquello
»Vino á poner á mi desgracia el sello.

XXII.

»De entónces más, calumnias el aleve
»Ideó nuevas: comenzó rumores
»Vagos á propalar entre la plebe;
»Ni pudo sosegar en los terrores
»Con que el crimen persigue, hasta que en breve
»Con Cálcas, el augur, á sus rencores...
»Mas ¿á qué, derramando el pensamiento,
»Así os fatigo, y mi dolor aumento?

XXIII.

»Ya os dije, Griego soy: ¿qué más indicio,
»Si á todos nos nivela vuestra saña?
»Ea, pues: ¡consumad el sacrificio!
»Bien los de Atreo os pagarán la hazaña;
»Su triunfo, el Itacense.» El artificio
No vemos con que á fuer de Griego engaña;
Antes le instamos á explicarlo todo.
Con fina astucia y misterioso modo,

XXIV.

»Los Griegos,» sigue, «no una vez la prora
 »Volver pensaron, y soltar la clava,
 »Del asedio cansados. En mal hora
 »Tornábalos á puerto la onda brava
 »Y el ala de los vientos bramadora.
 »Mas esa estatua al ver, que en pié se alzaba,
 »Con ira nueva y general tronido
 »Resonó el cielo en llamas encendido.

XXV.

»Eurípilo, que hicimos acudiera
 »Al apolíneo oráculo, tornando
 »Trajo esta, en solucion, voz lastimera:
 »*Griegos: los vientos aplacasteis, cuando*
 »*Marchabais á Ilíon la vez primera,*
 »*En el ara una vírgen inmolando:*
 »*Si en la vuelta anhelais propicia calma,*
 »*Sangre verted, sacrificad un alma.*

XXVI.

»La voz á oídos de las gentes vino
 »Moviendo al corazón mortal recelo,
 »Todos el rigor tiemblan del destino;
 »Cuaja á todos la sangre torpe hielo.
 »En tal crisis á Cálcas adivino
 »Saca Ulises con ímpetu y anhelo,
 »Y de la hueste aquéjale en presencia
 »A interpretar la funeral sentencia.

XXVII.

- »Ya de aquel pecho de piedad desnudo
- »Sondando muchos el ardid secreto,
- »Me auguraban mal fin. Diez dias mudo
- »Difirió Cálcas el fatal decreto.
- »Cediendo al cabo al clamoreo agudo,
- »Y á la mente ajustando del inquieto
- »Instigador el fallo, lo pronuncia:
- »Yo la víctima soy; mi nombre anuncia.

XXVIII.

- »Place á todos; y el golpe que temia
- »Cada uno enántes en su mal, en cuanto
- »Sobre un triste descende, en alegría
- »Pública trueca el general quebranto.
- »Ya se acercaba el tenebroso dia
- »De la degollacion: con gozo, en tanto,
- »La salsamola alistan, y disponen
- »Fúnebres vendas que mi sien coronen.

XXIX.

- »Libertéme, es verdad, de la atadura;
- »Y de un pantano entre la juncia y cieno
- »Logré ocultarme con la noche oscura,
- »Aguardando partiesen, si sereno
- »Lo comportaba el mar por mi ventura.
- »Mas la esperanza huyó de ver el seno
- »Antiguo de la patria, y á mi lado
- »El hijo dulce, el padre deseado.

XXX.

»Ellos, blanco al furor de mis tiranos,
»Por mí habrán de lastar en roja pira!
»Por los dioses del cielo soberanos
»Que apartan la verdad de la mentira,
»Por la noble lealtad, si ya en humanos
»Pechos cupo lealtad, la suerte mira
»No merecida, ¡oh Rey! que en mi se ceba;
»Tanto infortunio á compasion te mueva!»

XXXI.

»La piedad que con lágrimas demanda,
Con lágrimas le dan los corazones.
Abogamos por él. Al punto manda
Que los lazos le suelten y prisiones
El Rey, y así le dice con voz blanda:
«Olvida ya las bárbaras legiones,
»Mancebo, y sus malvados proceder:
»De hoy más, quienquier tú seas, nuestro eres.

XXXII.

»Mas la verdad declara sin rebozo:
»¿Quién inventó esta mole? ¿Con qué intento?
»¿Máquina amenazante de destrozo
»Es? ¿ó bien religioso monumento?»
Dice el buen Rey; y el atrevido mozo
Mostrado, á usanza griega, al fingimiento,
Exclama así, las manos desatadas
Volviendo al cielo, y húmidas miradas:

XXXIII.

- »¡Astros eternos! ¡Dioses que castigos
»Al dolo reservais! ¡Cuchilla! ¡velo!
» Aras del sacrificio! sed testigos
»Del derecho cabal con que cancelo
»Antiguos pactos: odio á los que amigos
»Pude llamar; ¡sus crímenes revelo!
»Mas ¡oh! ¡si en mí tu salvacion se apoya,
»Guárdate fiel á tus promesas, Troya!

XXXIV.

- »Los Griegos de Minerva en el robusto
»Auxilio descansaron confiados
»Hasta que el hijo de Tideo injusto
»Y fraguador Ulíses de atentados,
»Su estatua milagrosa al templo augusto
»Se aunaron á robar; y, degollados
»Los guardias del castillo, con sangrienta
»Mano asieron de la alba vestimenta.

XXXV.

- »Cayó miedo en los ánimos: su ayuda
»Cambió la Diosa en no dudoso amago;
»Que, al campo apénas se llevó, ceñuda
»Los ojos clava con fulgor aciago;
»¡Raro prodigio! humor amargo suda,
»Y del suelo tres veces se alza en vago,
»El escudo flamígero delante,
»Y el asta blandiendo retemblante.

XXXVI.

»Incontinente Cálcas determina
»Que el sitio los guerreros abandonen;
»Diz que en vano de Troya la rüina,
»Por bien que la expugnaren, presuponen,
»Si, tornando á cruzar la onda marina,
»En Árgos los auspicios no reponen,
»Á la Diosa aplacando en sus desvíos
»Que cuidaron llevar en los navíos.

XXXVII.

»Á Micéñas ahora encaminados
»(De Cálcas los auspicios tal declaran),
»Prevenidos mejor y apertrechados,
»La vuelta á dar de asalto se preparan.
»Mas ántes que partiesen, avisados,
»En igual de la que ímpios enojaran
»Robada estatua, edificaron ésta
»Para purgar la violacion funesta.

XXXVIII.

»Plúgole á Cálcas, además, que fuese
»De trabes poderosas guarneceida
»Y que las nubes con la frente hiriese,
»Porque su peso y altitud impida
»Que por las puertas quepa, y atraviese
»Las murallas, no avenga que presida
»A la ciudad, del Paladion viüda,
»Y con la antigua proteccion la acuda.

XXXIX.

»Que si este dón violais—el agorero
»Pronostica (primero se convierta
»En quiebra suya el malhadado agüero!)—
»Troya vencida quedará y desierta:
»¿Qué es Troya? ¡el Asia! ¡Triunfareis, empero,
»Si le internareis, la muralla abierta,
»Y á las aguas de Grecia vuestras proras
»Irán, andando el tiempo, vencedoras!»

XL.

»Así en un punto entre sus lloros viles,
Caza Sinon con pérfidos amaños
En red de muerte á los que el grande Aquíles,
Ni el hijo de Tideo, ni diez años
De terca opugnacion, ni naves miles
Pudieron domeñar. Tras sus engaños,
Con espanto de todos repentino,
Oye el paso cruel que sobrevino.

XLI.

»Sacerdote por suerte designado
Á honrar al Dios del húmedo elemento,
Era Laoconte: ante el altar sagrado
Degollábale un toro corpulento.
Súbito á la sazon venir á nado
Vemos (de horror estremecerme sienta),
De la ínsula vecina procedentes,
Por sobre el mar tranquilo dos serpientes.

XLII.

»El pecho entrambas enhestando iguales,
Con encarnada cresta gallardean,
Y en ruedas, al andar, descomunales
El largo cuerpo sobreel ponto arquean:
Rotos gimen los líquidos cristales
Por do hienden: abordan ya y campean,
La vista en sangre y rayos encendida:
Todos huimos, la color perdida.

XLIII.

»Lamiéndose las bocas sibilantes
Con la vibrante lengua, van derecho
Para Laoconte: mas sus hijos ántes,
Tiernos gemelos, en abrazo estrecho
Aferran, y sus miembros palpitantes
Apedazan, devoran. Pecho á pecho
Y meneando la aguzada hoja,
Encima el genitor se les arroja.

XLIV.

»¡Vano auxilio! ¡arduo afan! Ellas le abrazan
Con doble, firme vuelta la cintura;
Los escamados lomos le relazan
Á la garganta, y á mayor altura
Sobrealzando las crestas, amenazan.
Con ambas manos él entre la impura
Ponzoña que las ínfulas le afea,
Por sacudir los ñudos forcejea.

XLV.

»Descoyuntado al fin, y cual pudiera
El toro que del ara huyendo herido,
De hacha insegura libertado hubiera
Su manchada cerviz, en alarido
Rompe horrible. Las sierpes de carrera
Parten al templo de Minerva, y nido
A los piés de la Diosa encrudecida
Hallan seguro bajo el ancha egida.

XLVI.

»Nuevo motivo de terror asalta
Los ánimos, que el miedo señorea;
Supone el vulgo que Laoconte, al alta
Estatua encaminando el asta rea,
Mereció el golpe que siguió á su falta:
Que el caballo se interne, clamorea,
Y que á la Diosa con devotas preces
Se persuada á poner sus altiveces.

XLVII.

»Presto aportillan el adarve: toma
Movimiento el coloso: iguales giran
Ruedas que al pié le ajustan: con maroma
Atando el cuello, á competencia tiran.
Ya grave de armas sobre el muro asoma:
Todos con ánsia á la labor conspiran:
Garzones y doncellas entre tanto
Alzan en torno religioso canto.

XLVIII.

»Ya entra bamboneando, á tu firmeza
Cierta amenaza, ¡oh Troya! ¡oh patria! ¡estancia
Antigua de altos Dioses! ¡fortaleza
Do vió un pueblo estrellarse su arrogancia!
Sigue, y tres veces al umbral tropieza
Con ronco són que retumbó á distancia;
Mas insta el vulgo en su porfía loca,
Y al fin en el alcázar le coloca.

XLIX.

»Vanamente Casandra entusiasmada
Esforzando la voz—su voz divina,
Por castigo de un Dios menospreciada—
Grandes calamidades vaticina.
¡Ay! sus anuncios estimando en nada,
Al borde ya de la comun rüina,
Nosotros sólo en decorar pensamos
Templos y altares con festivos ramos.

L.

»Gira miéntras la esfera, y vase alzando
La noche de las ondas, el desvelo
Y fraudes enemigos ocultando
En espantoso horror, la tierra, el cielo.
Yacen mudos los Teucros: sueño blando
Acá y allá los encadena. A vuelo
Torna entre tanto la pelasga flota
A las sabidas playas la derrota.

LI.

»A sordas con la luna y el sosiego
De la noche, que muda las arropa,
Marchan las naves ya, que ha dado el fuego,
Concertada señal, la régia popa.
Sinon, á quien, en daño nuestro ciego
El hado guia, la escondida tropa
Acude á libertar, y la honda cava
Abre que tenebrosa los guardaba.

LII.

»Y por cables que lanzan de ligero,
Desguíndanse de la hórrida guarida
Esténelo, Tisandro, Ulíses fiero,
Tornando á respirar aura de vida:
Menelao; Macaon, que fué el primero,
Y Acamante y Toante de seguida,
Y Neoptólemo audaz el de Peleo,
Y el trazador del artificio, Epeo.

LIII.

»Á entrar la muchedumbre se acelera
En la ciudad, que yace en sueño y vino,
Y matando las guardias, carnicera,
Y las puertas abriendo, da camino
Y se une á los que abordan. Tiempo era
En que el sueño primero, dón divino,
Los cuerpos sosegando fatigados
Envuelve en manso olvido los cuidados.

LIV.

»En medio del silencio, á la imprevista,
Reputándolo yo por caso cierto,
Héctor en sueños muéstrase á mi vista,
De polvo vil y amarillez cubierto:
Mustia la faz, que el ánimo contrista,
Mustia y llorosa; y, cual despues de muerto
Y arrastrado por rápidos bridones,
Taladrados los piés de correones.

LV.

»¡Cuán trocado de aquél que á nuestros ojos
Resplandeció tras recias embestidas,
Ó de Aquiles trujese los despojos
O incendiase las naves combatidas!
Yerta barba; cuajados los manojos
Del pelo en sangre; vivas las heridas
Que en torno recibió de la muralla;—
Y aquí en sueños mi voz en llanto estalla:

LVI.

«Gran Héctor, que de gloria y de consuelo
»Astro por siempre á los Troyanos fuiste!
»¿De cuál remoto y olvidado suelo
»Tornas al fin á nuestra playa triste?
»¿Y tras fatiga tanta, estrago, duelo,
»Hoy de nuevo tu brazo nos asiste?
»¿Mas por qué herido así? Tu faz serena
»¿Por qué se cubre de sangrienta arena?»

LVII.

»Nada contesta: con mortal gemido
«¡Vuela! ¡huye!» exclama: «el Griego se apodera
»De la ciudad: incendio embravecido
»Estalla: ¡Troya se desploma entera!
»Mucho á la patria y al monarca ha sido
»Sacrificado: si algo la valiera,
»Salvárala este brazo: en su agonía,
»Su culto, hijo de Vénus, te confía.

LVIII.

»Mansion busca á sus Dioses tutelares
»Que fundarás, y grande, finalmente,
»Audaz cruzando procelosos mares.»
Y miéntras habla entrégame impaciente
La alma Vesta que arranca á los altares,
Y los velos y el fuego indeficiente.
Por la ciudad en tanto se extendia
El estruendo confuso y vocería.

LIX.

»Y aunque distante de la puerta Escea
Yacia de mi padre la morada,
Opaca de un jardin que la rodea,
De la invasora muchedumbre armada
Llega sordo el rumor; mi sien golpea;
Salto veloz, el ánima azorada,
Y á la azotea trepo, y al rüido
Que crece más y más, tiendo el oido.

LX.

»Tal cuando en mieses subitánea llama,
Soplando el Austro, enfurecida prende,
Ó bien si desbordado se derrama
Y valles, surcos y sembrados hiende
Bravo raudal, y en remolinos brama
Arboles arrastrando que desprende;
Sobre un peñon, de la tormenta aquella
Testigo inmóvil el pastor descueila.

LXI.

»Bien á mis ojos lo que en torno pasa,
Bien la aviesa traicion se patentiza.
Con estampido el gran palacio arrasa
De Deífobo, el fuego, y se encarniza
Sin detenerse, en la contigua casa
De Ucalegonte, y de su luz rojiza
Parece arder abierto el mar Sigeo:
Suenan trompetas, cunde el clamoreo.

LXII.

»Echo mano á las armas alterado,
Y á discurrir no acierto á mi albedrío:
Al alcázar volar con un puñado
De compañeros, en confuso ansío;
Mal ciego de furor, desatentado
En manos de la muerte la honra fio;—
Cuando al Otrida, del altar febeo
Ministro en el alcázar, llegar veo.

LXIII.

»Él los Dioses vencidos, casi á vuelo,
 Trae, y sacros adjuntos que á la saña
 Hurtó enemiga su piadoso celo;
 Y un nieto pequeñuelo le acompaña.
 «¡Panto!» al verle clamé con vivo anhelo:
 «¡Habla! ¿qué pide adversidad tamaña?
 »¿En dónde haremos la defensa? ¿en dónde?»
 Dando un hondo gemido me responde:

LXIV.

«¡La hora que los hados previnieron
 »Llegó de asolacion! ¡Jove inclemente
 »Trastorna la balanza! Fueron, fueron
 »Troya, su gloria, su esplendor potente!
 »Todo los enemigos lo invadieron:
 »Del caballo intramuros eminente
 »Griegos brotan armados: triunfante
 »Sinon propaga el fuego devorante.

LXV.

»Por las ya francas puertas á oleadas
 »Cuantos vinieron de la gran Micéas
 »Tantos que entran parece: están tomadas
 »Las avenidas: de reposo ajenas
 »Amenazan fulgentes sus espadas:
 »La primer guarnicion ensaya apénas
 »Al tropel oponerse que la embiste,
 »Y en ciega riña desigual resiste.»

LXVI.

»Ardo á su voz: el corazon me inflama
No sé cuál Dios ó aliento sobrehumano:
Do la ira impele, do el rumor me llama
Corro el hierro á arrostrar y el fuego insano.
Á la luz vaporosa que derrama
La blanca luna, de Ífito el anciano,
De Hípanis, de Dímas y Rifeo,
Que se me allegan, los semblantes veo.

LXVII.

»Corebo, el hijo de Migdon, partido
Tomó tambien, y se nos puso al lado:
Estaba en Ilión recien venido,
Con pasion de Casandra enamorado;
Y de Príamo yerno prometido,
Su espada nos brindó como aliado
¡Ay! ¡cuán diverso su destino fuera
Si á la inspirada profetisa oyera!

LXVIII.

»Yo así á todos les dije en el momento
Que en órden los vi puestos de pelea:
«¡Mancebos de alma grande, que de aliento
»Heroico, pero estéril, se rodea!
»Si seguir pretendéis mi osado intento,
»Igualad el peligro con la idea:
»Los Dioses que este reino custodiaran
»Hoy altares y templos desamparan.

LXIX.

»Á una ciudad, oh pechos denodados,
»Acorreis que en pavesas se convierte:
»La muerte, pues, busquemos, y arrojados
»Entre enemigos, generosa muerte;
»¡Quien con el cielo lucha y con los hados
»Sólo desnudo de esperanza es fuerte!»
Así exaltado les hablé, y mi acento
Su denuedo redobla y su ardimiento.

LXX.

»Cual del hambre al furor lobos rapaces,
Mientras que los cachorros por su vuelta
Anhelan, seca la garganta, audaces
Corren en sombras la campaña envuelta;
Por medio de los hierros y las haces
Enemigas así la planta suelta,
De la muerte lanzados al encuentro
Tocamos ya de la ciudad al centro.

LXXI.

»La noche mientras con su negro manto
Nos cobijaba. ¡Oh noche de tormentos!
¿Quién podrá darte el merecido llanto
Ó el número decir de tus lamentos?
¡La alta, antigua ciudad, de lauro tanto
Coronada, flaquea en sus cimientos!
Por calles, plazas, templos invadidos,
Cadáveres se ven yacer tendidos.

LXXII.

»Mas no toda la sangre que se vierte
Sangre es troyana. Amenazante aviva
Tal vez el ántes abatido; inerte
El vencedor en tanto se derriba.
Igual á entrambas partes la ímpia suerte
Terror, desolacion sembrando iba
Por acá y por allá: la muerte toma
Miles semblantes, y doquier se asoma.

LXXIII.

»Al paso Andrógeo nos salió el primero
Con gente mucha entre la sombra espesa,
Y creyéndonos suyos, delantero,
«Amigos,» dice, «¿qué indolencia es ésa?
»¡Apresurad! Cuando Ilión entero
»Es ya ceniza y dividida presa
»Al ímpetu feliz de nuestras tropas,
»¿Vos apénas dejais las altas popas?»

LXXIV.

»Haber caido entre enemiga gente
Nuestra respuesta adviértele indecisa,
Y cortando el discurso de repente,
Arredra el pié con azorada prisa;
Bien cual trémulo salta el que serpiente
Inesperada entre malezas pisa,
Que se le vuelve enfurecida de ello
Y enhiesta ensancha el azulino cuello.

LXXV.

»Andrógeo así despavorido huia;
 Y á su tropa nosotros con denuedo
 Cargámos, que el lugar desconocia,
 Y á más temblaba en vergonzoso miedo:
 Cargámosla, y en ellos á porfía
 Matar pudimos. Animoso y ledo
 Al aura de fortuna lisonjera,
 Corebo razonó de esta manera:

LXXVI.

«Bien la fortuna apunta, amigos; ¡ea!
 »El camino sigamos que señala:
 »Con los Griegos cambiemos de librea;
 »En mal del enemigo, ¿quién no iguala
 »Fuerza y astucia? ¡El mismo armas provea!»
 Dice, y ciñe el estoque argivo, y cala
 El almete de Andrógeo penachudo,
 Y ornado de blason prende el escudo.

LXXVII.

Rifeo le imitó; ni hacerlo dudan
 Dímas al punto y los demas presentes:
 Todos en armaduras propias mudan
 Los trofeos magníficos recientes.
 Así ajenos auspicios nos escudan
 Y oscuro el aire: á su favor frecuentes
 Choques de paso aventurando á tiento,
 Despeñámos al Orco almas sin cuento.

LXXVIII.

»Cuáles en tanto, de peligro ajenos,
Merced de presta fuga, en la ribera
Se acogen á las naves: cuáles llenos
De vil temor, del monstruo de madera
En los profundos conocidos senos
Trepan á guarecerse. Mas ¿qué espera
El mortal infeliz, ó en qué confía,
Si al brazo de los Dioses desafia?

LXXIX.

»Hé aquí entre ásperas puntas, falleciente,
Casandra, hija de Príamo, iba envuelta:
Del sacrario de Pálas por furente
Ciego invasor arrebatada: suelta
La cabellera; al cielo vanamente
Con vivísimo ardor los ojos vuelta...
.Los ojos, ay, que las hermosas manos
Con cadena oprimieron los villanos!

LXXX.

»No tal sufrió Corebo arrebatado,
Y entre el tumulto, de morir sediento,
Precipitóse: en escuadron cerrado
Seguimos los demas su movimiento.
Mas, ¡ay dolor! los nuestros del terrado
Del templo, observan en fatal momento
Nuestro arreo y crestones, y en su engaño
Presto nos hacen lastimoso daño.

LXXXI.

»Como vientos alígeros que en roto
Torbellino se encuentran frente á frente,
Y Zéfiro combate, y Euro, y Noto,
—Euro, que en sus bridones del Oriente
Va ufano;—y gime estremecido el soto,
Y, de espumas cubierto el gran tridente,
Nereo en su furor no da reposo,
Y mueve desde el fondo el mar undoso:

LXXXII.

»Así brama, con fiera arremetida
Correspondiendo á nuestro audaz embate
Caterva que á vengar salta ofendida
De la doncella el súbito rescate:
Ajax violento, y uno y otro Atrida,
Y los Dólopes todos. En combate
Entran también los que esparcido había
Por la oscura ciudad nuestra artería.

LXXXIII.

»Tornan éstos á hallarnos cara á cara.
Y el habla que nos oyen diferente
El disfraz de las armas les declara.
Al número sucumbe, en fin, mi gente.
Peneleo á Corebo al pié del ara
Inmoló de la Diosa armipotente;
¡Ay! de los suyos recibiendo heridas
Rinden Dímas é Hípanis las vidas.

LXXXIV.

»Ni tu piedad ni el apolíneo velo
Te hurtaron, Panto, á la enemiga hueste;
Y el justo, el santo del troyano suelo,
Rifeo, cae, sin que amparo preste
A su virtud (¡misterio grande!) el Cielo.
Conmigo Ífito y Pélias quedan: éste
Mal herido de Ulises, tardo el paso;
Esotro por la edad de fuerza escaso.

LXXXV.

»Con ellos en forzosa retirada
Abandoné la desigual porfía.
¡Oh pira extrema de mi Patria amada,
Sacras cenizas de la gente mia!
Testigos sed que en la infeliz jornada
Tanto arrostré cuanto arrostrar debia,
Y, á consentirlo el fallo de la suerte,
Ganara por mi mano honrosa muerte.

LXXXVI.

»Torcemos al estruendo sin tardanza
Al palacio del Rey, do tan horrenda
Refriga hallamos, cual si aquella estancia
Fuese el único campo á la contienda;
Tal era el brío y la marcial pujanza!
¡Así en masa á los Griegos estupenda
Precipitarse vemos, y la entrada
Asediar bajo densa empavesada!

LXXXVII.

»De un lado y otro el edificio ascienden.
Por pilares y escalas; con los brazos,
El escudo al izquierdo, se defienden
De pedradas sin cuento y saetazos;
Suelto el derecho, en el remate prenden
Del edificio altísimo. En pedazos
En tanto los troyanos campeones
Las techumbres derruecan y bastiones.

LXXXVIII.

»De tales armas su defensa fian,
Áureas trabes lanzando en su despecho
Que de antiguos monarcas dado habian
Noble decoro al admirado techo.
Otros abajo á resguardar se alían
Las puertas, y tras ellas en estrecho
Grupo, puñal en mano, se aglomeran,
Y apercebidos la avenida esperan.

LXXXIX.

»Al palacio escalado se convierte
Mi atencion toda: diligente acudo
Á esforzar á quienquier se desconcierte
Y alientos dar contra el asalto crudo.
Un portillo hubo atras, que á buena suerte
Al ciego sitiador hurtarse pudo;
Tras él los tramos del palacio unia
Tránsito oscuro, oculta galería.

XC.

»Por allí sola Andrómaca en su duelo,
 Cuando áun cetro empuñaba el Rey anciano,
 Ir solia á sus suegros, y al abuelo
 Llevaba el hijo tierno de la mano.
 A entrar por allí mismo ahora yo vuelo;
 Calo el postigo, y la eminencia gano,
 Do abajo (¡vano ardor!) los Teucros echan
 Cuanto á la mano ven, cuanto destechan.

XCI.

»Á plomo allí con la pared se erguia
 Excelsa torre en la region del viento,
 Que toda la ciudad mandaba un dia
 Y la enemiga armada y campamento.
 Por do fácil de herir aparecia
 Batámosla en redor: del alto asiento
 Al combinado impulso desprendida,
 Cede, y precipitamos su caída.

XCII.

»Ella rodando con fragoso estruendo
 En fragmentos veloz se despedaza,
 Y abajo ámplio escuadron tapa cayendo,
 Que otro, cual ola súbita, reemplaza.
 Sigue sin tregua el combatir tremendo:
 Ya ante el mismo vestíbulo amenaza
 Pirro animoso, en el umbral primero,
 Con metálica luz radiante y fiero;

XCIII.

»Cual dragon que aterido, soterrado,
De venenosas hierbas se sustenta,
Mas de nuevo arreándose, en el prado
Sale á campar cuando el calor le alienta:
Voluble el lomo en roscas arrollado
Miles colores con la luz ostenta;
Al sol mirando, el cuello al aire libra,
Y la trisulca lengua hórrido vibra.

XCIV.

»Automedonte, que de Aquiles fuera
Auriga, ora escudero, y Perifante
Corpulento acomete, y la guerrera
Esciria juventud, y á un mismo instante
Llama arrojan que al aire va ligera:
Pirro, hacha en mano, abócase adelante,
Quiciales estremece, vigas raja,
Y las ferradas puertas desencaja.

XCV.

»Las traveses á su empuje crujen, ruedan;
Enorme boqueron dan los tablones,
Ni cosa abrigan que ocultarle puedan
Dentro los vastos atrios y salones:
De los antiguos soberanos quedan
Francas y descubiertas las mansiones,
Y afuera comparecen los soldados
Que las puertas guardaban atropados.

XCVI.

»¡Oh cuánta turbacion adentro! ¡oh cuánto
Terror! Los huecos artesones llena
Femenil alarido, ronco planto,
Grita confusa y vária al cielo suena.
Cruzan matronas con afan y espanto
Las anchas salas que el rumor atruena,
Y las colunas á abrazar se arrojan,
Las besan, y en sus lágrimas las mojan.

XCVII.

»Mas Pirro igual al padre se adelanta.
¿Qué arma, qué brazo atajará el pujante
Hierro esgrimido con braveza tanta?
Postes ni cerraduras son bastante;
Ferrada maza á golpes los quebranta.
Plaza abre á fuerza: á quien le va delante
Atierra, y su cohorte furibunda
A la redonda el edificio inunda.

XCVIII.

»Así de altiva cumbre se desata
De pronto hinchado un espumoso rio,
Y oleadas horrisonas dilata
Hundiendo el malecon, creciendo en brío;
Y establos y ganados arrebatá
Impetüoso. Yo, yo vi al impío
Cebarse airado en el estrago horrendo;
Vi á los Atridas el umbral cubriendo.

XCIX.

»Vi á Hécuba y sus hijas, sus amores;
 Vi á Príamo, del ara en el sagrado,
 El fuego que adoraron sus mayores
 Matar en sangre suya mal su grado;
 Vi los cincuenta lechos, que de flores
 Habia la esperanza engalanado
 En pro del trono, y las soberbias puertas,
 De oro y rico botin rodar cubiertas.

C.

»Griegos el campo ocupan que aún da el fuego.
 —Mas ya ansiosa querrás, augusta Dido,
 De Príamo saber. Príamo, luégo
 Que de las puertas oye el estallido,
 Y encima siente al desbordado Griego.
 Ciñe al endeble cuerpo envejecido
 Inútil hierro y olvidada malla,
 Y aguija á perecer en la batalla.

CI.

»Al raso en medio del palacio habia
 Ancho altar, y por cima un lauro anciano
 Asombrando á los Lares, descogia
 Denso follaje de verdor lozano.
 Hécuba en la marmórea gradería
 Con sus hijas los Dioses ciñe en vano,
 Bien cual palomas que en bandada avienta
 El repentino són de la tormenta.

CII.

»Como á recursos el Monarca apele
Ya ajenos á su edad, «¿Qué desvarío,»
Hécuba clama, «á perdicion te impele?»
»Hoy de mi Héctor la fuerza y poderío
»Fuera en vano; pues ¿qué ese brazo imbele
»Hará en el caso extremo? Esposo mio,
»Vén: este altar refugio á todos sea,
»O á todos juntos sucumbir nos vea.»

CIII.

»Dice; á su lado le reduce, y puesto
Sobre las losas á ocupar le obliga.
Desacordado y jadeante, en ésto,
Polítes, de ellos hijo, á quien hostiga
Pirro desaforado, el pié, tan presto
Como lo sufre su mortal fatiga,
Por los vacíos atrios acelera,
Y señala con sangre su carrera.

CIV.

»Ya con la pica por detras le toca,
Ya entre las manos el cruel le mira,
Cuando en faz de sus padres desemboca,
Y dando en tierra ensangrentado espira.
El venerable viejo, á quien provoca
El duro lance á generosa ira,
No en lo sumo del riesgo el labio sella,
Mas respetos y amagos atropella:

CV.

»Si justo el cielo de los hombres cura,
»Daráños,» dice, «por tamaña ofensa,
»A mí venganza á çolmo; larga y dura
»A tí la merecida recompensa!
»Poner te place al padre en angostura
»De ver caido al hijo sin defensa,
»Y no acatando encanecidas sienes
»A darle en rostro con su sangre vienes.

CVI.

»Calla de hijo de Aquíles el dictado,
»Que le desmiente tu cobarde encono:
»Él supo dar la mano al que postrado
»Miró á sus piés en mísero abandono;
»Tornóme el hijo muerto, que enterrado
»Fuesé en fúnebre pompa, y á mi trono
»Me concedió volver.» Dijo, y con tardo
»Aliento el Rey de allí soltóle un dardo.

CVII.

»Que rebotado al punto con sonido
Ronco, al tocar el defendido acero,
Quedó en el centro del broquel prendido.
Pirro repuso con sarcasmo fiero:
«¡Sí, vé á mi padre, y que su ejemplo olvido
»Díle; que de su sangre degenero;
»Que oprobio eterno de mi porte espere;
»Eso y más dile; y por ahora muere!»

CVIII.

»Y diciendo y haciendo, el inhumano
Al mismo altar impávido arrastraba
Al noble Rey, que, trémulo de anciano,
En la sangre del hijo resbalaba:
Le ase del pelo con la izquierda mano,
Y con la diestra á su placer le clava
Hasta el pomo la daga en el costado,
Fúlgida en alto habiéndola vibrado.

CIX.

»Tal rodó su corona refulgente;
Tal vino á ver su antigua fortaleza
Humo y polvo tornarse de repente,
Aquél que al esplendor de su grandeza
Miró á cien pueblos inclinar la frente!
Su cuerpo, tronco informe, la cabeza
Cercenada por bárbara cuchilla,
Yace sin nombre en solitaria orilla.

CX.

»Horror profundo allí por vez primera
Sobrecogióme, viendo la agonía
Penosa de mi Rey, y la manera
Como el postrero anhélito rendía.
Mi padre, que cuanto él anciano era,
Delante me fingió la fantasía:
La dulce esposa, el hijo tierno, á rudo
Ultraje abandonados sin escudo.

CXI.

»Por ver con quiénes cuento, en torno paso
Las miradas; á nadie ya diviso:
Dieron unos al fuego el cuerpo laso,
Arrojáronse otros de alto piso.
Así todo oteándolo de paso,
Al claror de las llamas, de improviso
Observo un bulto en el umbral de Vesta;—
Erase Elena en lo escondido puesta.

CXII.

»Esa ahora á las aras acogida,
Furia que al mundo le nació ominosa,
De Troyanos y Griegos maldecida,
De Griegos y Troyanos temerosa,
Salvar tentaba la infelice vida
Huéspedada ingrata, amancillada esposa;
Matar pensé la infame advenediza
Por vengar de la Patria la ceniza:

CXIII.

»¿Cómo? ¿habrá de salvarse la menguada
»Rastrándose en oscuros escondrijos?
»¿Y en Micéas y Esparta hará su entrada
»Reina ella entre marciales regocijos,
»De troyanos esclavos acatada
»Tornando á ver esposo, padres, hijos?
»¿Y Troya en bravas llamas consumida?
»¿Y triunfante el acero regicida?

CXIV.

»¿Y para esto tornada ardiente lago
»Tantas veces la playa en sangre nuestra?
»¡Oh! ¡no! que si en matar una hembra, no hago
»De varonil valor gloriosa muestra,
»Dar á tal monstruo el merecido pago
»Hazaña es justa y digna de mi diestra:
»No ya sedienta al envainar mi espada,
»Más de una sombra dejaré vengada!»

CXV.

»Rugia yo con voz tempestuosa
Cuando espléndida toda de hermosura,
Me apareció mi madre bondadosa
Radiante entre la sombra de luz pura,
Con el encanto y majestad de Diosa
Con que se muestra en la celeste altura:
Súbite el vengador brazo me toca,
Y abre entre aromas la purpúrea boca:

CXVI.

«¡Cálmate, hijo! ¡tus palabras mide;
»Tu pecho hirviendo su ímpetu reporte!
»Dí, ¿será justo que el rencor te olvide
»De la familia nuestra, y no te importe
»Saber si el genitor, á quien impide
»Vejez cansada, el hijo, la consorte
»Vivos están? ¿No ves que los circunda
»La multitud que la ciudad inunda?

CXVII.

»Por mí, el hierro su sangre no devora;
»Por mí, el fuego sus huesos no calcina.
»¿Y á qué la faz baldonas seductora
»De esa Lacedemonia que abomina
»Tu corazón? Y á París á deshora
»¿Por qué oprobias? No tiene la ruina
»De Troya la opulenta humano origen;
»Airados Dioses son quienes la afligen.

CXVIII.

»Es fuerza superior la que derriba
»Sus altos techos. Si cejar te duele,
»Yo esa que lenta en derredor te priva
»De luz, haré que de tus ojos vuele,
»Húmeda, opaca niebla, y la cautiva
»Vista dilates. Quién, verás, demuele
»Aquestos muros, y al materno aviso
»La frente inclinarás grato y sumiso.

CXIX.

»Allá, do envuelto en polvo el humo ondea,
»Y en pié no hoy mole ya ni canto alguno,
»La ciudad en su asiento bambalea
»A golpes del tridente que Neptuno
»Sacude. Acá sobre la puerta Escea
»Ante todos sañuda avanza Juno,
»Y audaz, cubierta de acerada escama,
»La amiga tropa de las naves llama.

CXX.

»Torna, torna á mirar: Pálas cruenta
»Ya los altos alcázares domina.
»Y envuelta en nimbo centelloso, ostenta
»La terrible cabeza serpentina.
»A los Dánaos el Padre mismo alienta,
»El Padre universal, y en la divina
»Legion contra tu Patria iras enciende.
»Tú el hierro envaina, pues; la fuga emprende.

CXXI.

»Nada temas: tu planta irá segura
»De la paterna casa á los umbrales;
»¡Contigo soy!» Y bajo sombra oscura
Encubrióse, al decir palabras tales.
Entónces la terrífica figura
Vi de adversas deidades colosales;
La hóguera vi donde Ilíon se abrasa;
Y Troya conmovida por su basa,

CXXII.

»Cual viejo fresno que la ufana frente
Señorease sobre el monte enántes,
Y hora en redor la campesina gente
Le diese al tronco hachazos incesantes;
Que la alta copa temerosamente
Estremece á los golpes resonantes,
Y amenaza, y restalla, y de la cumbre
Desploma con fragor su pesadumbre.

CXXIII.

»Desciendo, en fin; mis piés mi madre guia;
 Campo las armas dan, receja el fuego.
 Mas no bien de la antigua casa mia
 Á los umbrales anhelante llego,
 Mi padre, ¡ay! el primero á quien queria
 Fuera llevarme, niégase á mi ruego,
 Pues sobre tantas ruinas apellida
 Vil el destierro y mísera la vida:

CXXIV.

«¡Huid los que en lozana primavera
 »Corazon abrigais esperanzado:
 »No así el Cielo mi nido destruyera
 »Si fuese mi existencia de su agrado!
 »¿Qué aguarda el que la Patria ya á extranjera
 »Cadena vió doblarse? demasiado
 «Sobrevivo al estrago de los míos;
 »¡Oh! ¡dadme el adios último, y partíos!

CXXV.

»Avara del botin, condolecida
 »De mi miseria, el fin dará que aguardo
 »Alguna mano á mi cansada vida;
 »Ni por falta de tumba me acobardo.
 »Á mi inútil vejez, aborrecida
 »De los Dioses, el término retardo
 »Desde que plugo al brazo omnipotente
 »Lanzarme un rayo y aturdir mi mente.»

CXXVI.

»Mi padre así tendido en tierra dijo;
Y vanamente en lágrimas bañados
Yo, mi Creusa, mi inocente hijo,
Todos le suplicamos apiñados
No así mal tanto consumase, fijo
En afrontar los inminentes hados;
Mas él, sordo al solícito lamento,
Mantiénese en su puesto y firme intento.

CXXVII.

»Torno á las armas, y el arnes requiero,
Y á morir batallando me preparo;
Ni más alivio á mi dolor espero,
Ni otra salida, ni mejor reparo.
«¡Oh padre mio!» en mi dolor profiero;
«¿Y pudiste idear que en desamparo
»Te abandonase por salvarme? ¿Agravios
»Vierten cual éste paternas labios?

CXXVIII.

»Si es que completa asolacion previene
»A Troya el Cielo en su insaciable enojo,
»Si la medida quieres que se llene
»Con nuestros restos, cumplirás tu antojo:
»Ya vendrá Pirro; franco el paso tiene:
»Pirro con sangre del Monarca rojo,
»De cuyo brazo matador no ampara
»Ni al hijo el padre, ni al anciano el ara.

CXXIX.

»¿Y á ésto sólo me sacas, alma Dea,
 »Salvo por medio del adverso bando?
 »¿A que testigo en mis hogares sea,
 »No ya en la lid, de su rencor infando?
 »¿A que, uno entre la sangre de otro, vea
 »Hijo, padre y esposa agonizando?
 »¡Al arma! ¡al arma! ¡La postrera hora
 »Llama al vencido, amigos, vengadora!

CXXX.

»¡Tornar dejadme á la ardua lid! Mi diestra
 »Renovará el conflicto: al fin, vengada
 »Corra, si ha de correr, la sangre nuestra.»
 Dije, á la cinta acomodé la espada,
 Y el escudo embrazando á la siniestra,
 Ya iba á salir, cuando mi esposa amada
 Se echa á mis piés en el umbral de hinojos,
 Y nuestro dulce hijo alza á mis ojos.

CXXXI.

«Si es morir lo que atentas,» me decia,
 «Todos iremos á morir contigo;
 »Mas si áun tu brazo de las armas fia,
 »Primero es que defiendas este abrigo.
 »¡Cómo! tu hijo, tu padre, la que un dia
 »Buena esposa llamaste, ¿al enemigo
 »Así vas á entregar?» Tal su desgracia
 Gime; el eco en los ámbitos se espacia.



CXXXII.

»Súbita maravilla sorprendente
De todos luégo las miradas llama:
En medio del abrazo y el doliente
Coloquio paternal, brota una llama
De Ascanio en la corona, y por su frente
É ilesos rizos mansa se derrama:
Quién, al verle, el cabello le sacude;
Quién ya con agua, en su temor, le acude.

CXXXIII.

»Mas mi padre con plácida alegría
El rostro augusto eleva; ambas las manos
Tiende, y al cielo esta plegaria envía:
«¡Omnipotente Júpiter, si humanos
»Ruegos te mueven á clemencia pia,
»Una mirada compasiva dános!
»Si merecemos proteccion, propicio
»Sénos, y sella el venturoso auspicio.»

CXXXIV.

»Á estas voces en súbita estampida
Tronó á la izquierda; y por el vago cielo
Rápida estrella de esplendor vestida
Hendió á la noche el nebuloso velo:
Llegaba hácia nosotros, cuando al Ida,
Alumbrando el camino, tuerce el vuelo;
Su luengo sulco blanda luz señala,
Y humo sulfúreo al esconderse exhala.

CXXXV.

»Convéncese mi padre, se levanta,
 Da gracias á los Númenes, y adora
 La luz divina. «Gobernad mi planta,»
 Dice: «no más suscitaré demora. —
 »Y ¡oh patrios Dioses! vuestra mano santa
 »Reconozco que á Troya cubre ahora:
 »¡Mi familia guardad, guardad mi nieto!
 »Partamos, hijo; la Deldad respeto.»

CXXXVI.

»Mas ya el calor sofoca; ya se escucha
 Más y más cerca el fuego turbulento
 Que con los muros y edificios lucha
 Su furor avivando y movimiento.
 «Sube en mis hombros, padre: á fe que mucha
 »No ha de serles la carga: en todo evento,
 »Uno sea el peligro á entrambos; una,
 »Ó piadosa ó adversa, la fortuna.

CXXXVII.

»Ascanio venga de su padre al lado;
 »Tú, Creusa, seguir mis huellas cuida;
 »Y todos en los ánimos grabado
 »Tened lo que os encargo en esta huida:
 »Bien sabeis, servidores, de un collado
 »Que está de la ciudad á la salida,
 »Do de Céres ruinoso un templo antiguo
 »A un vetusto cipres yace contiguo:

CXXXVIII.

»Cipres que nuestros padres reverentes
 »Honraron siempre en sus felices dias;—
 »Allí nos juntaremos, diligentes
 »Sendereando por diversas vias.—
 »Toma, ¡oh padre! los Dioses: yo de ardientes
 »Refriegas salgo; si las manos mias
 »Pusiese en ellos, en corriente clara
 »No lustradas aún, los profanara.»

CXXXIX.

»Callo; y encima del comun vestido,
 Con una piel bermeja leonina
 Los anchos hombros encubrirme cuido,
 Y al grato peso mi cerviz se inclina.
 El tierno Ascanio, de mi mano asido,
 Conmigo á paso desigual camina:
 Quedóse atras mi esposa: opaca niebla
 En torno nuestro los espacios puebla.

CXL.

»Mas yo que en la ciudad momentos ántes
 No temí de la lid el alto estruendo,
 No las armas, no griegos batallantes
 Remolinados en tropel horrendo,
 Ahora al sonar las aúras oscilantes,
 Al más leve rüido me suspendo,
 No temeroso por la vida mia,
 Sí por mi dulce carga y compañía.

CXLI.

»Parecíame ya llegar seguro
Al deseado fin, cuando repente
Cual de veloces piés que el suelo duro
Batiesen, sordo estrépito se siente;
Y mi padre mirando de lo oscuro,
«Hijo,» dice, «huye, hijo; asoma gente:
Desvía; el temeroso centelleo
De las rodela y corazas veo.»

CXLII.

»¡Ah! en tanto que mi pié medroso excusa
Por ignoradas vueltas el camino,
No sé qué ívido Dios mi ya confusa
Razon de lleno á desquiciarme vino:
No supe más qué fué de mi Creusa;
Si la detuvo mi cruel destino,
Si erró la via, ó se sentó cansada;—
De entónces más, á mi clamor negada.

CXLIII.

»Ni la eché ménos hasta haber llegado
Todos los míos, con turbada huella,
Al templo antiguo y salvador collado:
Reunímonos; ¡faltaba sola ella!
Faltaba á su hijo, en lágrimas bañado;
Faltaba á mí, que en áspera querella,
¡Oh entre males tamaños mal supremo!
De hombres y Dioses con furor blasfemo.

CXLIV.

»Hijo, y padre, y penates encomiendo,
Puestos y ocultos en profundo valle,
A mis amigos: despechado emprendo
La ciudad recorrer hasta que halle
La infelice consorte; y no temiendo
Volver á abrirme entre enemigos calle.
Me ciño de la fúlgida armadura,
Y entrégome al dolor y á la ventura.

CXLV.

»Llego primero al murallon oscuro.
Puerta y umbral por do pasado habia:
Esfuérzome á mirar, y mal seguro
Sigo por rastros una y otra via.
Horror, silencio en el desierto muro
Sólo hallar pude. Á la morada mia
Acudo, por si allá mi compañera
Tal vez, tal vez la planta dirigiera.

CXLVI.

»Mas de los enemigos mi morada
Presa era ya: la llama devorante
Por el Ábrego rápido aventada,
Crece, sube, revuélvese ondeante.
Enderezo al alcázar, y en la entrada
Del sagrario de Juno (en lo restante
Abandonada ya la ciudadela),
Hacen Fénix y Ulíses centinela:

CXLVII.

»De los templos tornados en pavesas
Custodian el espléndido tesoro,
Vestis sacerdotales, sacras mesas,
Macizos vasos de lucente oro.
Víanse en torno de las ricas presas
Niños sumidos en confuso lloro,
Mustias las madres que el dolor embarga,
Cautiva muchedumbre en rueda larga.

CXLVIII.

»Allí sin fruto y por doquier demando
El bien perdido: una vez y otra al viento
Su nombre doy, los ámbitos llenando
Con la cascada voz de mi lamento.
Así por las sombrías calles ando
En su busca con ciego desatiento,
Cuando al paso atraviésase y me nombra,
Pálido, alto fantasma;—era su sombra.

CXLIX.

»Tiémblame el corazón, se me eneriza
El cabello, la sangre se me hiela:
Mas ella hablando así me tranquiliza
Y futuros destinos me revela:
«¿Por qué tu corazón se martiriza,
»Ó á dó tu loca fantasía vuela?
»Templa el furor: no temerario oses
»Al imperio oponerte de los Dioses.

CL.

»Vencer no pienses mi eternal reposo,
 »No contigo llevarme á otra ribera:
 »Védalo *aquél* que todopoderoso
 »En las sedes olímpicas impera.
 »Vasto mar que surcar, amado esposo,
 »Largo destierro que cumplir te espera;
 »Mucho errarás; empero, finalmente,
 »Llegarás á las playas de Occidente:

CLI.

»A Hesperia, patria de ínclitos varones,
 »A donde ameno y dilatado ondea
 »El lidio Tibre, que en besar los dones
 »De sus fértiles ribas se recrea.
 »Ancho imperio, magníficos blasones,
 »Régia consorte encontrarás; ni sea
 »Mi memoria á tu pecho dolorosa:
 »Harto has llorado á tu apartada esposa.

CLII.

»Que no á la nuera de la cipriá Diya,
 »La hija del frigio Rey, reduce el hado
 »A sierva humilde de matrona aqúiva:
 »¡No irá á ver, no, del vencedor airado
 »Soberbios techos misera cautiva!
 »La madre de los Dioses á su lado
 »Me acoge. ¡Adios! por nuestro Ascanio vela;
 »¡Amale siempre, y tu dolor consuela!»

CLIII.

»Yo que la oía en lágrimas deshecho,
Mil cosas fuí á decir, cuando en sombríos
Celajes se encubrió. Tres veces le echo
Al cuello los amantes brazos míos,
Y tres veces, ¡oh pena! los estrecho
Contra el burlado corazón vacíos,
Desvanecida á mi anheloso empeño
Cual humo vano ó fábrica de un sueño.

CLIV.

»La noche terminó con mi porfía,
Y torné. Con portátiles haberes
Notable multitud llegado había,
Ausente yo, cabe el altar de Céres.
Apellídanme todos jefe y guía:
«Contigo,» dicen, «á doquier esperes
»¡Ay! alejarnos del confin troyano,
»Rostro haremos al lóbrego Oceano.»

CLV.

»Allí varones y hembras, niños, viejos,
Y larga y miserable muchedumbre.
Y ya anunciaban pálidos reflejos
Al sol, del Ida sobre la ardua cumbre.
Ocupadas las puertas á lo léjos,
Huye de auxilio la postrer vislumbre:
Cedo á la suerte: á recibir me inclino
Mi padre, y á los montes me encamino.

LIBRO TERCERO.

I.

«Despues que el Cielo la inculpada gente
De Príamo y troyana monarquía
Derribó en tierra, y la ciudad potente
En círculos de humo perecia;
Tambien por alta inspiracion presente,
Mas sin saber por dónde el hado guia
Ó dó hemos de parar, labramos pinos
Que á otras playas nos lleven peregrinos.

II.

»Éramos cabe Antandro congregados
Al pié de Ida, y no bien pintó el estío,
Manda mi padre en brazos de los hados
Soltar velas del viento al albedrío.
Con llanto el puerto deajo, y los amados
Campos do Troya fué; y á la onda fio
Mi pueblo, y prole, y Dioses tutelares,
Y empiézome á engolfar en altos mares.

III.

»Cae por allá un país que Marte ampara
 Y el austero Licurgo rigió un día;
 Extensas tierras son que el Trace ara,
 A quien ley de hospedaje nos unia;
 Y viéronse sus Dioses en un ara
 Con los Dioses de Troya en compañía
 Cuando imperio feliz fuimos: ahora
 Allí arribamos con humilde prora.

IV.

»Fundé en su corva orilla la primera
 Ciudad, y á sus colonos apellido,
 En mi memoria, Enéadas; mas era
 Infausto el punto. Mal correspondido,
 A mi madre la Diosa de Citera,
 Y á los electos Númenes convido;
 Y en balde un toro albo, como á solo
 Rey de los Dioses, al Saturnio inmolo.

V.

»Era allí un cerro, y en su cima había
 De puntas erizado un mirto: atento
 La ara á vestir de verde lozanía,
 Acudo, y ramas arrancar intento.
 Mientras raíces desvolver porfía
 Mi mano (¡oh singular, oh atroz portento!)
 Brotar contemplo de las ramas rotas
 Sangre que el suelo empapa en negras gotas.

VI.

»De espanto helado el corazón flaquea;
 Mas recobrado tiro de otra rama
 Por descubrir lo que el prodigio sea,
 Y otra vez sangre el vástago derrama.
 Confuso, dando de una en otra idea,
 Ya á Marte invoco que á los Getas ama,
 Ya á las huéspedas Ninfas de la selva
 Porque el signo de horror fausto se vuelva.

VII.

»Con esta mira y con esfuerzo nuevo
 Tercera rama desraigar decido;
 Mas cuando, hincada la rodilla, pruebo
 Su rigor á vencer, siento un sonido
 (No sé si ose decir, ó callar debo):
 Una voz funeral hiere mi oído:
 «¡Ay! ¿por qué, Enéas, las entrañas mías
 »Rompes? ¡No manches más tus manos pías!

VIII.

»Hijo yo fui de la nación troyana,
 »¿Y al que ya conociste ofendes muerto?
 »¡Esa sangre no es de árboles de mana!
 »¡Ah! ¡que de esta region huyas te advierto,
 »Aurívora region, playa inhumana!
 »Yo Polidoro soy: yace cubierto
 »Mi cuerpo aquí de flechas homicidas,
 »Ahora en ásperas ramas convertidas.»

IX.

»Adolorido, absorto me suspendo,
Sin voz, yerto el cabello. ¡Polidoro!
El mismo ¡ay! á quien Príamo, sintiendo
Vacilar en su mano el cetro de oro
Al amago de ejército tremendo,
Fió en secreto espléndido tesoro,
Y á que ajeno creciese á la desgracia,
A cargo le envió del Rey de Tracia.

X.

»Mas el perverso príncipe, copiando
En su porte mudanzas de la suerte,
Triunfante al ver de Agamemnon el bando
En contra del caído se convierte;
Y todo fuero con furor nefando
Atropella, y al mísero da muerte,
Y le asalta el caudal. ¿Qué de maldades,
Sacrílega sed de oro, no persuades?

XI.

»Vuelto en mí del espanto que me hiela,
Hablo á mi padre, y á los jefes junto,
Lo que voz misteriosa me revela
Narro, y el parecer comun pregunto.
Todos proponen darnos á la vela
Y aquel sitio de horror dejar al punto;
No sin que al desdichado compatriota
Pagado hayamos el postrer oficio.

XII.

»Túmulo, pues, alzámosle de arena,
Y á los manes dos aras que guarnecen
Cipros y tristes fajas; la melena
Sueltan matronas que en redor parecen:
Altos vasos que ó leche tibia llena,
Ó sangre consagrada, allí se ofrecen:
La tumba al alma errante da acogida,
Y clamamos la eterna despedida.

XIII.

»Así las sacras ceremonias, graves
Cumplido habiendo, á la señal primera
Que el Austro da con hálitos suaves
De que onda masa nuestra flota espera,
Corremos á la mar: sacan las naves
Mis compañeros, cubren la ribera;
Cruzamos ya los líquidos desiertos,
Y atras irse miramos playas, puertos.

XIV.

»Allá en mitad de los Egeos mares
Hay una isla entre todas la más grata,
Que, Númenes por siempre tutelares,
Á Dóris bella y á Neptuno acata:
Ella un tiempo rondaba los lugares
Convecinos; ya errante el mar no trata;
Apolo entre las Cíclades fijóla,
Y allí inmóvil contrasta viento y ola.

XV.

»Allí abordamos, y el dichoso abrigo
 Gozamos con que el puerto nos convida;
 Mientras de Apolo la ciudad bendigo,
 A darnos sale el Rey frança acogida.
 Anio en mi padre abraza á un viejo amigo;
 Anio, á quien, porque al par que le apellida
 Ministro un Dios, un pueblo Rey le nombra,
 Con la ínfula el laurel la sien le asombra.

XVI.

»Yo al templo seçular devoto lleço:
 «¡Buen Dios!» exclamó, «¡término seguro
 »Dá á nuestro error, á nuestro aña sosiego,
 »Dá fundar feliz prole y propio muro!
 »Nueva Troya lo llames, ó del fuego
 »Hurtados restos y de Aquiles duro,
 »Salva el tesoro, tú, que va conmigo;
 »Dí, ¿cuál norte, cuál voz, cuál rumbo sigo?

XVII.

»Señal dá, en fin, y á nuestra mente envía
 »Tu inspiracion.» Callé, y en tal momento
 Ya el pórtico, ya el lauro se movía,
 Y el monte en torno retembló en su asiento.
 El velo que la trípede cubria
 Gimió, abrióse el sagrario: al pavimento,
 Inclinamos las frentes confundidos,
 Y sacra voz hirió nuestros oídos:

XVIII.

«¡Fuertes Troyanos! ved que la fortuna
»Hinchado el seno de la patria os muestra
»Que á vuestra raza fomentó en la cuna;
»¡Buscad, buscad la antigua madre vuestra!
»Id; allí Enéas, sin mudanza alguna,
»Cimentará su casa, y de su diestra
»El cetro heredarán sobre las gentes
»Hijos, nietos, lejanos descendientes.»

XIX.

»Habló Apolo; y llenó los corazones,
Amargada por dudas, la alegría,
Pues «¿Dó aquellas están patrias regiones?»
Preguntábamos todos á porfía.
Mi padre ya de viejas tradiciones
Recuerdos en su mente revolvía:
«¡Oid, nobles!» prorumpe; «yo el secreto,
»Á vuestras esperanzas interpreto.

XX.

»Hay una isla en el mar, Creta nombrada,
»Cuna ya nuestra, con su monte Ida,
»Cuna tambien de Júpiter sagrada,
»De cien ricas ciudades guarnecida.
»Trocó el gran Teucro esa feliz morada
»Con la retea costa: á su venida
»Ni allí á Pérgamo halló, ni halló poblados,
»Sino hombres por los valles derramados.

XXI.

»Él, si éstas que aprendí no son infieles
»Memorias, los cimientos sociales
»De Troya echó, y el culto de Cibéles
»Trajo, con sus misterios y atabales,
»Los carros con leones por corceles,
»Los bosques sacros, y aún en nombre iguales.
»¡Partamos! el oráculo dichoso
»Allá nos llama, á la region de Gnoso.

XXII.

»Ni estamos léjos de su orilla grata;
»Tres luces gastaremos. Falta sólo
»Que aplaquen dones al que el mar maltrata,
»Que amparo preste el que serena el polo.»
Dice, y en la ara sendos toros mata
A Neptuno y á tí, divino Apolo;
Sendas ovejas al Invierno negra,
Blanca á Favonio que la mar alegría.

XXIII.

»La voz se esparce que del patrio suelo
Proscrito Idomeneo huido habia,
Que á huéspedes librando de recelo,
Creta sus puertas solitaria abria.
Y así á Ortigia dejando, hendiendo á vuelo
El mar, á Náxos báquica y sombría
Costeando vencemos, á Oleáros,
Verde Donisa y albicante Páros.

XXIV.

»Entrambos por las Cíclades ligeros
Y el mar corremos de islas esparcido.
Y emúlense, al pasar, mis compañeros
Con clamores y náutico ruido;
«¡A Creta! ¡á Creta!» gritan vocingleros;
«¡A nuestra patria, á nuestro antiguo nido!»
E hiriéndonos en popa aura serena,
Al fin tocamos la anhelada arena.

XXV.

»Fundé una villa, mi dorado sueño,
Que Pérgamo llamé: del nombre ufanos
A los colonos miro, y los empeño
A alzar el muro y á arraigarse hermanos.
Yace en la enjuta orilla el hueco leño:
Yo dicto comun ley, reparto llanos;
Y á cultivar se entregan los mancebos
Nuevos lazos de amor y campos nuevos.

XXVI.

»Hé aquí, el aire infestando de repente,
El contagio cruel sacude el ala;
Infausto nuncio de estacion doliente,
Los arboredos y sembrados tala:
La vida va arrastrando falleciente
Quien ya el aliento último no exhala.
El Can ardiente estrago sordo hace;
Marchito el lustre de los campos yace.

XXVII.

»Y, sustento negando yermo el suelo,
 Mi padre del oráculo divino
 Manda que vamos á implorar consuelo
 Tornando á abrírnos por el mar camino:
 Que cuál término, diga, al mustio duelo
 De este pueblo reserva peregrino;
 A quién habemos de acudir; á dónde
 Enderezar el rumbo corresponde.

XXVIII.

»Era alta noche y muda: en mi retiro
 Yacia yo, la mente aletargada,
 Cuando delante á los Penates miro
 Que hurté al incendio en la fatal jornada.
 Por mis ventanas, en su errante giro
 Lograba á la sazón la luna entrada,
 Y del brillo bañados macilento
 Ellos me hablaban con benigno acento:

XXIX.

«No temas,» me decían; «pues de parte
 »De Apolo, que oficioso nos envía,
 »Los destinos venimos á anunciarte
 »Que él, volviendo tú allá, te anunciaría.
 »Tu brazo nos salvó de adverso Marte,
 »Librónos tu piedad de llama impía;
 »Hemos seguido tu fortuna, y fieles
 »Navegamos contigo en tus bajeles.

XXX.

- »En grato premio á tu favor, mañana
 »Al cielo hemos de alzar tus descendientes;
 »Mas hoy, á esa ciudad que soberana
 »Herencia haremos de invencibles gentes
 »(Que esto es tuyo, no nuestro), el paso allana:
 »Lo harás, si en largo viaje no consientes
 »Reposo: asiento muda: el Dios profeta
 »No te brindó con descansar en Creta.

XXXI.

- »Hay de antiguo un país, con apellido
 »De Hesperia por los Griegos señalado,
 »Pueblo en trances de guerra asaz temido,
 »Tierra asaz grata á la labor de arado.
 »Fué primero de Enotrios poseido,
 »Y hoy Italia se nombra, por dictado
 »De famoso caudillo precedente,
 »Si ya constante tradicion no miente.

XXXII.

- »¡Ésta, ésta es nuestra patria verdadera!
 »Que allí Dárdano y Yasio nacimiento
 »Tuvieron; aquel Dárdano, primera
 »Cepa de nuestra raza. Tú contento
 »Vé, y de ello al viejo genitor entera
 »Por cierto. Y de Corito en seguimiento
 »A los ausonios términos navega.
 »Mansion en Dicte Júpiter te niega.»

XXXIII.

»Como esto ví y oí (no en sueños vanos
 Eran; que bien las sienes discernia
 Veladas, y los rostros soberanos,
 Y áun bañaba en sudor mi frente fria),
 Salto del lecho atónito: las manos
 Extiendo suplicante; ofrezco pia
 Libacion en mi hogar: de ahí contento
 Corro á mi padre, y la vision le cuento.

XXXIV.

»Del doble origen la falacia siente
 Él, y confiesa que sufrido habia
 Con la antigua señal error reciente:
 «¡Hijo,» así hablaba, «á quien la suerte impía
 »Burla cruel! Casandra solamente
 »Hizo de estos sucesos profecía;
 »Y á menudo se oyó, recuerdo ahora,
 »¡*Hesperia!* ¡*Italia!* de su voz sonora.

XXXV.

»¿Mas quién iba á pensar que á Hesperia iria
 »Nuestra gente jamás? ¿Ni quién pudiera
 »A Casandra creer? ¡Hoy, hoy nos guia
 »Voz infalible que partir impera!»
 Tal dijo, y aplaudimos á porfia.
 Quedan algunos en la infiel ribera;
 Y el áncora levando y la esperanza
 El hueco leño al piélagos se lanza.

XXXVI.

»Cuando ya nos hubimos engolfado,
Y entre agua y cielo, al fin, no vemos cosa
Sino el cielo y el agua, azul nublado
Sobre mi nave sólido se posa
De lobreguez y tempestad cargado:
Con tristes amenazas espantosa
La ecuórea inmensidad se entenebrece,
Esfuéznanse huracanes, la onda crece.

XXXVII.

»¡Tristes! que arrebatándonos el viento
En la vasta extension, á golpe duro,
Relámpagos cruzando el firmamento,
Ciegos erramos sobre el ponto oscuro.
Todo es horror el húmedo elemento:
¿Es día? ¿es noche? el mismo Palinuro
Nada distingue; en negro torbellino
Sacudido del rumbo, perdió el tino.

XXXVIII.

»Ya tres días llevábamos enteros
Y tres noches á oscuras, desmandados,
Cuando léjos notamos placenteros
Visos de tierra, y asomar collados,
Y humo al cielo subir. Los marineros
Las antenas calando arrebatados,
Asen del remo, y al batir continuo
Cubren de espuma el líquido camino.

XXXIX.

»Al suyo las Estrófades, del seno
Librados de las ondas, nos invitan:
Ínsulas son que con renombre heleno
En el vasto mar Jonio se acreditan.
Allí, allí la terrífica Celeno
Y las arpías de su casta habitan,
Del tiempo en que de Fíneo y sus moradas
Las alejó el temor, nunca saciadas.

XL.

»¡Arpías, horda atroz, monstruos furiales!
Generacion igual jamás vió el mundo,
Ni peste más cruel á los mortales
Envió el cielo ni abortó el profundo:
Alado el cuerpo, rostros virginales;
Arroja el seno vil vestigio inmundo;
Corvas manos y piés, garfios rapantes;
Pálidos siempre de hambre los semblantes.

XLI.

»Áun no bien nuestra flota anclado habia,
Cuando notamos por allí ganados
Vacunos y lanares ir sin guia
Ledos paciendo en abundosos prados.
Hicimos en la grey carnicería;
Brindamos con los fáciles bocados
A los Dioses, á Júpiter; y á priesa
Aderezamos la campestre mesa.

XLII.

»Ya el manjar succulento en sillas blandas
De céspedes gustábamos. En ésto
Dejan sus montes las aéreas bandas
Con ala resonante y salto presto;
Nos rapan de revuelo las viandas;
Todo lo manchan con su aliento infesto;
Y fuera de ofender vista y olfato,
El viento hieren con aullido ingrato.

XLIII.

»De ahí en el hueco de un peñon antiguo
Otra vez el banquete cauto extiendo,
De corvas selvas al repuesto abrigo
Con sombra en torno de negror horrendo.
Ya ponía en el ara el fuego amigo,
Y otra vez de cien partes con estruendo
Baja improviso el escuadron nefando,
Y royendo revuela y escarbando.

XLIV.

»Al arma llamo; en la soez canalla
Hacer estrago, en cuanto vuelva, ordeno:
Y ocultamos á intento de batalla
Entre las hojas y el verdor ameno
Cuchillas y broqueles. Todo calla...
Mas ya que por la orilla vió Miseno
Que acuden en tropel, de una alta roca
Do atalayaba, su bocina toca.

XLV.

»Corremos á la seña, en lid no usada
La ímpia raza á extirpar del mar salida;
Mas ¡vano esfuerzo! que lesion la espada
No hace en las plumas, ni en el cuerpo herida.
Infectan cuanto muerden de pasada,
Y hédor esparcen en su impune huida;
Y una de ellas, Celeno, en yerta altura
Infausta así con voz siniestra augura:

XLVI.

«Vinisteis á matar nuestros rebaños,
»¡Hijos de Laomedon! ¡manos impías!
»Y en guerra, de sus patrios aledaños
»Quereis lanzar, sin culpa, á las Arpías!
»¡Pues oid y temblad horribles daños!
»Catad lo que os anuncio en profecías
»La mayor de las Furias: trasmitiólo
»A Febo Jove, y á Celeno Apolo.

XLVII.

»Buscáis á Italia con errante quilla,
»Y cierto que con vientos aplacados
»Ireis á Italia, y cobrareis la orilla
»Que os diputan benévolos los hados;
»Mas no podreis la deseada villa
»Ceñir, sin que á expiar desaguizados
»Con fuerza ántes os mueva el hambre aciaga
»Tal, que áun las mesas devorar os haga.»

XLVIII.

»Dijo, y al bosque aleteando vuela.
Á influjo de su voz mis compañeros,
A quien la sangre de terror se hiela,
Con el brío deponen los aceros.
Ya con votos, con súplicas se apela
A pedir paz y á deshacer agujeros,
Ora malvadas y aves ominosas
Sean aquellas, ó terribles Diosas.

XLIX.

»Y vuelto Anquíses hácia el mar, las manos
Extiende, y con solemnes sacrificios
Los Númenes invoca soberanos:
«¡Dioses!» clama, «¡torced tales auspicios!
»¡Dioses! ¡tales anuncios haced vanos!
»¡A un pueblo justo defended propicios!»
Dice, y cables soltar en el momento
Manda, y las lonas descoger al viento.

L.

»Cumplióse lo mandado; y ya hincha el Noto
Las velas que á sus soplos confiamos;
Merced suya, y en manos del piloto,
Entre espumosas ondas navegamos:
Zacinto se aparece, ameno soto,
En medio de la mar: Duliquio, Sámos;
Ardua y fragosa Néritos se ostenta,
Ítica con escollos fraudulenta.

LI.

»Huimos de ellos, y del patrio clima
De Ulíses maldecimos. Adelante
Léucates yergue su nublosa cima,
Apolo hace temblar al navegante.
Allá torcemos: fatigada arrima
A la humilde ciudad la flota errante;
Ya á proa el marinero anclas arroja;
Ociosos cascos la ribera aloja.

LII.

»En no soñado asilo aras enciendo
Do mis votos á Júpiter desato;
Y en tierra de Accio, celebrar emprendo
Juegos de Frigia. El patrio pugilato
Todos, desnudo el cuerpo, el cuerpo ungiendo,
Renuevan con ardor. Recuerdo es grato
Haber vencido riesgos y fatigas
Entre tantas ciudades enemigas.

LIII.

»El sol á la sazón su añal carrera
Concluía, y con hálitos glaciales
El cierzo aborregaba la onda fiera.
Fijé á un poste, del templo á los umbrales,
Combo escudo que el grande Abas trajera,
Y del caso en memoria, letras tales:
MONUMENTO GANADO Á LAS AQUEAS
TRIUNFANTES HUESTES : CONSAGRÓLO ENÉAS.

LIV.

»Llamé al remo; y dejamos, con suspiro
Del batido oleaje; las arenas;
Pronto las cumbres de Feacia miro,
Y tórnanse á esconder, vistas apénas.
Llegamos al Caonio puerto, á Epiro
Costeando, y pedimos las almenas
Excelsas de Butroto. Aquí una nueva
Dichosa hallamos que increíble eleva.

LV.

»Oigo que en griego territorio impera
Heleno, hijo de Príamo, debido
A ser de la viuda y heredera
De Pirro, nieto de Éaco, marido;
Que así el antiguo rango recupera
Andrómaca. Turbado, conmovido,
De amor llevado, de ansiedades lleno,
La playa dejo y flota, y voy á Heleno.

LVI.

»Hé aquí con sacros funerales dones.
Ántes de la ciudad, en selva umbría,
Cabe un fingido Símois, libaciones
Al caro polvo Andrómaca ofrecia;
Y los manes con tristes oraciones
A la tumba llamaba, que vacía
De verde césped, á Héctor dedicara,
Y una, motivo al llanto, doble ara.

LVII.

»Tal Andrómaca estaba en el instante
 En que, subiendo yo por el camino,
 A mí propio y las armas delirante
 Vió de Troya; y del caso peregrino
 Pasmada al punto queda: vacilante,
 Perdió el rostro el color, la planta el tino;
 Y solo á obra de tiempo el labio mudo
 Articular sueltas palabras pudo:

LVIII.

«¿Que en fin te miro en corporal figura?
 »¡Hijo de Vénus! ¿mensajero cierto
 »Me apareces? ¿áun gozas la aura pura?...
 »¡Ah! ¿y Héctor dónde está, si ya eres muerto?»
 Esto dijo llorando, y la espesura
 Llenaba su clamor. Su desconcierto
 Febril, dejóme sin respuesta; al cabo
 Mal breves frases anheloso trabo:

LIX.

«No dudes; palpas realidades. Vivo,
 »Y á cien peligros arrojé mi vida;
 »Mas véme: salvo á tu presencia arribo.
 »¡Ah! ¡y de tan gran varon destituida,
 »Pobre mujer! ¿te vuelve el hado esquivo
 »Algo de tu ventura merecida?
 »Tú, la Andrómaca de Héctor venturosa,
 »¿Yaces aún avasallada esposa?»

LX.

»Ella el rostro inclinando, recobrada,
Con voz sumisa su dolor expresa:
«¡Oh entre todas nosotras fortunada
»Tú, inocente beldad, jóven princesa,
»Que al pié del patrio muro, por la espada
»Fuiste á morir sobre enemiga huesa!
»Que ni suertes sacaste á tu despecho,
»Ni de amo vencedor serviste al lecho!

LXI.

»¡No así la que incendiados sus hogares,
»Sufrió á un duro jayan, de raza altiva
»Sufrió el rigor, y por remotos mares
»Anduvo errante, y concibió cautiva!
»Y despues que probé tantos azares,
»El tirano raptor en llama viva
»Por Hermíone ardió, nieta de Leda,
»Y á Esparta corre do en su amor se enreda.

LXII.

»Entónces á un esclavo dió su esclava;
»Cedióme á Heleno. Oréstes que veía
»Quitársele su esposa, se abrasaba
»De amor, de ardor furial, de rabia impía;
»Y ante el paterno altar á hierro acaba
»Desprevenido á su rival un día;
»Con que Heleno, de siervo que ántes era,
»Cobró aquestas regiones en que impera.

LXIII.

»Él de entonces á sus campos y poblados
 »Apropió de Caonia el apellido,
 »En honor de Caon; y en los collados
 »Que ves, segundo Pérgamo se ha erguido
 »Y ese nuevo Ilion. Mas dí, ¿qué hados
 »Favorables de guía te han servido?
 »¿Qué aura feliz, cuál misteriosa fuerza
 »Causa es que acá tu nave el rumbo tuerza?

LXIV.

»¿Qué se hizo Ascanio? ¿vive aún? Y aquella
 »Que en la noche fatal...? ¿Destino impío!
 »Pobre niño, ¿recuerdos guarda de ella?
 »¿Le anima á la virtud, al patrio brío,
 »Ver cuál dejan de sí brillante huella
 »Enéas, su buen padre, Héctor su tío?»
 Así hablaba llorando, y vanamente
 Corria de sus lágrimas la fuente.

LXV.

»Heleno, que hacía allí bajando vino
 Con gran cortejo, nos conoce en tanto,
 Y á la ciudad nos guía, y de camino
 Nos habla con palabras y con llanto.
 Yo, andando, reconozco ó adivino
 Nueva Troya, otro Pérgamo, otro Janto,
 Bien que aquél breve y pobre aquéste sea,
 Y abrazo en mi ilusion la puerta Escea.

LXVI.

»Cual propia, en la ciudad mis compañeros
Entran: pórticos que amplios los reciban
Les abre Heleno, y de ellos los primeros
En fuentes, tazas de oro, comen, liban;
Llenas copas empinan placenteros,
Y resuena el salon. Así se iban
Corriendo un dia y otro. El soplo austrino
Ya hinchaba, voceando, el vago lino.

LXVII.

»Ántes, empero, de soltar las naves,
Yo á Heleno interpeleé con tales voces:
«Tú que de Febo los misterios sabes,
»Y sus lauros y trípodes conoces;
»Tú que entiendes los astros, y las aves
»Con su canto augural y alas veloces;
»Troyano vate, intérprete del Cielo,
»Con alta inspiracion calma mi anhelo!

LXVIII.

»Profecías, oráculos, deidades
»Trázanme rumbo de asechanza ajeno,
»Señalando repuestas heredades,
»Nombrando á Italia. Sola ya Celeno
»Cruda hambre anuncia, acerbos novedades;
»¡Arpía atroz! ¡aviso de horror lleno!
»Tú, ¿cuál riesgo evitar me importa, y cómo,
»Dí, amagos frustró y contratiempos domo?»

LXIX.

»Él toros ántes, como el rito manda,
 Inmola; descñó la venda pia;
 El favor de los Númenes demanda,
 Y por la mano hácia el altar me guia.
 ¡Oh Febo! en tu presencia veneranda
 Temor yo entónces y temblor sentia,
 Cuando comienza, sacerdote sabio,
 Heleno á hablar con inspirado labio:

LXX.

«¡Hijo de Vénus! no del prez receles
 »Que te anuncian auspicios celestiales:
 »Tal es la voluntad de Jove, y fieles
 »Tal la necesidad, tus hados tales.
 »Empero, porque rueden tus bajeles
 »En tu navegacion ahorrando males,
 »Y firme gozo al aferrar te quepa,
 »Tus destinos, de hoy más, tu mente sepa.

LXXI.

»Cosas hay que decillas Juno, es cierto,
 »O sabellas tal vez las Parcas vedan;
 »Mas yo entre mucho lo esencial te advierto
 »Y anuncios doy que aprovecharte puedan.
 - »Ante todo, á esa Italia, vega y puerto
 »Que á tu corto entender cercanos quedan,
 »Áun de tí la separan, á fe mia,
 »Largo espacio interpuesto y larga via.

LXXII.

- »Y á fe que el remo blandear se vea
- »Del mar Tripacrio y Tusco en los cristales,
- »Y la ínsula de Circe, hija de Ea
- »Visites, y los lagos infernales,
- »Tiempo ántes que de tí fundado sea
- »Estable muro. Agora las señales
- »Escucha de la tierra prometida,
- »Y en la memoria conservarlas cuida.

LXXIII.

- »Cuando oculto raudal con planta lenta
- »Rondando fueres caviloso un dia,
- »Si allí una hembra de cerdo corpulenta
- »Al márgen ves entre robleda umbría,
- »Con treinta lechoncillos que alimenta,
- »Alba, en torno á sus ubres la alba cria,
- »Esa es la seña: allí podrás, te auguro,
- »De afanes tantos descansar seguro.

LXXIV.

- »Ni el pronóstico tiembles de comeros
- »Hasta las mesas: os oirá benino
- »Apolo, y á cumplirse los agüeros
- »Vendrán sin daño por mejor camino.
- »Mas de la ítala costa á do con fieros
- »Tumbos va á desbravarse el mar vecino,
- »Huye, que todas por ahí moradas
- »Son, de pérfidos Griegos habitadas.

LXXV.

- »Fundada por los Locros aparece
- »Naricio allá: con militar arreo.
- »Los campos Salentinos, que enaltece
- »Procedente de Licto Idomeneo:
- »Allá humilde Petilia, á quien guarnece
- »Filoctétes, caudillo melibeo:
- »Huye en suma y traspuestos esos mares,
- »Grato, saltando en tierra, eleva altares.

LXXVI.

- »El voto entónces cumplirás, la frente
- »Cubriendo en torno de purpúreo velo,
- »No sea que ante el fuego sacro, ardiente
- »En honor de los Númenes del Cielo,
- »Hostil presencia, súbito accidente
- »Al rito dañe. Con piadoso celo
- »Guardad esta costumbre los Troyanos;
- »La guarden vuestros nietos más lejanos!

LXXVII.

- »Ya que al confín te impela siciliano
- »El viento, y de Peloro el paso estrecho
- »Más ancho mires cuanto más cercano,
- »Entónces rodeando largo trecho
- »El rumbo sigue hácia la izquierda mano;
- »Trata el siniestro lado, huye el derecho;
- »Y vé en ese pasaje tú y pondera
- »Cuál la avanzada edad todo lo altera.

LXXVIII.

- »Eran en uno entrambos continentes;
»Mas vino el mar con ímpetu y rüina
»Y con sus olas separó rugientes
»De la sícula costa la vecina.
»Opónense de entónces diferentes,
»Y opresa en el canal la onda marina,
»Tal vez muros, tal vez fértil campaña,
»Acá y allá con sus espumas baña.

LXXIX.

- »El paso asedian, por el diestro lado
»Scila, Caríbdis en la parte opuesta:
»Tres veces en su abismo exacerbado
»Las aguas con hervor se sorbe ésta,
»Y escúpelas al Cielo de contado;
»Miéntras de oscura cavidad repuesta
»Saca por tiempos la ancha boca aciaga
»Scila entre escollos y los buques traga.

LXXX.

- »Es humano su aspecto, y peregrino
»Le lava un seno de mujer la ola;
»Monstruo en el resto osténtase marino,
»Ventre de lobo y de delfín la cola.
»Doblar prefiere el cabo de Paquino
»En tarda vuelta, á ver una vez sola
»Al encorvado semipez horrendo,
»Con sus canes cerúleos y alto estruendo.

LXXXI.

- »Tú, si fias de Heleno, ¡hijo de Diosa!
»Si de Apolo el oráculo obedeces
»Que Heleno anuncia, aún óyeme: una cosa
»Te intimo y te encarezco una y mil veces:
»Que hábil de Juno triunfes poderosa
»Con votos y con dones y con preces:
»Triunfante has de ir, porque seguro vayas
»Las sículas dejando, á ítalas playas.

LXXXII.

- »Verás, llegando á Cúmas, los sagrados
»Lagos, y Averno que entre bosques suena;
»Y cantando una maga ocultos hados
»En hueca roca, de entusiasmo llena:
»Nombres ésta y caracteres grabados
»En hojas tiene; lo que grava ordena;
»Y el antro aquel las misteriosas notas
»Guarda, cada una en su lugar, inmotas.

LXXXIII.

- »El órden luce en la mansion tranquila;
»Mas si gira la puerta, y cala el viento
»Y entre las hojas frágiles oscila,
»Que caducas esparce con su aliento,
»Ni sus versos recuerda la Sibila,
»Ni á adornar torna el cóncavo aposento
»Con las reliquias; y si ansioso vino,
»Maldiciente se aleja el peregrino.

LXXXIV.

»Guarte no allí te asuste útil demora:
»Ten calma, aunque los tuyos te den prisa,
»Aunque el rumbo marcando bullidora
»Haga fuerza á los mástiles la brisa;
»Ten calma, y los oráculos implora,
»Acude á consultar la profetisa,
»Que persuadida de tus ruegos ella
»Cantará los semblantes de tu estrella.

LXXXV.

»Y los pueblos, y gentes venideras
»De Italia te dirá, guerras futuras;
»Y de llevar te enseñará maneras,
»O tal vez de eludir fatigas duras;
»Camino te abrirá, si la veneras,
»Y prósperas hará tus aventuras...
»No me es lícito más. Vé ahora, y constante,
»A Troya al Cielo tu virtud levante.»

LXXXVI.

»Tonos usando de amistad süaves,
Así consejos dábame prudentes
El vate; y que llevasen á las navés
Mandó luégo magníficos presentes:
Aureos adornos los hicieran graves
Y de elefante elaborados dientes:
Y de plata riquezas amontona,
Y vasos nos regala de Dodona.

LXXXVII.

»Y de triples metales fabricada
Y de anillos de oro guarnecida,
Una cota me da, y una celada
Con espléndido airon enriquecida,
De Pirro enántes armadura usada:
Ni dones él para mi padre olvida.
De caballos, de guias, de remeros
Nos abastece y suministra aceros.

LXXXVIII.

»Manda mi padre que á zarpar se aliste
La escuadra al espirar del fresco viento;
Cuando el profeta á quien Apolo asiste
Háblale así con obsequioso acento:
«¡Anquíses! ¡tú que digno hallado fuiste
»Del tálamo de Vénus opulento!
»¡Tú, objeto caro á la bondad divina,
»Salvo dos veces de comun rüina!

LXXXIX.

»Hé ahí del mar Italia se levanta!
»¡Vé arrebatarla de tu flota al vuelo!...
»Ten; que allende, al olor de gloria tanta,
»Ha de rondar paciente vuestro anhelo;
»De Ausonia la region que Apolo canta,
»Aun léjos cae. ¡Te defienda el Cielo,
»Padre feliz por la filial ternura!
»Basta: ¡el Austro os convida, y ya murmura.»

XC.

»Andrómaca á su vez, bañada en lloro,
 Una ausencia eternal viendo cercana,
 Ropas presenta recamadas de oro
 Y una clámide á Ascanio da troyana;
 De ornadas telas de sutil tesoro
 Empieza á desvolver la pompa ufana,
 Y, «Guarda estas labores de mis manos,»
 Dice, excusando cumplimientos vanos:

XCI.

»¡Acuérdate la veste que te ciño
 »De Andrómaca el amor, de Héctor esposa!
 »¡Postrer dón de los tuyos lleva, oh niño,
 »Tú, única imágen de mi prenda hermosa!
 »En ti me representa mi cariño
 »Sus ojos, su ademan, su habla amorosa:
 »Hoy podria vivir; hoy si viviera,
 »A par contigo florecer le viera!»

XCII.

»¡Yo gimiendo les daba adioses tales:
 »¡Oh! ¡dichosos quedad, pues la fortuna
 »Fijasteis! ¡Arrostramos temporales
 »Nosotros: vos no hendeis ola importuna
 »Ni á playas vais que os huyan desleales:
 »La paz se os concedió. De un Janto y una
 »Troya gozais que hicieron vuestras manos:
 »¡Así auspicios la quepan más humanos!

XCIII.

»¡Así los Griegos la atalayen ménos!
»Si al Tibre arribo y campos comarcanos
»Que hace del Tibre la corriente amenos,
»Y alzo el muro que espero á mis Troyanos,
»Lacio y Epiro, de recuerdos llenos,
»Sólo una Troya compondrán hermanos:
»Tales el Cielo cumpla nuestros votos;
»Tal gocen nuestros nietos más remotos!»

XCIV.

»De allí hácia los Ceraunios, desde donde
Puede á Italia pasarse sin fatiga,
Navegámos. En tanto, el sol se esconde,
Y la sombra los montes cubre amiga.
Ya en tierra, á qué remeros corresponde
Velar, hacemos que la suerte diga;
Solaz cobramos en orilla grata,
Y manso el sueño nuestros miembros ata.

XCV.

»La noche áun no mediaba su carrera
De las horas llevada, y Palinuro
Ya se alza, y á la brisa más ligera
Oidos tiende entre el silencio oscuro:
De una ojeada al rodear la esfera,
Ve en paz los astros declinar; ve á Arturo,
Y las Híadas tristes y las Osas,
Y áureo con armas Oríon lumbrosas.

XCVI.

»Visto en el cielo plácidas señales,
Nos dió la suya de hácia el mar sonora;
A cuya voz movemos los reales,
Y velas descogemos á la hora.
Hendíamos los líquidos cristales;
Rósea los astros ahuyentó la Aurora,
Y al teñir de su luz los horizontes,
Hé aquí avistamos nebulosos montes.

XCVII.

»Italia léjos honda aparecia;
«¡Italia!» Acátes exclamó el primero,
Y todos repitieron á porfía
El saludo de «¡Italia!» placentero.
Colma Anquíses de vino, en su alegría,
Un alto vaso que adornó primero
De hojas festivas, y en la popa erguido
Con preces tales dominó el rüido:

XCVIII.

«¡Oh grandes Dioses de la mar y el suelo!
»¡Arbitros de los vientos! Dad que aprisa
»Avancen nuestras naves en su vuelo;
»¡Merced hacednos de oportuna brisa!»
Y el aura, anticipándose á su anhelo,
Arreciaba amorosa. Se divisa
Cercano arrimo; y de Minerva un templo
En yerta cumbre descollar contemplo.

XCIX.

»El velámen cogiendo incontinente
 Damos fondo á las proras. Arqueado
 El puerto á impulsos de oriental corriente,
 Le oculta y ciñe natural vallado.
 Yertos escollos guárdanle de frente
 Que azota encanecido el mar salado;
 Y como á entrar el leño se aproxima,
 Semeja huir la consagrada cima.

C.

»Cuatro potros vi allí, primer agüero,
 Niveos rozando la menuda grama;
 A cuya vista, «¡Oh suelo forastero!
 »Tu hospedaje es de guerra,» Anquíses clama:
 «¡Guerras ama el corcel; nuncio es guerrero!
 »Mas tambien el corcel los juegos ama;
 »Tiempo há que, dócil copia, carros tira;
 »El presagio, á esta cuenta, paz respira.»

CI.

»Pálas, la diosa de armas resonantes,
 Fué, á quien gracias rendimos, la primera
 Que allí Troyanos hospedó triunfantes:
 Con la púrpura frigia, en su ribera,
 Cubrimos ante el ara los semblantes;
 Y, lo que Heleno tanto encareciera,
 Con pompa ritüal á Juno argiva
 Hicimos sacrificio y rogativa.

CII.

»Todo en orden cumplido, el mar convida;
Torcemos la asta á la vestida entena,
Y la costa dejamos, por guarida
De aleves Griegos, de asechanzas llena.
El golfo de Tarento vi en seguida;
Fundo de Hércules ya, si no condena
La verdad á la fama. Preeminente,
Sacra Lacinia se aparece en frente.

CIII.

»Y ya asoma Caulonia, y Scilaceo
Que náufraga infamó reliquia tanta;
Y ya el sículo Etna léjos veo
Que, al parecer, de la onda se levanta;
Y oigo roto en la playa el clamoreo
Del mar que en peñas su furor quebranta;
Enriscase la espuma, y el arena
Arrebatada en remolino suena.

CIV.

»Y mi padre gritaba: «Ésta es, sin duda,
»Caríbdis abismosa, y éstos, éstos
»Los arrecifes, ¡amenaza aguda!
»Que Heleno ya nos anunció funestos.
»¡Ea! cada uno con el remo acuda
»Tanto riesgo á evitar!» Acuden prestos;
Palinuro, el primero, á izquierda vira,
Y gimiendo la proa en la onda gira.

CV.

»Y todos, á poder de brazo y viento,
Á izquierda tuercen. Súbita oleada
Acércanos, erguida, al firmamento,
Y luégo á los abismos, aplanada.
Se oye tres veces el hervor violento
De la riscosa cóncava morada,
Y tres veces la espuma se alborota,
Y una pluma del agua el aire azota.

CVI.

»El sol ya declinaba hácia su ocaso,
El aura tenue falleciendo iba,
É incierto el rumbo y el aliento escaso,
Dimos de los Ciclopes en la riba.
Serenos el puerto se dilata, y paso
Niega á asaltos del mar la rada esquiva;
Mas no léjos de allí con torva saña
Etna ruge atronando la campaña.

CVII.

»Ya pez negra y cenizas albicantes
Etna, en turbion de nubes, fuera bota,
Y en globos que carcomen vacilantes
El brillo sideral, incendios brota;
Ya peñascos alanza fulminantes,
Toscas fragmentos de su entraña rota,
Y lava arracimada, á són de trueno,
Y sordo hierve el cavernoso seno.

CVIII.

»Del rayo á médias calcinado, es fama
Que Encélado padece en la honda sima:
Deja á veces por grietas ver la llama
Etna descomunal sentado encima;
Y cuando, preso en la insufrible cama,
A ladearse el réprobo se anima,
Trinacria toda retemblar parece,
Y envuelto en humo el Cielo se oscurece.

CIX.

»Sobrecogidos de pavor pasámos
La noche bajo amago tan tremendo,
En hueca selva de tejidos ramos,
Ignorantes la causa del estruendo;
Que ni brillar un astro divisamos,
Ni el éter nos bañó, su luz cerniendo,
Mas la noche con sombras importuna
En triste nimbo arrebozó la luna.

CX.

»Ya se alzaba á anunciar un nuevo día
El matinal lucero en oriente,
Y ahuyentando tras él la niebla fria
Risueña el alba coloró el ambiente;
Cuando un bulto que humano parecia,
Cadavérico aspecto, aire doliente,
Saliendo de los bosques más cercanos,
Tiende á la playa las inermes manos.

CXI.

»Faz de dolor y gesto de gemido,
 Óstentaba su rostro extenuado:
 Grifos su barba; andrajos su vestido,
 Con espinas sujeto de pescado.
 Vuelta, el caso cruel mi gente vido,
 Y quedó absorta. En lo demas, soldado
 Haber sido de aquellos parecia
 Que envió Grecia contra Troya un día.

CXII.

»Él, como arreos columbró troyanos,
 Paróse, dando de terror señales;
 Vuela luégo á la orilla, y en insanos
 Lloros prorumpe y en palabras tales:
 «¡Por los Dioses del Cielo soberanos,
 »Por esta santa luz y auras vitales,
 »Oid, hijos de Troya, mi gemido:
 »Arrancadme á esta playa; es cuanto pido!

CXIII.

»Yo la verdad confesaré de grado:
 »Griego hice ya contra Ilion campaña:
 »Si perdon no os merece mi pecado,
 »Fin poner presto á adversidad tamaña.
 »¡Ea! ¡heridme, matadme; destrozado
 »Al mar lanzadme á sosegar su saña!
 »Pues del hado el rigor quiere que muera,
 »A manos de hombres moriré siquiera.»

CXIV.

»Habla, y nuestras rodillas adherido
Abraza, de rodillas derribado:
Movémosle á que diga su apellido,
Su linaje, y mudanzas de su estado.
Cailó breves momentos, y dolido
Mi padre Anquíses, con benigno agrado
La diestra ilustre tiende al magro jóven,
Y añade muestras que el temor le roben.

CXV.

«Yo Aqueménides soy,» dijo sincero
El afan serenando que le aterra:
«Fuí del mísero Ulíses compañero,
»A Itaca tuve por nativa tierra.
»Mi padre, escasa el arca de dinero,
»Me aventuró á los lances de la guerra:
»Llamábase Adamasto. ¡Ah, siempre el hado
»Me mantuviese de mi padre al lado!

CXVI.

»Miétras huir de esta ímpia costa emprende
»Hé aquí mi gente me dejó en olvido,
»En un antro que lóbreo se extiende
»De manjares sangrientos esparcido:
»El antro de un Ciclope. El monstruo hiende
»(Oh, qué monstruo cien veces maldecido!)
»Las nubes, si la frente alza espantosa;
»Y nadie hablarle ni áun mirarle osa.

CXVII.

»Crudos devora á cuantos tristes caza.
»Tendido en medio al antro donde espía,
»Con la mano feroz con que atenaza
»Asir dos de los nuestros vile un dia:
»A golpe en un peñon los despedaza;
»El umbral de la sangre se mecia;
»Vi humor los miembros destilar, y ardiente
»Tremar la carne al dar diente con diente.

CXVIII.

»No tal Ulises soportó; ni en ese
»Trance á su fama desmintió su pecho;
»Mas aguardó á que el monstruo se rindiese
»De manjares y vino satisfecho:
»Rindióse al fin, doblando el cuello, y fuése
»Adurmiendo en la cueva, su amplio lecho;
»Y su boca brotaba entre rumores,
»Trozos de vianda, y de licor vapores.

CXIX.

»Á los Dioses llamando en nuestra ayuda,
»Sorteado el peligro, á un mismo instante
»Corremos en redor, y una asta aguda
»Clavamos en el ojo del gigante:
»Ojo, al metal que á Argivos combo escuda,
»O al gran disco de Febo semejante;
»Ojo único, bajo hosca ruga oculto;—
»Y así vengámos su brutal insulto.

CXX.

»¡Huid, tristes, huid! todo os conjura!
»Cortad los cables sin perder momento;
»Pues como ese, que agora por ventura
»Ordeña, consolando su tormento,
»Su grey lanosa en su caverna oscura,
»Como ese horrendo Polifemo, hay ciento,
»Y en magna procesion la prole infanda
»Ronda esta costa, y por los montes anda.

CXXI.

»Ya por tercera vez brillar he visto
»Las fases de la luna renovadas,
»Desde que en esta soledad existo
»Y á las fieras disputo sus moradas.
»Cauto los monstruos de una peña avisto,
»Y su voz tiemblo y tiemblo sus pisadas;
»Y zonzas nutren mi existencia acerba
»Silvestres bayas y arrancada hierba.

CXXII.

»Vi llegar vuestra flota á esta ribera,
»Mientras miradas de ansiedad dirijo
»Cuan léjos logro; y fuese lo que fuera,
»Palpitando volé de regocijo.
»Ya, ya estoy libre de esta raza fiera:
»¡Ahora matadme si quereis!» Tal dijo;
Y ya un bulto, áun no bien de hablar acaba,
En los vecinos montes descollaba.

CXXIII.

»Obeso Polifemo se movía
En medio del lanífero ganado,
Y á la usada ribera el paso guía:
¡Gran monstruo, informe, atroz, de luz privado!
Hácenle sus ovejas compañía,
Consuelo solo de su adverso estado,
Sirvele de baston desnudo un pino,
Y con resuelto pié cata el camino.

CXXIV.

»Llega á la playa de su ruta al cabo;
Y al mar entrando, con sus ondas lava
Del ojo, herido del ardiente clavo,
La sangre que grumosa chorreaba.
Crujir los dientes le hace el dolor bravo
Que el mal renueva y el enojo agrava;
Y más y más se interna en la agua, y ésta
Le moja apénas la cintura enhiesta.

CXXV.

»Temblando, y á par nuestro recibido
El que, eso visto, la verdad decia,
Las amarras soltamos sin rüido,
Y el mar los remos barren á porfía.
Sintió el gigante, y se volvió al sonido;
Mas vió que con el brazo no podia
Tocarnos ya, ni competir tampoco
Con las jónicas ondas, de ira loco.

CXXVI.

»Gimió entónces: el ponto se estremece
Al inmenso clamor, el viento zumba;
Italia toda retemblar parece;
Etna en sus hornos cóncavos retumba.
Y de montes y selvas se aparece,
Al són de alarma, la feroz balumba
De los otros Ciclopes, que se ordenan
En largas filas, y las playas llenan.

CXXVII.

»Yo los vi, yo, los étneos hermanos,
En pié, con sendos ojos imponentes,
¡Junta horrenda! mirándonos insanos,
Al cielo alzadas las soberbias frentes.
Tales inmoble ostentan los ancianos
Cipreses y los robles eminentes
Cima piramidal ó copa vana,
En los bosques de Jove ó de Diana.

CXXVIII.

»Con el vivo temor que nos aguija,
Al sacudir el cable, al dar la vela,
Torcemos á do el viento nos dirija,
Y á do el viento sopló, la nave vuela.
Mas porque no el azote nos afija
Entre Scila y Caribdis, que revela
La voz de Heleno, que á evitarlo exhorta,
Volver y el rumbo enderezar importa.

CXXIX.

»Bóreas en tanto de la estrecha boca
 De Peloro enviado, nos ampara.
 El Pantágias pasamos, que entre roca
 Viva desagua; el seno de Megara,
 Y Tapso humilde. Nuestra quilla toca
 En sitios que Aqueménides declara;
 Que en rumbo inverso los corrió primero,
 Ya del mísero Ulises compañero.

CXXX.

»Hay en el golfo siciliano, en frente
 Del undoso Plemirio, una isla bella,
 Y quiso ya la primitiva gente
 Con el nombre de Ortigia noble hacella.
 Fama es que Alfeo de Élide, latente
 Vino y errante bajo el mar á ella;
 Y ya unido, Aretusa! á tus raudales
 Vuela ufano á los sículos cristales.

CXXXI.

»Habiendo allí los Númenes honrado,
 Y el campo atras dejado peregrino
 Que el Heloro fecunda remansado,
 Los salientes peñascos de Paquino
 Raemos. Léjos aparece el vado
 Que un Dios vedó moviesen Camarino;
 Y el gran pueblo de Gela, y su campaña,
 A quien dió nombre el río que lo baña.

CXXXII.

»Tierra de nobles potros afamada,
Acragas en seguida se presenta,
Y de léjos fijó nuestra mirada
El ancho muro de que está opulenta.
Selínos, la de palmas coronada,
Ya atras te quedas: la onda fraudulenta
Del rocalloso Lilibeo corto,
Y á Drépano ¡ay, llorosa playa! aporto.

CXXXIII.

»Tras tanto afan, en extranjero suelo,
El hado á Anquíses me robó tirano;
Era en mis penas mi único consuelo,
Él daba aliento á mi cansada mano.
¡Oh padre bondadoso! ¡oh acerbo duelo!
¡De cuántos riesgos escapaste en vano!
No me anunció, entre tanto mal, Heleno
Desgracia tal, ni la cruel Celeno!

CXXXIV.

»Meta de viajes, causa de gemidos
En Drépano encontré. De ahí del viento
Vinimos por el piélagos impelidos,
Merced de un Dios, á vuestro ilustre asiento.»—
Tal sucesos del Cielo dirigidos
Narraba el héroe al auditorio atento,
Contratiempos, errores y peleas:
Calló, en fin, y descanso tomó Enéas.

LIBRO CUARTO.

I.

Herida en breve de dolencia aciaga,
Pábulo da la Reina en cada hora
Al placer mismo de enconar la llaga,
Y de fuego secreto se devora:
Del héroe, su valor, su alcurnia, halaga
El pensamiento, y de su voz sonora
El eco, y de su faz guarda el trasunto;
Y tregua el vivo afan no sufre un punto.

II.

Húmida el alba sonrió, y el dia
Con luz roja entre nieblas despuntaba,
Cuando á su amante hermana el paso guia
Dido, y con ella así coloquio traba:
«¿Qué sueño tentador, querida mia,
El sueño fué que de agitarme acaba?
Mas este huésped que tenemos, dime,
¿Cuál corazon habrá que no le estime?»

III.

»¿Qué brío á su alma y brazo no acompaña?
¡Cuál se pinta en su frente su destino!
Yo, si mis ojos la ilusion no engaña,
Que descende de Dioses adivino;
Pues torpe miedo que el semblante empaña,
Siempre delata al corazon mezquino;
Y él, tras tanto conflicto y prueba tanta,
¡Qué de combates concluidos canta!

IV.

»Eterno, irrevocable es mi desvío
De un nuevo enlace al criminal deseo;
Que mi esperanza en flor y el amor mio
Yacen con las cenizas de Siqueo.
Mas si á mis ojos sin fulgor sombrío
Pudiese arder la antorcha de Himeneo,
Sólo de este héroe la gentil presencia
Capaz fuera á vencer mi resistencia.

V.

»Confesártelo quiero: desde el dia
Que el doméstico altar fué enrojecido
Por la venganza del hermano impía
Con la inocente sangre del marido,
Sólo a queste extranjero á simpatía
Ha logrado moverme, y su latido
Volver al corazon, que ya se inflama;
El calor siento de la extinta llama.

VI.

»Mas hiéndase y sepúlteme en su seno
La tierra; el padre del Olimpo santo
Me precipite al retumbar del trueno
En la mansion de noche eterna y llanto,
Si es ¡oh pudor! que mi deber no lleno,
Si tu sagrado código quebranto.
Pues de todo mi amor hice á él promesa,
Amar debo su sombra, honrar su huesa!»

VII.

Dice; y baña en sus lágrimas, vencida,
El seno amigo. Respondióle Ana:
«Tú, á quien más amo que mi propia vida,
Qué, ¿pasarás la juventud lozana
Sin coger flores con que amor convida,
Sin lograr frutos de que amor se ufana?
¿Piensas que de los vivos los cuidados
Van el sueño á inquietar de los finados?

VIII.

»Fuese así, ¿qué les debes? No hubo amante,
Ni hoy en esta nacion, ni ántes en Tiro,
Que tu pecho ablandase de diamante:
Á Yárbas desdeñaste, y el suspiro
De tantos de que al África arrogante,
Claros guerreros, alabarse miro.
¿Mas á tu amor y utilidad te opones?
Oye á ese amor y mira á estas regiones.

IX.

»Las gétulas ciudades aguerridas
 De una parte amenazan al Estado;
 Ves allá los indómitos Numidas,
 La Sirte inhospital: por otro lado
 Los Barceos errantes y homicidas,
 El árido desierto y abrasado;
 ¿Y lo que ha de venir de Tiro sabes?
 ¿Qué, si el airado hermano apresta naves?

X.

»Fué de los Dioses voluntad, no dudo,
 Favor de Juno, que en tu bien se esmera,
 Que frigios buques tras embate rudo
 Saludasen al fin nuestra ribera.
 ¿Qué no promete tan dichoso nudo? .
 Con la troyana juventud guerrera
 ¡Cuánto en gloria y poder la patria gana!
 ¡Qué gran nacion la que verás mañana!

XI.

»En tanto á la Deidad en los altares
 Inclina en tu favor con sacrificios,
 Míentras al extranjero en tus hogares
 Obligas con benévolos oficios.
 Causas proponle de aguardar: los mares
 Agitados de vientos impropicios,
 La flota inhábil para alzar el vuelo,
 El pluvioso Oríon y ambiguo el cielo.»

XII.

Ana habló así; y el reprimido fuego
Torna de Dido en llamas encendidas,
Y en esperanzas del amor más ciego
Las timideces de pudor nacidas.
Juntas, altares visitando, el ruego
Cantan de paz, y ovejas escogidas
Ofrecen, según rito, á Febo, á Céres
Que leyes da, y al Dios de los placeres.

XIII.

Más que á todos á Juno, la que enlaza
Cuellos de amantes con feliz cadena,
La Reina acude, y si ofrecerle traza
Blanca novilla, que inmolar ordena,
Entre uno y otro cuerno ella la taza
De sagrado licor derrama llena;
Y si, ornado el altar, favores pide,
La sacra ceremonia ella preside.

XIV.

Torna á iniciar con cada nueva aurora
Nueva fiesta. Con labios anhelantes
Su destino en las víctimas explora
Consultando las fibras palpitantes.
La ciencia del augur ¡oh cuánto ignora!
Ni ¿cuál rito sanó pechos amantes?
Consume fuego halagador la vida,
Fresca recata el corazón su herida.

XV.

Tal la Reina abrasada incierta gira:
Así tambien en la selvosa Creta
Algún vago pastor de léjos tira
A cierva incauta rápida saeta;
El, que clavó el arpon tal vez no mira;
Ella en bosques y valles huye inquieta,
Y en vano huyendo de librarse trata,
Que va con ella el dardo que la mata.

XVI.

Y ya á Enéas á ver los muros guía
Y primores le enseña por do viene;
Empezados proyectos le confía,
Va á hablar tal vez, y al pronto se detiene;
O ya en festines, en cayendo el dia,
Con preguntas, cual ántes, le entretiene;
Que lances torne á referir le agrada,
Y torna á oirle, de su voz colgada.

XVII.

Tambien á veces la infeliz, hallando
El semblante del héroe en su semblante,
Estrecha á Ascanio contra el seno blando,
Por si engañado Amor duerme un instante.
Y cuando todos se retiran, cuando
Su móvil faz, á trechos radiante,
Con velo funeral cubre la luna
Y se hunden las estrellas una á una;

XVIII.

Cuando todo á los vivos aconseja
Tomar descanso, en la desierta sala
Pasea sus congojas, y honda queja,
Consigo á solas, de su pecho exhala;
Ó en el lecho tal vez caer se deja
Que ocupó en el festin, y se regala
Con el amado, que al amado ausente
Presente le ve allí; le oye, le siente.

XIX.

Suspensa en tanto la comun tarea,
Ni en ejercicios de armas se solaza
La juventud, ni en concluir se emplea
Nadie ya el puerto, ni en murar la plaza:
No se alza más la torre gigantea;
Inconcluso, rüinas amenaza
Todo el muro, y la máquina que osa
Hasta el cielo empinarse, asombra ociosa.

XX.

La hija de Saturno, la que al lado
Reina de Jove, ha visto á la infelice;
Ve que al amor inmola ya el cuidado
De su fama, y á Vénus llega, y dice:
«Rica presa hijo y madre habeis logrado;
Que una mujer la planta en red deslice
Que dos Dioses le armaron de concierto,
¡Es gran conquista y memorable, cierto!

XXI.

»Mal pudiera ignorar que sospechosas
Tú de Cartago las mansiones hallas;
Yo sé que en tus recelos no reposas
Cuando ves de Cartago las murallas.
Mas ¿no habrá fin á tan acerbas cosas?
¿Siempre hemos de reñir duras batallas?
Justo es ya que finquemos, si te place,
Eterna paz en venturoso enlace.

XXII.

»Cuanto pudo halagar tu fantasía,
Todo lo tienes á sabor cumplido:
Dido muere de amor: la llama impía
Cala y consume el corazon de Dido.
Que esta nacion rijamos tuya y mia
Con igual potestad, es lo que pido:
Dido al Troyano obedecer se vea;
Dote fiada á ti Cartago sea.»

XXIII.

Vénus, cual si no hubiese en sus razones
La mira penetrado traicionera
De llevar á las líbicas regiones
El reinado feliz que á Italia espera,
«Acojo,» respondió «lo que propones;
Que en vez de ello altercar, demencia fuera:
Falta sólo que el vínculo que dices
Efectos logre, cual prevés, felices.

XXIV.

»Yo, yo temo del Hado los arcanos;
Ni decir sé si Júpiter se paga
De que, uniéndose Tirios y Troyanos,
Solo un pueblo la union de entrambos haga.
Mas tú los pensamientos soberanos
Del mismo Jove suplicante indaga;
Que es derecho de esposa; y de consuno
Obraremos despues.» Respondió Juno:

XXV.

«Fíalo á mi prudencia, que lo aplaza
Para su tiempo. A lo que está primero
Por el pronto atendamos: con qué traza
Lograremos el fin, decirte quiero.
Salir han concertado al monte á caza
Dido y Enéas: que saldrán espero
Cuando el sol tienda desde la alta cumbre
Los primeros destellos de su lumbre.

XXVI.

»Yo, en viendo las garzotas de colores
Agitarse, y que empiezan la espesura
Con cuerdas á ceñir los cazadores,
Recia borrasca moveré en la altura,
El cielo en torno asordaré á rumores,
Granizo lanzaré de nube oscura;
Dispersos correrán, y á todos lados
Con ciega sombra toparán cerrados.

XXVII.

»Dido y el Rey de la troyana gente
En una gruta entónces á deseo
Reparo buscarán: seré presente,
Y haré, si tu favor cordial poseo,
Que á consorcio se obliguen permanente,
Y el juramento sellará Himeneo.»
Tal su ardid Juno expone á Vénus; y ésta
Sonrisa de adhesion dió por respuesta.

XXVIII.

Aurora en tanto de la mar salia
Hermosa: y redes ya de claros hilos
La alegre multitud trae á porfía,
Y lonas, y venablos de anchos fillos:
A la vez llegan con sagaz jauría
A caballo los ágiles Masilos;
Y á Dido, que en la régia alcoba áun tarda,
Region florida en el umbral aguarda.

XXIX.

Soberbio de oro y grana, el campo huella,
Y espumoso un bridon tasca el bocado:
Ya ella sale á montarle, y va con ella
El juvenil cortejo alborozado.
Su clámide: purpúrea franja bella
Pinta; es áureo el carcaj que lleva al lado;
La veste ciñe en áureo broche; en oro
Coge de sus cabellos el tesoro.

XXX.

Asoma ya la juventud troyana;
Gozoso llega Ascanio, Enéas llega
Radiante de hermosura soberana,
Y las bandas, cual príncipe, congrega.
No en gentileza ó majestad le gana
Apolo, cuando hurtándose á la vega
Del Janto, ó á la Licia envuelta en hielos,
Fiestas instaura en la materna Délos:

XXXI.

Honran al Dios, su altar ciñendo santo,
Y Cretenses y Dríopes en coro,
Y abigarrados Agatirsos, canto
Mezclando y danzas en tropel sonoro;
El de Cinto en las cumbres vaga en tanto;
Orna el suelto cabello, á par del oro,
Con tiernas hojas de gentil guirnalda,
los dardos retiemblan á la espalda.

XXXII.

Cuando al monte llegaron y al sagrado
De hojosos laberintos, á deshora
Del risco descolgándose empinado
Ven la silvestre cabra trepadora.
Mueve á los ciervos súbito cuidado,
Y la manada al campo voladora
Cruza; nube de polvo en torno crece,
Y los montes dejando, desaparece.

XXXIII.

Ascanio revolviendo va á doquiera
Su brioso caballo por el llano,
Y ya á los unos en veloz carrera,
Ora á los otros se adelanta ufano.
Entre inermes rebaños, aplaudiera
Un jabalí espumoso haber á mano,
Y ruega que del áspero boscaje
Algún rojo leon al campo baje.

XXXIV.

Hé aquí el cielo amenaza, óyense truenos,
Sigue granizo y tempestad oscura;
Y, Tirios y Troyanos de afán llenos,
Cada cual por su lado huir procura:
Ni de Vénus al nieto acosa ménos
El cielo: albergues van por la llanura
Buscando: de las sierras eminentes
Se despeñan las aguas á torrentes.

XXXV.

Iba el troyano capitan con Dido,
Y á una gruta se acogen á deseo:
Presagia la alma Tierra con rúido,
Y Juno, al rito atenta, el himeneo:
El cielo en los misterios instruido,
Alumbró con siniestro centelleo;
Las Ninfas á que el monte da moradas,
Gimieron en las cumbres elevadas.

XXXVI.

¡Oh raíz de infortunio, hora funesta!
 No alimenta en su amor furtiva llama
 La Reina ya, ni miramiento presta
 A lo que honor ó la opinion reclama:
 Por velo da á su culpa manifiesta
 Nombre de matrimonio. Y ya la Fama
 Por cuantas villas Africa numera
 Canta con voz los hechos pregonera.

XXXVII.

Fama aquella malvada se apellida
 Que es veloz como igual no ha visto el cielo;
 En su movilidad está su vida,
 Y le crecen las fuerzas con el vuelo:
 En los primeros pasos va encogida;
 Luégo se alza ambiciosa: por el suelo
 Humildemente rateando empieza;
 Luégo esconde en las nubes la cabeza.

XXXVIII.

Llena de ardor contra los Dioses, creo,
 La Tierra hubo á la Fama hija postrera,
 Póstuma hermana á Encélado y á Ceo,
 Agil de miembros y de piés ligera.
 Cuantas plumas, enorme monstruo y feo,
 Ciñendo al cuerpo va, ¿quién tal creyera?
 Tantos debajo oculta ojos despiertos,
 Tantas bocas y oídos siempre abiertos.

XXXIX.

Estridente en la sombra mueve el ala
De noche, y entre tierra y cielo vuela;
Nunca el sueño sus párpados regala!
De día, misterioso centinela,
En techo ó torre altísima se instala,
Y asombro dando á las ciudades, vela,
Y con ardor igual, doquier que gira,
Divulga la verdad y la mentira.

XL.

Lo mismo ahora, ufana, diligente,
Mezcla verdades y ficciones vanas,
Y esparciéndolas vuela entre la gente
Corriendo las provincias comarcanas:
Que ha arribado, de Troya procedente,
Enéas á las playas africanas;
Que le acoge, y consiente en ser su esposa,
La soberana de Cartago hermosa;

XLI.

Más: que olvidando públicos cuidados,
En la red del placer entretenidos,
Gozan los días del invierno helados,
Por amor, lo que duren, encendidos:
La ímpia Diosa por campos y poblados
Va esto poniendo en bocas y en oídos,
Y al rey Yárbas torciendo, llega en breve,
Le inflama el alma, y á furor le mueve.

XLII.

Robó á la ninfa Garamanta un día
Jove Amon; de éstos hijo Yárbas era;
El cual cien templos dedicado habia,
En los vastos dominios en que impera,
A su padre, y cien aras, donde ardia
Velador fuego que morir no espera:
El suelo en sangre víctimas coloran;
Tiernas guirnaldas el dintel decoran.

XLIII.

El rumor revolviendo que le aqueja
Yárbas allí, entre estatuas tutelares,
Gime alzando las palmas; ni se aleja
Sin fatigar con ruegos los altares
«¡Oh Jove omnipotente, á quien festeja
Con obsequios del Dios de los lagares
La gente maura en recamados lechos!
¿Ves, dí, la iniquidad de humanos pechos?

XLIV.

»¿Ves? ¿Ó cuando á las nubes rompe el seno
El fuego, y tiembla el hombre, asombro es vano?
¿No es voz de tu furor el ronco trueno?
¿Ciegos salen los rayos de tu mano?
Vino aquí errante una mujer: terreno
Compró para ciudad pequeña: un llano
La di que cultivado la abastase;
A su dominacion yo eché la base.

XLV.

»Y ella ayer desechóme por marido;
¡Ah! ¡y ella un huésped hoy sienta á su lado!
Y éste que unge el cabello y va servido
De eunucos, nuevo Páris, y el tocado
Meonio ciñe, en vergonzoso olvido,
Gozando libre está de un bien robado;
¡Y yo, que en darte culto no reposo,
Llevo infeliz renombre de dichoso!»

XLVI.

Tal, asido al altar, Yárbas gemia;
Y oyendo el Padre su clamor prolijo
Vió la copia de amantes que yacia
En torpes lazos, y á Mercurio dijo:
«Óyeme, y cruza la region vacía;
Los céfiros te ayuden, vuela, hijo;
Vé al Rey troyano que en Cartago olvida
Mansiones do Fortuna le convida.

XLVII.

»¡Que no así, le dirás, su madre hermosa
Me le ofreció; ni para fin tan triste,
Cuando la muerte entre la lid le acosa,
Una vez y otra á remediarle asiste;
Mas para que su raza gloriosa
Restaure, y éntre á Italia, y la conquiste
Henchida de poder, hirviente en guerra,
Y leyes dicte al orbe de la tierra!

XLVIII.

»Que si no le da impulsos la memoria
 De sus altos destinos, ni se afana
 Por ceñirse el laurel de la victoria,
 Débele á Ascanio la ciudad romana.
 ¿Y querrá á un hijo defraudar su gloria?
 ¿Ó qué entre gente á su mision profana
 Proyecta? ¿Por lo suyo no suspira?
 ¿Ni allá los campos de Lavinio mira?

XLIX.

»¡Tú vé; intímale, pues, mi mandamiento;
 Yo mando, en conclusion, se haga á la vela!»
 Dijo; á su voz el mensajero atento,
 Cumplir el cargo presuroso anhela;
 Y la sandalia calza en el momento,
 La áurea sandalia con que alado vuela
 Cual soplo de los céfiros, lo mismo
 Sobre la tierra y sobre undoso abismo.

L.

Cobra en seguida el Dios su caduceo:
 Con él las sombras pálidas evoca
 Que yacen en el Orco, y al Leteo
 Lleva tambien las ánimas: provoca
 Y disipa los sueños á deseo;
 Los mustios ojos abre si los toca:
 Con él nublados trata, auras domina;
 Y ya volando á Atlante se avecina.

LI.

El cual con pinos hórrida levanta,
Y de hoscas nubes guarnecida ostenta
Su anciana frente, estriba en firme planta,
Y el alto cielo sobre sí sustenta:
Nieve arropa sus hombros; se quebranta
En sus flancos rugiendo la tormenta,
Y á trechos en arroyos se desliza
El bronco hielo que su barba eriza.

LII.

Allí el cilenio Dios descanso toma;
Paz da á las alas que al igual batia,
Y luego al mar con fuerza se desploma;
Y cual ave que al pez la gruta espía
Y en las playas, rasando el alga, asoma,
Tal á las costas líbicas venía,
Distante en breve del materno abuelo,
Entre agua y tierra el Dios á salto y vuelo.

LIII.

No bien chozas tocó su planta alada,
Muros trazando y casas al caudillo
Troyano ve, cuya ceñida espada
Puntas de jaspe esmaltan de amarillo,
Y á quien clámide en púrpura bañada
Los hombros cubre con ardiente brillo:
Obsequios de la rica soberana
Que con oro sutil bordó la grana.

LIV.

Fué uno verle y ponérsele delante:
 «¿Tú á echar las bases de Cartago atento?
 ¿Tú ornando esta ciudad, postrado amante?
 ¿Tú de tus hados sordo al llamamiento:
 Pues díme—que de Olimpo radiante
 Me envía á ti por sobre el raudo viento
 El que el mundo gobierna y las esferas—
 ¿Qué es lo que en Libia descuidado esperas?

LV.

»Que si no te da impulsos la memoria
 De tus altos destinos, ni te afanas
 Por ceñirte el laurel de la victoria,
 Mira á Ascanio crecer: las italianas
 Comarcas son su herencia; allí su gloria.
 ¿De un hijo harás las esperanzas vanas?....»
 Calló, y la vista deslumbrada deja,
 Y cual sombra en el aire huye y se aleja.

LVI.

Quedó Enéas absorto, hispido el pelo,
 Hecha un nudo la voz en la garganta.
 Ya en dejar piensa aquel amado suelo,
 Que la divina inspiracion le espanta.
 Mas ¡duro trance! ¡amargo desconsuelo!
 ¡Ir á anunciar que el áncora levanta
 A aquella que por él de amor fallece!...
 Cómo, no sabe, ni por dónde empiece.

LVII.

Propónese mil cosas, y cuan presto
Se fija en una, á esotra vuelve en tanto;
Vacila: al fin resuelve, y á Sergesto
Y á Mnesteo convoca, y á Cloanto:
Que hagan, les manda, sin rumor apresto
De embarcaciones; que su gente á canto
Reunan de zarpar; armas prevengan,
Y sus intentos bajo sello tengan.

LVIII.

Que él entre tanto con mesura y tiento—
Pues la espléndida Dido nada sabe,
Ni espera que en eterno alejamiento
Aquel tan grande amor tan presto acabe—
Para hablarle, buscando irá momento
El más propicio, y modo-el más süave:
Esta es su voluntad. Todos aprueban,
Y alegres el mandato á cabo llevan.

LIX.

¿Cómo engañar á un corazon que ama?
Ella todo lo sabe, lo adivina;
Fué quien primero descubrió la trama,
Y, aún en horas serenas, de rüina
Amagos presintió. ¿Qué más? La Fama
Sus ocultos recelos amotina,
Maligna susurrando que aparejan
Naves los Teucros; que á Cartago dejan.

LX.

Fuera de tino la soberbia amante
Corre por la ciudad, como se agita
En las órgias solemnes la bacante
Cuando oye en torno la vinosa grita,
Y los tirsos descubre, y resonante
A sus misterios Citeron la invita:
Tal va la Reina, y tal sin más recato
Vuela á afrentar al amador ingrato.

LXI.

«¿Disimular ¡oh pérfido! esperaste
Tu malvada intencion, tu felonía?
¿Y tu nave en mi puerto imaginaste
Que en silencio las velas soltaria?
¿Cosa no habrá que á disuadirte baste?
¿Ni mi amor, ni la fejurada un día?
¿Ni reparar en Dido sin ventura,
Que por ti morirá de muerte dura?

LXII.

»¡Y que en lo crudo de hibernales meses
Quieras de presto aderezar tu flota!
¡Que tanto en levar ferro te intereses
Cuando más Aquilon la espuma azota!
Díme, cruel, si en lejanía vieses
No extraños campos, no ciudad ignota,
Mas renaciente á Troya, ¿á tus hogares
Cruzando irias procelosos mares?

LXIII.

»¡Huyes de mí! Mas nuestra union te pido
Que recuerdes; y este único tesoro
Que reservé, mi corazon herido,
Mírale aquí, y las lágrimas que lloro!
Si algo te merecí, si hallaste en Dido
Algo de amable, tu clemencia imploro!
¿Mi trono hundirse ves sin sentimiento?
¡Ah! ¡si áun vale rogar, muda de intento!

LXIV.

»Nómades reyes, gentes confinantes
Me odian por ti; mi pueblo me desama;
Por ti inmolé el pudor, y la que ántes
Me alzaba á las estrellas, limpia fama.
¡Oh huésped! en mis últimos instantes
Me abandonas; y ¿á quién? Mi voz te llama
Huésped; fuiste mi esposo. Mas ¿qué tardo?
¿Al extranjero ó al hermano aguardo?

LXV.

»¿Yárbas feroz, que mi persona aprese?
¿Pigmalíon, que mi nacion arrase?
¡Oh! ¡si ántes de esa fuga al ménos de ese
Amor alguna prenda me quedase:
Un tierno Enéas que en mi hogar corriese,
Que en su rostro infantil tu faz copiase!
No tan desamparada me veria;
No fuera tan cruel tu accion impía!»

LXVI.

Él, que de Jove, miéntras ella hablaba,
Guarda en su mente el mandamiento impreso,
Fijos los ojos en el suelo clava,
Mudo resiste del dolor al peso.
«Mi gratitud tu esplendidez alaba,»
Esto al fin dijo apénas; «y confieso
Que si arguyes ¡oh Reina! con mercedes,
Muchas y grandes recordarme puedes.

LXVII.

»Yo llevaré al recuerdo de esos dones
La imágen tuya dulcemente unida,
Miéntras guarde mis propias tradiciones.
Miéntras mi pecho aliente aura de vida.
Mas oye, en la cuestion, breves razones:
No pensaba ocultarte mi partida,
Ni de union conyugal te hice promesa;
No así te engañes: mi mision no es ésa.

LXVIII.

»¿No ves que si el destino me otorgara
Guiar las cosas, reparando males,
Ya hubiera visto por mi patria cara?
¡Podria de sus héroes los mortales
Restos honrar; al golpe de mi vara
Se alzarán sus alcázares reales,
Y poderosa, como en ántes era,
Troja de sus cenizas renaciera!

LXIX.

»Mas ¡ay! la voz de oráculo divino
Fuerza mi voluntad, Febo me guia;
Navegar para Italia es mi destino,
Ya éste es mi amor, y esta es la patria mia!
Cual hoy Troyano á Ausonia me encamino,
Tiria á Cartago tú viniste un dia;
Ya en paz la riges: en igual manera
Buscamos, do reinar, zona extranjera.

LXX.

»Mi padre Anquíses, cuando en alto vuelo
La noche entolda el orbe de la tierra
Y brillan las estrellas por el cielo,
En sueños me habla, y su actitud me aterra:
Mi hijo Ascanio me es causa de desvelo,
Y en él mirando, el corazon se cierra;
Que aquí, distante del confin hesperio,
Yo le defraudo el prometido imperio.

LXXI.

»No há mucho el nuncio de los Dioses vino;
Por vida de ambos que le vi te juro,
Enviado por Júpiter, camino
Por los aires abrir, y entrar el muro:
Estoy mirando su esplendor divino;
Oyendo estoy su mandamiento duro!
No me des más, no más te des tormento;
Llévanme á Italia, y con dolor me ausento!»

LXXII.

Miéntras hablaba, fiera y desdeñosa
 Con ardiente inquietud ella le mira;
 Mirándole en silencio, ira rebosa,
 Y luégo á voces se desata en ira:
 «No fué tu madre, ¡pérfido! una Diosa,
 Que descienes de Dárdano es mentira;
 Cáucaso te engendró entre hórridos lechos,
 Hircana tigre te crió á sus pechos!

LXXIII.

»Ya ¿qué hay que disfrazar? ¿qué más espero?
 Ve llorando á su amante, ¿y se contrista?
 ¿Le merecí una lágrima, un ligero
 Signo de compasion? ¿volvió la vista?
 ¡Cielos! ¿Qué agravio acusaré primero?
 ¿Cuál Dios habrá que á vindicarme asista?
 Ni Juno ya, ni Jove, ¡oh desengaño!
 Con justa indignacion miran mi daño.

LXXIV.

»¡Oh justicia! oh lealtad! ¡nombres vacíos!
 ¡Yo náufrago, desnudo, falleciente
 Le recogí, le abrí los reinos mios,
 El imperio con él partí demente!
 Yo los restos salvé de sus navíos,
 Yo libré de morir su triste gente!...
 ¿A dónde me despeña el pensamiento?
 ¡Llevada de furor, arder me siento!

LXXV.

»¡Y ahora la voz de oráculo divino
Fuerza su voluntad! Febo le guia!
Ni há mucho el nuncio de los Dioses vino,
¡Y es heraldo que Júpiter le envía!
¡Y en los aires abriéndose camino
Le trae la órden fatal! ¡Quién pensaria
Que hubiesen de alterar cuidados tales
La alta paz de los Dioses inmortales!

LXXVI.

»Nada te objeto, ni partir te impido:
Vé, y por medio del mar, en seguimiento
Camina de ese imperio prometido;
¡Busca esa Italia con favor del viento!
Mas si justas deidades, fermentido,
Algo pueden, te juro que el tormento
Hallarás, entre escollos, que mereces,
Y á Dido por su nombre allí mil veces

LXXVII.

»Invocarás; y Dido abandonada,
Con tea humosa aterrará tu mente;
Y cuando á manos de la muerte helada
Salga del cuerpo esta ánima doliente,
Yo, vengadora sombra, á tu mirada
En todas partes estaré presente!
Tu crimen pagarás; sabráse, oirélo:
¡Eso en el Orco irá á acallar mi duelo!»

LXXVIII.

Ella súbito aquí la voz detiene,
Y huye la luz odiosa con gemido;
El, que á oponer razones se previene,
Queda atónito, absorto, atontecido.
Y hé aquí un grupo de esclavas la sostiene
En brazos; y la llevan sin sentido
Al tálamo, de mármoles labrado,
Y la reclinan sobre el regio estrado.

LXXIX.

Cierto que con palabras de dulzura
El religioso príncipe quisiera
Mitigar de la triste la amargura
Y el dolor suavizar que la exaspera.
Gime él de corazon su desventura,
Que amor le oprime con angustia fiera;
Todo, empero, lo vence, y determina
Recto cumplir la voluntad divina.

LXXX.

Ya á revistar su armada acude al puerto,
Y ya las altas popas de la orilla
Los Troyanos alanzan de concierto;
Flota liviana la embreada quilla.
Remos y tablas da, de hoja cubierto
Tronco informe, áun no bien la hacha le humilla;
Y en este afan por coronar la empresa,
Salen de la ciudad todos de priesa.

LXXXI.

Tal las hormigas pródidas saquean
Riquezas que en sus antros acumulan;
Y, en la hierba cruzándose, negrean,
Y en senda angosta, por do van, pululan:
Unas á empuje granos acarrear,
Otras, á la que tarda ora estimulan,
Corrigen ora á la que pierde el tino;
Con tanta agitacion hierve el camino.

LXXXII.

¡Tu pobre corazon qué sentiria!
¡Cuán grande hubo de ser, Dido, tu pena,
Quando hirviente la playa en lejanía
Atalayabas desde la alta almena!
¡Qué, al sentir la confusa vocería
Con que al mar asordaba la faena!...
Tú ¿á qué un alma no obligas, amor ciego?
Por ti ella al lloro vuelve, y vuelve al ruego.

LXXXIII.

Con interpuestas súplicas ensaya
Ir á amansar rebeldes sentimientos;
Que morir no es prudente sin que haya
Esforzado los últimos intentos:
«¡Ay, Ana! ¿ves bullir toda la playa?
Míralos: corren, vuelan; ya contentos
Las popas adornaron de coronas;
Ya convidan al céfiro sus lonas.

LXXXIV.

»Yo que pude esperar dolor tan fiero
 Lo sabré soportar, hermana mia.
 Este único favor te pido, empero:
 Pues te preciaba en tanto, y ser solia
 El pérfido contigo verdadero,
 Y tú hallabas sazón de entrarle y via.
 Anda, y doblar con súplicas procura
 Esa cerviz cual de enemigo dura.

LXXXV.

»Que no con Griegos, le dirás, la guerra
 Juré en Áulide, naves á hacer riza
 No envié á Troya, no moví la tierra
 Que cubre de su padre la ceniza.
 ¿Pues por qué oídos á mi llanto cierra?
 ¿Qué huye azorado así? ¿Quién le hostiliza?
 Buen viento espere y que la mar se ablande:
 Es gracia, y la postrera que demande.

LXXXVI.

»No ya que vuelva por la fe de esposo
 Ni á ese Lacio renuncie tan querido,
 Que le costara asaz, pedirle oso,
 Tiempo (nada le cuesta) es cuanto pido!
 ¡Tregua al dolor, momentos de reposo
 Dé, en que el pecho á sufrir se avece herido!
 Esto ruego; sé, hermana, compasiva;
 Haz esto, y soy tu esclava miéntras viva.»

LXXXVII.

Tal la triste con lágrimas decia;
 Tal á Enéas con lágrimas la hermana
 Habla, y vuelve, y retorna, y su porfía
 (No hay con él argüir) fatiga es vana;
 Que ni por llantos su intencion varía,
 Ni á ruegos ya su voluntad se allana;
 Rigor del hado: al penetrar su oido
 Embota un Dios la fuerza del gemido.

LXXXVIII.

Cual recio, antiguo roble á quien trabada
 Legion de vientos en el Alpe embiste;
 Braman; cruje la rama atormentada
 Y de hoja el suelo en derredor se viste;
 Mas él, asido de peñascos, nada
 Teme, y á opuestos ímpetus resiste,
 Y el cielo con su copa hiriendo altiva,
 Con raíz honda en el Averno estriba;

LXXXIX.

Él así de querellas golpeado,
 Cuando su angustia divertir no pueda
 Tenaz resiste de constancia armado;
 Inútil llanto de los ojos rueda.
 Mas Dido, á quien temblar hace su hado,
 Morir quiere que el cielo la conceda;
 Ni la bóveda espléndida celeste
 Torna á mirar sin que pesar le cueste.

XC.

Fortuna, que en su daño se encruelece,
Porque su infausto fin seguro sea
Hace que á tiempo que devota ofrece
Dones en la ara do el incienso humea,
Note el agua lustral que se ennegrece
Y en sangre el vino corromperse vea.
¡Oh vista horrible! Atónita, confusa,
Áun á su hermana declararlo excusa.

XCI.

Dedicado á Siqueo un templo habia,
Todo de mármol, al palacio adjunto:
Ella le ama, ella le honra, y le atavía
Con velos blancos como nieve, junto
Con tiernas ramas. En la noche umbría
Parecióle que el cónyuge difunto
La llama, del oscuro monumento
Con misteriosa voz, con hondo acento.

XCII.

Oyó á un buho tambien que se lamenta
Solitario en los altos torreones
Con lloroso clamor; su duelo aumenta
El recuerdo de aciagas predicciones.
Enéas mismo en sueños la atormenta;
Y por largo camino, por regiones
Aridas, siempre sola, peregrina,
Ir buscando á los suyos se imagina.

XCIII.

Tal las huestes de Euménides Penteo
Y dos soles, dos Tébas mira insano;
Tal Oréstes con ciego devaneo
Comparece en la escena huyendo en vano:
Con fuego y sierpes tras el hijo reo
Arma una sombra la terrible mano,
Y vengadoras Furias las entradas
Sitian del templo, en el umbral sentadas.

XCIV.

El dolor la ha vencido; la despeña
El furor: el partido extremo abraza;
Y en su mente los trámites diseña,
Acuerda el modo, y el momento aplaza.
Su intento oculta, y con la faz risueña
Dice á la triste hermana: «Hallé la traza
Como al ingrato á reducir acierte,
Ó de él mi atado corazon liberte.

XCV.

»Me des la enhorabuena, hermana, espero;
Mas oye el caso. En el país lejano
Que ve del sol el resplandor postrero
Y el límite final del Oceano,
Allí demora el último lindero
Que posee atezado el Africano;
Allí el cielo con fuego rutilante
Rueda en los hombros del eterno Atlante.

XCVI.

- »Hija de esos incógnitos confines,
• Con fuerte encanto vindicarme fia
Negra maga que el templo y los jardines
Guardó de las Hespérides un día:
Ella daba sustento á los mastines,
Y el árbol milagroso defendia,
Y de amapola soporosa, y blanda
Miel, esparcia la eficaz vianda.

XCVII.

»Que ardores hiela con sus cantos jura,
Y da al helado fuego en que se queme;
Ataja los torrentes, y en la altura
Suspenso el astro sus hechizos teme;
Sombras evoca entre la noche oscura,
Y oirás bajo sus piés cuál muje y treme
La tierra; y cuál, verás, los fresnos bajan,
Que al conjuro, del monte se descuajan.

XCVIII.

»Tú, en lo interior, si mi salud deseas,
Alza al raso una hoguera sin testigo
(Séalo el Cielo, y tú, mi bien, lo seas,
Que á usar de esta arte á mi pesar me obligo).
La espada que dejó pendiente Enéas,
El lecho que en mi mal nos fuera amigo,
Ponlo allá todo; la adivina aguarda
Que no quede reliquia sin que arda.»

XCIX.

En sus labios aquí se heló la risa,
Y ocupa el rostro palidez funesta;
Mas ¡ay! en balde en su silencio avisa
Que un nuevo estilo funerario apresta;
Ana ciega aún no en Dido aquel divisa
Mental furor; ni la imagina expuesta
Á golpe más cruel, dolor más crudo
Que en muerte del marido estarlo pudo.

C.

Y así ignorante la infeliz jornada
Va á preparar. La Reina, en cuanto mira
Al cielo descubierta levantada
En el patio interior la triste pira,
Con leños resinosos solidada
Y con rajas de roble, en torno gira
Tendiendo hojosa amenidad, y al muro
Guirnaldas cuelga de verdor oscuro.

CI.

Y sobre el lecho, con fingido intento
La efigie y armas del traidor coloca:
En torno hay aras: con horrible acento
La hechicera, en cabello, al Cielo toca;
Y deidades allí tres veces ciento,
Y al negro Caos y al Erebo invoca,
Y, vírgen en tres fases conocida,
En tres formas á Hécate apellida.

CII.

Con aguas ya que del Averno el cieno
Mustias figuran, libacion se hizo;
Y alléganse, cargados de veneno,
La hierba pubescente, el tallo rizo
Que de la luna al esplendor sereno
Cortó segur de cobre; y el hechizo
Que, hurtado á la cerviz de potro tierno,
Falto dejóle del amor materno.

CIII.

Dido misma la sal ofrenda y trigo,
Un pié descalzo, desceñido el manto,
É invoca á las estrellas, por testigo
Tomando de su fin al Cielo santo:
Ellas su historia saben, y si amigo
Hubo algun Dios á quien moviese el llanto
De amantes mal pagados, ése pide
Vea en su causa y de vengarla cuide.

CIV.

Era la noche: al medio del camino
Iban los astros por el alto Cielo;
Calla el bosque y el piélagos marino;
Yacen los brutos que sustenta el suelo:
Ni en breñas ni por lago cristalino
Se ve de ave esmaltada salto ó vuelo:
Todo está en calma, y todo mal se olvida;
Naturaleza yace adormecida.

CV.

Sólo Dido sus penas no adormece;
 No se hizo el sueño para angustia tanta;
 Ni sus ojos ni su alma favorece
 Muda la noche con su sombra santa:
 Amor entre su pecho se embravece
 Y nuevas olas sin cesar levanta;
 Y de ellas combatida, de esta suerte
 Torna consigo á disputar su muerte:

CVI.

«¿Qué he de hacer? ¡Oh tormentos inhumanos!
 ¿Buscaré mis antiguos amadores?
 ¿Iré humilde á los reyes comarcanos?
 ¡Yo pisé su esperanza y sus amores!
 ¿Seguiré, triste sierva, á los Troyanos?
 ¡Harto gratos han sido á mis favores!
 ¿Ni á bordo su altivez me sufriria?
 Qué, ¿áun no he probado bien la alevosía

CVII.

»De esa de Laomedonte infame raza?
 ¿Sola iré tras su pompa? ¿Ó con los míos
 Volaré armada en pos á darles caza?
 Mas si á éstos de sus términos natíos
 Arranqué á viva fuerza, ¿con qué traza
 Los moveré á tornar á los navíos?
 No, no; mi salvacion la muerte sea;
 ¡Calle á hierro el dolor de una alma rea!

CVIII.

»¡Tú, hermana, tú á mis llantos indulgente,
Márgen diste á tan grande pesadumbre,
Tú doblaste al amor mi dócil frente!...
¡Yo que pude, ejerciendo la costumbre
De la bestia del campo independiente,
Libre vagar de acerba servidumbre!...
Muere, infiel de tu esposo á la ceniza!...»
Querellándose así, Dido agoniza.

CIX.

En tanto Enéas, todo ya dispuesto,
Ajeno él mismo de temor, dormido
Quedóse en la alta popa: al Dios en esto
Torna á mirar, que en las murallas vido:
Con la propia actitud, la voz, el gesto
Viene, en todo á Mercurio parecido;
Aureo cabello y juvenil belleza
Ornan sus blandas formas, y así empieza:

CX.

«En mal punto en sus brazos te entretiene
El sueño, hijo de Vénus! ¡Alza y mira,
Torna el daño á mirar que sobreviene,
Y oye á Favonio que oportuno espira!
¿Los lazos sabes tú que ella previene?
Fragua es su pecho de furente ira;
Y ya, de perecer determinada,
Nada respeta, ni le espanta nada.

CXI.

»¿Y no será que por el ponto vueles
Ganando estos momentos? ¡Guay si esperas
Á la luz de la aurora! ¡Hachas crueles
Arder verás, y levantarse hogueras,
Y en la mar encontrarse los bajeles,
Y ocupar el incendio las riberas!
¡Acude, iza la vela, corta el cable!
Sér vario es la mujer siempre y mudable.»

CXII.

Dijo; y si ántes radioso, se incorpora
En las lóbregas sombras. El durmiente
Con la total oscuridad se azora,
Abre los ojos y álzase impaciente.
«¡Sús,» clama, «compañeros! ¡Á la hora
Acorred á los bancos! ¡No consiente
Tardanzas la ocasion: las velas pronto
Dad á los vientos, y la flota al ponto'

CXIII.

»¡Otra vez de los reinos celestiales
Esto nos manda santo mensajero:
Quienquier seas ¡oh Númen! con triunfales
Aplausos otra vez el fausto agüero
Seguimos de tu voz. ¡Así señales
El deseado rumbo al marinero!
¡Así hagas por el Cielo que nos rian
Las lumbres bellas que al errante guian!»

CXIV.

Dice; y vuela, y la amarra del navío
Corta de un tajo de fulmínea espada;
A su ejemplo, á su impulso, el mismo brío
A los pechos de todos se traslada.
Ya arrancan, ya se llevan; ya vacío
Quedó el playon: debajo de la armada
La mar se oculta, y al batir continuo
Cubren de espuma el líquido camino.

CXV.

El áureo lecho de Titon la aurora
Tímida deja, entre celajes raya,
Y ya su lumbre, que horizontes dora,
Ve la Reina infeliz de la atalaya;
Ve la armada alejarse voladora
Con las velas parejas; ve la playa
Desamparada, y el desnudo puerto,
Y todo siente estar mudo y desierto.

CXVI.

Y el tierno pecho ofende y los cabellos:
«¿Y esos advenedizos mi esperanza
Burlarán,» dice, «con erguidos cuellos?
¿Impune al ponto el pérfido se lanza?
¿No corre en armas mi ciudad á ellos?
¿Naves no parten á tomar venganza?
¡Id, hachas menead, asid los remos!
¡Soltad las velas! por el mar volemós!

CXVII.

»¿Qué digo? ¿Dónde estoy? ¿Qué desvarío
 Trastorna mi razon? ¡Dido infelice!
 ¡Ya el peso sientes de tu síno impío!
 Cuando partija de mi cetro hice,
 Convino este furor; ya, ya es tardío!
 ¡Traidor! ¡Y luégo de él que va se dice
 Con los patrios Penates; que de escombros
 Salvo al anciano padre sacó en hombros!

CXVIII.

»¡Ah! ¡sus cuerpos hacer trozos sin cuento
 Pude, y de ellos sembrar la onda bravía!
 Matar al hijo, y el manjar sangriento
 Pude al padre servir; ¿quién lo impedía?
 Peligro, ¿cuál? ¡Morir era mi intento!
 ¡Yo á sus tiendas llevara llama impía;
 Yo al padre, al hijo, á todos, muerte fiera!
 ¡Yo los matara allí; luégo, muriera!

CXIX.

»¡Sol, cuya luz los ámbitos visita,
 Tú que todo descubres, nada ignoras!
 Juno, que viste mi amorosa cuita
 Nacer, y hoy mides mis finales horas!
 ¡Hécate, á quien en calle tripartita
 Claman de noche! ¡Furias vengadoras!
 ¡Oh Dioses, cuantos veis mi afan postrero!
 ¡Yo imploro compasion, justicia espero!

CXX.

»Mi ruego oid: si firme persevera
El hado que á ese infame lleva á puerto;
Si en esto Jove su querer no altera,
Que el fijado confin le aguarde cierto;
Mas tribu audaz contrástele siquiera,
Y en peligro se mire y desconcierto,
Y parta, el corazon vuelto pedazos,
Del dulce nido y los filiales brazos.

CXXI.

»Y vague, auxilios mendigando; y vea
Cómo á los suyos la fortuna humilla;
Ni el reino goce y calma que desea
Paz ajustando, á su valor mancilla.
¡Herido sin sazón de muerte sea!
¡Yazga insepulto en solitaria orilla!
Esto, ¡oh Númenes! pido; ved en ello:
Yo mi demanda con mi sangre sello.

CXXII.

»Vosotros, cual leales corazones,
Tirios, haced de vuestros odios prueba
Sobre esa raza en cien generaciones,
Y honra tan grande mi ceniza os deba.
Nunca amistad entre las dos naciones;
No haya quien pactos de concordia nueva;
Mas nacerá sobre mi tumba, fio,
Quien aplaque la sed del furor mio.

CXXIII.

»Álzate, vengador amenazante,
 Acelera los tiempos; y ahora, y luégo,
 Tu sombra por do vayan los espante;
 Arróllalos feroz á sangre y fuego.
 Y muro contra muro se levante;
 Y un mar contra otro mar se ensañe ciego;
 Y pueblo contra pueblo alce la frente;
 Y guerra eterna mi rencôr sustente!»

CXXIV.

Dice; y buscando al ánima salida,
 Á todas partes la atencion convierte;
 Y de Siqueo á la nutriz convida
 Al misterio, que encubre, de su muerte:
 (De Siqueo; la suya, reducida
 Yace há tiempo en la patria á polvo inerte).
 «Barce, mi fiel nodriza, vuela!» exclama:
 «Vé, y al sacro festin mi hermana llama.

CXXV.

»Con agua rociándose primero,
 Que traiga, dí, las víctimas, y ofrenda
 Cual pide la expiacion: así la espero;
 Y tú ciñe á la sien piadosa venda.
 Ya celebrar la ceremonia quiero
 Que á Pluton ofrecí: mi pena horrenda
 Hoy debe de acabar; que de ese injusto
 Hoy tiro al fuego el ominoso busto.»

CXXVI.

Dice; y mover esotra el paso intenta
Con senil priesa. Mas la audaz amante,
Terrible con la idea que apacienta,
Temblorosa la faz, la vista errante,
Torva en el ceño, en el mirar sangrienta,
Jaspeado de visos el semblante,
Pálida de la muerte ya cercana
Vuela al recinto funeral insana.

CXXVII.

La alta hoguera con fiero desenfado
Monta; la espada desnudó con ira
(Dón no á tal ministerio destinado);
Mas cuando el lecho y los vestidos mira,
Memorias, ¡ay! de tiempo fortunado,
Repórtase y con lágrimas suspira;
Y arranca así, postrándose en el lecho,
Los últimos sollozos de su pecho:

CXXVIII.

«¡Oh dulces prendas con mejor fortuna!
¡Dulces por siempre cuando Dios queria!
Mi espíritu os entrego, y mi importuna
Memoria cese con la vida mia!
La senda anduve que emprendí en la cuna;
Viví las horas que vivir debia:
Hoy, fin logrando á míseros afanes,
Van á otro mundo mis augustos manes.»

CXXIX.

»Fundé yo una ciudad, ciudad preclara,
Murallas propias coronó mi mano;
Vengué la sombra del esposo cara;
Yo tomé enmienda del malvado hermano.
¡Feliz, harto feliz si no tocara
Mis costas, nada más, bajel troyano!»
Y aquí, á par que en el lecho el rostro imprime,
«¿Moriré inulta? ¡mas muramos!» gime.

CXXX.

«¡Así á la eternidad partir me agrada!
El Dárdano este fuego á ver acierte
Volviendo de la mar una mirada,
Y el triste agüero lleve de mi muerte!»
Dijo; y, herida en esto, derribada,
La mano en sangre tinta, el hierro fuerte
Manando sangre las doncellas notan,
Y el palacio á gemidos alborotan.

CXXXI.

Ya la Fama fatídicos rumores
Va furiosa esparciendo en giro vago;
Todo es lamento y llantos y clamores;
Todo es alarma de espantoso estrago.
Parece cual si entrasen vencedores
La antigua Tiro ó la imperial Cartago,
O que incendio voraz llamas crueles
Tendiese por los altos capiteles.

CXXXII.

Oye el caso la hermana, y rostro y pecho
 Desesperada hiere en modo rudo;
 Al lúgubre lugar vuela derecho,
 Y á Dido llama con lamento agudo:
 «¡Y esto significaba el ara, el lecho!
 ¡Esto intentabas! ¡Y ofenderte pudo
 Que te hiciese en la muerte compañía!
 ¡Tú me engañabas, ah! ¡yo te creía!

CXXXIII.

»¿Por que no me invitaste, á ley de hermanos?
 ¡Contigo á un tiempo con placer muriera!
 No que hora abandonada... ¡Y por mis manos
 Yo propia, ¡ay infeliz! alcé esta hoguera!
 ¡Yo invocaba á los Dioses soberanos
 Porque, espirando tú, yo léjos fuera!
 ¡Te perdí; me perdí: Pueblo, Senado,
 Patria, todo lo hundí! ¡Nada ha quedado!

CXXXIV.

»Agua traed y lavaré la herida;
 Yo sus heridas lavaré... ¡Si errante
 Vaga en su labio un hálito de vida,
 Yo le recoja con mi labio amante!»
 Ya en el estrado fúnebre subida
 Tal dice; y á la hermana agonizante
 Ella al seno fomenta entre gemidos,
 Ella aplica á la sangre sus vestidos.

CXXXV.

Los mustios ojos con fatiga vana
 Trata de alzar la moribunda Dido:
 Fáltanle ya las fuerzas; sangre mana
 Del pecho abierto con cruel sonido.
 El codo apoya, y por alzar se afana
 Tres veces, y tres veces sin sentido
 Cae sobre el lecho. Con errante vista
 Busca la luz, y al verla se contrista.

CXXXVI.

La excelsa Juno de mirar se duele
 El largo padecer, la ardua agonía,
 Y porque á desatar vínculos vuele
 Que áun detienen el alma, á Íris envía.
 ¡Ah! loco amor á perecer te impele,
 No el hado; éste, infeliz, no era tu día!
 Proserpina tu rubia cabellera
 Aun no ha cortado, ni Pluton te espera.

CXXXVII.

Vuela Íris vaporosa, y en su vuelo
 Brillan las plumas con el sol enfrente;
 Y posándose encima: «Manda el Cielo
 Que esta ofrenda á Pluton quite á tu frente;
 ¡Alma, sál fuera!» dice; el rizo pelo
 Corta aquí con la diestra, y juntamente
 El calor cesa que en el seno mora
 Y la vida en los aires se evapora.

LIBRO QUINTO.

I.

Ya salvo Enéas con sus naves hiende,
Merced del Aquilon, la mar oscura,
Y tornando á mirar, su vista ofende
La dejada ciudad, que arde y fulgura:
La causa no se ve; mas ¿quién no entiende
Cuánto puede en mujer venganza dura
Y obstinada pasión? Y así el viajero
Terror concibe de funesto agüero.

II.

Después que ya se hubieron engolfado,
Y entre agua, al fin, y cielo no ven cosa
Sino el cielo y el agua, azul nublado
Sobre las naves sólido se posa
De lobreguez y tempestad cargado:
Con tristes amenazas espantosa
La ecuórea inmensidad se entenebrece;
Esfuérzanse huracanes, la onda crece.

III.

Y en alta popa el pálido piloto,
 «¡Qué oscuridad,» exclama, «el polo llena!
 ¡Cuánto mal nos previenes no remoto,
 Oh gran padre Neptuno!» Y luégo ordena
 Los aparejos recoger; al Noto
 Torcida vuelve la crujiente antena,
 Y haciendo al remador nuevo conjuro,
 Prosigue así gimiendo Palinuro:

IV.

«¡Oh magnánimo Enéas! ¡oh rey mio!
 No, si me enviase celestial consuelo
 El mismo Jove, saludar confío
 A Italia nunca con aqueste cielo.
 ¿No ves cómo del véspero sombrío
 Los vientos se alzan, y en contrario vuelo
 Vienen furiosos á estrellarse, y cómo
 Condensa el aire cerrazon de plomo?»

V.

»No es dado resistir ni ir adelante:
 Lidiemos no con fuerza, mas con maña,
 Cediendo á la Fortuna, que constante
 Ruta nos marca á nuestro rumbo extraña:
 Erice fraternal no está distante,
 Si ya el catado cielo no me engaña;
 Y así pronto, al torcer, será que veas
 El sículo confin.» Respondió Enéas:

VI.

«Ya he visto al temporal que nos maltrata,
Eso pedir, y resistir tú en vano:
Rodeos tienta, á la Fortuna acata,
Y miremos al término sicano.
¿Y habria tierra para mí más grata
Que la en que reina Acéstes, nuestro hermano,
Y el caro genitor llorando yace?
Allá mi escuadra guarecer me place.»

VII.

Viró el piloto: céfiros que implora
Hinchen los lienzos, y la flota vuela:
Ya rauda hendiendo por el mar la prora
Al puerto arriba por que el nauta anhela.
Y á abordar acertaron á la hora
En que amiga vió Acéstes ser la vela
Que desde alto peñon léjos divisa,
Y al puerto, alborozado, baja aprisa.

VIII.

Á él, á quien Ninfa concibió troyana
Que el dios Crimiso requestó de amores,
Tornar á ver los huéspedes le ufana
Que ama fiel en amor de sus mayores.
Hórrido anda con piel de osa africana,
Pertrechado de dardos voladores;
Y en pompa agreste y rústico atavío
Hospedaje les brinda franco y pio.

IX.

Enéas, convocando el pueblo entero,
En un collado hablóles eminente
Del nuevo día al esplendor primero:
«¡Oh dardania nacion! ¡oh diva gente!
Desde que al padre á quien deidad venero
Sepultamos aquí, y ara doliente
Pusimos en su honor, si no me engaño
Cabal su curso ha concluido un año.

X.

»Éste es el día, y éstos los lugares:
Triste, quí solo Dios, y sacro día
Que yo solemne, levantando altares,
Do quier me hallase, allí celebraria;
Que ó ya me viese en los argivos mares,
Ya en las gétulas sirtes, ya en la impía
Micenas, ó cautivo ó expulsado,
Siempre honraria al genitor llorado.

XI.

»Hé nos hoy las cenizas paternas
Á honrar dispuestos en amigo suelo,
Traidos á rendir obsequios tales
No sin visible ordenacion del Cielo.
Honradlas, pues; pedid vientos iguales,
Y que él, fundada la ciudad que anhele,
En templo que en su honor alzado sea
Votos añales renovar nos vea.

XII.

»Acéste, que de Teucro se gloria,
Por cada nao dos bueyes os da ahora:
Vengan á este festin en compañía
Nuestros Penates con los que él adora;
Que despues, si con rayos de alegría
Ciñere al orbe la novena aurora,
Por mí á vosotros cual primeras fiestas
Regatas en la mar serán propuestas.

XIII.

»El que en la lucha, en la veloz carrera
Ó al duro cesto á competir se atreve,
El que con mano á disparar certera
El dardo agudo y la saeta leve,
Concurran á la lid que los espera,
Y quien ganare el premio, ése le lleve.
Orad en tanto, compañeros mios,
Y de hoja en derredor la sien cubríos.»

XIV.

Calla; el materno mirto orna su frente:
Lo imita Helimo, y en su edad florida
Ascanio, y en la suya decadente
Acéste, y otros y otros en seguida.
Va él al sepulcro entre infinita gente,
Y por sacra costumbre establecida,
Sanguínea libacion en taza doble
Ofrece, y fresca leche, y néctar noble.

XV.

Y luégo el ara de purpúreas rosas
Esparce en torno con su propia mano;
Y «¡Salve, oh padre!» clama, «y vos, preciosas
Cenizas á mi amor vueltas en vano!
¡Salve, oh ánima y sombra milagrosas!
¡No te dió, oh padre, el Cielo soberano
Llegar á Italia y cabe el Tibre amigo
La anunciada heredad gozar conmigo!»

XVI.

Tersa, en esta sazon, salir se mira
Del fondo sepulcral sierpe que ondea
Y en siete roscas de alongada espira
Con manso halago el túmulo rodea:
Cerúleas manchas, al compas que gira,
Desvuelve, con que el lomo se hermosea,
Y semejan las puntas de la escama
Aureos destellos y matiz de llama.

XVII.

Tal, mirándola el sol, Íris destella
Y de luz entre nublos se matiza.
Visto el héroe la sierpe, el labio sella
Absorto; mas recelos tranquiliza,
Que inocente entre pulcras tazas ella,
Gustando los manjares, se desliza,
Y en doméstico giro placentero
Torna á ocultarse do salió primero.

XVIII.

Ó genio tutelar de Anquíses fuere
La sierpe, ó númen que el lugar ampara,
Enéas fausto augurio de ello infiere
Y con nuevo fervor dones repara:
Dos ovejas, segun usanza, hiere,
Dos cerdos, dos novillos ante el ara,
Novillos de negral cerviz; al paso
Que néctar liba en espumante vaso.

XIX.

Con esto de las lóbregas regiones
Salvos los manes de su padre evoca;
Y, todos imitando sus acciones,
Hace cada uno lo que hacer le toca:
Quién acude al altar con oblacones,
Ó en órden á la lumbre ollas coloca;
Quién en la hierba víctimas destriza,
Quién tuesta entrañas ó la llama atiza.

XX.

Ya los caballos de Faeton lozanos
Traen sereno el deseado dia:
Con el nombre de Acéstes, montes, llanos
El anuncio feliz corrido habia;
Y así acuden los pueblos comarcanos
En tropel rebotante de alegría,
Ya á ver los espectáculos propuestos,
Ya el prez tambien á disputar dispuestos.

XXI.

En medio el circo iluminó la aurora
Copia de premios á los ojos grata;
El verde ramo y palma triunfadora,
Preciado honor del que mejor combata:
Y armas, trípodes, vestes que decora
Purpúreo ardor, talentos de oro y plata;
Y de alto sitio súbito la trompa
Manda sonando que la lid se rompa.

XXII.

Y á par la rompen con igual arreo
Cuatro naves selectas en la armada:
Con remeros briosos, por Mnesteo
Va la rápida Priste gobernada
(Mnesteo, á quien despues ítalo veo,
Del cual, ¡oh Memio! descender te agrada):
Guias toma á su cargo la Quimera,
Que ciudad, más que nave, se creyera:

XXIII.

En triple órden de remos á ésta mueve
Con gran vigor la juventud troyana:
Sergesto generoso (á quien le debe
La gente Sergia su renombre ufana)
El gran Centauro á dirigir se atreve:
Cloanto (á quien por tronco la romana
Familia de Cluento reconoce)
La Scila azul turquí monta veloce.

XXIV.

Hay distante en el mar un risco, enfrente
De las riberas que la espuma baña:
Cuando el Cielo se entolda, el mar furente
Concentra allí su bramadora saña:
Mas á erguirse el peñon torna imponente
Cuando duerme la líquida campaña,
Y da en flanco espacioso al ágil mergo
Para enjugarse al sol plácido albergo.

XXV.

Allí una meta de frondosa encina
Enéas pone, á donde el nauta vaya
A doblar la carrera, y si lo atina,
En bajel vencedor torne á la playa.
La suerte á los caudillos determina
Puesto; cada uno en alta popa raya
Por la vestida púrpura y el oro,
Y á lo léjos esplende su tesoro.

XXVI.

Bañados con aceite reluciente
Las desnudas espaldas, y ceñidos
Con ramaje de álamo la frente,
Al banco acuden los demas, fornidos;
Y, la mano en los remos impaciente,
Y atentos al anuncio los oidos,
Codicia de loor, sed de combate
Les hinche el corazon, que duda y late.

XXVII.

El clarin resonó; y en un momento
Todos del puesto arrancan á porfía:
Retiembla el mar, retumba el firmamento
Con el náutico estruendo y gritería:
Abren los brazos al batir violento
Surcos iguales y espumosa via,
Y á un tiempo remos y tridentes proras
Las aguas por doquier rompen sonoras.

XXVIII.

No en el estadio así se precipita
Carro de dos corceles que se arroja
La palma á arrebatár, ni tal se agita
El conductor que la tardanza enoja;
El cual el volador tiro concita
Sacudiendo sobre él la brida floja;
Blande el azote, y á blandirlo atento,
Parece, de encorvado, ir por el viento.

XXIX.

Clamores suenan por el bosque umbrío
De grupos en el triunfo interesados;
Vuelve herida la playa el vocerío,
Y le vuelven en ecos los collados.
Entre gente y rumor Gias con brío
Hendió el primero los salobres vados;
Cloanto á par, mejor en remos, viene,
Bien que el peso la nave le detiene.

XXX.

Priste y Centauro en pos á una se lanzan,
Y cada cual adelantarse espera:
Alternativamente ora se alcanzan
Cuando alguna tomó la delantera;
Ora las proas ateniendo, avanzan
Con larga quilla en rápida carrera;
Ya al escollo llegando iban, en suma,
Resuelto el ponto en albicante espuma.

XXXI.

Hé aquí entre todos victorioso Gias
A su piloto reprendiendo, exclama:
«¿Por qué á derecha desviar porfías?
Torna, Menétes, do el honor nos llama:
Las otras por el mar rueden baldías;
Nuestra nave el peñon deja que lama!»
Tal dice; mas temiendo ímpio bajío
Tuerce hácia el mar Menétes el navío.

XXXII.

Y otra vez Gias con furor le intima:
«Torna, Menétes, á la izquierda!» En esto
Siente á Cloanto que le viene encima
Y á ganarle de mano acude presto:
Ya á las rocas sonantes se aproxima
Entre ellas y él lanzándose interpuesto,
Y á ambos atras dejándolos de pronto,
En bajel triunfador boga en el ponto.

XXXIII.

Al mancebo en la faz saltóle el lloro,
Y hasta los huesos le mordió la ira:
Ni oye la voz del personal decoro
Ni de los suyos la salud ya mira;
Mas de alta popa al piélagosonoro
Brusco á Menétes de cabeza tira;
Y activo en su lugar, exhorta, empeña,
Y, rigiendo el timon, va hácia la peña.

XXXIV.

Menétes, de los años abatido,
Salir apénas del abismo pudo;
Y sacudiendo el húmedo vestido
Trepas á secarse en el peñon desnudo.
Rió la juventud cuando le vido
Hundirse de cabeza al golpe rudo;
Bregar luégo, y despues que brega y náda,
Revesar la onda que tragó salada.

XXXV.

Viendo á Gias, Mnesteo la esperanza
Cobra de rebasarle. Al par rebosa
Sergesto en ella, y, el primero, alanza
Su nave hácia el peñasco presurosa:
Esta, mitad á su rival se avanza,
Mitad la Priste su costado acosa;
Y en fuerza del peligro y del deseo,
Recorriendo el bajel habló Mnesteo:

XXXVI.

«Soldados de Héctor, que la patria mia
Miró á mi lado en la final pelea!
Como en las sirtes gétulas fué un dia,
En este lance vuestro aliento sea;
Cual ya en el jonio mar, vuestra osadía,
O en las rápidas ondas de Malça.
Ni aspiro á ser primero. ¡Oh, si pudiese...!
No; á quien lo dió Neptuno, el triunfo es de ése!

XXXVII.

»Mas no el pudor postreros ir consiente;
Lo que honor manda, compañeros, pido.»
Calla; saca, á su voz, vigor su gente;
Cruje la popa al golpe repetido;
Huye la mar; anhélito frecuente
Brotan las secas fauces con sonido;
Los cuerpos dobla agitacion extraña,
Y abundante sudor sus miembros baña.

XXXVIII.

Hé aquí vencer les dió súbito caso;
Y fué así que forzando espacio estrecho,
Metió Sergesto el imprudente vaso
Entre las peñas á encallar derecho:
La roca retembló con el fracaso;
Se oyó el remo crujir cuasi deshecho
En puntas de coral, do sin defensa
Entró la proa y se aferró suspensa.

XXXIX.

Los marinos con alto clamoreo
Hacen, si al pronto yertos, de ferrados
Chuzos y picas oportuno empleo
Por desclavar los remos quebrantados.
Gozoso en tanto, á buen remar, Mnesteo,
Propicios ya los vientos y los hados,
Tiende el rumbo á do el piélagos declina,
Y raudo y libre por el mar camina.

LX.

Cual vuela por el campo, alborotada
Con el pavor de súbito estallido,
La paloma que tiene en la albarrada
Su dulce imperio y su amoroso nido;
Bate sobre su rústica morada
Las plumas, al salir, con recio ruido,
Y despues remontándose en el cielo
Las alas tiende en silencioso vuelo:

XLI.

Así la Priste, que fatiga tanta
Tomaba forcejando la postrera,
Con ímpetu espontáneo se levanta
Y huyendo por las ondas va ligera.
Lo primero, á Sergesto se adelanta
Con su nave entre escollos prisionera,
Y allí haciendo le deja vanos votos
E ideando volar con remos rotos.

XLII.

Tras Gias sigue, y á su nao pujante,
Falta ya de piloto, desafia:
Vence; sólo Cloanto va delante;
Y vuela en pos, creciendo su osadía:
Redóblase la grita estimulante
De los espectadores, que á porfía
Roncos aplauden su feliz carrera,
Y los ecos en torno hinchén la esfera.

XLIII.

Los unos, que triunfantes se creyeran,
Ya en riesgo el triunfo, coronarlo ansían:
Incompleto, la palma no quisieran;
Completo, por la palma morirían:
Los otros eso mismo osan y esperan;
Porque triunfando van, triunfar confían,
Y pudieran juntándose ambas proras
Partir el premio á un tiempo vencedoras.

XLIV.

Mas á orar atinó de esta manera
Cloanto, ambas las manos extendiendo:
«¡Oh Númenes que el piélagos venera,
Cuyos dominios con mi nave hiendo!
Si el triunfo me cumplís, en la ribera
Un blanco toro en vuestro honor ofrendo;
Tiraré sus entrañas á estos mares,
Y néctar bañará vuestros altares.»

XLV.

Dijo; y á par oyó de Forco anciano
La vírgen Panopea sus acentos;
Y el coro de Nereidas soberano
Condolióse en sus huecos aposentos:
Movió la nao Portumno con su mano,
Y fugaz como soplo de los vientos,
Y no ménos veloz que alada flecha,
El hondo puerto penetró derecha.

XLVI.

Los combatientes por sus nombres llama
Enéas, y sus triunfos galardona;
A voz de heraldo resonante aclama
Vencedor á Cloanto, y le corona:
Ciñe, en suma, á su sien la verde rama;
Y á cada nave tres becerros dona,
Y que lleven les da vino abundante,
O una pieza de plata á su talante.

XLVII.

Y á cada jefe añade su presea:
Clámide áurea al principal ofrece,
De púrpura ceñida melibea
Que en doble orla gira y la guarnece:
Retejido en el fondo la hermosa
De Ida el régio garzon, que allí aparece
La espesura cruzando nemorosa,
Y leves ciervos con el dardo acosa.

XLVIII.

Figúrase allí mismo en el momento
En que robado, al parecer anhela:
La armígera de Jove al firmamento
Le arrebatata feroz, y encima vuela:
Muestra uñas corvas la ave por el viento;
Viejos que hacen al niño centinela,
Tienden palmas al aire; el aire mudo
Hieren los canes con furor agudo.

XLIX.

Loriga de oro y triple y fina malla
Relucia en los dones del trofeo:
Usóla ya en los campos de batalla,
Campos que riega el Símois, Demoleo:
Mal consiguen en hombros sustentalla
Dos esclavos, Sagáris y Fegeo;
Y así y todo, el jayan con ella un día
Fugitivos Troyanos perseguía.

L.

Y en campos la ganó que el Símois riega
Enéas ya, cabe Ilion divino;
Y ahora la otorga al que segundo llega,
Arma al par y ornamento peregrino.
Dos calderas, despues, de bronce entrega,
Tercer presente á quien tercero vino;
Y dos vasos de argento, muestra rara,
Que el cincel de figuras abultara.

LI.

Ya iban todos premiados, con diadema
De púrpura ceñidos, placenteros;
Cuando Sergesto, que su industria extrema,
Salir logró de los escollos fieros:
Con una banda escueta afana y rema,
Quebrantados costado y marineros;
Y en medio de la befa que le humilla,
Pide el tardo bajel la ingrata orilla.

LII.

Tal sesga sierpe, en el camino hollada
De veloz rueda, ó por viador, que herida
La deja, y medio muerta, de pedrada,
El cuerpo tuerce por lograr salida;
Con lengua ardiente, con feroz mirada
Yérguese, en parte, rebosando vida,
Y, en parte, de dolor se arrastra llena,
Y en sus propios anillos se encadena.

LIII.

Mas la nave que en remos flaqueaba,
Las velas descogiendo á puerto viene.
Enéas de Sergesto el arte alaba
Con que gente y bajel salvar obtiene,
Y le da el galardón: era una esclava
De Creta oriunda, que por nombre tiene
Foloe; en artes de Minerva, diestra;
Al seno puestos dos infantes muestra.

LIV.

Así acabada la naval porfia,
A un sitio ameno de hierbosos prados
Enéas se adelanta: en torno habia
Corvas selvas, umbríferos collados:
Del valle el fondo en círculo se amplía;
Teatro natural forman sus lados;
Y allá la multitud vuela contenta,
Y en medio el Rey con majestad se asienta.

LV.

Y con premios invita lisonjeros
Á competir en rápida corrida:
Teucros, Sicanos, á su voz ligeros
Saltan á par á do el honor convida.
Van Euríalo y Niso los primeros:
Radiante el uno en juventud florida,
Insigne el otro por su casta llama;
Bello Euríalo es; Niso le ama.

LVI.

Vino, sangre de Príamo, Diores;
Y Patron luégo y Salio juntamente,
Aquéste de tegeos genitores,
Esotro de Acarnania procedente.
Compañeros de Acéstes, cazadores,
Mancebos de gallardo continente,
Van Helimo y Panópes en seguida;
Y otros de nombre que la fama olvida.

LVII.

«Al campo, adolescentes, os convido,»
El Rey dijo á la gente congregada;
«Y á promesa gustosa dad oido:
Nadie sin dón saldrá de la estacada.
Hé aquí dos dardos de metal buido,
Cretenses, y de argento nielada
Una hacha de dos filos: ved en esto
El comun premio á cada cual propuesto.

LVIII.

»Al más aventajado combatiente
Daráse encima, amén de la corona,
Un noble potro con jaez luciente:
Al segundo, una aljaba de amazona,
Provista, y de áureo tahalí pendiente
Que gruesa perla cual boton tachona:
Al tercero, este hermoso yelmo argivo;
Y los tres ceñirán ramas de olivo.»

LIX.

Dijo, y puestos eligen; y al instante
Que señal de partir dió la trompeta,
Cual ráfagas de viento resonante
De la raya mirando huyen la meta:
Niso, fuerte y veloz, sale adelante
Como alado relámpago ó saeta;
Corre Salio despues, distante empero;
Eurialo, lo mismo, va tercero.

LX.

Sigue á Euríalo Helimo en su carrera;
Á Helimo pié con pié sigue Diores;
Ya, ya al hombro le hostiga, y si se abriera
Más campo á sus intrépidos furores,
Del que último volaba el lauro fuera
Ó en balanza quedaran los honores.
Ya el término llegando iban en suma,
Y el esfuerzo los músculos abrumba.

LXI.

Hé aquí casi triunfante (¡infausto caso!)
En verde grama que la suerte quiso
Hubiese matizado humor escaso
De inmolados becerros, pisó Niso:
Tratará en vano de afianzar el paso
Titubeante en suelo húmedo y liso;
Llega veloz, veloz resbala, y todo
Tinto en sangre quedó, y envuelto en lodo.

LXII.

No allí Niso olvidó su amistad bella;
Mas álzase en el pérfido terreno;
Salio síguele incauto, se atropella,
Y yéndose de piés rueda en el cieno.
Euríalo veloz como centella
Adelante de todos, de ardor lleno,
Entre aplausos sin número se lanza,
Y, merced de amistad, el lauro alcanza.

LXIII.

Llega Helimo despues, y en fin Diores.
Salio á engaño se llama, visto aquello;
Pide el prez, y á la flor de espectadores
Con su aplauso da en cara á voz en cuello.
A Euríalo protegen, sin clamores,
Virtud llena de gracia en rostro bello,
Virtud que encanta y pundonor que llora,
Y el sufragio de un pueblo que le adora.

LXIV.

Favorécenle á par altas razones
Que hace Diores, que su palma espera:
Palma, si Salio de los grandes dones
Ninguno ha de llevar, suya y postrera.
Y dijo Eneas: «No temais, garzones:
El órden de los premios nadie altera;
Ni vuestros fueros mi amistad lesiona
Si al valor desgraciado galardona.»

LXV.

Y una piel de leon da á Salio, armada
Con áureas garras y hórridas guedejas.
Niso entónces habló con voz turbada:
«Si ese honor á vencidos aparejas
Y tanto un contratiempo te apiada,
Para Niso, señor, ¿qué premio dejas?
Mio es el triunfo, si la suerte esquiva
Que á Salio hirió despues, no me derriba.»

LXVI.

Habla, y del golpe el afeante signo
Muestra, hablando, en el cuerpo y triste cara.
Oyóle el Rey y sonrió benigno,
Y un rico escudo le ordenó llevara:
Fue éste del mozo egregio premio digno:
Lo hizo Didameon con arte rara,
Y al templo de Neptuno do pendia,
Argivo brazo lo arrancara un día.

LXVII.

Cesó la competencia de esta suerte;
Y Enéas señalando férreo guante:
«Ahora,» dijo, «el que se sienta fuerte,
Ceñido el puño indómito levante.
Lucio novillo al que á vencer acierte,
Con cintas y oro el asta rutilante,
Daré por galardón: gentil celada,
Por consuelo, al vencido, y una espada.»

LXVIII.

Con murmullo del vulgo circunstante,
Lleno Dáres alzóse de ufanía:
Él solo, en Troya, á París arrogante
A contrastar lidiando se atrevia;
Y él solo á Bútes, triunfador gigante,
Que, de origen bebricio, pretendia
Llevar sangre de Amico, invicto en guerra,
Cabe el túmulo de Héctor echó á tierra.

LXIX.

Tanto como en la fúnebre palestra
Soberbio entónces levantarse pudo
Cuando dejó al jayan sola su diestra
Tendido en la sangrienta arena y mudo,
Soberbio ahora se levanta, y muestra
Los hombros fornidísimos desnudo;
Y un brazo y otro vigoroso extiende,
Y los aires azota por do hiende.

LXX.

En medio del innúmero gentío
Otro igual campeón se busca en vano:
Nadie á aceptar se atreve el desafío,
Nadie del cesto á rodear la mano.
El, sin par, á su juicio, en poderío,
Saluda á Enéas y prosigue ufano
Sin que en mudo homenaje instantes pierda,
De una asta asiendo al toro con la izquierda:

LXXI.

«¿Qué más quieres que aguarde, hijo de Diosa?
El dón se me adjudique, pues ninguno
Su fuerza con mis fuerzas medir osa.»
Los Teucros barbotaban de consuno
Apoyando la súplica orgullosa.
Con ruego en tanto Acéstes importuno
Reprende, incita á Entelo, que á su lado
Yace en el verde césped reclinado:

LXXII.

«Tu nombre de valiente entre valientes
¿Qué sirve, Entelo, sin tan buenos dones
Con tanta calma en paz llevar consientes?
Hoy de Erice divino y sus lecciones
¿No es deber patrio que el honor sustentas?
La fama que asombraba estas regiones
¿A dónde se oscurece? ¿Qué se han hecho
Los despojos pendientes de tu techo?»

LXXIII.

Entelo respondió: «No son extraños
Valor y amor de gloria al pecho mio;
Mas siento ya de la vejez los daños,
Mis miembros ciñe ya rígido frio.
Yo si hoy tuviese el que en mis verdes años,
Cual le goza ese audaz, ardiente brío,
No el premio disputara, sí la palma;
Que ocupe el premio vil, lo llevo en calma.»

LXXIV.

Habló Entelo; y volviendo por sus fueros,
Se alza, y dos cestos en el campo lanza
Con que Érice ostentara en golpes fieros
Con los ligados brazos su pujanza.
Ven los siete boyunos recios cueros
Graves de plomo y hierro á hercúlea usanza,
Y todos se imaginan con asombro
Del buey la talla, y del atleta el hombro.

LXXV.

Más que de paso el mismo Dáres cía;
Y mudo con la mano el grande Enéas
El enorme volúmen revolvía
De los gruesos anillos y correas,
Y díjole el anciano: «¿Qué sería
Si de Hércules las armas giganteas
Hubieses visto, y la espantosa hazaña
Que hizo estas playas funeral campaña?

LXXVI.

»Fué hijo Érice, cual tú, de Vénus, y esos
Los correones son que usaba en lides:
¿Espancidos los ves de sangre y sesos?
Los mismos son con que paró ante Alcides;
Y yo tambien con vigorosos huesos
Loñ blandí contra fuertes adalides
Cuando áun léjos la edad miraba ingrata
Que ambas mis sienes esmaltó de plata.»

LXXVII.

Y á Dáres retorciendo la mirada:
«Mas si rehuyes, campeón troyano,»
Prosigue; «si á tu Rey piadoso agrada,
Y al mio, que combate por mi mano,
Fuerzas equiparar en la estacada,
Gustoso á justos términos me allano:
¡Ea! las armas de Érice te cedo;
Las troyanas depon, y pon el miedo.»

LXXVIII.

Áun bien no lo hubo dicho, se adelanta,
Y del doble ropaje se desnuda,
Y en pecho, brazos, músculos, espanta
Ver su nerviosa robustez membruda:
Ya, en medio el campo, colosal se planta;
Y dando Enéas término á la duda,
Trae de iguales cestos sendos pares,
Y á Entelo de ellos arma y arma á Dáres.

LXXIX.

Y en simultáneo arranque de osadía
Ya éste en puntas de piés y aquél se adreza;
Los brazos uno y otro al aire envía,
Cautelosa hácia atrás la alta cabeza:
Trábanse por las manos; á porfia
Crecen amagos, y la lucha empieza
Entre el púgil que mueve ágil la planta
Y el jayan que disforme se levanta.

LXXX.

Va el jóven en su edad esperanzado;
Fia el viejo en su mole, aunque flaquean
Las rodillas y el cuerpo treme helado;
Y ambos con vano afan tiran, golpean:
Hiérense aprisa al cóncavo costado:
Ronco el pecho resuella: menudean
Por orejas y sienes las puñadas:
Las mandíbulas crujen martilladas.

LXXXI.

Firme está Entelo; mas con pronta vista
Ve por do heridas, ladeando, ahorre;
El otro el campo mide, y por do embista
Entradas busca, á embestir acorre:
Tal tropa audaz, de máquinas provista,
Soberbio muro ó enriscada torre
Que medite arruinar, asalta, embiste;
Torna á atacar, y el torreón resiste.

LXXXII.

El brazo Entelo, amenazando estrago,
Alza descomunal; mas ve de arriba
Venir, Dáres, con tiempo, el fiero amago,
Y hurta el cuerpo veloz y el golpe esquivo:
Hirió el furioso combatiente en vago,
Y enorme por su peso se derriba,
Cual rueda hueco pino, dando espanto,
En bosques de Ida ó cumbres de Erimanto.

LXXXIII.

Levántanse ambos campos con rüido,
Y un grito al cielo lanzan simultáneo:
Acude Acéstes, viéndole caído,
A ayudar al amigo y coetáneo:
Surge él sin quiebra de ánimo ó sentido:
Antes fuego de cólera espontáneo
Arde en su pecho, el pundonor le pica,
Y el probado valor fuerzas duplica.

LXXXIV.

Y ya en rápida fuga, impetuoso,
 Tirando golpes de una y otra mano,
 Sin parada, sin vado, sin reposo,
 Persigue á Dáres por el ancho llano;
 Cual turbion que los techos fragoroso
 Azota con granizo, el héroe insano
 Hiere á ciegas con furia borrascosa,
 Y á Dáres acomete, envuelve, acosa.

LXXXV.

No sufre Enéas que adelante siga
 La encarnizada obstinacion de Entelo,
 Y del campo, ya muerto de fatiga
 Saca á Dáres con voces de consuelo:
 «¿Demente estabas? ¡Ah, infeliz! te hostiga
 No humana fuerza, pero el mismo Cielo;
 Cedés á un Dios; rendirte no te pese.»
 Dijo; y manda su voz que la lid cese.

LXXXVI.

En torno del vencido en ese instante
 Llega fiel uno y otro camarada,
 Y, flacas sus rodillas, vacilante
 La cabeza, la boca ensangrentada
 Y el ornato dental roto y nadante,
 Llévanle al puerto. Morrion y espada
 Reciben advertidos, y se alejan,
 Y el toro al vencedor y el lauro dejan.

LXXXVII.

El cual del lauro y con su toro ufano,
 «Ved, pues, ahora, y ponderad,» decia,
 «¡Oh hijo de Diosa! ¡oh ejército troyano!
 Cuál en mi juventud la fuerza mia
 Hubo de ser, y Dáres de mi mano
 Cuál muerte, á no salvarle, probaria.»
 Dijo, y plantóse del novillo enfrente,
 En alto puesto el brazo prepotente;

LXXXVIII.

Y á plomo entre ambos cuernos, guarnecida
 La mano descargó cual duró hierro:
 Húndese el cráneo, y trémulo, sin vida,
 En tierra con su mole da el becerro.
 «¡Salve, Érice inmortal!» clamó en seguida:
 «Puestas las armas, con que triunfos cierro,
 Más bien que la de Dáres, en memoria,
 Yo dó y consagro esta ánima á tu gloria.»

LXXXIX.

Luégo al juego del arco el Rey troyano
 Invita, y premios pone. De la nave
 Que Seresto gobierna, con su mano
 Va él mismo y fuerte arbola el mástil grave;
 Y alígera paloma al aire vano
 En el tope suspende (atada el ave
 A una cuerda, la cuerda al mástil fija)
 A donde el tiro el flechador dirija.

XC.

Llegan de ellos; y un casco que reciba
Las suertes, traen en medio. La primera,
La de Hipocon, el de Hírtaco, con viva
Aclamacion del vulgo, saltó fuera.
Coronado la sien de verde oliva,
Reciente prez de la naval carrera,
Oyó, en segundo término, Mnesteo
Grato sonar su nombre á su deseo.

XCI.

Tocóle á Eurition salir tercero:
Hermano tuyo, oh Pándaro divino,
(¡Tú que al campo de Aquivos, el primero,
Lanzaste, compelido del destino,
El dardo de discordia mensajero!)
Del fondo del almete al aire vino,
Postrer nombre, el de Acéstes, que ahora ufano
En lid de mozos á terciar va anciano.

XCII.

Todos con brazo en arco arman pujante,
Y sacan primas flechas del aljaba:
Ante todas, del nervio rechinante
Arrancó la que el de Hírtaco ajustaba:
Hiere el viento, y al mástil que delante
Mira, parte veloz, y en el se clava:
Al golpe tembló el palo; alas agita
Medrosa el ave, y el concurso grita.

XCIII.

Tendió el arco avanzándose forzado
Mnesteo, vuelto á lo alto ojos y flecha;
Mas no tanto que al ave hiriese, pudo
La férrea punta encaminar derecha:
Rompió empero la cuerda y líneo nudo;
Y libre el pié de la atadura estrecha,
La paloma veloz sacude el vuelo
Entre nubes plumizas por el Cielo.

XCIV.

Eurition, ya el arco apercebido,
Tiró, invocando á Pándaro en su ayuda,
Al ave que de nublo opaco vido
Salir aleteando, flecha aguda:
Alcanzóla en su vuelo envanecido;
Ella el hincado astil trayendo muda,
Dejando por allá la dulce vida,
Al suelo vino en mísera caída.

XCV.

Solo Acéstes quedaba, ya baldío,
Y la palma perdida y la esperanza;
Mas del brazo ostentando el arte y brío
Y del arco sonante la pujanza,
Vuelta la faz al ámbito vacío,
Apunta en vago, la saeta lanza,
Y ocasiona, no entonces entendido,
Milagro aéreo de infeliz sentido.

XCVI.

Confirmaron despues con voz tardía
Aduetos vates el infausto agüero:
Y fué así que inflamado discurria
Entre celajes el volante acero;
Con fuego señaló su etérea via
Y apagóse en los aires; cual lucero
Que vaga desquiciado por la esfera
Arrastrando su ardiente cabellera.

XCVII.

Al Cielo los medrosos corazones
Ambos pueblos levantan juntamente;
Mas no igualó con fúnebres visiones
El gran Enéas la vision presente;
Antes sonríe cumulando dones,
Y á Acéstes abrazando, al par riente,
Aunque grave el semblante, de alegría,
«Llevá, ilustre monarca,» le decia:

XCVIII.

«Lleva esta copa, de labores rica
(Que del Olimpo el reinador, no en vano
Con esa aparicion me significa
El honor que te debo soberano):
Mi anciano genitor te la dedica;
Recíbela, dón suyo, de mi mano:
A él el tracio Ciseo ántes la diera
Insigne prenda de amistad sincera.»

XCIX.

Dice; y ciñe á su sien envejecida
Verde rama, y triunfante le pregona.
A Eurition, que disputar no cuida,
Cual pudo, muerta el ave, la corona,
Premió inferior á Acéstes. En seguida
Al que nudos deshizo galardona;
Y á aquel con recompensa honra postrera
Que la flecha en el palo hincó primera.

C.

Enéas, no el cértamen concluido,
Llamado habia al de Epito á su lado,
Tutor del tierno Yulo, y á su oido,
Fiel á secretos, confió un recado:
«Vé, corre; á Ascanio dí que si instruido
Tiene y á la carrera adelñado
Su escuadron de muchachos, más no tarde,
Y honre al abuelo con vistoso alarde.»

CI.

Él mismo á la esparcida concurrencia
Manda dejar los campos escombrados:
Llegan ya, y con gallarda continencia,
En caballos del freno bien guiados,
Avanzan de sus padres en presencia
Niños de hoja menuda coronados;
Y al verlos desfilar, rumor que halaga
A un tiempo en ambos pueblos sordo vaga.

CII.

Dos de agreste cerezo jabalinas
Con punta herrada llevan todos ellos:
Aljaba al hombro, algunos: de oro finas
Cadenas caen de los ceñidos cuellos.
Despártense en tres bandas peregrinas,
Doce en cada una, los garzones bellos;
Y, en competencia igual de su edad tierna.
Agil cada una un capitan gobierna.

CIII.

¿Veislo? mandando va su compañía,
Hijo, Polítes, tuyo, el pequeñuelo
Príamo, que del nombre se gloria
(Cual de él ítalos nietos) de su abuelo:
Monta un corcel de los que Tracia cria,
Gallardo, bicolor, que el duro suelo
Con alba mano denodado huella,
Y lleva en la alta frente alba una estrella.

CIV.

Por segundo caudillo Átis figura,
Claro abolengo vuestro, Acios romanos:
Iguales en la edad y la ternura
Andan Atis y Ascanio cual hermanos.
Llega éste al fin, primero en la hermosura.
En un potro de climas africanos:
A él la cándida Dido ántes lo diera
Insigne prenda de aficion sincera.

CV.

Los demas en sicanos pisadores
Vienen, del viejo Acéstes, cabalgantes.
Agólpanse en tropel espectadores
Troyanos, desfilando los infantes;
Y al ver á éstos de antiguos genitores
Los semblantes copiando en sus semblantes
Que la esperanza y el temor demudan,
Con estruendo de aplausos los saludan.

CVI.

Luégo que el circo hubieron recorrido
Tal que viese cada uno al que aguardara,
El de Epito de léjos un silbido
Dió de repente, y sacudió su vara:
A galope lanzándose, al chasquido,
Cada banda, del centro se separa;
Mas, no bien la segunda seña oida,
Vuelven, blandiendo el dardo, fácil brida.

CVII.

Y á hacer tornando lo que hicieron ántes
Las cuadrillas se apartan, se avecinan;
Vueltas dan y revueltas elegantes;
Giros, tornos, enredan y combinan:
Y en juegos á combates semejantes,
Ya dan la espalda; ya á volver atinan,
Y amagando, venablos abalanzan;
Ya, hechas las paces, de concierto avanzan.

CVIII.

Como hienden delfines la onda fria;
Nadando, al mar Carpacio, en varios modos;
Cual marañada. inextricable via
En la alta Creta con sus mil recodos
El laberinto pérfido tejía
Porque, en calando, se perdiesen todos;
Así los pequeñuelos se cruzaban
Y tal madeja, entrando, huyendo, traban.

CIX.

Estas fiestas á imágen de batallas
Fué Ascanio el que en los campos italianos
Primero instituyó, cuando en murallas
Ciñó á Alba Longa y protegió sus llanos:
Enseñados pudieron practicallas
Los Latinos, y luégo los Albanos:
Hoy de Troya apellido el juego toma
Y el escuadron que lo ejercita en Roma.

CX.

Niño entónces Ascanio todavía,
Con esotros mozuelos sus iguales
Al glorioso abuelo estos hacía
Honores, si festivos, funerales:
Celebraba la alegre compañía
En los sículos campos juegos tales;
Mas trocó la Fortuna en un instante
Con torvo ceño el plácido semblante

CXI.

Fué así que en ese medio, rencorosa,
Mal sanada la llaga que encubria,
Juno del Cielo á Íris vaporosa
A las naves ilíacas envía:
A la húmida ninfa la gran Diosa
Impetu añade en la region vacía
Y del arco la adorna de colores,
Miéntras vuelve en secreto sus dolores.

CXII.

Ella parte invisible, vuela aprisa,
Ve el inmenso concurso, tuerce al puerto;
Las anchas playas vacilante pisa
Y todo siente estar mudo y desierto:
Al fin las damas de Ilion divisa
Que en cóncavo remoto, al mar abierto,
Honrando á Anquíses lágrimas le daban,
Y en el lóbrego mar la vista clavan.

CXIII.

Y así, con mustia faz y ojos inmotos,
Con una voz, la que el dolor les presta,
«Mares cruzamos ya,» dicen, «ignotos;
¡Oh, y cuánto de agua por salvar nos resta!»
Por lograr firme asiento elevan votos;
Hablar de un más allí, pesar les cuesta;
Y hé aquí, miéntras derraman sus querellas,
Íris astuta se desliza entre ellas.

CXIV.

Veste aérea y gentil fisonomía
 Poniendo la Deidad, la frente anciana
 De Beroe usurpó, que, esposa un día
 Del ismario Doriclo, andaba ufana
 Con su nombre, su prole y su hidalguía;
 Y, entre ancianas ilustres falsa anciana,
 «¿Qué aguardamos, ah miseras!» les dice:
 «¡Pobre generacion! ¡suerte infelice!

CXV.

»Fortuna impía del acero griego
 Nos reservó para mayores males:
 Cumplidos van, desde que á Troya el fuego
 Devoró, siete círculos añales:
 La tierra hemos corrido, el ponto ciego,
 Y medido los cercos siderales;
 Y aún vamos por el mar, nao combatida,
 A Italia que burlando nos convida.

CXVI.

»Érice fraternal está presente;
 Aquí Acéstes bondoso nos ampara;
 Y podemos en base permanente
 La Patria restaurar. ¡Oh Patria cara!
 ¡Oh Dioses rescatados vanamente!
 ¡Qué! ¿y nunca el patrio muro, nunca un ara
 Troyana hemos de ver, ni un Janto amigo?
 ¡Venid! ¡Las naves incendiad conmigo!

CXVII.

»Yo en sueños ví que antorchas esgrimia
 La sombra ilustre de Casandra fiera,
 Y, «A Troya aquí reedificad!» decia:
 «Ésta, ésta es nuestra patria verdadera.»
 No consiente demoras, á fe mia,
 Tan gran vision, ni la ocasion da espera.
 Hé aquí ofrezco á Neptuno cuatro altares:
 ¡Hachas dános y ardor, Dios de los mares!»

CXVIII.

Dice, y de fuego resplandece armada;
 Alza la mano, y de piedad desnudo
 Flamígero tizon lanza á la armada;
 Pásmanse todas con asombro mudo.
 Pirgo, entre ellas en años avanzada,
 Que á la prolè de Príamo fué escudo,
 Nodriz a tantos hijos oficiosa,
 «No es de Doriclo,» dice, «no, la esposa;

CXIX.

»Ni es sér mortal, matronas, lo que veo:
 Notad de insigne majestad señales,
 El porte, de la vista el centelleo,
 Voz divina y fragancias celestiales.
 La retea Beroe su deseo
 De hacer á Anquíses honras funerales
 Con nosotras aquí, distante ahora
 (Yo enferma la dejé) frustrado llora,»

CXX.

Ellas perplejas á la flota en tanto
Revuelven maliciosas las miradas:
El interpuesto mar les causa espanto,
Mas las llaman regiones anunciadas.
Oscilan entre amor y deber santo,
Cuando Íris de repente á sus miradas
Toma vuelo, y una ala y otrá ala,
Trazando un arco inmenso, abre é iguala.

CXXI.

En frenesí convierten sus arrojos
Con la vision espléndida las damas:
Teas clamando lanzan, y, despojos
Del consagrado altar, hojas y ramas:
Van ministros de estrago los manojos;
Y dando rienda á las voraces llamas
Remos trepa y escálamos Vulcano,
Cruje y las gayas popas lame ufano.

CXXII.

Llevó al anfiteatro y sepultura
Santa de Anquíses, la noticia Eumelo;
Vuelven luégo á mirar, y en nube oscura
Ven trémulas pavesas ir al Cielo.
Tuerce al campo de horror y desventura
De su alegre carrera Ascanio el vuelo;
Con vano afan por detenerle, al paso
Salen sus ayos con aliento escaso.

CXXIII.

Y él, «¡Desgraciadas! ¿qué furor extraño,
Qué error,» les dice, «os precipita ciego?
¿Pensais que á argivos campos haceis daño?
¡Oh, á vuestras esperanzas pegais fuego!
Yo vuestro Ascanio soy: ved si os engaño.»
Dice, y el morrion, disfraz del juego,
Deposita á sus plantas, y les muestra
La faz amiga y la inocente diestra.

CXXIV.

En pos de Ascanio presurosos tiran
Su padre mismo y los demas Troyanos.
Mas ya las tristes en lo que hacen miran,
Y á ocultar su vergüenza, por los llanos
Que extiende la ribera, mustias giran
Huecas peñas buscando: á sus hermanos,
Vueltas en sí conocen, y les pesa,
Libres de Juno, de la aleve empresa.

CXXV.

Pero el voraz incendio, aún no contento,
Sus indómitos ímpetus no afloja:
De las húmedas tablas el asiento
Arde estoposo, y grueso humo arroja:
Consume las carenas fuego lento:
Vana es la onda esparcida que las moja,
Ni hay ya luchar con la arraigada llama,
Cuando hé aquí suplicante el Rey exclama:

CXXVI.

«¡Oh Júpiter supremo! Si de humanos
Males, cual usas, aún piedad hoy tienes;
Si no en uno maldices los Troyanos,
Esta última porcion de nuestros bienes
Salva de azar cruel, fuegos insanos:
Mas si á muerte merezco me condenes,
Destruye de una vez nuestra esperanza,
Y húndame el rayo aquí de tu venganza!»

CXXVII.

Rasgado de sus hombros el vestido
Y ambas las manos extendiendo al Cielo,
Así Enéas con férvido alarido,
O muerte ó salvacion pide en su duelo;
Y aún bien no hablara, cuando nublos vido
Con que el aire oprimir amaga al suelo;
La esfera en un momento se ennegrece,
Ronco trueno las cumbres estremece.

CXXVIII.

Y ya sin más tardar, de los collados,
Acompañados del fragor del viento
Rios descenden á inundar los prados
Furiosos con hinchado movimiento:
Ciego á los buques va medio abrasados,
Las popas cubre el rápido elemento,
Y oprimiendo el vapor, que al fin apaga,
Libra las naves de la peste aciaga.

CXXIX.

Cuatro habia el incendio devorado;
Con cuyo acerbo caso que intimida,
Enéas vacilante, acobardado,
No sabe por cuál rumbo se decida:
Si en Sicilia su nido asiente, al hado
Mal sumiso, que léjos le convida,
O si á Italia persiga, al hado atento;
Y la duda tenaz le da tormento.

CXXX.

Náutes entónces, venerable anciano
Por la tritonia Pálas adivino,
A quien ella dotó con larga mano
De ingenio insigne y de infalible tino.
Interrogado respondió, no en vano,
Ya sobre muestras del furor divino,
Ya lo que el hado inevitable ordena,
Y al héroe hablando, su inquietud serena:

CXXXI.

«¡Hijo de Diosa! al fin llegar porfía
Que una vez y otra vez marcó tu sínó:
Tenaz luchando un dia y otro dia,
Vencerás los rigores del destino.
Ahí Acéstes está que se gloria
De su origen superno: en tu camino
Te dé su luz, y á su favor sincero
Los restos fia del estrago fiero.

CXXXII.

»Quienquier de tu alta empresa lleve enfado,
Las matronas, cansadas de los mares,
Los ancianos; en fin, cuanto á tu lado
Mezquino, flojo, inválido notares,
Quede todo de Acéstes al cuidado:
Funden ellos aquí muros y altares,
Y de Acéstes merced, de Acesta el nombre
Al nido que afiancen, grato asombre.»

CXXXIII.

Alentó el sabio al Rey; mas le destroza
Con nuevas dudas que á su mente inspira.
Y ya la húmida Noche en su carroza
Que negra copia de caballos tira,
Ocupa el firmamento. En esto goza
Ensueño seductor el héroe, y mira
La apariencia bajar del padre amado
Que á hablarle empieza con benigno agrado:

CXXXIV.

«Hijo, más caro que mi propia vida
Mientras las auras respiré vitales;
Tú, á quien prueba Fortuna encrudecida,
A partir de Ilion, con tantos males!
Jove en tu auxilio de enviarme cuida;
Jove, que de las sedes celestiales
Del afan se conduce que te aqueja,
Y el voraz fuego de la flota aleja.

CXXXV.

»Vé, y cumple sin temblar las prevenciones
Que anciano consultor te hace sinceras:
Flor de mancebos, recios corazones
Llevar debes de Italia á las riberas:
Allí con tus valientes campeones
Gentes has de postrar duras, guerreras.
Mas ántes avendrá que te regales
Bajando á las moradas infernales.

CXXXVI.

»Harás, en pos de mí yendo, hijo mio,
Cruzando el hondo Averno, oficio grato
Que yo no habito el Tártaro sombrío,
Mas los campos Elíseos moro y trato,
Deliciosã comarca, gremio pio:
Una maga de púdico recato,
Si hartas víctimas negras inmolaes,
Te llevará á los místicos lugares.

CXXXVII.

»Y la prole y ciudad que te destina
Fortuna, entónces mirarás presente.
Mas ahora, adios: la Noche ya declina,
Y con soplos me acosa el Oriente
De sus potros fogosos, que avecina.»
Así hablaba la sombra, y de repente
Húrtase al hijo y á su amante empeño
Cual humo vano ó fábrica de un sueño.

CXXXVIII.

Y él, «¿Por qué de mis brazos se desliza
Tu imagen? ¿no te curas de mi ruego?
¿Huyes? ¿me dejas?» clama; y la ceniza
Resucitando incontinentemente, el fuego
Que aletargado dormitaba, atiza:
Sacra masa y colmado incienso luego
Al Dios ofrece que á su pueblo ampara,
Y humilde á la alma Vesta honra en el ara.

CXXXIX.

Consumó el sacrificio, y convocados
Sus amigos, Acéstes el primero,
Repite los oráculos sagrados
De su padre, de Jove mensajero;
La voluntad pronuncia de los hados
Y su propia intencion franco y sincero:
No hay á sus planes quien demoras teja;
Acéstes coronarlos aconseja.

CXL.

Madres se alistan que en los nuevos techos
Fundar asientos de familias deban:
Quédanse á par cuantos vulgares pechos
De grandes cosas ambicion no llevan.
Tostados bancos, mástiles deshechos,
Vuelan los otros á mudar; renuevan
Remos, jarcias, con mano diligente;
Número escaso, mas resuelta gente.

CXXI.

Marca el troyano Rey con el arado
De la ciudad el ámbito; sortea
Los solares del campo rodeado
Para edificios, y esto manda sea
Troya, y eso Ilion. Alborozado,
Cordial troyano, Acéstes, á la idea
Del nuevo reino, tribunal y plaza
Designa, y al Senado fueros traza.

CXXII.

Luégo á Vénus Idalia, venerada
De su pueblo, en el vértice Ericino
Dedica, por pacífica morada,
Un templo de los astros convecino:
De Anquíses al sepulcro hace se añada
Culto, y ministro, y bosque peregrino;
Y banquetes ordena, y alegrías,
Y piadosos oficios nueve dias.

CXXIII.

Ya llegaba el momento: el Austro insiste
Convidando á la mar blanda y serena:
Alzase lloro femenino, y triste
La corva playa con lamentos suena:
En el abrazo último resiste
Amor á desatar dulce cadena:
Las madres mismas que la mar temian,
Ni áun la osaban nombrar, partir querrian.

CXLIV.

Cuantos han de quedarse, en sus fatigas
Parte al troyano Rey piden ahora:
El con palabras los consuela amigas,
Hijos á Acéstes los entrega, y llora.
Manda á las Tempestades enemigas
Matar una cordera; á Erice adora;
Tres becerros tambien manda le maten,
Y que en órden los cables se desaten.

CXLV.

Yérguese él en la prora, coronado
De hojas menudas de sagrada oliva:
Un vaso empuña, al piéлаго salado
Intestinos arroja, y néctar liba.
En popa aura terral hierde de grado
Alejando las naves de la riba;
Bogan el remo, y al batir continuo
Cubren de espuma el líquido camino.

CXLVI.

No halla en tanto á su afan Vénus sosiego;
Vuela á Neptuno, y «El que Juno abriga
Odio irreconciliable,» gime, «al ruego,
Neptuno ilustre, á descender me obliga;
Que no su ira cruel, su rencor ciego
Amansan años ni piedad mitiga,
Ni lo que ordena el hado ó Jove manda
Su indómita ambicion quiebra ni ablanda.

CXLVII.

»Eterno es el furor que su alma siente;
Que no bastó á su cólera sombría
Haber talado la ciudad potente
Que en la ancha Frigia dominaba un día,
Ni arrastrar las reliquias de su gente
Por senda de martirio. Todavía
Al pueblo hundido en perseguir no cesa
En sus huesos nadantes y pavesa!

CXLVIII.

»La causa ella sabrá de tanta saña:
Yo sé, y las ondas líbicas tú mismo
Viste cómo á manera de montaña
Encrespó amenazando cataclismo;
De Eolo en el favor fió; se engaña;
Mas era su intencion cielo y abismo
En uno confundir; y así la impía
Insolente tus reinos invadia.

CXLIX.

»Hoy, ¡qué horror! á las hembras roba el tino,
Y las naves ardiendo á los Troyanos,
Fuerza á Enéas, cerrándole el camino,
A dejar en destierro á sus hermanos.
Haz siquiera que al Tibre laurentino
Estos últimos restos lleguen sanos,
Si ya al muro las Parcas prometido
No¡han de negarles; si lo justo pido.»

CL.

Respondió el Dios que el ponto señorea:
«Pon confianza en el imperio mio,
Que en mis reinos naciste, Citerea,
Y ya á Enéas mostré mi afecto pio:
Yo mil veces, por él, si el mar ondea
Las nubes conjurando á estrago impío,
Serené la amenaza; y no hice ménos
En tierra que del piélago en los senos.

CLI.

»Janto y Símois me saquen verdadero:
Cuando Aquíles con furia impetüosa
Por la espada inmoló tanto guerrero
Que contra el muro de Ilíon acosa;
Cuando, enfrenando su ímpetu ligero
El álveo, que en cadáveres rebosa,
El Janto por las márgenes gemia
Ni hallar lograba hácia mis reinos via;

CLII.

»Yo á tu hijo entónces arranqué á la muerte
En nube con que entorno le rodeo,
Viéndole ménos bienhadado y fuerte
Combatir con el hijo de Peleo;
Ni vacilé en librarle de esa suerte
A pesar del furor de mi deseo,
Que hundir yo ansiaba la ciudad perjura,
Ya (;mal pecado!) de mi mano hechura.

CLIII.

»¿Qué dudas, pues? ¿qué temes por Enéas?
Yo lo mismo que entónces, ahora siento:
El al puerto de Averno que deseas
Llegará con su gente á salvamento:
Habrá sólo uno que anegarse veas,
Escogido holocausto.» Así el aliento
Neptuno á Vénus vuelve; y ya bizarro
Con arreos de oro orna su carro.

CLIV.

Pone á los brutos el bañado freno,
Dales con fácil mano suelta brida,
Y por el mar, magnífico y sereno,
En su carroza va de azul teñida:
Tiéndese igual sobre el materno seno
Bajo el eje tonante la onda erguida,
Y cuanto nublo encapotó la esfera
Su fuga por los aires acelera.

CLV.

Acompañan en torno al Dios marino
Grandes cetos y rápidos tritones;
Glauco y su coro, y Palemon de Ino,
Y Forco y sus revueltos escuadrones:
Hienden á izquierda el reino cristalino
Las hijas de sus húmidas mansiones;
Talía allí, Cimódoce campea,
Tétjs, Melite, y blanda Panopea.

CLVI.

En la mente de Enéas indecisa
Bullen en tanto imágenes amenas:
Manda arbolar los mástiles aprisa
Y las velas tender por la entenas:
No hay, lonas al izar, mano remisa;
Ya á este lado, ya á aquél las sueltan llenas;
Tuercen cabos, retuércenlos á una;
Mueve miéntras la escuadra aura oportuna.

CLVII.

Palinuro adelante firme guía
La flota, que á su espalda se aglomera:
Marchan, y á la órden obediente, fia
Cada nave en la nave delantera.
Casi la vaporosa Noche habia
Tocado á la mitad de su carrera;
Y al pié del remo, de temor seguros,
Duermen los nautas en los bancos duros.

CLVIII.

Dejó en esto las célicas regiones
Ligero un Sueño que las sombras hiende;
Mudo vuela, y fatídicas visiones
Trayendo, ¡oh Palinuro! á tí descende:
Sentado en la alta popa, las facciones
De Fórbas toma, y seducirte emprende:
¡Mísero! que con voces de dulzura
Ya el falso diosecillo te conjura:

CLIX.

«¡Hijo de Yasio, Palinuro mio!
Mira cómo resbala blandamente
Llevado de las ondas el navío;
¡Qué propicio que espira el manso ambiente!
Un rato al soporífero rocío
Inclina ya la fatigada frente;
Hora es de descansar: duerme sin miedo,
Que yo en tanto por tí velando quedo.»

CLX.

Alzó el otro los párpados apénas
Y dijo: «¿Lo que vale la semblanza,
Quieres que olvide yo, de olas serenas?
¿Que ponga en monstruo aleve confianza
Pretendes por ventura? ¿Me encadenas
Porque entregue mi Rey á la mudanza
De mar y viento, de quien tantas veces
Probé las veleidades y dobleces?»

CLXI.

Dice, é inmóvil se afianza, y traba
Del gobernalle con ahincado empeño;
Mira á los astros, y en los astros clava
Los mustios ojos resistiendo al sueño.
Mas ya una y otra sien le golpeaba
El Dios con su balsámico beleño
En las aguas del Lete humedecido,
Y los ojos le anega en alto olvido.

CLXII.

No bien los miembros el sopor le afloja
Cuando el sueño sobre él se precipita;
Mas no del gobernalle le despoja
Ni de su asida posicion le quita,
Antes al mar con el timon le arroja
Y áun parte de la popa: llama, grita
Cayendo el triste; nadie oyó su acento;
Y el Dios aleteando huye en el viento.

CLXIII.

Segura, empero, prosiguió la flota
Del favor de Neptuno protegida.
Mas hé aquí ya se acerca en su derrota
A la roca, otro tiempo tan temida,
De las Sirenas, que la mar azota,
De albos huesos de náufragos guarida;
Y léjos con monótonos bramidos
Resuenan los escollos combatidos.

CLXIV.

Notó Enéas entónces que á la armada
Falta el piloto y perecer podria;
Y con mano acudiendo acelerada
La noche toda él mismo el timon guia;
Y entónces exclamó con voz ahogada:
«¡Pobre amigo! ¡fiaste en demasía
De cielo bonancible y mar serena;
Yacerás insepulto en triste arena!»

LIBRO SEXTO.

I.

Así hablaba y lloraba juntamente.
Ya, riendas dando, por el mar navegan,
Y á las costas de Cúmas (cuya gente
De Eubea vino) sin tardanza llegan.
Tornan proas al mar: con tenaz diente
La ancla fija el bajel, y á tierra apegan
Las corvas popas, que en la orilla alzadas
La bordan de colores variadas.

II.

Ledos embisten en hesperia tierra:
Quién hiere el pedernal, que en sus entrañas
De la llama los gérmenes encierra;
Quién penetra las ásperas montañas
Y leños corta, ó por su seno yerra,
Intrincada guarida de alimañas,
Y vuelve, y dando de placer señales
Enseña los hallados manantiales.

III.

Mas Enéas piadoso á las alturas
En que Apolo descuella, se encamina,
Y las cuevas recónditas, oscuras,
Busca de la terrífica adivina
Que, inflamada del Dios, cosas futuras
En estro rebosando vaticina:
¿Veisle? entrando con otros va derecho
Ora el bosque avernal, ya el áureo techo.

IV.

Dédalo de comarcas sanguinosas
Huyendo, es fama, y del furor de Mínos,
Fiarse osó con alas vagarosas
A los reinos del aura cristalinos:
A la region helada de las Osas
Su vuelo por insólitos caminos
Tendió, y moviendo las nadantes plumas,
Fué en el alcázar á parar de Cúmas.

V.

Por vez primera allí devuelto al suelo,
Grato, Apolo, al favor, logró ofrecerte
Sanas las alas que bogó en su vuelo
Y un templo dedicarte hermoso y fuerte.
En las puertas, de Andrógeo el fin, el duelo
Grabó de los Cecrópidas, que á muerte
Siete hijos tributaban cada un año;
La urna ciega allí está do sale el daño.

VI.

En frente, en medio al mar, se representa
Creta: allí lo cruel de sus amores,
Del toro esclava, Pasifae ostenta;
Monumento de estúpidos furoros
Allí el biforme Minotauro asienta
La planta; con sus vueltas, sus errores,
Incierto entorno el laberinto gira,
Y á la amante princesa horror inspira.

VII.

Cediendo de la triste á la porfía,
Allí Dédalo mismo de Teseo
El paso inducto con el hilo guía:
Ícaro, y tú tambien lograras, creo,
Insigne asiento en la áurea galería;
Mas de padre el dolor ganó al deseo
Del artífice audaz, que, el brazo alzando,
Caer dos veces le dejó, llorando.

VIII.

Enéas con su gente asaz tuviera
En cada cuadro la mirada fija,
Si, enviado adelante, no volviera
Turbando Acátes su atencion prolija:
Con Acates, graciosa compañera,
Deífobe llegó, de Glauco hija,
Intérprete de Apolo y de Dïana;
Que vuelta al Rey de la nacion troyana,

IX.

«No es sazón de admirar primores tales,»
Le dice: «importa que inmolar decidas
De grey vacuna siete recentales
Y á par siete ovejuelas escogidas.»
Esto dijo: Troyanos principales
Van á cumplir las órdenes oidas;
Y mostrándoles sigue ella el camino
Al elevado templo Sibilino.

X.

Hay en la roca eubea un lado hendido,
Antro de cien entradas y cien puertas
Que cien voces arrojan con rüido,
De la oculta Deidad respuestas ciertas.
Cuando llegaban al umbral temido,
«¡Tiempo es que el ruego á consultar conviertas
Tus hados, huésped!» la doncella exclama;
Hé aquí el Dios, hé aquí el Dios! mi mente inflama.»

XI.

Esto la vírgen pronunció en la entrada
De la inmensa caverna: en ese instante
Tartamudea, la color mudada,
Crespo el cabello, atónito el semblante:
Enfurecida, aérea, agigantada,
Hínchale el Dios el seno jadeante,
Y ya llena del númen soberano,
Vibró puro su acento áun más que humano:

XII.

«¡Eneas! ¿no será que al Númen santo
Con tus votos y súplicas regales?
No han de abrirse á tus pasos entretanto
Del pavoroso templo los umbrales.»
Calló: los Teucros con glacial espanto
Oyeron resonar palabras tales,
Y postrándose el Rey, con hondo acento
Oró así en religioso arrobamiento:

XIII.

«Febo, que de infortunios y pesares
De los hijos de Troya te apiadas;
Tú que al cuerpo del de Éaco, de Páris
Las flechas difigiste enherboladas:
Salvo, merced es tuya, hendí anchos mares
Que á ceñir van regiones apartadas;
Yo he cruzado las costas africanas;
Yo las hórridas sirtes vi cercanas.

XIV.

»Hoy piso en fin el límite italiano,
Tierra de promision que ántes huia;
¡Así el signo maléfico troyano
Haya hasta aquí llegado en su porfía!
Y ¡oh cuantos con furor visteis insano
Crecer la gloria de mi patria un día!
¡Dioses todos y diosas! sin enojos
Volved ya en fin á Troya vuestros ojos!

XV.

»Y ¡oh tú que en siglos ves aún no llegados,
Santa sacerdotisa! (yo no pido
Imperio no ofrecido por mis hados)
Da á mis Teucros gozar reposo y nido
Con los Dioses de Troya fatigados;
Y á Hécate y á Apolo, agradecido,
De mármol fundaré templo y altares
Y fiestas en su honor apolinales.

XVI.

»Tú en mi reino tambien ilustré asiento
Tendrás, y tus sagradas predicciones
Guardando con solemne acatamiento,
Tu culto servirán dignos varones.
Mas oye: á la merced irán del viento
Tus palabras si en hojas las dispones;
Canta tú misma lo que cierto veas.»
Aquí dió fin á su oracion Enéas.

XVII.

En tanto la Sibila aún se subleva
Por sacudir el númen que la oprime,
Y feroz se revuelve en la ancha cueva:
Fogoso corazon, labio que gime
El Dios le doma, que sobre ellos lleva
Hasta grabarla, inspiracion sublime;
Y dan su voz en ecos las cien puertas
Todas á un tiempo sin esfuerzo abiertas;

XVIII.

Diciendo: «¡Oh tú hasta ahora libertado
De los riesgos del piélagos marino,
Hoy de riesgos de tierra amenazado!
Vendrá tu gente al reino de Lavino
(No temas, no, que lo revoque el hado);
Mas tiempo habrá que lllore porque vino;
Guerras, ásperas guerras estoy viendo;
Miro al Tíbre ondear, de sangre horrendo.

XIX.

»Otro Janto, otro Símois, y otra hogaña
Campana cual la griega rigurosa
Verás, que el Lacio cria ya en tu daño
Otro Aquiles feroz hijo de Diosa;
Ni faltará á tu gente en suelo extraño
De Juno el odio que jamas reposa;
Y en tanto, ¿qué ciudades, ni qué playas
Habrás, infeliz, donde á rogar no vayas?

XX.

»Y otra vez bodas en foráneo suelo
Llorarán los Troyanos; y esa esposa
¡Cuánto traerá de afán! ¡cuánto de duelo!
¡A ti y á tus vasallos cuán costosa!
Tú, hasta do el hado sufra, insta en tu anhelo,
Y lograrás, mudanza milagrosa,
Que ántes que no otra, á próspero destino
Una griega ciudad te abra camino.»

XXI.

Tal desde su antro la Sibila fiera,
 Con voz que infunde admiracion y espanto,
 Hechos desvuelve, edades acelera,
 Y en sombras la verdad brilla en su canto;
 Tal de su labio el ímpetu modera
 El Dios que el corazon le aguija en tanto;
 Mas serenada al fin su ira espumante,
 A hablarle torna el héroe suplicante:

XXII.

«Aún no me has anunciado ¡oh vírgen! nada
 Ó nuevo ó imprevisto de mi vida.
 Mas oye: si hay aquí al Averno entrada,
 Si aquí está la laguna tan temida,
 Con sobras de Aqueronte sustentada,
 Concede que un favor solo te pida:
 Mi padre anhelo ver; guia mi planta,
 Y dignate de abrir la puerta santa.

XXIII.

»¡Mi padre! Yo de en medio al enemigo
 Entre llamas y dardos libertélo;
 Yo le puse en mis hombros, y él conmigo
 Fué dándome doquier fuerza y consuelo:
 El fué en mis viajes mi mejor amigo;
 El los rigores de la mar y el cielo
 Con generosas muestras de osadía,
 Milagrosa en su edad, llevar solía.

XXIV.

»Y él, él me persuadió que reverente
 Llegase, y suplicante, á tus umbrales:
 ¡Oh! del padre y del hijo juntamente
 Te apiaden los trabajos inmortales;
 Que tú eres, vírgen santa, omnipotente,
 Y de los negros bosques infernales
 La pavorosa Hécate no en vano
 El cetro aterrador puso en tu mano.

XXV.

»La prenda de su amor el tracio Orfeo,
 Luégo que hondo el Erebo la devora,
 A salvar acertó, felice empleo
 Haciendo de su cítara sonora:
 Pólux, merced de enérgico deseo,
 Librar logró al hermano á quien adora,
 Y partiendo con él su sér divino
 Pasa y repasa el lóbrego camino.

XXVI.

»Callaré de Teseo; del tremendo
 Alcides callo y su potente maza:
 ¡Yo, yo tambien de Júpiter descendo!»
 Pronuncia el héroe, y al altar se abraza.
 Otra vez la adivina respondiendo,
 «Troyano hijo de Anquíses, de la raza
 De los supernos Dioses procedente,
 Oyeme,» dice, «y grábalo en tu mente:

XXVII.

»Fácil es del Averno la bajada;
De día y noche á la region oscura
Patente está la pavorosa entrada;
Mas volver y elevarse al aura pura,
Esa es la parte trabajosa, osada:
Muy pocos á quien Jove con ternura
Vió, ó que ardiente virtud al Cielo eleva,
Vencieron, raza de héroes, la ardua prueba.

XXVIII.

»Cubren selvas espesas y sombrías
El centro del Averno; á la redonda
Carcomiendo el Cocito ciegas vías
Con su torpe caudal callado ronda.
Mas si forzar el Tártaro porfías
Y dos veces cruzar la estigia onda,
Si en esto gozas que á otros acobarda,
Cómo has de comenzar escucha y guarda.

XXIX.

»En medio de estas selvas donde moro,
Oculto un ramo está que el tallo tierno
Tiene, y las hojas trémulas, de oro,
Consagrado á la Juno del Infierno:
Cierra en su seno el fúlgido tesoro
Hojoso un árbol entre el bosque eterno,
Y de valles en torno guarnecido,
La amiga lobreguez le hurta al sentido.

XXX.

»Y nadie ya la subterránea ruta
Pudo emprender á do el amor te llama,
Si ántes no desgajó la rica fruta:
La hermosa Proserpina esa áurea rama
Apropiada á su gloria la reputa,
Y es el obsequio que entre todos ama:
Segado el tallo, el gérmen no perece;
Retoña, y la áurea yema amarillece.

XXXI.

»Vé, y de alto en torno el árbol investiga
Con atenta mirada, y avistado,
Allá tiende la mano; que si amiga
La suerte rie, con sensible agrado
Al punto hará que el vástago te siga;
Pero si adusto te rechaza el hado,
No habrá fuerte segur ni ahincado empeño
Que el ramo aparte del materno leño.

XXXII.

»Mas ¡ah! miéntras al sacro umbral se inclina
Tu oído, atento al deseado indulto,
Un cadáver tus tropas contamina;
Fué tu amigo y le ignoras insepulto:
A honrarle ovejas negras vé y destina;
Su cuerpo vé á librar de odioso insulto;
Y así, en fin, á estas lóbregas moradas
Bajarás, no á vivientes franqueadas.»

XXXIII.

Cesó, y quedóse la adivina muda.
La medrosa caverna el héroe deja;
Mirando al suelo va, y acerba duda
Le roe el corazon. Con él se aleja
Acátes, fiel amigo: igual la aguda
Pena que á Enéas, al andar le aqueja:
¿Quién será, cada cual finge y cavila,
El que muerto nos canta la Sibila?

XXXIV.

Hablando, pues, del mal que les espera,
De dolor y ansiedad el pecho lleno,
Allá tirado en la árida ribera
Cadáver infeliz ven á Miseno:
Miseno, hijo de Eolo, á quien diera
Natura el arte de excitar al bueno
A los combates, y el guerrero bando
Llenar de fuego, su clarin tocando.

XXXV.

Él, cuando Troya, acompañado habia
Á Héctor: los campos él, de Héctor al lado,
Con su trompa y su lanza recorria
En la lanza y la trompa ejercitado;
Despues, cuando de la alma luz del dia
Héctor fué por Aquíles despojado,
De Enéas al mandar el fiel guerrero
(Partido no inferior) puso su acero.

XXXVI.

Mas ahora que insensato en la ribera
Retaba al són de cóncava bocina
Al númen que á emularle se atreviera,
Envidiando Titon su arte divina
(Si no miente la fama vocinglera)
Ahogóle en la espumosa onda marina.
Cercándole los suyos danle en tanto,
Enéas sobre todo, amargo llanto.

XXXVII.

Y llorando, el sagrado mandamiento
A cumplir van, y fúnebres altares
Con árboles á alzar al firmamento:
Van á una antigua selva, hondos hogares
De fieras: al herir de hachas violento,
Los fresnos y los pinos seculares
Vacilan, los hendibles robles gimen,
Y los olmos rodando el bosque oprimen.

XXXVIII.

A los suyos el héroe, apercebido
De iguales armas, guia en la faena
Con la voz y el ejemplo, y con gemido
Dice, el gran bosque al ver que en torno suena:
«Ya el presagio cruel está cumplido
En tí, amigo infeliz, ¡oh cruda pena!
¡Así á mis ojos se mostrase ahora
El árbol que áureos frutos atesora!»

XXXIX.

Así exhala plegarias y querellas,
Cuando á su vista, sobre el manso viento,
Llegan iguales dos palomas bellas
Abatiendo el süave movimiento
A posarse en el césped verde. En ellas
Mira Enéas atónito y atento
Las mensajeras de su madre, y clama
Con el acento del que espera y ama:

XL.

«¡Oh aves misteriosas! si camino
Abre el hado, marcadle con el vuelo;
Íd al ramo que en torno peregrino
Con rica sombra ampara el fértil suelo!
Y tú en esta sazon, felice tino
Concede, ¡oh madre! y el favor que anhelo.»
Calla; y qué auguren al picar la hierba,
Ó á dó tiendan las aves, fijo observa.

XLI.

Hasta do el ojo va, la copia alada
Sigue el volar, sigue el volar rastrero;
Mas asomando á la hedionda entrada
De Averno, se alza en ímpetu ligero:
Buscan las dos la copa deseada,
Y á un tiempo ocupan el feliz madero,
Do entre pardos verdores amarillo
El ramo desigual muestra su brillo.

XLII.

Como en bosques que invierno heló, enverdece
El visco, y con la prole de que abunda,
No hija del árbol á que asido crece,
El tronco protector blondo circunda;
Tal la ráfaga de oro resplandece;
Tal, herida del aura vagabunda,
Treme y cruje la lámina divina
En medio allá de la copuda encina.

XLIII.

Del ramo inerte el Rey ase impaciente
Y vuela á la mansion de la adivina.
Sigue entretanto la llorosa gente
Tristes honras haciendo en la marina
A la insensible víctima presente:
De maderas copiosas en resina,
Y duros troncos de que rajas llevan,
Ingente pira desde luégo elevan.

XLIV.

Y de mustias guirnaldas guarnecida
Y de rectos cipreses custodiada,
De adorno sobrepónenle en seguida
El limpio arnes y la desnuda espada.
En calderas de bronce recogida
Llegan agua á la lumbre aderezada,
Y ántes de que las llamas lo consuman,
El cuerpo helado lavan y perfuman.

XLV.

Unos, en medio del comun gemido,
Le extienden sobre el fúnebre tablado,
De su lujosa púrpura ceñido;
Otros (¡penoso ministerio!) á un lado
Vuelto el rostro, por rito establecido,
Pegan la antorcha al féretro enlutado:
Viandas, incienso, aceite rebosante,
Todo el fuego lo envuelve en un instante.

XLVI.

Cuando en pavesas descansó la llama,
Corineo balsámica ambrosía
En las reliquias cálidas derrama,
Y á una urna de metal los huesos fia:
De noble olivo consagrada rama
Blandiendo leve, á los demas rocía
Con lustral aspersion que hace tres veces;
Llora, y pronuncia las finales preces.

XLVII.

El Rey, de gratitud y piedad lleno,
Manda erigir soberbia sepultura;
Y, «Al túmulo fijar,» les dice, «ordeno
Su clarin y su remo y su armadura.»
Se hizo al pié de un peñon, que de Miseno
Recibió el nombre que inmortal le dura.
Enéas á cumplir vuela, tras eso,
El sagrado mandato en su alma impreso.

XLVIII.

Hay en aquel confin una honda sima,
Vasta caverna de escabrosa roca:
Negro bosque, que en torno se arracima,
Guarda, y medroso lago, la gran boca.
No impune el ave que revuele encima
El torpe aire con sus alas toca
Que en columna de fétidos vapores
Sale á infestar los cercos superiores.

XLIX.

Trajo allí el Rey de la troyana gente
Cuatro negros novillos, á quien riega
Con vino la Sibila la alta frente;
Entre las astas elegido siega
Vellon cerdoso, que á la llama ardiente,
Dón primerizo y breve pasto, entrega;
Y á Hécate á grandes voces llama, Diosa,
En Cielo y en Averno poderosa.

L.

Quién apresta al degüello la cuchilla;
Quién vasos llena en sangre que chorrea:
Enéas mismo con su espada humilla
Lúcia cordera cuya piel negrea,
Porque la Noche, de furial cuadrilla
Madre, y su hermana al par, fácil le sea;
Inmolando despues estéril vaca,
Tu númen, Proserpina, honra y aplaca.

LI.

Nocturnas aras en seguida eleva
Al Rey estigio: enteras á la llama
De los novillos las entrañas lleva,
Y encima óleo abundante les derrama.
Y hé aquí, ántes de rayar aurora nueva,
Treme la tierra, su hondo seno brama,
Oscilan selvas y vecinos cerros,
Y en la sombra ulular se oyen los perros.

LII.

Ya llega la Deidad. Con voz sonora
Grita la profetisa: «¡Huid, profanos!
Desamparad la selva; y solo ahora
Vén tú conmigo, ¡oh Rey de los Troyanos!
¡Vén, desnuda la espada vencedora,
Rodeado de alientos sobrehumanos!»
Dijo y hundióse: á su furente guia
Enéas con pié intrépido seguia.

LIII.

¡Oh los que de las almas inmortales
Teneis, Dioses, el cetro y monarquía!
¡Cáos! ¡Flegeton! ¡Tinieblas sepulcrales!
¡Lugares de silencio y noche umbría!
¡Concededme salvar vuestros umbrales,
Y que al orbe revele la voz mia
Lo que vi, lo que oí, cuanto misterio
Guarda vuestro hondo, funeral imperio!

LIV.

Opacos bajo noche alta y desierta,
Cruzando iban, los dos, reinos vacíos
Que allende yacen de la odiosa puerta:
Tal en bosques callados y sombríos
Al viajero señala senda incierta
Maligna luna con sus rayos frios,
Cuando atristan el Cielo alas nublosas
Y hosca el color la noche hurta á las cosas.

LV.

Ante el mismo vestíbulo, manida
Hicieron las Congojas vengadoras,
Las Dolencias de faz descolorida,
Y tú, arada Vejez con ellas moras:
Dolor, Terror, Necesidad raida,
Hambre, que induce á criminales horas:
Todos ellos, terríficas figuras,
Guardan las fauces del Averno oscuras.

LVI.

Y el Trabajo, y la Muerte, y compañero
El Sueño de la Muerte, su impía hermana,
Vense, avanzando hácia el umbral frontero,
Y malos Goces de la mente humana:
De las Furias los tálamos de acero
Allá están, Guerra atroz, Discordia insana:
Esta (¡qué horror!) con sanguinosas hebras
Crina en torno su frente de culebras.

LVII.

Lleno de años, con sombras halagüeño,
Convida un olmo en la mitad; y es fama
Que acude en derredor del firme leño
Aerio enjambre que el silencio ama:
Subsiste asido un mentiroso ensueño
En cada hoja fugaz de cada rama;
Y en torno hórridas fieras, monstruos viles
Tienen cabe las puertas sus cubiles.

LVIII.

Centauros hay allí; silbante y fiera
Hidra; Scilas biformes que el mar cria;
Briareo, el de cien brazos; la Quimera
Que de llamas armada desafía;
Con sus hermanas Górgona guerrera,
on sus iguales pestilente Arpía,
Con tres cabezas Gerion gigante:
¿Quién habrá que los mire y no se espante?

LIX.

Sintió Enéas pavor: el fuerte acero
Esgrime osado, y con su punta amaga
Al escuadron de monstruos, que severo
Llega delante ó revolando vaga:
Que sombras son sin cuerpo verdadero
Prudente á tiempo le advirtió la maga;
Él, á no detener la voz su brío
Hiriera ciego el ámbito vacío.

LX.

Parte de allí para Aqueron camino:
Vasto abismo que en lecho hondo de cieno
Hierve, y en el Cocito de continuo
El arena descarga de su seno.
Guardian del territorio convecino,
El mustio río y márgen inameno
El barquero Caron adusto cuida
Con ceño horrible y faz descolorida.

LXI.

El cual sucia caer al pecho deja
La blanca barba; es fuego su mirada;
Cuélgale de los hombros rota y vieja
Con un nudo su túnica enlazada;
Con tardas velas y un varal maneja
El ferrugíneo barco en que traslada
Los muertos: es su edad, si bien anciana,
Vejez propia de un Dios, recia y lozana.

LXII.

Allí, nube de imágenes ligera,
Cuantos dejan del suelo las mansiones
Vuelan sobre la fúnebre ribera:
Austeras madres; nobles campeones;
Vírgenes que en su dulce primavera
Segadas fueron; cándidos garzones
A quienes ya cabe la alzada pira
Lloró el padre infeliz que arder les mira.

LXIII.

Tantos van los espíritus y tales
Como las hojas que en la selva, al hielo
De los últimos días otoñales
Ruedan precipitadas por el suelo;
O cual, climas buscando más geniales,
A través de la mar en largo vuelo,
Del tiránico invierno desterradas,
Huir vemos las aves en bandadas.

LXIV.

Y hé aquí la turba que llegó primera
Pasar quiere, ántes que otros, lago allende;
Con vivo amor de la ulterior ribera
Esfuerza ruegos y las palmas tiende.
Caron, de tanta multitud que espera,
Ya á éste toma, ya á aquél; á nadie atiende;
Mas á muchos también, ¡desventurados!
Léjos rechaza de los tristes vados.

LXV.

Viendo el tropel, «¡Oh vírgen veneranda!»
Dice asombrado Enéas; «¿á qué llegan
A este río las almas? ¿Qué demanda
Esa gran multitud? ¿Por qué navegan
Ledos los unos hácia la otra banda,
Y éstos, excluidos, en dolor se anegan?
¿Qué los distingue? di.» Y así de prisa
Respondió la senil sacerdotisa:

LXVI.

«Hijo de Anquíses, semidios troyano!
El lago Estigio y lóbrego Cocito
Mirando estás, por quien jurar en vano
Temen los Dioses como gran delito.
A éstos no honró, al morir, piadosa mano,
Turba doliente en número infinito:
Ese es Caron; trasporta á opuestos lados
Los que fueron en muerte sepultados.

LXVII.

»Ni el linde ingrato y aguas murmurantes
Logran salvar las ánimas que vagan
Desprovistas de honores, sin que ántes
Enterrados en paz sus huesos yagan;
O cien años arreo andando errantes
Sobre esta zona, su esperanza halagan;
Y al cabo de ellos admitidas, vuelan
A ver, en fin, los sitios por que anhelan.»

LXVIII.

Paróse con doliente fantasía
Enéas, y en la gente desechada
Ve á Leucáspis, ve á Oronte, antiguo guia
Del bajel licio en la troyana armada:
Con él salieron de Ilion un dia,
Y bogando á par de él, á su mirada
Los hundió en crespas ondas Austro impío
Que al nauta sacudió, volcó el navío.

LXIX.

Hé aquí de entre éstos viene Palinuro,
Aquel que en la reciente travesía
Por el líbico golfo, al mar oscuro
Cayó, cuando en mirar se embebecia
Los altos astros de temor seguro.
Así que Enéas en la niebla umbría
Reconoció al llorado compañero,
Tornóse á condoler, y habló él primero.

LXX.

«¿Cuál Dios,» le dice, «Palinuro amado,
Ahogándote con mano traicionera
Te vino á arrebatár de nuestro lado?
Faltóme en cuanto á ti, por vez primera,
Fiel ántes siempre Apolo á lo anunciado,
Prometiéndome que salvo á la ribera
Deseada de Italia tocarías:
¡Mal coronó las esperanzas mías!»

LXXI.

La sombra respondió: «Ni fraudulento
Fué contigo el oráculo divino,
¡Oh hijo de Anquíses! ni en el mar sediento
Númen odioso á sepultarme vino.
Yendo yo, en vela, á mi deber atento,
Casual golpe en la popa sobrevino,
Y en medio de las ondas, sin soltalle,
Caí con el fiado gobernalle.

LXXII.

»Y juro por la negra mar, Rey mio,
 Que, perdido el asiento, el timon roto,
 Más que por mí cuidé que tu navío,
 Privado de defensa y de piloto,
 Mal pudiese del piélago bravío
 Los golpes contrastar. Violento Noto
 Tres noches borrascosas de ardua brega
 Me arrastró léjos sobre la onda ciega.

LXXIII.

»Vi las costas de Italia al cuarto dia,
 Encumbrado por hórrida oleada:
 Poco á poco nadaba, y salvo habria
 Hollado, en fin, la playa deseada;
 Mas, ¡triste! como á presa de valía
 Me embiste horda feroz blandiendo espada
 No bien de húmedas ropas agobiado
 Trepaba, uñas hincando, agrio collado.

LXXIV.

»Hoy, desecho del mar, en sus riberas
 Vientos me azotan. Por la luz del cielo
 Y las auras que aún gozas placenteras,
 Por tu hijo amado, y por su ilustre abuelo,
 Si á éste das honras que de aquél esperas,
 Tu invicta mano de tan grande duelo
 En el puerto de Velia me redima
 Piadosa arena derramando encima.

LXXV.

»Ó ya, supuesto que, de Olimpo santo
 Por favor especial, bajado hayas
 A visitar los reinos del espanto
 Y de tu madre encaminado vayas,
 La diestra alarga, si merezco tanto,
 Y arrástrame contigo á opuestas playas,
 Porque al cabo, rendido de fatiga,
 En muerte al ménos reposar consiga.»

LXXVI.

Y dijo la adivina: «¿Estás demente,
 Oh sombra temeraria? ¿Por ventura
 Querrás el lago Estigio, la corriente
 Pasar de las Euménides oscura,
 Tú que no ostentas divinal presente
 Ni gozas en la tierra sepultura?
 ¡Triste! no esperes á poder de ruegos
 Los hados ablandar sordos y ciegos.

LXXVII.

»Mas escucha mi voz, y tus dolores
 Consuela recordando anuncios tales:
 Habrá de ancha region habitadores
 Que, en fuerza de prodigios celestiales,
 Tu sombra aplacarán, darán honores,
 Te alzarán monumentos sepulcrales;
 Y el sitio, Palinuro, que te guarde
 Hará por siglos de tu nombre alarde.»

LXXVIII.

Al són de estas palabras, un momento
Mitigó Palinuro su agonía,
Y fuése, revolviendo el pensamiento
Que un país de su nombre se gloria.
Ellos siguen en tanto á paso lento.
Caron su barca á la sazón movia,
Y de en medio del lago divisólos
La muda selva atravesando solos.

LXXIX.

Y en recia voz prorumpe: «Tú, quienquiera
Que armado invades mis dominios, tente,
Y qué quieres, dí luégo, en mi ribera.
Aquí en horror profundo eternamente
Moran los Sueños y la Noche impera:
No admite el bote estigio alma viviente;
Ni de atinado, si exenté, me loo,
Ya á Alcides, ya á Teseo y Piritoo.

LXXX.

»En su abono, su origen sobrehumano
Mostraban, cierto, y generoso brío:
¡Ah, y aquél ante el trono del tirano
Fué el guarda á encadenar del reino umbrío,
Y temblando arrastróle con su mano;
Y estotros en furioso desvarío
Por robar nuestra Reina, ¿quién tal osa?
El tálamo invadieron de la Diosa!»

LXXXI.

En breves frases respondió prudente
La inspirada de Anfriso: «Insidias viles
No temas, no, que anide nuestra mente,
Ni armas contemplas á tu imperio hostiles:
El encovado can salvo amedrente
Con eternos baladros sombras miles:
Hécate, sin temor de agravio impío,
Casta guarde el umbral del regio tío.

LXXXII.

»Y es que Enéas de Troya, á quien la fama
En piedad, en valor, no dió segundo,
Tan sólo el padre á ver que tanto ama
Viene al riñon del Érebo profundo:
Si eres sordo á tan bello amor, la rama
Mira en que justas esperanzas fundo.»
Y diciendo y haciendo, el talló santo
Sacaba de los pliegues de su manto.

LXXXIII.

Al ver, tras largos años, que áureo brilla
El dón que misterioso el labio nombra,
Manso el barquero su altivez humilla,
Cesa el debate, y con placer se asombra:
Tuerce el batel cerúleo, y á la orilla
Vuelto ya, do saliera el fondo escombra,
Las tennes almas arrojando fuera
Que sentadas bogaban en hilera.

LXXXIV.

Recibe, en fin, la cavidad vacía
Al fuerte huésped. Rechinando opreso,
Ya anchas grietas al agua negra abría
Flaco el esquiife para humano peso.
Mas el barquero con tenaz porfía
A par que á la Sibila, al héroe ileso
Trasporta, y abordando, le enajena
Sobre ovas verdes y movable arena.

LXXXV.

Enfrente á do saltaron, guarecido
En la ancha gruta en que á placer se extiende,
El can trifauce con feroz ladrido
Los ámbitos atruena que defiende:
Viéndole que de víboras ceñido
Sacude el cuello y ya en furor se enciende,
Narcótico manjar con miel dorado
Echa la maga al monstruo espeluznado.

LXXXVI.

El cual tragó la torta engañadora
Con triple boca y con voraz garganta,
Y, largo cuanto el antro donde mora,
Le abate el sueño. Con ligera planta,
Aprovechando la oportuna hora,
A las puertas Enéas se adelanta,
Y traspone volando la ribera
Deaguas que nadie repasar espera.

LXXXVII.

En esto empiezan el comun vagido
De almas de niños á sentir; las cuales,
Léjos, muy léjos del süave nido,
Sollozan de ese mundo en los umbrales:
De tierna infancia en el verdor florido
Negra un hora á los brazos maternas
Arreatólos, y á la luz del Cielo,
¡Ay! para hundirlos en acerbo duelo.

LXXXVIII.

Están despues los que, torciendo el fuero,
Testimonio falaz llevó á la muerte;
Mas no á sus puestos van sin que primero
Tornen sentencia á dar Justicia y Suerte:
Mínos preside el tribunal severo;
La urna aleatoria agita; indaga, advierte,
Convoca al vulgo que delante calla;
Pesa los cargos, y las causas falla.

LXXXIX.

Arrepentidos yacen, en seguida,
Los que movidos de tedioso enfado
Quitarse osaron sin razon la vida.
Hoy, por volver al mundo, ¡con qué agrado
Trabajos y pobreza aborrecida
Subieran á sufrir! Lo veda el hado;
Cierra el Estigio el paso á sus suspiros
Con nueve vallas en oblicuos giros.

XC.

Tendidos campos se abren luégo, aquellos
Que la fama *llorosos* apellida:
Los que doblaron al amor los cuellos,
Los que murieron de amorosa herida
Vienen allí; y entre sus mirtos bellos
El bosque cruzan que les da guarida,
Por veredas ocultas. ¡Ay! los hieren
Penas de amor que ni en la muerte mueren.

XCI.

Muéstranse al héroe entre la selva umbría
Fedra, Prócris; Erífle doliente,
Cuyo seno aún la llaga descubria
Que el hijo vengador abrió inclemente;
Evadne, Pasifae, Laodamía;
Cénis, mancebo un tiempo floreciente,
Y ahora, por decreto del destino,
Vuelto al sexo primero femenino.

XCII.

En medio de ellas la fenicia Dido,
Su herida aún fresca, andaba en la espesura.
Cuando la hubo al pasar reconocido
Mal cierto Enéas en la sombra oscura,
Como el que alzarse entre nublados vido
La luna nueva, ó verlo se figura,
Así á hablarle empezó con tierno acento
Y lágrimas que brota el sentimiento.

XCIII.

«¡Infeliz Dido! ¿Conque no mentia
En nuevas que me trajo funerales
La fama? ¿Tú empuñaste daga impía?
¿Yo causa hube de ser de tantos males?
Mas por todos los astros, Reina mia,
Te juro, y por los Dioses celestiales,
Y por estas mansiones justicieras,
Que partí á mi pesar de tus riberas.

XCIV.

»La férrea voluntad del Cielo santo
Que á esta abismosa eternidad me envía,
Lo mismo allá, con invencible encanto
Me arrancó de tu lado y compañía.
Ni pensé nunca que á delirio tanto
Te pudiese arrastrar la ausencia mia.
¡Mas ten! ¡vuelve! ¿á quién huyes? ¡Ley severa
Permite vernos por la vez postrera!»

XCV.

Tal dice el héroe á la infelice amante,
Por si en su ánimo airado tierno cava
Ó amansa su mirada centellante;
Las razones el llanto entrecortaba.
Mas ella, vuelto el tétrico semblante,
Torvos los ojos en el suelo clava,
Y tanto muestra que la voz la toca
Cual si ya mármol fuese ó firme roca.

XCVI.

Y de pronto indignada huye y se esconde
En la parte del bosque más espesa,
Entre acopados árboles, en donde
Al renovado amor que le profesa,
Siqueo como de ántes corresponde.
Enéas, de piedad el alma opresa,
A la sombra siguió por trecho largo
Llorando para sí su lloro amargo.

XCVII.

Mas andando el camino, á los postreros
Campos llegaban cuya igual alfombra
Van á solas hollando los guerreros
A quien la fama por sus hechos nombra.
Entre los capitanes que primeros
Al paso Enéas encontró, la sombra
Vió del pálido Adraastro, vió á Tideo,
Vió al ínclito en la lid Partenopeo.

XCVIII.

Vió tambien los Troyanos que segados
En duras lizas los soberbios cuellos,
Fueron con llanto de la patria honrados:
Glauco, Medon, Tersíloco; y con ellos
Los tres hijos de Anténor afamados;
Y Polifétes, que tus dones bellos
Honró, Céres; é Ideo, que áun regía
El carro y armas que rigiera un día.

XCIX.

Tantas sombras al ver en larga hilera
Enéas, conociendo'as, suspira;
Mas á izquierda y derecha se aglomera
La multitud, que con pasion le mira;
Ni á su curiosidad satisficiera
Mirarle sólo, á detenerle aspira,
Y mil ánimas llegan voladoras
Con sus preguntas á tejer demoras.

C.

Entanto viendo al héroe, y la armadura
Del héroe, que cruzando centellea
El vacuo espacio de su estancia oscura,
Tiemblan los cabos de la gente aquea:
Tratan unos de huir, cual con pavura
Ya al mar lo hicieron en campal pelea:
Gritan otros, y á médias sólo acierta
Clamor tenue á exhalar la boca abierta.

CI.

Sigue; y hé aquí, las manos mutiladas,
Llagado el cuerpo y con la faz hendida,
Ambas sienes de orejas despojadas,
Y rota la nariz con torpe herida,
Deífobo se ofrece á sus miradas;
Y al ver que triste, avergonzado cuida
De ocultar de su afrenta las señales,
Hablóle en tono amigo y voces tales:

CII.

«¡Valeroso Deífobo, esperanza
De Troya, hijo de reyes! ¿Quién fué osado
En tí á ejercer insólita venganza?
¿Quién consumó tan bárbaro atentado?
Oí que de combate y de matanza
Aquella horrenda noche tú cansado,
Sobre enemigos que humilló tu acero
Caido habias á morir postrero.

CIII.

»¡Mísero amigo! yo en la playa nuestra
Te alcé entónces funéreo monumento
Que áun hoy tus armas y tu nombre muestra;
Tres veces te llamé con alto acento.
Mas ¡ay! ni verte pude, ni mi diestra
En suelo de la patria acogimiento
Mullir á tu ceniza.» Enéas dijo;
Y de Príamo así respondió el hijo:

CIV.

«Tú hiciste tu deber; yo estoy pagado
Y agradecido estoy. Suerte inhumana
Es la que me hunde en tan horrible estado,
Y el crimen de la pérfida Espartana:
¡Éste, éste es de la pérfida el legado!
Recordarás en la alegría insana
Que pasámos la noche postrimera;
¿Quién no ha de recordarlo aunque no quiera?

CV.

»Entónces, cuando el monstruo de madera
De armas grave los muros dividia,
Hembras ella ordenaba la primera
En libre danza y bulliciosa orgía;
Y una antorcha blandiendo traicionera
Con que iba en torno al coro, falsa guia,
De la alta torre en nuestro daño ¡ay ciegos!
Señas hacía á los atentos Griegos.

CVI.

»Yo en mi tálamo infausto, sin cuidado
Ya al cansancio buscando dulce olvido,
Caí en brazos de un sueño regalado
A una plácida muerte parecido.
Mi noble esposa al punto de mi lado
Las armas de mi estancia sin rüido
Aleja: de mi lecho á la testera
Ella mi espada hurtó, fiel compañera;

CVII.

»Las puertas abre, y obsequiosa llama
Á Menelao, por si de mal la eximen
Crímenes nuevos, y la negra fama
A absolver bastan del antiguo crímen:
El Eólida á par, que ardides trama,
Acude: salvan de mi alcoba el límen...
¡Dioses, si justas súplicas os mueven,
Lo que entónces probé los Griegos prueben!

CVIII.

»Mas ¿á qué me detengo en mis pesares?
Tú aquí, es posible? y con vital aliento?
¿Juguete de los vientos de los mares
Vienes, ó por divino mandamiento?
¿Qué toques de fortuna singulares
Te traen, el profundo apartamiento
A visitar de la region sombría
Que nunca vió la claridad del dia?»

CIX.

En medio de estas pláticas, ligera
En su rósea cuadriga y gentil vuelo
La Aurora la mitad de su carrera
Traspuesto habia por el alto cielo;
Y acaso el héroe consumido hubiera
En estéril hablar y acerbo duelo
El plazo volador, si no le echara
La vírgen con afan su olvido en cara:

CX.

«Nosotros ¡ay! miéntras la noche avanza,
Gastamos mudo el tiempo en lloro vano!
La senda aquí se parte, y en balanza
Está la suerte; de Pluton tirano
Lleva la diestra á la valiente estancia,
Y al encantado Elíseo: á izquierda mano
Caen los muros do la gente impía
En eterno sus crímenes expía.»

CXI.

«Perdon,» dice Deífobo, «si nuevo
Tu enojo, profetisa soberana!
El número fatal que llenar debo
Torno á llenar doliente sombra y vana.
Tú vé en paz, gloriosísimo renuevo,
¡Oh luz, oh prez de la nacion troyana!
Goza suerte mejor que fué la mia.»
Y así diciendo á su ángulo volvia.

CXII.

Tornó Enéas á ver, y á izquierda mira
Cerrada una ciudad de triple muro
Al pié de una alta roca: en torno gira
Con lenguas Flegeton de fuego puro,
Y revuelca peñascos en su ira:
Frente, gran puerta, de diamante duro
Las jambas, cual ni de hombres quebrantada
Ni aún de Dioses lo fuera por la espada.

CXIII.

Férrea una torre despreciando el viento
Avánzase orgullosa: allí sentada,
Ceñida un manto de color sangriento
Guarda insomne Tisífone la entrada.
Ruido de barras, en aquel momento,
Y música de azotes despiadada
A oirse empieza, y voces de horror llenas,
Y el pesado arrastrar de las cadenas.

CXIV.

«¿Qué gritos de dolor hieren mi oído?»
Dice Enéas parándose asombrado:
«¿Quiénes llevan allí su merecido?
»¿Cuál es ¡ay! su suplicio y su pecado?»
Y la Sibila respondió: «No ha sido
Nunca á justos varones otorgado,
Magnánimo caudillo, entrar las puertas
Sólo al delito por la pena abiertas.

CXV.

»Mas yo, cuando los bosques infernales
Por Hécate guardaba, del espanto
Vi el reino y sus tormentos eternos:
Tiene el cetro el cretense Radamanto,
Que interroga á las almas criminales,
Castiga sus delitos, y de cuanto
Ocultó hasta la muerte astucia fría,
A hacer les fuerza confesion tardía.

CXVI.

»Y, nunca de venganzas satisfecha,
Con la izquierda azuzando sus serpientes,
Y del látigo armada la derecha,
Corre los sentenciados delincuentes
Tisífone á azotar, y los estrecha,
Llamando sus hermanas inclementes;
Y ábrese á devorarlos, y crujiendo
Giran las sacras puertas con estruendo.

CXVII.

»Contempla á la cruel, que allí se asienta
Y el vestíbulo guarda de ese mundo:
¿Qué, si vieses, abiertas las cincuenta
Negras fauces, el monstruo sin segundo,
La Hidra feroz que adentro guarda atenta?
Luégo el Tártaro se abre, tan profundo
Al medio de su abismo, cuanto dista
El alto Olimpo de la humana vista.

CXVIII.

»Allí, humilladas las soberbias vidas,
Los antiguos engendros de la Tierra
Revuélvense en recónditas guaridas
A donde el rayo su ambicion encierra:
Vi á par los dos enormes Alóidas
Que el Cielo con sus manos, ¡loca guerra!
Descargar intentaron, y en su encono
A Jove mismo derrocar del trono.

CXIX.

»Vi allí tambien yacer, de angustias lleno,
Á Salmoneo, por su error insano,
Que de Jove el relámpago, y el trueno
Quiso imitar de Olimpo soberano:
De cuatro brutos gobernando el freno
Y antorchas sacudiendo con su mano,
A Elis cruzó, y en su triunfal camino
Culto pedia como á sér divino.

CXX.

»Fingir quiso el demente (¡mal pecado!)
 Al sentar de sus potros con rüido
 Los cascos, con el bronce golpeado,
 Inimitable luz, sacro estampido:
 Envuelto Jove en lóbrego nublado
 Venablo duro le lanzó ofendido,
 No humosa tea ni exhalada llama,
 Y á la sima arrojóle donde brama.

CXXI.

»Yugadas nueve allí cubriendo yace,
 Alumno de la Tierra creadora,
 Ticio: el hígado eterno le renace,
 Pasto al buitrcruel que le devora,
 No le consume, y sus entrañas pace
 Y fiero en lo hondo de su pecho mora:
 Ni el corvo pico en el roer se amansa,
 Ni de brotar la víscera se cansa.

CXXII.

»¿Qué, si á Ixion y Piritoo á cuento
 Trajese? ¿ó los que roca ven colgante
 Pronta siempre á caer? Áureo aposento,
 Regalado festin miran delante;
 Mas la Furia mayor vela de asiento
 Al lado, y como alguno se levante
 Las mesas á tocar, corre, y vocea,
 Y airada amaga con su horrible tea.

CXXIII.

»Allí gimiendo están los que al hermano
 Profesaron, en vida, odio demente;
 Los que hicieron ultraje al padre anciano,
 Los que en fraude envolvieron al cliente;
 Allí los solitarios que, la mano
 Cerrada siempre al mísero pariente,
 Sobre el oro enterrado hicieron nido:
 Infame grey en número crecido.

CXXIV.

»Y allí aguardan castigo los que amores
 Adúlteros pagaron con la vida;
 Los que hicieron traición á sus señores;
 Los que en guerra se alzaron fraticida:
 No cures de su pena los horrores
 Ni las causas saber de su caída.
 Quién vuelca enorme risco; atado esotro
 Gira en rueda veloz, su eterno potro.

CXXV.

»Está sentado y en perpétuo duelo
 Teseo lo estará.—¡*Mirad si presta
 La justicia ultrajar, reir del Cielo!*
 Flégias clamando á todos amonesta
 Entre las sombras. El nativo suelo
 Éste por oro enajenó, funesta
 Tiranía elevando: esotro puso
 A precio de la ley uso y desuso.

CXXVI.

»Y áun hubo ya con ciego desatiento
Quien de su hija el tálamo invadiera.
Todos formaron criminal intento
Y corona ciñeron en su esfera.
No si cien bocas yo, si lenguas ciento
Tuviese y férrea voz, contar pudiera
Las especies sin fin de los delitos,
Los nombres de las penas infinitos.»

CXXVII.

Así la anciana profetisa habia
Hablado, y «¡Sús!» añade: «hora es preciso
Que el paso abrevies, y por esta via
Á cumplir tu deber vayas sumiso:
Los muros que los Cíclopes un día
Sacaron de su fragua, allá diviso;
Ya, bajo el arco que se eleva enfrente,
Las puertas veo de Pluton potente.

CXXVIII.

»Vé; obsequios debes al dintel frontero.»
Tal dijo, y con el héroe se adelanta,
Y el intermedio espacio, y el sendero
Sin luz, dejan atras con ágil planta.
Acércanse á las puertas: él primero
Entra el zaguan; con gotas de agua santa
Casto los miembros á rociar atiende,
Y el áurea rama en el portal suspende.

CXXIX.

Puesto el dón á la Diosa, y alongados
Del sitio, ya pisaban los amenos
Jardines y los bosques fortunados
Donde con grande paz moran los buenos:
Abrense allí sobre inocentes prados
Tintos en rósea luz cielos serenos;
Regiones siempre iguales, siempre bellas,
Tienen su sol y tienen sus estrellas.

CXXX.

Aquéllos juegan en verjel florido;
Éstos combaten en la roja arena;
Otros saltan en coros, y el sonido
De sus cantos el ánimo enajena:
El tracio vate, con talar vestido,
Los siete tonos de su lira suena,
Moviendo acordes con su voz canora
Ya el plectro de marfil, los dedos ora.

CXXXI.

Brilla de Teucro allí la estirpe clara
Robustez ostentando y lozanía:
Egregios héroes á quien ver tocara
En siglo más feliz la luz del día,
A Ilo, á Asáraco, á Dárdano repara
Autor de la troyana monarquía,
Enéas, y armas léjos ve, y baldíos
Carros que honraron ya marciales bríos.

CXXXII.

Hincados por el campo ve lanzones,
Y que arrogantes la verdura pacen
Por acá y por allá sueltos bridones.
¡Oh! los que en mundo subterráneo yacen
No renuncian sus viejas aficiones:
Armas y carros sus delicias hacen
Si armas, carros amaron: cuidan fieles,
Si los criaron ya, régios corceles.

CXXXIII.

Luégo, á izquierda y derecha, ve adelante
Los que á dulces festines se abandonan
Tendidos en la hierba verdeante;
Los que en honor de Apolo himnos entonan
Intrincando los pasos en fragante
Bosque, á quien cimas de laurel coronan,
Donde brota y por selva ámplia y risueña
Erídano soberbio se despeña.

CXXXIV.

Están allí los que á la patria amaron,
Y heridas por la patria recibieron;
Allí los sacerdotes que guardaron
Austera castidad miéntras vivieron;
Vates dignos que á Febo interpretaron;
Maestros que el vivir embellecieron
Con artes nuevas; los que haciendo bienes
Vencieron del olvido los desdenes.

CXXXV.

Todos éstos con ínfulas nevadas
 Ceñidos van las sienes y cabellos.
 Con los cuales confunde sus pisadas
 La profetisa por sus campos bellos;
 Y volviendo la voz y las miradas
 A Museo ante todos, que alza entre ellos
 Con majestad serena la cabeza
 De muchos rodeado, á hablar empieza:

CXXXVI.

«Oid, almas felices, ruegos pios;
 Y tú, máximo vate, ¿dó se esconde
 Anquíses, por quien ya los grandes rios
 Cruzamos del Erebo; dínos, dónde?
 ¡Ah! ¿qué sitios repuestos y sombríos
 Nos le ocultan?» Museo la responde:
 «Aquí moramos bajo hojosos techos,
 Y son márgenes blandas nuestros lechos;

CXXXVII.

»Frescos prados tratamos por recreo,
 Y á nadie se fijó mansion segura;
 Mas pues tanto interes traer os veo,
 Venid conmigo á la vecina altura
 Y camino hallará vuestro deseo.»
 Dice; ante ellos los pasos apresura,
 Y horizontes de luz les manifiesta:
 De ahí, descienden de la erguida cresta.

CXXXVIII.

En un valle cubierto de verdura,
Anquíses, en el fondo, atento via
Guardadas almas que del aura pura
Subirán á gozar llegado el dia;
Allí en sombra numera su futura
Cara prole, y mirando se extasía
La fortuna y valor hereditarios,
Glorias, triunfos, virtudes, lances varios

CXXXIX.

Y viendo que hácia allá se dirigia
Hollando Enéas el gramoso prado,
Abre Anquíses los brazos, de alegría
Lágrimas vierte y clama enajenado:
«¿Conque venciste intransitable via,
Hijo, á fuerza de amor? ¿Conque á mi lado
Hoy tornas? ¿Es posible que consigo
Verte, oírte, tocarte, hablar contigo?

CXL.

»Yo, tiempos computando, aqúeste dia
Fausto acercarse vi: cumpliósse el voto.
¡Mas cuánta extraña tierra en tu porfía
Habrás medido, y cuánto mar ignoto,
Y qué de riesgos arrostrado, en via
De confin tan profundo y tan remoto!
De los líbicos pueblos, hijo amado,
¡Cuánto temblé por tí funesto hado!»

CXXI.

Enéas contestóle en tal manera:
«Tu imagen veneranda, padre mio,
Siguiéndome doliente por doquiera,
Forzóme á visitar el reino umbrío.
Ocupan mis bajeles la ribera
Tirrena. Mas tú ahora, con desvío
No á mi mano, señor, robes la tuya;
No á mi abrazo filial tu cuello huya.»

CXXII.

Dice, y llorando, con amante empeño
Tres veces va á abrazar al padre anciano;
Cual humo huye la sombra ó como sueño,
Y él tres veces aprieta el aire vano.
Tornó á mirar, y un bosque vió risueño
En un valle repuesto comarcano:
Gárrulo bosque, plácido retiro
Que manso baña el Lete en blanco giro.

CXXIII.

En torno vagan del durmiente rio
Gentes, pueblos, enjambres voladores;
Y cual abejas que en sereno estío
Rondan fugaces peregrinas flores,
Y á los lirios de cándido atavío
Asedian, confundiendo sus rumores,
Tal llenando de estruendo la campiña
La aérea multitud vuela y se apiña.

CXLIV.

Maravillado de la extraña escena,
Medroso Enéas á entender aspira
Qué es aquella corriente tan serena;
Quién la infinita multitud que gira
Á par del rio y sus florestas llena.
El padre Anquíses respondióle: «Mira:
Antiguas almas á quien guarda el hado
Nuevos velos corpóreos, nuevo estado,

CXLV.

»Esas son las que afluyen al Leteo
Y en raudal bienhechor beben olvido.
Tiempos hace, hijo amado, que deseo
Mostrarte mi linaje esclarecido
En estas sombras que delante veo,
Porque, absorto en destino tan subido,
De haber llegado á la que aún mal conoces,
Itálica region, conmigo goces.»

CXLVI.

«Mas ¿es creible que al sabido cielo,»
Enéas contristado así murmura,
«Alguna alma de aquí remonte el vuelo
Y á informar torne la materia oscura?
¡Mísera humanidad! ¡Qué inmenso anhelo
De vida y goces! ¡qué cruel locura!»
Anquíses acudiendo á su sorpresa,
Ordenadas razones así expresa:

CLXVII.

«Porque en luz de verdad tu mente aclares,
Hijo, escucha: En los cielos y en la tierra,
Y en las líquidas capas de los mares,
En la alba luna que inconstante yerra,
Y en el sol y en los grandes luminares,
Espíritu eternal dentro se encierra:
Todo hínchelo él, vago y profundo;
Alma y centro comun, él mueve el mundo.

CXLVIII.

»Y en él tiene su origen el humano,
Y el bruto, el ave, y cuanto monstruo cria
En sus senos marmóreos Oceano.
Centella celestial, ígnea energía
Vida á esos séres da, gérmen temprano,
En cuanto no los rinden á porfía,
El fardo de la carne, los mortales
Órganos y ataduras mundanales.

CLXIX.

»De ahí es que ansian y temen, y ó padecen
Ó envueltos gozan en su cárcel dura:
No ven la luz; ni quedan, si fallecen,
Limpios del todo de la mancha impura
De las miserias que al mortal empecen.
¡Pobres almas! la sombra en ellas dura
De usos viles en años adquiridos
En su lucha y su union con los sentidos.

CL.

»Por eso corren del dolor los grados,
Y vicios propios cada cual expía:
Hay unas que, purgando sus pecados,
Expuestas penden en region vacía;
Otras al fuego ó en profundos vados
Residuos sueltan que la culpa cria:
Y así los Manes, por diversos modos,
Merecida pasion sufrimos todos.

CLI.

»Al Elíseo de ahí se nos envía,
Y pocos alcanzamos los amenos
Campos de llena paz y alma alegría;
Que no se ganan por ventura, á ménos
Que (cediendo á la edad, llegado el dia,
El postrer resto de hábitos terrenos)
El alma, redimida á la materia,
Torne á ser mente pura y lumbre aeria.

CLII.

»Consumados mil años, al Leteo
Almas acuden en tropel nutrido:
Arrástralas un Dios, porque el deseo
Nazca en ellas, envuelto en alto olvido,
De volver á vestir corpóreo arreo,
De subir á habitar terreno nido.»
Tal dice, y lleva al héroe y la Sibila
Entre el ruidoso pueblo que desfila.

CLIII.

Y porque logre, al avanzar la hilera,
Ver de frente lo digno de memoria,
Le conduce á un collado, y, «Considera,
Hijo,» le dice, «la sublime gloria
Que á la raza de Dárdano le espera;
Oye los claros nombres que en la historia
Nos guarda Italia; entre futuras gentes
Mira pasar tus dignos descendientes.

CLIV.

»Ese, de asta de paz y augusto porte,
Que á la luz va por suerte el más cercano,
Será el primero que á la vida aporte,
Con sangre mixta y con renombre albanos:
Mira, es Silvio: Lavinia tu consorte
A luz darále, de tu amor, ya anciano,
Póstumo dón: le criará su madre
Rey en las selvas, y de reyes padre.

CLV.

»De ahí en Italia empezará el reinado
De Troya. Honor de la Troyana gente,
Prócas luégo aparece, y á su lado
A Cápis ves y á Numitor presente;
Y al otro Silvio, á quien tu nombre añado,
Enéas, ya en virtudes eminente,
Ya en armas, si reinare en Alba un dia:
¡Qué mancebos! ¡qué heroica bizzaría!

CLVI.

»Contempla aquésos cuya sien serena
Asombra en derredor cívica encina:
Cuáles de ellos á Gabia y á Fidena
Te alzarán, y la villa Nomentina;
Y de ellos cuáles una y ótra almena
Fundarán sobre montes Colatina,
Y á Pomecio y á Inuo, á Bole y Cora;
Nombre á campos darán sin nombre ahora.

CLVII.

»Vé á Rómulo, hijo de Ilia, descendiente
De Troya, hijo de Marte, que al abuelo
Sigue; y mira ondear sobre su frente
Crestones dobles con gallardo vuelo:
Marca el padre en su noble continente
Su propia, alta mision. Por él al cielo
Levantará la frente pensadora
Roma, del orbe militar señora.

CLVIII.

»La cual de siete alcázares murada,
Con viriles renuevos en que abunda
Rie, como en su carro alborozada
De Berecinto la Deidad fecunda
Por las frigias ciudades torreada
Va, y su prole celeste la circunda:
Cien nietos que amamanta y que la adoran;
Todos son Dioses y entre Dioses moran.

CLIX.

»Los ojos torna: á tu nacion atento
Contempla en Roma; á César mira; advierte
Los racimos de Yulo tu sarmiento,
Que á luz cabal predestinó la suerte.
Éste es, éste es el que una vez y ciento
Oiste á altos anuncios prometerte,
César Augusto, hijo de un Dios, que al mundo
El áureo siglo volverá fecundo.

CLX.

»Él á Italia honrará con tales dones
Cual ya Saturno; y llevará su imperio
Del Indo y Garamanta á las naciones,
Su valor fatigando al hemisferio;
Y abriránse á su paso las regiones
Que allende el Sol se embozan en misterio,
Á do el cielo con astros rutilante
Rueda en los hombros del eterno Atlante.

CLXI.

»Ya ven los Caspios reinos su venida,
Por anuncios, con ánimo intranquilo;
Ya la tierra Meótica trepida,
Sus siete brazos estremece el Nilo.
Tigres guiando con pampínea brida
Y de Nisa impeliendo, excelso asilo,
Su carro victorioso, Baco empero
Llegar no pudo á ese último lindero.

CLXII.

»No corrió Alcides mismo espacio tanto,
Aunque prendió con rápida saeta
La cierva piés-de-bronce, y de Erimanto
Impuso paces en la selva inquieta,
Y el lerneo confin cubrió de espanto.
¿Y dudamos vencer adversa meta
Nuestra gloria ensanchando? ¿Harán temores
Que no hollemos la Ausonia triunfadores?

CLXIII.

»¿Quién es aquél que coronado asoma
De insigne oliva, y que con propia mano
Ya sobre sí sacras ofrendas toma?
Su barba anuncia y su cabello cano
Al primer rey-legislador de Roma,
Que de su humilde Cúres, aldeano,
Y de su hogar, desnudo, imperio grande
Saldrá á regir cuando el deber lo mande.

CLXIV.

»Tulo va en pos, que moverá á pelea,
La paz quebrando, á ejércitos vecinos
Ya al prez no usados que el valor granjea;
Y Anco despues, que áun hoy en sus caminos
El aura popular vano desea.
¿O quieres ver los príncipes Tarquinos,
De Bruto vengador el alma fiera
Y los fascas que al pueblo recupera?

CLXV.

»Bruto duras segures el primero
Cobrará, y el honor del consulado;
Y al ver que nuevo plan traman guerrero,
El, de la bella libertad prendado,
Muerte á sus hijos mandará severo.
En él vencieron (¡padre infortunado!),
Cualquier fallo que espere á su memoria,
Amor de patria y ambicion de gloria.

CLXVI.

»Brillar Decios y Drusos vé lejanos;
Torcuato, que levanta el hacha impía;
Camilo, que del triunfo, con romanos
Rescatados pendones, se gloria.
Esas dos almas que cual dos hermanos
En sombra armadas ves, rayando el dia
¿Qué guerra no se harán? ¡Cuánto de estragos!
¡Qué grandes huestes y sangrientos lagos!

CLXVII.

»De los Alpes el suegro se abalanza;
Convoca sus legiones de Oriente
El enojado yerno á la venganza.
¡Hijos! ¡no hirais el seno á la inocente
Patria! ¡no eterniceis bárbara usanza!
¡Tú, el primero, de Olimpo procedente,
Oh sangre mia, de rencores libre,
No ya esa arma cruel tu mano vibre!

CLXVIII.

»Aquél, cuando á Corinto á su talante
 Haya tratado y al orgullo aquiyo,
 Al Capitolio correrá triunfante;
 Éste, el país de Agamemnon nativo
 Subyugará, y en Pérses arrogante
 Verá á un nieto de Aquíles fugitivo:
 Tales desquites á Ilion reserva
 Y al profanado templo de Minerva.

CLXIX.

»No al gran Caton olvidaré, no á Coso;
 Ni ya á los Gracos, ni á los dos Scipiones,
 Relámpagos de guerra, pavoroso
 Apellido á las líbicas regiones.
 Fabricio, en tu pobreza poderoso,
 ¡Salve! y tú, el oro en rústicos terrones
 Esparciendo, oh Serrano! ¡Salve, oh Fabios!
 No, aunque cansado, os callarán mis labios.

CLXX.

»Máximo, con tardanzas tú prudentes
 Salvarás la Nación. Y esto adivino:
 Otros con más primor vultos vivientes
 Harán de bronce duro ó mármol fino;
 Oradores habrá más elocuentes;
 Sabios podrán con más seguro tino
 El cielo escudriñar y las estrellas,
 Y los cercos medir y el poder de ellas;—

CLXXI.

»Tú, Romano, regir debes el mundo;
 Esto, y paces dictar, te asigna el hado,
 Humillando al soberbio, al iracundo,
 Levantando al rendido, al desgraciado.»
 Habla Anquíses, y atiéndenle en profundo
 Silencio. «Ved,» añade, «señalado
 Con opimos despojos á Marcelo,
 Que alza entre todos vencedor su vuelo.

CLXXII.

»En mar revuelta armado caballero
 Librará al pueblo de infeliz destino,
 Venciendo al Galo, al Peno, y el tercero
 Será que ofrenda igual cuelgue á Quirino.»
 Viendo Enéas que aquél por compañero
 Trae á un jóven de aspecto peregrino
 Y brillante armadura, mas la frente
 Mustia casi, ojos bajos, faz doliente;

CLXXIII.

«¿Y quién es el doncel, ¡oh padre!» exclama,
 «Que le sigue en amiga competencia?
 ¿Hijo suyo será, ó acaso rama
 Remota de su ilustre descendencia?
 ¿Qué són de córte en torno se derrama?
 ¡Cuán parecido en la marcial presencia!
 ¡Mas ay! que en torno de su frente vaga
 Odiosa noche con su sombra aciaga!»

CLXXIV.

Con lágrimas Anquíses respondia:
 «¿Quieres anticipar de los Romanos
 El eterno dolor? Fortuna un día
 Ese jóven mostrando á los humanos
 Tornarále á ocultar en sombra impía.
 Tal vez, tal vez, oh Dioses soberanos,
 Si este dón inmortal nos franqueara,
 El trance vuestra diestra recelara!

CLXXV.

»Del Campo Marcio á la romana plaza
 ¡Cuántos gemidos herirán los cielos!
 Y si ya tu onda su sepulcro abraza,
 ¿Qué, oh Tibre, no verás de acerbos duelos?
 Ningun mancebo de troyana raza
 Tanto alzará, como él, de los abuelos
 Latinos la esperanza; hijó más bueno
 Nunca otro criarás, Roma, á tu seno.

CLXXVI.

»¡Oh tipo de fe antigua y piedad rara!
 ¡Oh, qué brazo invencible en lid guerrera!
 Ninguno, si viviese, le retara
 Impune, ó ya á pié firme combatiera
 Ó caballo brioso espoleara.
 Mas ¿qué suerte llorosa no le espera?
 ¡Ah! lograses trocar males por bienes!
 Tú un Marcelo serás, sombra que vienes!

CLXXVII.

»Azucenas me dad con mano larga;
Que, á ilustre nieto fáciles honores,
Cortos alivios de esparanza amarga,
Quiero esparcir sobre su frente flores.»
Dice, y la voz en lágrimas se embarga.
Tal los campos hollando encantadores
En que benigna luz mágica oscila,
Míranlo todo el héroe y la Sibila.

CLXXVIII.

Y luégo que hubo el padre al hijo atento
Aventuras y sitios explicado,
Avivando en su pecho el patrio aliento
Y ambicion santa de futuro estado,
Nuevas guerras le anuncia, de Laurento
Pueblos y muros do le cita el hado:
Y maneras le enseña como eluda
Ya caso extraño, ya fatiga ruda.

CLXXIX.

Allá en confines de misterio eterno
El Sueño volador tiene dos puertas,
Una de albo marfil, otra de cuerno,
A ensueños varios á la vez abiertas:
Transitan la primera, del Averno
Fábricas de ilusion, sombras inciertas;
Las visiones é imágenes reales
Cruzan de la segunda los umbrales.

CLXXX.

Yendo hablando los tres, hé aquí despide
Anquíses á los dos por el abierto
Pórtico de marfil. Enéas mide
Arrancando de allí, camino cierto
Hácia amigos y naves, y decide
Ir tierra á tierra de Cayeta al puerto.
Ya, por fin, proa afuera áncoras tiran;
Las popas en la costa alzar se miran.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



